C. S. PACAT



EL JUEGO DEL PRÍNCIPE

SAGA EL PRÍNCIP

El regente de Vere está decidido a acabar con su sobrino, el príncipe Laurent, y planea hacerlo declarando la guerra a la nación enemiga de Akielos, un conflicto que arrasará los dos reinos. Tras conocer esto, Laurent y su esclavo, Damen, viajarán a la frontera con el fin de detener la terrible conspiración que podría acabar con sus vidas.

Damen se sentirá cada vez más atraído por el letal y carismático Laurent, pero ¿durante cuánto tiempo podrá mantener oculta su verdadera identidad?

C. S. Pacat

El juego del príncipe

El príncipe cautivo - 2

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2023

Título original: *Prince’s Gambit*
C. S. Pacat, 2013
Traducción: Eva García Salcedo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre

El juego del príncipe *está dedicado a sus lectores y seguidores originales. Vosotros habéis hecho posible la continuación de esta historia.*


El Gran Bosque del Norte
y las Estepas Septentrionales
Ver-Kindt
Arles
Chastillon
Belloy
Varenne
Skarva
VAS
VERE
Ver-Tan
Barbin
Toutaine
Ver-Vassel
Lys
Marches
Chasteigne
Ladehors
Alier
PATRAS
Arran
Ravenel
Acquitart
Fortaine
Bazal
Delpha
(Delfeur)
Marlas
Sicyon
Aegina
Dice
Viaje en barco de Damen
AKIELOS
Mellos
Thrace
N
O
E
S
Kesus
Mar Ellosiano
Ellium
Golfo de Atros
Ios
Isthima
Mapa de
AKIELOS Y VERE
0
150
300
kilómetros

Personajes

Akielos
Kastor, rey de Akielos
Damianos, (Damen), heredero al trono de Akielos
Jokaste, dama de la corte akielense
Nikandros, kyros de Delpha
Makedon, comandante
Naos, soldado

Vere
La corte
El regente de Vere
Laurent, heredero al trono de Vere
Nicaise, mascota del regente
Guion, señor de Fortaine, miembro del Consejo Vereciano y antiguo embajador en Akielos
Vannes, embajador de Vask
Ancel, mascota

Los hombres del príncipe
Govart, capitán de la Guardia del Príncipe
Jord
Orlant
Rocher
Huet
Aimeric
Lazar, uno de los mercenarios del regente, ahora con los hombres del príncipe
Paschal, médico

En Nesson
Charls, comerciante

Volo, tahúr

En Acquitart
Arnoul, criado

En Ravenel
Touars, señor de Ravenel
Thevenin, su hijo
Enguerran, capitán del ejército de Ravenel
Hestal, consejero de lord Touars
Guymar, soldado
Guerin, herrero

En Breteau
Adric, miembro de la baja nobleza
Charron, miembro de la baja nobleza

Patras
Torgeir, rey de Patras
Torveld, hermano menor del rey Torgeir y embajador en Vere
Erasmus, su esclavo

Vask
Halvik, líder de un clan
Kashel, mujer del clan

Personajes del pasado
Theomedes, antiguo rey de Akielos y padre de Damen
Egeria, antigua reina de Akielos y madre de Damen
Hypermenestra, antigua amante de Theomedes y madre de Kastor
Euandros, antiguo rey de Akielos, fundador de la casa de Theomedes
Aleron, antiguo rey de Vere y padre de Laurent
Auguste, antiguo heredero al trono de Vere y hermano mayor de Laurent

Capítulo uno

LAS SOMBRAS SE ALARGABAN con la puesta de sol mientras cabalgaban y el horizonte lo teñía de rojo. Chastillon era una torre imponente, una masa circular y oscura que se erguía contra el cielo. Era enorme y antigua, como los castillos de más al sur; Ravenel y Fortaine, construidos para resistir un asedio agresivo. Damen contempló el paisaje con preocupación. Le resultaba imposible mirar el camino sin ver el castillo de Marlas a lo lejos, flanqueado por vastos campos rojos.

—Es zona de caza —dijo Orlant al confundir la naturaleza de su mirada —. A ver si te atreves a huir aquí.

No dijo nada. No estaba allí para correr. Estar libre de las cadenas y cabalgar con un ejército de soldados verecianos por voluntad propia era una sensación extraña.

Un día a caballo, incluso al ritmo lento de los carros por una agradable campiña a finales de primavera, era suficiente para juzgar la calidad de una compañía. Govart hizo muy poca cosa aparte de permanecer sentado; era un bulto impersonal encima de la grupa que meneaba su musculoso caballo. Quienquiera que hubiese capitaneado a estos hombres previamente los había entrenado para poseer una formación impecable durante el largo camino. Su disciplina era un poco sorprendente. Damen se preguntó si podrían mantener la formación en un combate.

Si pudiesen, habría algo de esperanza. Aunque, en realidad, el motivo de su buen humor tenía más que ver con el aire libre, la luz del sol y la sensación de libertad que experimentó al recibir un caballo y una espada. Ni siquiera el peso del collar y de las esposas de oro que llevaba en el cuello y en las muñecas podría apagarlo.

Los criados salieron a su encuentro con la misma organización que si hubiese llegado un destacamento importante. Los hombres del regente, que supuestamente estaban apostados en Chastillon aguardando la llegada del príncipe, no se veían por ninguna parte.

Había cincuenta caballos que llevar a los establos, cincuenta armaduras y arreos que desatar y cincuenta alojamientos que preparar en el cuartel; y eso eran solo los soldados, sin contar a los sirvientes y los carros. Pero, en el enorme patio, el destacamento del príncipe parecía pequeño e insignificante. Chastillon era lo bastante grande como para albergar a cincuenta hombres como si este fuera un número insignificante.

Nadie estaba levantando tiendas: los hombres dormirían en el cuartel. Laurent, en la fortaleza.

Laurent se bajó de la silla, se quitó los guantes de montar, se los metió en el cinturón y dirigió su atención al castillo. Govart gritó algunas órdenes; Damen estaba ocupado con su armadura y atendiendo y cuidando a su caballo.

Al otro lado del patio, dos perros alanos bajaron de un salto las escaleras para abalanzarse con gran alborozo sobre Laurent, que frotó a uno de ellos detrás de la oreja, lo que hizo que el otro se pusiera celoso.

Orlant interrumpió la atención de Damen.

—Te llama el médico —dijo, y le señaló con la barbilla un toldo en el otro extremo del patio, bajo el cual se veía a un hombre de pelo canoso que le resultaba familiar. Damen soltó el peto que agarraba y se marchó.

—Siéntate —le ordenó el médico.

Damen se sentó con mucho cuidado en el único asiento disponible: un taburete de tres patas. El médico desabrochó una bolsa de cuero curtido.

—Veamos esa espalda.

—Está bien.

—¿Después de un día en la silla? ¿Con la armadura? —preguntó el médico.

—Sí.

—Quítate la camisa —le exigió el galeno.

La mirada del médico era implacable. Al cabo de un buen rato, Damen se llevó las manos a la espalda, obedeció y dejó sus anchos hombros a la vista.

Estaba bien. Su espalda se había curado lo bastante como para que nuevas cicatrices sustituyeran las antiguas heridas. Damen estiró el cuello para intentar echar una ojeada, pero, como no era un búho, no vio casi nada. Paró antes de que le diese un tirón en el cuello.

El médico rebuscó en la bolsa y sacó uno de sus múltiples ungüentos.

—¿Un masaje?

—Es un bálsamo curativo. Debes aplicártelo todas las noches. A la larga, hará que las cicatrices desaparezcan ligeramente.

Era más de lo que esperaba.

—¿Es un cosmético?

—Me dijeron que serías difícil. A ver, cuanto mejor se cure, menos rígida notarás la espalda, tanto ahora como más adelante en tu vida, de modo que blandirás mejor la espada y matarás a mucha más gente. Me aseguraron que responderías a ese argumento —explicó el hombre.

—El príncipe —concluyó Damen. Cómo no. Todos esos delicados cuidados de su espalda eran como aliviar con un beso la mejilla colorada por una bofetada.

Damen se enfureció porque tenía razón. Necesitaba ser capaz de luchar.

La pomada era fresca y perfumada, y ayudaba a mitigar las secuelas de un largo día a caballo. Uno a uno, los músculos de Damen se relajaron. Inclinó el cuello hacia delante y el pelo le tapó un poco la cara. Su respiración se calmó. El médico trabajaba con manos eficientes.

—No sé cómo te llamas —admitió Damen.

—No lo recuerdas. Navegabas entre la consciencia y la inconsciencia la noche que nos conocimos. Uno o dos latigazos más y a lo mejor no hubieses visto la luz del día.

—No fue para tanto —resopló Damen.

El médico le dedicó una mirada extraña.

—Me llamo Paschal —contestó finalmente.

—Paschal —repitió Damen—. ¿Es la primera vez que viajas con tropas en campaña?

—No. Fui el médico del rey. Cuidé de los caídos en Marlas y Sanpelier.

Se hizo el silencio. Damen quería preguntarle qué sabía de los hombres del regente, pero no dijo nada; se limitó a sostener la camisa arrugada entre las manos. El galeno continuó masajeándole la espalda, lenta y metódicamente.

—Yo luché en Marlas —confesó Damen.

—Me lo imaginaba.

Otro silencio. Damen veía el suelo que había debajo del toldo. Era de tierra compacta en vez de piedra. Se fijó en una rozadura, la punta rota de una hoja seca. Finalmente, las manos terminaron y abandonaron su espalda.

Fuera, el patio se estaba vaciando; los hombres de Laurent eran eficientes. Damen se levantó y sacudió la camisa.

—Si serviste al rey —dijo Damen—, ¿por qué ahora estás en la casa del príncipe y no en la de su tío?

—Nos encontramos en las situaciones en las que nos ponemos —sentenció Paschal al tiempo que cerraba la bolsa con un chasquido.

Al volver al patio no pudo presentarse ante Govart, que había desaparecido, pero sí ante Jord, que dirigía el tráfico.

—¿Sabes leer y escribir? —le preguntó Jord.

—Claro —contestó Damen. Entonces se detuvo.

Jord no se percató.

—No se ha avanzado casi nada en los preparativos de mañana. El príncipe dice que no nos iremos sin un arsenal completo. También dice que no se va a posponer la salida. Haz un inventario de la armería oeste y se lo das a ese hombre de ahí. —Lo señaló—. Rochert.

Como hacer un inventario completo era una tarea que le llevaría toda la noche, Damen supuso que lo que debía hacer era revisar el inventario actual, que encontró en una hilera de libros encuadernados en cuero. Abrió el primero en busca de las páginas correctas y tuvo una sensación extraña al darse cuenta de que estaba mirando una lista de armas de caza confeccionada para el príncipe heredero Auguste hacía siete años.

«Dispuesta para su alteza el príncipe heredero Auguste: una equipación de cuchillos de caza, un bastón, ocho puntas de lanza, un arco y cuerdas».

No estaba solo en la armería. De algún lugar detrás de los estantes llegó la voz sofisticada de un joven cortesano.

—Ya habéis oído las órdenes. Son del príncipe —dijo.

—¿Por qué tendría que creerte? ¿Eres su mascota? —inquirió una voz más vasta.

—Pagaría por verlo —apostilló otra.

—El príncipe tiene hielo en las venas. No folla. Acataremos las órdenes que nos dé el capitán en persona —aclaró otra.

—¿Cómo osas hablar así del príncipe? Elige un arma. Que elijas un arma. Ahora.

—Te vas a hacer daño, cachorrito.

—Si eres demasiado cobarde para… —empezó el cortesano. Y antes de que dijese ni la mitad de la frase, Damen cogió una espada y salió.

Dobló la esquina justo a tiempo para ver a uno de los tres hombres con la librea del regente retroceder, balancearse y golpear al cortesano con fuerza en el rostro.

El cortesano no era tal. Era el joven soldado cuyo nombre Laurent había mencionado secamente a Jord. «Les diré a los criados que duerman con las

piernas cerradas». «Y a Aimeric».

Aimeric se tambaleó hacia atrás y se dio con la pared, se deslizó de la mitad para abajo mientras abría y cerraba los ojos con pestañeos estupefactos. Le sangraba la nariz.

Los tres hombres vieron a Damen.

—Eso lo callará —reconoció Damen—. ¿Y si lo dejáis estar y me lo llevo de vuelta al cuartel?

No fue el tamaño de Damen lo que los detuvo. No fue la espada que tenía en la mano con aire despreocupado. Si aquellos hombres de verdad hubiesen querido pelear, había espadas de sobra, piezas de armadura que podían arrojarse y repisas desequilibradas para transformar aquello en una pelea larga y absurda. Pero cuando el líder de los hombres vio el collar de oro de Damen, extendió el brazo y detuvo a los otros.

En ese momento Damen comprendió cómo irían las cosas en aquella campaña: los hombres del regente tomarían el control; Aimeric y los hombres del príncipe serían los blancos, porque no tenían a nadie a quien quejarse, excepto a Govart, que también los abofetearía. Govart, el matón favorito del regente, enviado allí para mantener a raya a los hombres del príncipe. Pero Damen era diferente. Damen era intocable, pues tenía una línea de comunicación directa con el príncipe.

Esperó. Los hombres, reacios a desafiar abiertamente al príncipe, optaron por la discreción: el hombre que había dejado sin sentido a Aimeric asintió despacio, y el trío se alejó. Damen los observó partir.

Se volvió hacia Aimeric; se fijó en la finura de su piel y en la elegancia de sus muñecas. No era raro que los hijos más jóvenes de la nobleza buscasen un puesto en la guardia real para intentar hacerse un nombre. Pero por lo que Damen había visto, los hombres de Laurent estaban hechos de una pasta más dura. Era probable que Aimeric estuviera tan fuera de lugar entre ellos como parecía.

Le tendió la mano. Aimeric la ignoró y se levantó.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho?

—Diecinueve —repuso Aimeric.

Alrededor de la nariz destrozada, se veía un rostro aristocrático de huesos finos, cejas oscuras con una forma preciosa y pestañas largas y negras. Era más guapo de cerca. Reparó en su boca, bonita hasta manchada por la sangre que le caía de la nariz.

—Nunca es recomendable empezar una pelea. Y menos cuando es contra tres y eres de los que caen al primer puñetazo —le aconsejó.

—Si me caigo, me vuelvo a levantar. No me da miedo que me golpeen —espetó Aimeric.

—Bien, porque como insistas en provocar a los hombres del regente vas a recibir bastantes golpes. Inclina la cabeza hacia atrás.

Aimeric lo miró fijamente con la mano en la nariz, llena de sangre.

—Eres la mascota del príncipe. Lo sé todo de ti.

—Si no vas a inclinar la cabeza hacia atrás, ¿qué tal si vamos a buscar a Paschal para que te dé un ungüento perfumado?

El joven no se movió.

—No aguantaste los latigazos como un hombre. Te fuiste de la lengua y te chivaste al regente. Le pusiste la mano encima. Mancillaste su reputación. Luego, intentaste huir y, aun así, intercedió en tu favor, porque nunca entregaría a un miembro de su casa a la regencia, ni siquiera a alguien como tú.

Damen se quedó muy quieto. Miró el rostro joven y ensangrentado del chico y se recordó a sí mismo que Aimeric había estado dispuesto a llevarse una paliza de tres hombres para defender el honor de su príncipe. Lo habría llamado amor juvenil no correspondido si no hubiera sido porque había visto el reflejo de algo similar en Jord, en Orlant y, a su manera, hasta en la tranquilidad de Paschal.

Damen pensó en el revestimiento de marfil y oro que ocultaba una criatura falsa y egoísta en la que no se podía confiar.

—¿Por qué le eres tan leal?

—Yo no soy un renegado canalla akielense —le soltó Aimeric.

Damen entregó el inventario a Rochert y la Guardia del Príncipe emprendió la tarea de preparar las armas, las armaduras y los carros para partir a la mañana siguiente. Era una labor de la que deberían haberse ocupado los hombres del regente antes de su llegada; pero de los ciento cincuenta designados para marchar con el príncipe, menos de dos docenas habían acudido en su ayuda.

Damen se unió al trabajo, donde era el único que olía a ungüento y canela en cantidad. La única contractura que quedaba en su espalda se debía a que el alcaide del castillo había ordenado que se presentase en el torreón cuando acabase.

Al cabo de más o menos una hora, Jord lo abordó.

—Aimeric es joven. Dice que no volverá a pasar —le informó Jord.

Se abstuvo de decir que volvería a pasar y que, en cuanto las dos facciones de este campamento la tomasen la una con la otra, su campaña

habría terminado.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó en su lugar.

—En uno de los establos, enterrado hasta la cintura en el mozo de cuadra —especificó Jord—. El príncipe lo está esperando en el cuartel. De hecho… Me han enviado para decirte que fueses a buscarlo.

—A los establos —dijo Damen. Miró fijamente a Jord sin dar crédito.

—Mejor tú que yo —contestó el guardia—. Búscalo en la parte de atrás. Después, preséntate en la fortaleza.

Fue una larga caminata por dos patios desde el cuartel hasta los establos. Damen esperaba que Govart hubiera terminado cuando llegase, pero como no podía ser de otro modo, no había acabado. Los establos contenían los silenciosos ruidos de los caballos durante la noche, pero aun así, Damen lo oyó antes de verlo: los sonidos suaves y rítmicos procedentes de la parte de atrás, tal como había predicho Jord con acierto.

Damen comparó la reacción de Govart a una interrupción con la de Laurent por hacerlo esperar. Empujó la puerta del compartimento.

Dentro, no había duda de que Govart estaba empotrando al mozo de cuadra contra la pared del fondo. Los pantalones del chico estaban hechos un ovillo arrugado encima de un montón de paja, no lejos de los pies de Damen. Sus piernas desnudas estaban muy separadas y tenía la camisa abierta y levantada por la espalda. Su rostro descansaba contra las tablas de madera rugosa. Govart lo agarraba del pelo con el puño para que no se moviera de ahí. Él estaba vestido. Se había desatado los pantalones lo justo para sacarse el miembro.

Govart se detuvo lo suficiente para mirar de reojo.

—¿Qué pasa? —preguntó, y continuó sin pudor. El mozo, al ver a Damen, reaccionó de manera diferente y se revolvió.

—Para —suplicó el mozo—. Para. Nos está mirando…

—Tranquilo. Solo es la mascota del príncipe.

Govart tiró de la cabeza del chico hacia atrás para dar énfasis.

—El príncipe te reclama —le informó Damen.

—Puede esperar —repuso Govart.

—No, no puede.

—¿Acaso ha ordenado que deje de penetrar al chico? ¿Y que vaya a verlo con la polla dura? —Govart sonrió y dejo a la vista los dientes—. ¿No crees que este rollo de ser demasiado estirado para follar es solo teatro y que en verdad es un calientapollas que quiere rabo?

Damen notó que la ira se instalaba en su interior, sentía su peso tangible. Identificó un eco de la impotencia que Aimeric habría experimentado en la armería, pero él no era un chiquillo inmaduro de diecinueve años que nunca había visto una pelea. Sus ojos impasibles recorrieron el cuerpo semidesnudo del mozo. Supo que de un momento a otro, en ese pequeño y polvoriento compartimento, le devolvería a Govart todo lo que le debía por haber violado a Erasmus.

—Tu príncipe te ha dado una orden —insistió.

Govart se anticipó a Damen y empujó al mozo con fastidio.

—Joder, no puedo correrme así —refunfuñó mientras se la volvía a guardar. El caballerizo se tambaleó algunos pasos y tomó aire.

—En el cuartel —añadió Damen, y soportó el golpe del hombro de Govart contra el suyo cuando salió a grandes zancadas.

El muchacho miraba fijamente a Damen y respiraba con dificultad. Estaba apoyado en la pared con una mano; la otra estaba entre sus piernas con airado recato. Sin hablar, Damen agarró los pantalones del chico y se los arrojó.

—Me iba a pagar un sol de cobre —confesó el mozo, ceñudo.

—Hablaré con el príncipe —le aseguró Damen.

Llegó el momento de presentarse ante el castellano, que lo condujo escaleras arriba y por todo el camino hasta el dormitorio.

No estaba tan decorado como los aposentos del palacio de Arles. Las paredes eran gruesas y de piedra labrada. Las ventanas eran de vidrio esmerilado, con celosías entrecruzadas. La oscuridad reinaba en el exterior, por lo que no se veía nada a través de ellas, pero reflejaban las sombras del cuarto. Un friso de hojas de parra recorría la habitación. Había una chimenea esculpida en la que ardía un fuego y lámparas y tapices en las paredes. Percibió con alivio los cojines y las sedas de un catre aparte para el esclavo. La recargada opulencia del lecho dominaba la estancia.

Las paredes alrededor de la cama estaban cubiertas con paneles de madera oscura tallada. En ellas se representaba una escena de caza en la que un jabalí estaba sujeto por la punta de una lanza que le atravesaba el cuello. No había ni rastro del blasón azul y dorado en forma de estrella. Las cortinas eran de un rojo sangre.

—Estos son los aposentos del regente —dedujo Damen. Había algo inquietante y transgresor en la idea de dormir en la alcoba asignada al tío de Laurent—. ¿El príncipe se queda aquí a menudo?

El castellano se confundió; creyó que estaba hablando de la fortaleza, no del cuarto.

—Muy de vez en cuando. Él y su tío venían mucho por aquí durante los dos primeros años después de Marlas. A medida que creció, el príncipe perdió el gusto por evadirse aquí. Ya casi nunca viene a Chastillon.

Por orden del alcaide del castillo, los criados le llevaron pan y carne. Comió. Retiraron los platos y llevaron una jarra con un contorno precioso y copas y, quizá sin querer, se dejaron el cuchillo. Damen lo miró y pensó en lo que habría dado por un descuido como ese cuando estuvo atado en Arles: lo habría cogido y lo habría usado para escapar de palacio.

Se sentó a esperar.

Encima de la mesa que tenía delante había un mapa detallado de Vere y Akielos: cada colina y cada cresta, cada pueblo y cada fortaleza estaban señalados con esmero. El río Seraine serpenteaba hacia el sur, pero ya sabía que no estaban siguiendo su curso. Puso la yema del dedo en Chastillon y trazó un posible camino a Delpha, al sur a través de Vere. Llegó a la línea que marcaba las lindes de su país. Le chirriaba que todos los topónimos estuvieran escritos en vereciano: Achelos, Delfeur.

En Arles, el regente había enviado a sicarios a matar a su sobrino. Con una copa envenenada y a punta de espada. Lo que pasaba aquí no era eso. Junta a dos compañías rivales, ponlas al servicio de un capitán intolerante y partidista y dale el resultado a un príncipe y comandante inmaduro. El grupo se dividiría.

Y probablemente no había nada que Damen pudiese hacer para impedirlo. Iba a ser una travesía que minaría la moral; la emboscada que con toda seguridad les aguardaba en la frontera devastaría a una compañía ya de por sí desorganizada y echada a perder por disputas internas y un liderazgo negligente. Laurent era el único contrapeso del regente y Damen haría todo lo que le había prometido para mantenerlo con vida. Sin embargo, la cruda realidad de la expedición a la frontera era que parecía la última jugada de un juego que ya había terminado.

Fuese cual fuese el asunto que Laurent se traía entre manos con Govart, lo mantuvo ocupado hasta bien entrada la noche. Los ruidos de la fortaleza se silenciaron, las llamas titilantes se oían en el hogar.

Damen se sentó y esperó, con las manos ligeramente entrelazadas. Los sentimientos que la libertad —la ilusión de libertad— despertaba en él eran extraños. Pensó en Jord, en Aimeric y en todos los hombres de Laurent trabajando toda la noche para prepararse con el fin de salir temprano. Había

criados en la fortaleza y no deseaba que Laurent volviese. Pero mientras esperaba en los aposentos vacíos, con la lumbre parpadeando en el hogar y recorriendo con los ojos las cuidadosas líneas del mapa, fue consciente, como rara vez lo había sido durante su cautiverio, de que estaba solo.

Laurent entró, y Damen se puso en pie. Se atisbaba a Orlant en la puerta, detrás de él.

—Puedes irte. No necesito escolta en la puerta —lo dispensó Laurent.

El hombre asintió y la puerta se cerró.

—Te he dejado para el final —dijo Laurent.

—Le debéis un sol de cobre al mozo de cuadra —le informó Damen.

—El caballerizo debería aprender a exigir el pago antes de ponerse a cuatro patas.

Con total tranquilidad, Laurent agarró la jarra y una copa y se sirvió un trago. Damen no pudo evitar mirar la copa y recordar la última vez que habían estado juntos y a solas en los aposentos del príncipe.

Sus tenues cejas se arquearon durante un instante.

—Tu virtud está a salvo. Solo es agua. Probablemente. —Laurent dio un sorbo y bajó la copa, que asía con sus delicados dedos. Miró la silla, tal como haría un anfitrión para ofrecer un asiento, y añadió, como si las palabras lo divirtiesen—: Ponte cómodo. Pasarás la noche aquí.

—¿Sin ataduras? —se extrañó Damen—. ¿No creéis que voy a intentar escapar, pero no sin antes detenerme únicamente a mataros?

—No hasta que nos acerquemos a la frontera —repuso Laurent.

Le devolvió la mirada sin inmutarse. Tan solo se oían los chasquidos y el crepitante fuego.

—Va a ser verdad que tenéis hielo en las venas —dijo Damen.

Laurent devolvió la copa a la mesa con cuidado y cogió el cuchillo.

Era un arma afilada, hecha para cortar carne. Damen notó que se le aceleraba el pulso a medida que Laurent se acercaba. Solo unas noches atrás lo había visto degollar a un hombre y derramar sangre tan roja como la seda sobre la cama de la habitación. Se estremeció cuando los dedos de Laurent tocaron los suyos y apretaron la empuñadura del cuchillo en su mano. Laurent le aferró la muñeca por debajo de la esposa de oro, apretó con fuerza y empujó el arma hacia delante, de modo que apuntase a su abdomen. La punta de la hoja presionó ligeramente sus vestiduras principescas de color azul oscuro.

—Me has oído decirle a Orlant que se vaya —declaró Laurent.

Damen sintió que la mano del príncipe se deslizaba de su muñeca a sus dedos. Su agarre se intensificó.

—No voy a perder el tiempo con poses y amenazas. ¿Qué tal si aclaramos cuáles son tus intenciones? —sugirió.

Estaba bien colocado, justo debajo de la caja torácica. Lo único que tenía que hacer era inclinarlo hacia arriba y presionar.

Era exasperante lo seguro que estaba de sí mismo al demostrar que estaba en lo cierto. Le entraron unas ganas enormes de acabar con él: no era tanto un deseo de violencia como un deseo de clavar el cuchillo en el aplomo de Laurent, de obligarlo a mostrar algo que no fuera fría indiferencia.

—Seguro que todavía hay criados que están despiertos. ¿Cómo sé que no vais a gritar? —observó Damen.

—¿Tengo pinta de ser de los que gritan?

—No voy a usar el cuchillo —contestó—. Pero si estáis dispuesto a dejarlo en mi mano, subestimáis cuánto quiero usarlo.

—No —repuso Laurent—. Sé exactamente lo que es querer matar a un hombre y esperar.

Damen retrocedió y bajó el arma. Sus nudillos seguían apretados a su alrededor. Se miraron de hito en hito.

—Cuando termine la campaña, creo que si eres un hombre y no un gusano, intentarás cobrarte venganza por lo que te ha pasado. Es lo que espero. Ese día, tiraremos los dados y veremos cómo caen. Hasta entonces, me servirás. Y que te quede una cosa clara: espero que me obedezcas. Estarás bajo mis órdenes. Si te opones a lo que se te mande, oiré argumentos razonables en privado, pero si desobedeces una orden una vez dada, te enviaré de vuelta al poste a que te azoten —explicó Laurent.

—¿He desobedecido alguna orden?

El príncipe le dedicó otra de sus miradas largas y extrañamente penetrantes.

—No —consideró Laurent—. Has sacado a Govart de los establos para que hiciera sus tareas y has rescatado a Aimeric de una refriega.

—Tenéis a todos los demás trabajando hasta el alba para preparar la partida de mañana. ¿Qué hago yo aquí? —preguntó Damen.

Otra pausa. Laurent volvió a señalar la silla. Esa vez, Damen siguió su sugerencia y se sentó. El príncipe ocupó la silla de enfrente. El mapa, con sus elaborados detalles, estaba desplegado en la mesa que los separaba.

—Me dijiste que conocías la zona —le recordó Laurent.

Capítulo dos

MUCHO ANTES DE PARTIR a la mañana siguiente, resultó obvio que el regente había escogido a los peores hombres que encontró para marchar con su sobrino. Asimismo, fue evidente que estaban apostados en Chastillon para ocultar a la corte su pésima calidad. Ni siquiera eran soldados adiestrados, sino mercenarios y guerreros de segunda o tercera clase en su mayoría.

Con gentuza como esta, la cara bonita de Laurent le estaba haciendo un flaco favor. Damen oyó un montón de calumnias e insinuaciones maliciosas antes siquiera de ensillar su caballo. No era de extrañar que Aimeric se hubiese enfadado; hasta a Damen, que no tenía nada en contra de que los hombres difamasen a Laurent, le molestaba. Era irrespetuoso hablar así de un comandante. «Este lo que necesita es una buena polla para relajarse», oyó. Damen tiró con demasiada fuerza de la cincha del caballo.

Tal vez no estaba de humor. La noche anterior había sido rara. Estuvo sentado delante de un mapa frente a Laurent, respondiendo preguntas.

El fuego ardía débilmente en la chimenea, las brasas estaban calientes. «Me dijiste que conocías la zona», le recordó Laurent, y Damen encaró una noche en la que proporcionó datos tácticos a un enemigo al que quizá se enfrentaría algún día, país contra país, rey contra rey.

Y ese era el mejor resultado posible: partía de la base de que Laurent derrotaría a su tío y Damen volvería a Akielos a reclamar su trono.

—¿Tienes alguna objeción? —le preguntó Laurent.

Damen inspiró hondo. Un Laurent fuerte significaba un regente debilitado, y si Vere estaba distraída con una riña familiar por la sucesión, Akielos saldría beneficiada.

Empezó a hablar lentamente.

Conversaron sobre el terreno en la frontera y de la ruta que tomarían para llegar hasta allí. No cabalgarían en línea recta hacia el sur. En su lugar, harían una expedición de dos semanas rumbo al sudoeste por las provincias verecianas de Varenne y Alier, un trayecto que circundaría la frontera montañosa vaskiana. Era un desvío del camino directo que había planeado el

regente, y Laurent ya había enviado jinetes para avisar a las fortalezas. Damen pensó que el príncipe estaba ganando tiempo prorrogando la salida lo máximo posible.

Hablaron de los aspectos positivos de las defensas de Ravenel en comparación con las de Fortaine. No parecía que Laurent tuviese sueño. No miró la cama ni una sola vez.

A medida que transcurría la noche, Laurent cambió su actitud circunspecta por una postura tranquila y jovial: se llevó la rodilla al pecho y la rodeó con el brazo. La mirada de Damen se vio atraída por la disposición relajada de los miembros del vereciano: la muñeca en equilibrio sobre la rodilla, los huesos largos y las delicadas articulaciones. Percibía una tensión latente pero en aumento. Tenía la sensación de que estaba esperando… esperando a que ocurriese algo, sin saber a ciencia cierta qué. Era como estar solo en un foso con una serpiente: la serpiente podía relajarse; él no.

Más o menos una hora antes del amanecer, Laurent se levantó.

—Hemos terminado por esta noche —se limitó a decir. Luego, para sorpresa de Damen, fue a encargarse de los preparativos de la mañana. Le comunicaron con acritud que lo llamarían cuando fuese necesario.

El gobernador del castillo lo reclamó horas después. Damen aprovechó para echar una cabezadita. Se retiró a su catre y cerró los ojos. La próxima vez que vio a Laurent estaba en el patio, cambiado y con la armadura puesta. Parecía sereno y listo para montar. Si el príncipe había dormido, no había sido en la cama del regente.

Hubo menos retrasos de los que Damen esperaba. La llegada de Laurent antes del alba, con sus comentarios malintencionados e hirientes, agudizados por una noche en blanco, bastó para sacar a los hombres del regente de la cama y que formasen algo parecido a filas.

Partieron.

No fracasaron de inmediato.

Cabalgaron por prados extensos y verdes, perfumados por flores blancas y amarillas. Govart, ordinario e imponente, iba a la cabeza en un caballo de batalla y a su lado, joven, elegante y dorado, estaba el príncipe. Laurent parecía un mascarón, vistoso e inútil. Govart no había recibido ni el más mínimo castigo por llegar tarde por estar con el caballerizo. Tampoco les había pasado nada a los hombres del regente por eludir su deber la noche anterior.

Había doscientos hombres en total, seguidos por criados, carros, suministros y caballos adicionales. No había ganado, como correspondería a un ejército mayor en campaña. Eran una tropa pequeña que tenía el lujo de efectuar varias paradas para repostar de camino a su destino. Nadie los acompañaba.

Pero llevaban casi medio kilómetro de retraso por culpa de los rezagados. Govart envió a jinetes de la vanguardia al final de la fila para gritarles que espabilaran, lo que provocó un pequeño alboroto entre los caballos, aunque ninguna mejora perceptible en el avance. Laurent lo vio todo, pero no hizo nada al respecto.

Montar el campamento llevó varias horas; era demasiado. El tiempo perdido fue tiempo robado del descanso, y eso que los hombres del príncipe se habían pasado la mitad de la noche anterior despiertos. Govart daba órdenes básicas, pero no parecían importarle las tareas más delicadas y elaboradas. Entre los hombres del príncipe, Jord asumió la mayoría de las responsabilidades del capitán, como había hecho la noche anterior. Damen estaba a sus órdenes.

Algunos hombres del regente se aplicaban a fondo simplemente porque había trabajo que hacer, pero era más porque su carácter los empujaba a ello que porque fueran disciplinados o cumpliesen órdenes. Estaban poco organizados y no tenían una jerarquía, de modo que un hombre podía escaquearse si le apetecía, pues la única consecuencia era la creciente animadversión de los que lo rodeaban.

Iban a pasar dos semanas así y, luego, pelearían. Damen apretó los dientes, agachó la cabeza y prosiguió con el trabajo que le habían encomendado. Se ocupó de su caballo y de su armadura. Montó la tienda del príncipe. Transportó provisiones y acarreó agua y leña. Se bañó con los hombres. Se alimentó. La comida estaba rica. Algunas cosas se hacían bien. Enseguida, los centinelas y los batidores estaban apostados y ocuparon su posición con la misma profesionalidad que los guardias que lo custodiaban en palacio. La ubicación del campamento estaba bien elegida.

Se dirigía a ver a Paschal cuando oyó a Orlant detrás de una lona.

—Deberías decirme quiénes lo hicieron para que podamos hacernos cargo.

—Eso da igual. Fue culpa mía. Ya te lo he dicho.

El tono insistente de Aimeric era inconfundible.

—Rochert vio a tres hombres del regente saliendo de la armería. Dijo que uno de ellos era Lazar.

—Fue culpa mía. Yo provoqué el ataque. Lazar estaba insultando al príncipe…

Damen suspiró, se volvió y fue a buscar a Jord.

—Tal vez deberías hablar con Orlant.

—¿Por?

—Porque ya te he visto disuadirlo de meterse en peleas.

El hombre con el que Jord estaba hablando le dedicó una mirada desagradable a Damen cuando este se marchó.

—Me he enterado de que eres un chismoso. ¿Qué vas a hacer mientras Jord detiene la pelea?

—Darme un masaje —respondió Damen, lisa y llanamente.

Se presentó como un tonto ante Paschal. Y de ahí se fue a ver a Laurent.

La tienda era muy grande. Lo bastante como para que Damen, que era alto, se moviese con soltura por su interior sin tener que echar miradas nerviosas hacia arriba para no chocarse con ningún objeto. Las paredes de lona estaban cubiertas con colgaduras de un azul y un crema intensos, veteadas de hilo dorado, y muy por encima de su cabeza colgaban del techo pliegues bordados con seda trenzada.

Laurent estaba sentado en la entrada, acondicionada con sillas y una mesa de recepción para las visitas. Se asemejaba mucho a la tienda de un campamento militar. Estaba hablando de armamento con uno de los sirvientes más desaliñados. Bueno, más bien escuchaba; no hablaba. Le hizo un gesto a Damen para que esperase dentro.

Los braseros calentaban la tienda, que además estaba iluminada por velas. En primer término, Laurent seguía hablando con el criado. Oculto en la parte de atrás estaba el dormitorio, donde había un montón de cojines, sedas y ropa de cama envuelta. Y, claramente separado, su catre de esclavo.

Laurent despidió al sirviente y se levantó. Damen desvió los ojos de las sábanas y miró al príncipe. Halló un silencio que se prolongó mientras los fríos ojos azules de Laurent le observaban.

—¿Y bien? Sírveme —le urgió el vereciano.

—¿Que os sirva? —preguntó Damen.

Las palabras calaron en él. Se sintió como en la arena de entrenamiento, cuando no quiso acercarse a la cruz.

—¿Ya no te acuerdas? —indagó Laurent.

—La última vez no acabó bien —razonó.

—Pues compórtate mejor —le aconsejó el príncipe.

Le dio la espalda con total tranquilidad y esperó. Los cordones de su túnica con brocado empezaban en la nuca y bajaban en una sola línea por la espalda. Era una estupidez temer aquello. Damen se acercó.

Para desatarle la prenda tenía que levantar los dedos y apartar a un lado las puntas del cabello dorado, suave como el pelaje de un zorro. Cuando lo hizo, Laurent inclinó ligeramente la cabeza para darle mejor acceso.

Era el deber habitual de un criado personal vestir y desvestir a su amo. Laurent aceptó el servicio con la indiferencia de quien está acostumbrado a que lo atiendan. La abertura de la túnica se amplió y reveló una camisa blanca que le daba calor y se le pegaba a la piel por el peso de la ropa de encima más el de la armadura. La piel de Laurent y el color de la camisa eran exactamente del mismo tono suave de blanco. Damen le quitó el traje por los hombros y, por un breve instante, sintió bajo las manos la fuerte tensión y la tirantez de la espalda de Laurent.

—Así está bien —dijo Laurent. Se apartó y arrojó la prenda a un lado—. Siéntate en la mesa.

Sobre ella estaba el mapa de siempre, sujeto por tres naranjas y una copa. Laurent se arrellanó en la silla de enfrente de Damen con su conjunto informal de camisa y pantalón. Tomó una naranja y comenzó a pelarla. Una esquina del mapa se enrolló.

—Cuando luchamos contra Akielos en Sanpelier, hubo una maniobra que atravesó nuestro flanco oriental. ¿Cómo lo hicisteis? —exigió saber Laurent.

A la mañana siguiente, el campamento amaneció temprano y Jord le pidió a Damen que fuera al campo de entrenamiento improvisado junto a la tienda de la armería.

En principio, era una decisión acertada. Damen y los soldados verecianos tenían estilos diferentes y podían aprender mucho los unos de los otros. A Damen sin duda le gustaba la idea de volver a entrenar con regularidad, y si Govart no los instruía, una reunión informal serviría.

Cuando llegó a la tienda de la armería, se tomó un momento para examinar el campo. Los hombres del príncipe estaban entrenando con espadas, y sus ojos avistaron a Jord y Orlant, y luego a Aimeric. No había muchos hombres del regente entre ellos, pero sí uno o dos, incluido Lazar.

La noche anterior no se produjo ningún altercado, y Orlant y Lazar estaban a unos cien pasos el uno del otro sin indicios de heridas. No obstante, eso significaba que Orlant aún no se había resarcido a gusto de su agravio.

Así que, cuando abandonó lo que estaba haciendo y se acercó, Damen se encontró cara a cara con un desafío que debería de haber previsto.

Agarró la espada de entrenamiento de madera por acto reflejo cuando Orlant se la lanzó.

—¿Eres bueno?

—Sí —aseveró Damen.

Vio en su mirada lo que se proponía. Los demás se fijaron en ellos y dejaron de entrenar.

—Esto no es una buena idea —comentó Damen.

—Cierto. No te gusta pelear —convino Orlant—. Tú eres más de ir por detrás.

La espada era un arma de entrenamiento, de madera del pomo a la punta y con la empuñadura envuelta en cuero para asirla de ahí. Damen sintió su peso en la mano.

—¿Te da miedo practicar? —preguntó Orlant.

—No —afirmó.

—Entonces ¿qué pasa? ¿No sabes luchar? —continuó el guardia—. ¿O es que solo estás aquí para follarte al príncipe?

Damen atacó. Orlant se defendió y, al instante, se vieron inmersos en el toma y daca de un feroz intercambio de golpes. Las espadas de madera no acostumbraban a asestar golpes fatales, pero podían dejar moretones y romper huesos. Orlant lo tenía presente mientras luchaba: arremetía sin contención. Después de dar la primera embestida, Damen retrocedió un paso.

Era el típico enfrentamiento que tenía lugar en batalla —rápido y duro—, no en un duelo, donde los primeros combates solían ser experimentales, comedidos y de prueba, sobre todo cuando no se conocía al adversario. Aquí las espadas chocaban, y la lluvia de golpes solo se detenía por un segundo y de vez en cuando para luego retomarla sin demora.

Orlant era bueno. Estaba entre los mejores hombres del campo, un honor que compartía con Lazar, Jord y uno o dos hombres más del príncipe. Damen los conocía a todos de sus semanas de cautiverio. Imaginó que debía de halagarlo que Laurent hubiese puesto a sus mejores espadachines para vigilarlo en palacio.

Llevaba más de un mes sin empuñar una espada. Parecía que había pasado más tiempo desde ese día; ese día en Akielos en que fue lo bastante ingenuo como para pedir ver a su hermano. Un mes, pero estaba acostumbrado a entrenar a fondo varias horas al día, una rutina que empezó en su más tierna

infancia, en la que un descanso de un mes no era nada. Ni siquiera permitía que se ablandaran los callos que salían de manejar la espada.

Echaba de menos luchar. Algo muy dentro de él se sentía realizado con el trabajo físico, centrándose en un arte y en alguien concretos, atacando y contraatacando a tal velocidad que el pensamiento se convertía en instinto. Sin embargo, el estilo de lucha vereciano era lo bastante diferente como para limitarse a reaccionar de manera mecánica, y Damen experimentó una sensación que era en parte alivio y en parte pura diversión al tiempo que ejercía un gran y meticuloso autocontrol.

Al cabo de uno o dos minutos, Orlant se apartó y maldijo.

—¿Vas a luchar conmigo o qué?

—Has dicho que estábamos practicando —replicó Damen en tono neutro.

Orlant arrojó la espada, dio dos pasos hacia uno de los espectadores y desenvainó unos setenta centímetros de una espada recta de acero pulido que blandió sin rodeos con velocidad asesina y llevó al cuello de Damen.

No hubo tiempo para pensar. No hubo tiempo para considerar si Orlant tenía la intención de detener el golpe o si de verdad quería partir a Damen en dos. No podría rechazar el ataque. Con su peso y su potencia, Orlant rompería una espada de madera con la misma facilidad con la que cortaría mantequilla.

Damen se movió más rápido que el mandoble de espada y no paró, siempre al alcance de Orlant. Inmediatamente después la espalda de Orlant chocó contra la tierra, el aire salió con ímpetu de su pecho y la punta de la espada de Damen estaba en su garganta.

A su alrededor, la zona de entrenamiento se había quedado muda.

Damen retrocedió. El guardia se levantó despacio. Su espada yacía en el suelo.

Nadie hablaba. Orlant miraba alternativamente su espada en el suelo y a Damen, pero aparte de eso, no se movía. Damen sintió la mano de Jord en su hombro, desvió la mirada de Orlant para fijarla en la dirección que Jord le señalaba fugazmente con el mentón.

El príncipe había entrado en la zona de entrenamiento y estaba de pie cerca, junto a la tienda de armas, observándolos.

—Te estaba buscando —le informó Jord.

Damen entregó su espada y fue con él.

Cruzó la hierba alta. Laurent no hizo el menor esfuerzo por unirse a él a medio camino, sino que se limitó a esperarlo. Se levantó una brisa. La bandera de la tienda ondeaba con violencia.

—¿Me buscabais?

Laurent no respondió, y Damen no conseguía descifrar su expresión.

—¿Pasa algo? —preguntó Damen.

—Eres mejor que yo.

Damen no pudo evitar que la diversión asomase en su rostro ni mirarlo de arriba abajo y de abajo arriba, lo que quizá fue un poco ofensivo. No, en serio, lo fue.

Laurent se sonrojó. Un rubor intenso tiñó sus mejillas y un músculo se tensó en su mandíbula al reprimir lo que sentía a la fuerza. Damen nunca lo había visto reaccionar así y no pudo aguantarse las ganas de pincharlo un poco más.

—¿Por qué? ¿Queréis entrenar? Será un combate amistoso —le propuso Damen.

—No —articuló el príncipe.

Lo que hubiese pasado entre ellos después de esa contestación fue interrumpido por Jord, que venía con Aimeric.

—Alteza. Disculpad, si necesitáis estar más rato con…

—No —atajó Laurent—. Hablaré contigo. Acompáñame de vuelta al campamento principal.

Se fueron juntos y dejaron a Damen con Aimeric.

—Te odia —celebró el muchacho.

Tras un día de marcha, Jord fue a buscarlo.

A Damen le caía bien. Le gustaba su pragmatismo y lo responsable que se sentía de los hombres a todas luces. Fuese cual fuese su origen, Jord poseía las cualidades de un buen líder. A pesar de todas las tareas adicionales que estaba asumiendo, todavía sacaba tiempo para hablar con él.

—Quiero que sepas —empezó a decir el guardia— que cuando esta mañana te pedí que te unieras a nosotros no fue para darle ocasión a Orlant de…

—Lo sé —lo tranquilizó Damen.

Jord asintió despacio.

—Siempre que quieras practicar, me sentiré honrado de combatir contra ti. Soy mucho mejor que Orlant.

—También lo sé —le aseguró.

Recibió lo más parecido a una sonrisa que Jord le había ofrecido jamás.

—No luchaste tan bien contra Govart.

—Cuando luché con Govart —rememoró Damen—, tenía los pulmones llenos de chalis.

Jord volvió a asentir lentamente.

—No sé muy bien cómo va en Akielos —dijo Jord—, pero… no deberías tomar esas cosas antes de una pelea. Ralentiza los reflejos. Merma las fuerzas. Te lo digo como amigo.

—Gracias —dijo Damen al cabo de un rato demasiado largo.

Cuando pasó, volvía a tratarse de Lazar y de Aimeric. Era la tercera noche de viaje y estaban acampados en la fortaleza de Bailleux, un edificio destartalado con un nombre pomposo. Los alojamientos eran tan deplorables que los hombres se negaban a dormir en el caserón y hasta Laurent se quedó en su magnífica tienda en vez de pasar la noche dentro; pero había algunos criados de servicio, y la fortaleza formaba parte de una red de aprovisionamiento que permitía a los hombres reabastecerse.

Aun así, la pelea estalló y, para cuando se enteraron, Aimeric estaba en el suelo con Lazar sobre él. Esta vez estaba sucio, pero no sangraba. El azar quiso que Govart se interpusiese, y vaya si lo hizo: levantó a Aimeric de mala manera y, acto seguido, le cruzó la cara con el dorso de la mano por meterse en líos. Govart fue uno de los primeros en llegar, pero para cuando Aimeric estaba de pie palpándose la mandíbula, una multitud considerable ya se había congregado allí atraída por el barullo.

La casualidad quiso que fuese noche cerrada y que la mayor parte del trabajo del día estuviese hecha, lo que proporcionaba a los hombres tiempo libre para juntarse.

Jord tuvo que sujetar a Orlant, y Govart no ayudó al mandar a Jord a mantener a sus hombres a raya. Sostenía que Aimeric no estaba allí para recibir un trato especial y que si alguien tomaba represalias contra Lazar, acabaría en el poste de los azotes. La violencia se deslizó por los hombres como gasolina a la espera de una llama, y si Lazar hubiese intentado atacar, habría prendido. Pero dio un paso atrás y tuvo la bondad —o el sentido común— de parecer preocupado y no contento por la resolución de Govart.

De algún modo, Jord se las ingenió para que reinase la paz, pero cuando los hombres se dispersaron, rompió del todo la cadena de mando y se fue directo a la tienda de Laurent.

Damen esperó a que saliese. Luego respiró hondo y se encaminó hacia la entrada.

Cuando entró en la tienda, el príncipe le dijo:

—Crees que debería haber echado a Lazar. Jord también me lo ha dicho.

—Lazar es un espadachín aceptable y uno de los pocos hombres de vuestro tío que trabaja en serio. Creo que deberíais haber echado a Aimeric.

—¿Por qué?

Laurent se extrañó.

—Es muy joven. Muy guapo. Busca pelea. No he venido aquí a hablar de él, pero ya que me preguntáis lo que pienso, os lo diré: Aimeric se mete en líos, y cualquier día de estos dejará de haceros ojitos y vendrá otro a follárselo, y será peor.

Laurent lo consideró.

—No puedo echarlo. Su padre es el consejero Guion, nuestro embajador en Akielos —dijo en su lugar.

Damen lo miró fijamente. Pensó en Aimeric defendiendo a Laurent en la armería y agarrándose la nariz llena de sangre.

—¿Y cuál de los castillos de la frontera es el de su padre? —preguntó con calma.

—Fortaine —respondió Laurent en el mismo tono.

—¿Estáis usando a un chaval para ganaros el favor de su padre?

—Aimeric no es un niño atraído con una golosina. Es el cuarto hijo de Guion. Sabe que estar aquí divide la lealtad de su padre. Por eso, en parte, se unió a mí. Quiere llamar su atención —explicó Laurent—. Si no has venido a hablar de Aimeric, ¿por qué estás aquí?

—Me dijisteis que si tenía dudas o inconvenientes, oiríais mis razones en privado —dijo Damen—. He venido a hablar de Govart.

El vereciano asintió despacio.

Damen recordó los días de instrucción chapucera. La pelea de esta noche había sido la excusa perfecta para que un capitán interviniese y asumiera las riendas del campamento impartiendo exactamente los mismos castigos y lanzando el mensaje de que no se consentirían actos violentos de ningún bando. En cambio, la situación empeoró. Fue honesto.

—Sé que, por alguna razón, le habéis dado carta blanca a Govart. Tal vez esperáis que meta la pata, o que cuantos más problemas cause, más fácil será echarlo. Pero las cosas no están yendo así. Ahora los hombres están molestos con él, pero por la mañana, lo estarán con vos por no dominarlo. Tiene que someterse a vuestra autoridad cuanto antes y tenéis que castigarlo por no acatar órdenes.

—Pero sí que está acatando órdenes —replicó Laurent. Al ver la reacción de Damen añadió—: Simplemente no son las mías.

Al menos estaba en lo cierto. No obstante, se preguntaba qué órdenes le habría dado el regente a Govart. «Haz lo que quieras y no escuches a mi sobrino», pensó. Algo así debió de decirle.

—Sé que sois capaz de llevaros a Govart a vuestro terreno sin que se vea como un ataque a vuestro tío. No me creo que temáis a Govart. De ser así, nunca habríais hecho que me enfrentase a él en el círculo. Si os da miedo…

—Basta —lo interrumpió Laurent.

Damen apretó los dientes.

—Cuanto más dure esto, más os va a costar recuperar el respeto de los hombres de vuestro tío. Ya hablan de vos como…

—He dicho que basta —insistió el príncipe.

Damen guardó silencio. Requirió un gran esfuerzo por su parte. Laurent lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Por qué me das buenos consejos? —preguntó el príncipe.

«¿No fue por eso por lo que me trajisteis con vos?». En vez de decir eso en voz alta, Damen replicó:

—¿Por qué no aceptáis ninguno?

—Govart es el capitán, y para mí resuelve los asuntos de manera satisfactoria —contestó Laurent. Pero la expresión cerrada no abandonó su rostro, y sus ojos estaban opacos, como si sus pensamientos se hubiesen vuelto reflexivos—. Tengo que ocuparme de unos negocios fuera. No voy a necesitar tus servicios esta noche. Tienes mi permiso para retirarte.

Damen observó a Laurent partir y, solo con la mitad de su mente, experimentó el deseo de tirar cosas. A estas alturas, ya sabía que Laurent nunca actuaba de forma precipitada, sino que siempre se retiraba y se daba tiempo y espacio a solas para pensar. Ahora tocaba recular y ceder.

Capítulo tres

DAMEN NO SE DURMIÓ enseguida, a pesar de que sus instalaciones eran más cómodas que cualquiera de las de los soldados del campamento. Su catre de esclavo era suave y estaba cubierto de almohadas, y la seda le acariciaba la piel.

Cuando Laurent volvió, estaba despierto y se incorporó, sin saber si sus servicios serían necesarios. El príncipe lo ignoró. Por la noche, cuando sus conversaciones terminaban, no solía prestarle más atención que a un mueble. Esa noche, Laurent se sentó y escribió una carta a la luz de la vela sobre la mesa. Cuando acabó, la dobló y la lacró con cera roja y un anillo de sello que no llevaba en el dedo, sino que mantenía en un doblez de la ropa.

Después de eso, permaneció sentado durante un rato. En su rostro se vislumbraba la misma impresión introspectiva que había mostrado esa misma noche. Finalmente, se levantó, apagó la vela con la punta de los dedos y, a la tenue luz de los braseros, se preparó para irse a la cama.

La mañana empezó bien.

Damen se levantó y fue a ocuparse de sus quehaceres. Se apagaron las hogueras, se desmontaron las tiendas, se cargaron los carros y los hombres comenzaron a prepararse para montar. La carta que Laurent había escrito la noche anterior galopó hacia el este con un caballo y un jinete.

Mientras preparaba su silla, Damen pensó que los insultos que se intercambiaban no eran malintencionados y nadie fue arrojado al suelo, que era lo mejor que se podía esperar de aquel grupo.

Percibió la presencia de Laurent en la periferia de su campo de visión, con su cabello claro y su traje de montar de cuero. No era el único que prestaba atención al príncipe. Más de una cabeza se volvió en su dirección y algunos hombres se dispusieron a reunirse. Laurent tenía a Lazar y Aimeric delante. Damen sintió una ligera ansiedad, dejó la silla con la que estaba trabajando y fue hasta allí.

Aimeric, cuyo rostro era un libro abierto, estaba dedicando una mirada abierta de veneración y mortificación al príncipe vereciano. A todas luces, estaba sufriendo por el hecho de que lo llevaran ante el príncipe por una indiscreción. Lazar era más difícil de interpretar.

—Alteza, pido disculpas. Fue mi culpa. No volverá a ocurrir. —Fue lo primero que Damen oyó cuando se acercó. Aimeric. Por supuesto.

—¿Qué te provocó? —preguntó Laurent en tono familiar.

Solo entonces pareció que Aimeric percibía que se encontraba en una situación peligrosa.

—Da igual. Lo que importa es que yo estaba equivocado.

—¿Que da igual? —preguntó Laurent, que sabía, que tenía que saberlo, cuando su mirada se posó delicadamente sobre Lazar.

Este estaba en silencio. Por debajo, había resentimiento y rabia, que se doblaban sobre sí mismos, unidos en una derrota malhumorada cuando bajó los ojos. Mientras observaba cómo Laurent hacía que Lazar bajase la vista, Damen percibió de repente que el príncipe llegaría hasta el final en público y lanzó una mirada furtiva a su alrededor. Ya había demasiados hombres observando.

Tenía que confiar en que Laurent sabía lo que hacía.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Laurent.

No lo encontraron de inmediato. Orlant fue mandado en su busca. Tardó tanto en dar con Govart que Damen, al acordarse de los establos, sintió cierta compasión por Orlant, a pesar de sus diferencias.

El príncipe esperaba tranquilo.

Pasó otro rato. Las cosas se empezaban a torcer. Una risita silenciosa general surgió entre los hombres que se encontraban allí y comenzó a extenderse por el campamento. El príncipe deseaba mantener una conversación en público con el capitán. El capitán estaba haciendo esperar al príncipe a su antojo. Daba lo mismo quién iba a ser humillado, sería divertido. Ya lo era.

Damen tuvo una terrible premonición. No era eso lo que pretendía al aconsejar a Laurent la noche anterior. Cuanto más tiempo se viese obligado el príncipe a esperar, más se erosionaría su autoridad en público.

Cuando al fin llegó Govart, abordó a Laurent despreocupadamente mientras se ataba el cinturón, como si no tuviese ningún problema con que todos supiesen la naturaleza carnal de lo que había estado haciendo.

Era el momento de Laurent de afianzar su autoridad y castigar a Govart, con calma y sin prejuicios.

—¿He interrumpido tu polvo? —preguntó Laurent en su lugar.

—No, he terminado. ¿Qué queréis? —contestó Govart con un desdén insultante.

Y de repente quedó claro que entre el capitán y Laurent había algo más de lo que Damen sabía. Govart no se inmutó ante la posibilidad de un escándalo público, pues creía estar protegido por la autoridad del regente.

Antes de que Laurent pudiese responder, llegó Orlant. Traía del brazo a una mujer de cabello castaño rizado y faldas pesadas. Así que eso era lo que Govart había estado haciendo. Los hombres allí presentes reaccionaron en cadena.

—¿Me has hecho esperar para preñar a una de las mujeres de la fortaleza?

—Los hombres follan —respondió Govart.

Aquello estaba mal. Todo estaba mal. Era un castigo mezquino y personal, y una reprensión verbal no funcionaría con Govart. Simplemente no le preocupaba.

—Los hombres follan —repitió Laurent.

—Le he follado la boca, no el coño. Vuestro problema —dijo Govart, y solo entonces Damen percibió que las cosas estaban saliendo mal, que Govart estaba seguro de su autoridad y que su antipatía por Laurent estaba profundamente arraigada— es que el único hombre al que habéis deseado fue vuestro herma…

Y cualquier esperanza que Damen tenía de que Laurent controlase aquella escena terminó cuando la expresión del príncipe se oscureció; adquirió una gélida mirada y, con el sonido pronunciado del acero, desenvainó la espada.

—Desenvaina —ordenó Laurent.

No, no, no. Damen dio un paso instintivo al frente. Entonces, se detuvo y cerró los puños con impotencia.

Miró a Govart. Nunca había visto al guardia empuñar una espada, pero, tras haber estado en la arena de entrenamiento, sabía que era un luchador veterano. Laurent era un príncipe palaciego que había eludido su deber en la frontera toda su vida y que nunca se enfrentaba a un adversario de verdad si podía atacarlo por los flancos.

Peor aún: Govart contaba con todo el apoyo del regente, y aunque era improbable que alguno de los hombres que se encontraban allí lo supiese, seguramente había recibido carta blanca para eliminar a su sobrino si se presentaba la oportunidad.

Govart desenvainó la espada.

Lo impensable iba a ocurrir: el capitán de la guardia, desafiado a un duelo de honor, mataría al heredero al trono ante las tropas.

Laurent, por lo visto, era lo bastante arrogante como para luchar sin armadura. Evidentemente, no creía que fuese a perder, no si estaba invitando a todos los soldados a presenciar el combate. No pensaba con claridad. Laurent, con su cuerpo sin marcas y la piel mimada de quien siempre ha vivido entre cuatro paredes, estaba acostumbrado a los deportes de palacio, donde sus adversarios lo dejaban vencer siempre con mucha educación.

«Lo va a matar», pensó Damen viendo el futuro, en ese momento, con perfecta nitidez.

Govart atacó con una facilidad negligente. El acero de las espadas chocó cuando los dos hombres se enfrentaron en una explosión de violencia, y el corazón de Damen se le subió a la garganta; no tenía la intención de provocar eso, de que las cosas acabasen así, no de ese modo. Entonces los dos hombres se apartaron y los latidos del corazón de Damen se aceleraron por la sorpresa: Laurent seguía con vida tras el final del primer enfrentamiento.

Y también, tras el segundo.

Tras el final del tercero, todavía estaba persistente y formidablemente vivo y observaba a su adversario con calma, estudiándolo.

Eso era intolerable para Govart: cuanto más tiempo permaneciese Laurent ileso, más lo avergonzaría la situación, pues el capitán era, a fin de cuentas, más fuerte, más alto y mayor, además de soldado. Esta vez, Govart no dio ninguna tregua cuando embistió, sino que inició un ataque salvaje con cortes y estocadas.

Laurent contraatacó. Disminuyó la fuerza del impacto sobre sus finas muñecas gracias a una técnica exquisita que funcionaba por el ímpetu de su adversario. Damen dejó de estremecerse y comenzó a mirar.

El príncipe luchaba de la misma manera en que hablaba. El peligro residía en su forma de pensar: no hacía nada sin planearlo con antelación. Aun así, no era previsible, porque en su forma de luchar, como en todo lo que hacía, había capas de intención, momentos en que patrones esperados de repente se convertían en otra cosa. Damen reconoció las señales de los ingeniosos engaños de Laurent. Govart no. Este, al verse incapaz de ganar con tanta facilidad como esperaba, hizo lo único que Damen le habría advertido no hacer. Se encolerizó. Fue un error. Si había algo que Laurent sabía era cómo provocar a alguien hasta ponerlo furioso y, luego, comenzar a explotar la emoción.

Laurent respondió a la segunda oleada de asaltos de Govart con una gracia y una serie de golpes especialmente vereciana que dejaron a Damen ardiendo en deseos de agarrar una espada.

A esas alturas, la rabia y la incredulidad empezaban a afectar seriamente a la habilidad de Govart con la espada. Estaba cometiendo errores elementales, desperdiciando fuerza y atacando de manera equivocada. Laurent no era lo bastante fuerte físicamente como para recibir uno de los golpes directos de Govart con la espada; tenía que evitarlos o desviarlos de forma sofisticada, con recortes angulares y movimientos alternos. Habrían sido letales si Govart hubiese acertado alguno.

No lo consiguió. Mientras Damen miraba, Govart atacaba furiosamente con golpes amplios. No ganaría aquella lucha si, llevado por la rabia, cometía errores tontos. Aquello era evidente para cualquier hombre que mirase.

Y algo más resultaba completamente obvio.

Laurent no había desaprovechado la clase de proporciones físicas que le conferían equilibrio y coordinación, como afirmaba su tío. Por supuesto, había tenido los mejores maestros y tutores. Pero alcanzar aquel nivel de habilidad también exigía un entrenamiento largo y duro, y desde una edad muy temprana.

La verdad es que no era una lucha equilibrada. Era una lección rastrera de humillación pública. Pero quien daba la lección, quien superaba sin esfuerzos a su oponente, no era Govart.

—Recógela —ordenó Laurent la primera vez que el capitán perdió el arma.

Una larga línea roja recorría el brazo con el que Govart manejaba la espada. Había retrocedido seis pasos y su pecho subía y bajaba. Recogió la espada despacio, sin quitarle los ojos de encima a Laurent.

No hubo más golpes controlados por la rabia ni más ataques desequilibrados, ni movimientos salvajes. La necesidad hizo que Govart evaluase a Laurent y se enfrentase a él con su mejor espada. Esta vez, cuando se enfrentaron, Govart combatió seriamente. No fue diferente. El príncipe luchaba con una determinación fría e implacable, y lo que estaba pasando era inevitable. En esa ocasión, la sangre brotó de la pierna de Govart y su espada cayó una vez más a la hierba.

—Recógela —volvió a decirle Laurent.

Damen se acordó de Auguste, de la fuerza que lo mantuvo al frente hora tras hora, y contra el cual oleada tras oleada se rompió. Y allí luchaba el hermano más joven.

—Pensaba que era un gallina —dijo uno de los hombres del regente.

—¿Tú crees que lo matará? —especuló otro.

Damen conocía la respuesta a esa pregunta. Laurent no lo mataría. Lo sometería allí, delante de todos.

Tal vez Govart hubiese detectado la intención del príncipe, porque la tercera vez que perdió la espada, su mente reaccionó. Dejar a un lado las convenciones de un duelo era preferible a la humillación de una derrota total; abandonó la espada y se limitó a atacar. De ese modo, era fácil. Si conseguía que luchasen en el suelo, ganaría. No había tiempo para que alguien interviniese. Pero para alguien con los reflejos de Laurent, fue tiempo suficiente para tomar una decisión.

Laurent levantó la espada y la clavó en el cuerpo de Govart. No en la barriga ni en el pecho, sino en el hombro. Un tajo o un corte raso no bastaría para detener al guardia, por eso Laurent apretó la empuñadura de la espada contra su propio hombro y empleó todo el peso de su cuerpo para meterla con más fuerza y detenerlo. Era un truco usado en cacerías de jabalíes, cuando la lanza hería pero no mataba: sujetar la punta roma de la lanza con el hombro y mantener al jabalí empalado a distancia.

A veces el jabalí escapaba o rompía la lanza, pero Govart tenía atravesada la espada, y cayó de rodillas. El príncipe tuvo que esforzarse mucho para sacar el arma.

—Despojadlo de su ropa —dijo Laurent—. Confiscadle el caballo y sus pertenencias. Echadlo de la fortaleza. Hay una aldea a tres kilómetros al oeste. Si de verdad quiere, sobrevivirá al viaje.

Pronunció aquellas palabras con calma en medio del silencio, dirigiéndose a dos de los hombres del regente, los cuales se movieron sin dudar para obedecer sus órdenes. Nadie más se movió.

Nadie más. Sintiéndose como si estuviese saliendo de algún tipo de aturdimiento, Damen miró los hombres reunidos a su alrededor. Primero a los hombres del príncipe, esperando ver su propia reacción a la pelea reflejada en sus caras, pero, en vez de eso, demostraron satisfacción combinada con una completa falta de sorpresa. Se dio cuenta de que a ninguno le había preocupado que Laurent perdiese.

La respuesta entre los hombres del regente era más variada. Había señales tanto de satisfacción como de diversión: tal vez hubiesen disfrutado del espectáculo y admirado la demostración de habilidad. Pero percibió un toque de algo más; Damen sabía que eran hombres que asociaban la autoridad a la

fuerza. Quizá estuviesen pensando de forma diferente sobre su príncipe y su cara bonita ahora que había demostrado un poco de ella.

Lazar interrumpió la tranquilidad al lanzarle un paño a Laurent. Este lo atrapó y limpió la espada como haría un criado de cocina con un cuchillo de trinchar. Entonces, la envainó y tiró el paño, teñido de un rojo brillante.

Dirigiéndose a los hombres con una voz que se proyectaba, Laurent dijo:

—Tres días de liderazgo ruin han terminado en un insulto a la honra de mi familia. Mi tío no podía saber lo que había en el corazón del capitán que nombró. De haberlo sabido, le habría ordenado trabajar en el inventario, no lo habría nombrado líder. Mañana por la mañana habrá cambios. Hoy cabalgaremos todo el día para recuperar el tiempo perdido.

El barullo irrumpió en el silencio cuando los hombres reunidos empezaron a hablar. Laurent se fue para atender otros quehaceres e hizo una pausa junto a Jord para transferirle el puesto de capitán. Llevó la mano a su brazo y murmuró algo demasiado bajo para oírlo, a lo que Jord asintió con la cabeza y comenzó a dar órdenes.

Entonces, todo terminó. La sangre que manaba del hombro de Govart le teñía la camisa, que le quitaron. Las despiadadas órdenes de Laurent se cumplieron.

Parecía que Lazar, que había arrojado el paño a Laurent, no volvería a hablar mal del príncipe. De hecho, la nueva forma en que miraba al príncipe le recordaba indudablemente a cómo lo hacía Torveld. Damen frunció el ceño.

Su propia reacción lo hizo sentirse extrañamente desestabilizado. Aquello había sido sencillamente… inesperado. Ignoraba esa faceta de Laurent; que estuviese así de entrenado y que fuera tan capaz. No sabía a ciencia cierta por qué se sentía como si algo hubiese cambiado de manera fundamental.

La mujer de cabello castaño se levantó las pesadas faldas, fue hasta Govart y escupió en el suelo a su lado. El ceño de Damen se profundizó.

Se acordó de un consejo de su padre: nunca le quites ojo a un jabalí herido. Cuando estás decidido a cazar un animal, hay que luchar hasta el final; cuando un jabalí está herido es cuando se vuelve el animal más peligroso del mundo.

Ese pensamiento lo incomodó.

Laurent envió a cuatro jinetes a galope a Arles con la noticia. Dos eran miembros de su guardia, uno era del regente y el último era un criado de la fortaleza de Bailleux. Los cuatro habían presenciado con sus propios ojos los

acontecimientos de la mañana: que Govart había insultado a la familia real, que el príncipe, con su bondad y justicia infinitas, había ofrecido al capitán la honra de un duelo y que Govart, después de ser desarmado justamente, había roto las reglas del enfrentamiento al atacar al príncipe con la intención de hacerle daño, un gesto vil impregnado de traición. Govart había recibido el castigo que merecía.

En otras palabras, el regente debía ser informado de que su capitán había sido expulsado, de una manera que no podía ser pintada como rebelión contra la regencia, desobediencia principesca o incompetencia negligente. Primera ronda: Laurent.

Cabalgaron en dirección a la frontera este de Vere con Vask, que estaba cercada por montañas. Montarían el campamento en la falda de la ladera, en una fortaleza llamada Nesson, y tras eso, darían la vuelta y tomarían un camino sinuoso al sur. Los efectos combinados de la violencia catártica de la mañana y de las órdenes pragmáticas ya se hacían notar en las tropas. No había rezagados.

Tuvieron que apretar el paso para llegar a Nesson después de los retrasos que habían surgido por la mañana, pero los hombres lo hicieron con disposición. Cuando llegaron a la fortaleza, el crepúsculo estaba comenzando a desvanecerse del cielo.

Cuando se presentó ante Jord, Damen se vio obligado a participar en una conversación para la que no estaba preparado.

—Te lo noté en la cara. Ignorabas que supiera luchar.

—No lo sabía, no —contestó Damen.

—Lo lleva en la sangre.

—Los hombres del regente parecían tan sorprendidos como yo.

—No es algo de lo que se pavonee. Viste su arena de entrenamiento personal en palacio. De vez en cuando lucha con algunos miembros de la Guardia del Príncipe, con Orlant, conmigo… Me ha derrotado algunas veces. No es tan bueno como su hermano, pero solo has de ser la mitad de bueno que Auguste para ser diez veces mejor que cualquier otro hombre.

En la sangre… No era del todo así. Había tantas diferencias como semejanzas entre los dos hermanos: la constitución de Laurent era menos musculosa, su estilo se basaba en la gracia y la inteligencia; él era mercurio y Auguste, oro.

Nesson resultó ser diferente de Bailleux por dos motivos. El primero era que se encontraba junto a una ciudad de tamaño considerable que estaba cerca de uno de los pocos pasos que atravesaban las montañas y recibía comercio en

verano de la provincia vaskiana de Ver-Vassel. El segundo era que estaba bien conservada, lo suficiente como para que los hombres pasasen la noche en los barracones y Laurent se alojase en la fortaleza.

Damen fue enviado por la puerta baja hasta el dormitorio. Laurent estaba en el exterior, todavía montado, ocupado en algún asunto que concernía a los escoltas. Damen recibió la tarea de encender las velas y el fuego, cosa que hizo con la mente en otra parte. Había tenido mucho tiempo para pensar durante el largo camino desde Bailleux. Al principio, se había limitado a repasar en su cabeza el duelo que había presenciado.

Ahora pensaba en la primera vez que había visto al regente castigar a Laurent al confiscarle las tierras. Era un castigo que podría haber sido aplicado en privado, pero el regente lo había transformado en una demostración pública. «Abraza al esclavo», había ordenado el regente al final: algo gratuito, un adorno, un gesto superfluo de humillación.

Pensó en la arena, el lugar donde la corte se reunía para asistir a los actos privados presentados en público, humillaciones y violaciones simuladas transformadas en espectáculo.

Entonces, pensó en Laurent. La noche del banquete, cuando el príncipe había orquestado el intercambio de esclavos, había sido una batalla larga y pública con su tío, planeada meticulosamente con anticipación y ejecutada con precisión. Damen pensó en Nicaise, sentado a su lado en la mesa, y en Erasmus, avisado de antemano.

«No se le escapa una», había dicho Radel.

Damen estaba acabando de encender el fuego cuando el príncipe entró en el cuarto, aún con la ropa de montar. Parecía relajado y tranquilo, como si disputar un duelo, herir a su capitán y, seguidamente, cabalgar un día entero no hubiese tenido ningún efecto en él.

A esas alturas, Damen lo conocía demasiado bien para creerse aquello.

—¿Pagasteis a aquella mujer para acostarse con Govart? —preguntó.

Laurent hizo una pausa mientras se quitaba los guantes de montar y, luego, deliberadamente, continuó. Sacó los dedos de la prenda de cuero uno a uno. Respondió con firmeza.

—Le pagué para que se acercase a él, no la obligué a meterse su rabo en la boca.

Damen se acordó de que le pidieron que interrumpiera a Govart en los establos y del hecho de que no había ninguna prostituta cabalgando con la tropa.

—Tenía elección —añadió Laurent.

—No —contestó Damen—. Solo le hicisteis creer que la tenía.

El vereciano le devolvió la misma mirada fría que le había lanzado a Govart.

—¿Una protesta? Tenías razón. Tenía que pasar ahora. Estaba esperando a que surgiese algún enfrentamiento, pero estaba tardando mucho.

Damen lo miró fijamente. Imaginar aquello era una cosa, pero oír las palabras dichas en voz alta era otra.

—¿Que tenía razón? No me refería… —Se interrumpió.

—Habla —ordenó Laurent.

—Habéis acabado con un hombre hoy. ¿No os afecta de ningún modo? Son vidas, no piezas de una partida de ajedrez contra vuestro tío.

—Te equivocas. Estamos en el tablero de mi tío, y todos esos hombres son sus piezas.

—Entonces, cada vez que mováis una de ellas, podéis felicitaros por lo que os parecéis a él.

Las palabras se le escaparon de la boca. En parte, todavía estaba impactado porque su intuición no había fallado. No esperaba que sus palabras tuviesen ese efecto en Laurent, quien se detuvo bruscamente. No recordaba haberlo visto quedarse completamente mudo, y como no creía que fuera a permanecer mucho tiempo así, se apresuró a aprovechar la ventaja.

—Si unís a vuestros hombres mediante tretas, ¿cómo podréis confiar en ellos? Poseéis cualidades que acabarán admirando. ¿Por qué no dejar que confíen en vos naturalmente, y entonces…?

—No hay tiempo —contestó el príncipe apresuradamente, saliendo del estado silencioso en que se encontraba—. No hay tiempo —repitió—. Tengo dos semanas hasta que lleguemos a la frontera. No finjas que puedo cortejar a esos hombres con trabajo duro y una sonrisa triunfal en ese tiempo. No soy el novato ingenuo que mi tío finge que soy. Luché en Marlas y en Sanpelier. No estoy aquí para andarme con sutilezas, no pretendo ver a los hombres que lidero muertos porque no van a obedecer órdenes o porque no consiguen mantener una fila. Pretendo sobrevivir, pretendo derrotar a mi tío, y voy a luchar con todas las armas de que dispongo.

—Veo que habláis en serio.

—Quiero ganar. ¿Crees que vine aquí para arrojarme desinteresadamente sobre una espada?

Damen se obligó a afrontar el problema, descartando lo imposible y viendo lo que se podía hacer de verdad.

—Dos semanas no es tiempo suficiente —dijo—. Vais a necesitar casi un mes para llegar a algún lugar con hombres como esos, y aun así, los peores tendrán que ser excluidos.

—Está bien —dijo Laurent—. ¿Algo más?

—Sí.

—Entonces di lo que estás pensando. Como si alguna vez hubieses actuado de forma diferente…

—Haré todo cuanto esté en mi mano para ayudaros, pero no habrá tiempo para otra cosa que no sea trabajo duro, y tendréis que hacerlo todo bien.

Laurent alzó el mentón y respondió con la gélida arrogancia de la que siempre hacía gala.

—Obsérvame —dijo.

Capítulo cuatro

LAURENT, CON VEINTE AÑOS recién cumplidos y una mente compleja con un don para planificar, la apartó de las pequeñas intrigas de la corte y la liberó sobre el lienzo más amplio de su primer mando.

Damen vio cómo ocurría. Empezó cuando, después de una larga noche de discusiones tácticas, Laurent se dirigió a la tropa con un retrato de sus defectos. Lo hizo a lomos de su caballo, con una voz nítida que llegaba al más lejano de los hombres allí reunidos. Había escuchado todo lo que Damen le había dicho la noche anterior. Y había oído mucho más que eso. Mientras hablaba, salían a la luz hechos que solo podía haber obtenido de criados, armeros y soldados a los cuales, a lo largo de los últimos tres días, también había escuchado.

Laurent vomitó la información de un modo tan brillante como mordaz. Cuando terminó, fue bondadoso con los hombres: tal vez el capitán había sido un obstáculo en su camino. Por lo tanto, permanecerían en Nesson durante dos semanas para acostumbrarse al nuevo capitán. El príncipe los lideraría personalmente mediante un régimen que exigiría mucho de ellos, los prepararía y los transformaría en algo próximo a una compañía capaz de luchar. Si es que podían mantener su ritmo.

Pero primero, añadió que debían desembalar todo y volver a montar el campamento allí, desde las cocinas hasta las tiendas y el redil de los caballos. En menos de dos horas.

Los hombres obedecieron sin rechistar. No lo habrían hecho si Laurent no se hubiera enfrentado a su líder y lo hubiese derrotado por completo el día anterior. Aun así, se podrían haber resistido si la orden hubiese venido de un superior holgazán, pero desde el primer día, Laurent había trabajado duro sin comentarios ni quejas. También eso se había calculado con precisión.

Se pusieron manos a la obra. Levantaron las tiendas, martillearon estacas y clavos y desensillaron los caballos. Jord daba órdenes rápidas y pragmáticas. Las hileras de tiendas parecían rectas por primera vez desde que habían iniciado el viaje.

Y acabaron. Al cabo de dos horas. Aún era demasiado tiempo, pero era mucho mejor que el caos que había cundido las noches pasadas.

Volver a ensillar los caballos fue la primera orden, luego vino una serie de ejercicios fáciles para los caballos pero brutales para los hombres. Damen y Laurent habían planeado los ejercicios juntos la noche anterior, con algunas opiniones de Jord, que se había unido a ellos en las horas previas al alba. En realidad, Damen no esperaba que Laurent formase parte de los entrenamientos, pero lo hizo marcando el ritmo.

Laurent agarró las riendas de su caballo al lado de Damen y dijo:

—Tienes dos semanas extra. A ver qué podemos hacer con ellas.

Por la tarde, pasaron al trabajo con las filas: filas que se rompían repetidas veces hasta que finalmente no dejaron de hacerlo, como si solo fuese porque todos estaban demasiado cansados como para hacer otra cosa que no fuera seguir órdenes sin pensar. El entrenamiento del día había dejado exhausto incluso a Damen y, cuando terminaron, sintió, por primera vez en mucho tiempo, que había conseguido algo.

Los hombres volvieron al campamento abatidos y exhaustos, sin energía para quejarse de que su líder era un demonio rubio de ojos azules o insultarlo. Damen vio a Aimeric tumbado cerca de una de las hogueras con los ojos cerrados, como un hombre desmoronado después de correr mucho. El carácter obstinado que había hecho a Aimeric meterse en peleas con hombres que lo doblaban en tamaño también lo hacía participar en todos los entrenamientos, independientemente del umbral de dolor y de cansancio que tenía que vencer físicamente. Al menos, en ese estado no causaría problemas. Nadie buscaría pelea: estaban demasiado cansados.

Mientras Damen observaba, Aimeric abrió los ojos y miró el fuego con la mirada perdida.

A pesar de las complicaciones que Aimeric presentaba para la tropa, Damen sintió compasión. Solo tenía diecinueve años, y aquella era, obviamente, su primera campaña. Parecía que estaba solo, fuera de lugar. Se acercó a él.

—¿Es tu primera vez en una compañía? —le preguntó.

—Puedo seguir el ritmo —dijo Aimeric.

—Ya lo he visto. Estoy seguro de que tu capitán también lo ha visto. Has hecho un buen trabajo.

Aimeric no respondió.

—El ritmo va a ser el mismo las próximas semanas, y tenemos un mes para llegar a la frontera. No tienes por qué agotarte el primer día.

Lo dijo con un tono de voz bastante amable, pero Aimeric respondió rígidamente:

—Puedo seguir el ritmo.

Damen suspiró y se levantó. Había dado dos pasos en dirección a la tienda de Laurent cuando la voz de Aimeric le llamó.

—Espera —dijo Aimeric—. ¿De verdad crees que Jord se ha dado cuenta?

Entonces se sonrojó, como si hubiese revelado algo.

Damen empujó la tela que cubría la entrada de la tienda y se enfrentó a una glacial mirada azul que no revelaba nada. Jord ya estaba allí dentro y Laurent hizo un gesto para que Damen se uniese a ellos.

—La autopsia —dijo el príncipe.

Analizaron los acontecimientos del día minuciosamente. Le pidieron a Damen su opinión sincera y él se la dio: los hombres no eran un caso perdido. No se convertirían en un equipo perfectamente entrenado en un mes, pero podían aprender algunas cosas. Podían aprender a mantener una formación y a resistir una emboscada. Podían aprender maniobras básicas. Damen resumió lo que él creía que era realista. Jord, que estaba de acuerdo con él, añadió algunas sugerencias.

—Dos meses —comentó Jord con franqueza—, serían mucho más útiles que uno.

—Por desgracia —contestó Laurent—, mi tío nos encargó servir en la frontera, y por más que prefiriese lo contrario, en algún momento tendremos que llegar allí.

Jord rio. Hablaron de algunos hombres y ajustaron el entrenamiento. El capitán tenía talento para identificar el origen de los problemas del campamento. Era como si le pareciera normal que Damen formase parte del debate.

Cuando terminaron, el príncipe despidió a Jord y se sentó al calor del brasero de la tienda, mirando distraídamente a Damen.

—Tengo que ocuparme de la armadura antes de acostarme, a no ser que me necesitéis para algo.

—Tráela aquí —contestó Laurent.

Lo hizo: se sentó en la silla, examinó las hebillas y las correas y comprobó sistemáticamente todas las piezas. Un hábito arraigado en él desde la infancia.

—¿Qué piensas de Jord? —le preguntó Laurent.

—Me cae bien. Debéis estar satisfecho con él. Era la elección correcta para el puesto de capitán.

Hubo una larga pausa. Aparte de los sonidos que Damen emitía al agarrar un avambrazo, la tienda estaba en silencio.

—No —dijo Laurent—. Tú lo eras.

—¿Cómo? —preguntó Damen. Observó al príncipe extrañado y se quedó aún más sorprendido al percibir que Laurent miraba fijamente—. Ninguno de estos hombres aceptaría órdenes de un akielense.

—Lo sé. Fue una de las dos razones por las que escogí a Jord. Los hombres se te habrían resistido al principio. Tendrías que haber demostrado tu valía. Incluso con la quincena extra, no había tiempo suficiente para que todo eso ocurriera. Estoy frustrado por no haber conseguido darte un mejor uso.

Damen, que nunca se había considerado un candidato al puesto de capitán, se sintió un poco decepcionado con su soberbia al percibir que era porque instintivamente se veía ocupando el papel de Laurent y ningún otro. La idea de que pudiese ser ascendido de rango como un soldado raso sencillamente no se le había pasado por la cabeza.

—Eso era lo último que esperaba oír de vos —admitió con cierta ironía.

—¿Creíste que sería demasiado orgulloso para verlo? Puedo garantizarte que el orgullo que he dedicado en derrotar a mi tío supera, y mucho, mis sentimientos por cualquier otra cosa.

—Solo me ha sorprendido —se explicó—. A veces creo que os entiendo, y otras no consigo comprenderos en absoluto.

—Créeme, el sentimiento es mutuo.

—Habéis dado dos razones. ¿Cuál fue la otra?

—Los hombres creen que me penetráis en esta tienda —dijo Laurent con la misma calma con la que lo decía todo. Damen se enredó con el avambrazo —. Minaría mi autoridad, cuidadosamente cultivada. Ahora te he sorprendido de verdad. Tal vez si no fueses treinta centímetros más alto o tan ancho de hombros…

—Son mucho menos de treinta centímetros —aseguró Damen.

—¿De verdad? Parecen más cuando discutes conmigo en cuestiones de honra.

—Quiero que sepáis —dijo Damen, con cuidado— que no hice nada para alentar la idea de que yo… de que vos y yo…

—Si creyese que has hecho eso, te ataría a un poste y te azotaría hasta que la parte delantera de tu cuerpo estuviese igual que tu espalda.

Hubo un silencio largo. Fuera, reinaba la quietud de un campamento exhausto y dormido, de modo que solo el temblor de las tiendas y algunos sonidos indeterminados causados por movimientos se oían. Los dedos de Damen apretaban con fuerza el metal del avambrazo hasta que, deliberadamente, aflojó el agarre.

Laurent se levantó; los dedos de una de sus manos permanecieron en el respaldo de la silla.

—Deja eso. Ocúpate de mí —dijo el príncipe.

Damen se levantó. Era una obligación incómoda, y se enfadó. El traje que llevaba Laurent hoy se ataba por delante, no por detrás. Damen lo desató sin delicadeza.

La prenda se abrió en sus manos. Se colocó detrás de Laurent para retirarla. «¿Debo hacer el resto?». Llegó a abrir la boca para preguntar, después de guardar el traje, sintiendo una necesidad de insistir en el asunto, pues, en general, sus servicios solo se requerían hasta ese punto, y Laurent podría quitarse con facilidad sus prendas exteriores solo.

Pero, cuando se volvió, Laurent se había llevado la mano al hombro y lo tocaba. Obviamente sentía una leve rigidez. Tenía los párpados cerrados. Debajo de la camisa, sus miembros estaban relajados con languidez. Damen percibió que estaba exhausto.

No sintió compasión. En su lugar, irracionalmente, su enfado aumentó cuando Laurent se pasó los dedos nerviosos por el cabello dorado en un gesto enervante que, de algún modo, le recordó que su cautiverio y su castigo eran culpa de un único hombre de carne y hueso.

Se mordió la lengua. Dos semanas allí y dos semanas de viaje hasta la frontera, ocupándose de que Laurent estuviese acompañado y seguro, y todo habría acabado.

Por la mañana, lo repitieron todo.

Y, luego, una vez más. Hacer a los hombres seguir órdenes pensadas para obligarlos a esforzarse al máximo era todo un logro. A algunos les gustaba trabajar duro, o eran de los que entendían que necesitaban ejercitarse para mejorar, pero no todos.

Laurent lo consiguió.

Ese día, la tropa fue trabajada, moldeada y afilada en la dirección de su objetivo; a veces, aparentemente, por fuerza de voluntad. No había un ambiente de camaradería entre Laurent y los hombres. No había ni rastro del amor cálido y sincero que los ejércitos akielenses sentían por el padre de

Damen. Laurent no era querido; no lo apreciaban. Incluso entre sus propios hombres, que se tirarían de un precipicio detrás de él, todos creían de forma inequívoca que Laurent era, como Orlant lo había descrito una vez, una zorra de hierro, que era una pésima idea provocar su lado malo y que no tenía uno bueno.

No importaba. Laurent daba órdenes y estas eran obedecidas. Cuando intentaban no cumplirlas, los hombres percibían que no lo conseguían. Damen, a quien habían obligado a hacer cosas como besarle los pies y comer dulces de sus manos, entendía la maquinaria a la que se enfrentaban y que los presionaba, profundamente arraigada en el interior de todos ellos.

Y tal vez, a partir de eso, el respeto empezó a crecer. Estaba claro por qué su tío lo había mantenido lejos de las riendas del poder: se le daba bien liderar. Fijaba los ojos en sus objetivos y estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para alcanzarlos. Encaraba los desafíos con una mirada clara. Veía los problemas con antelación, los solucionaba o los evitaba. Y había algo en él que disfrutaba del proceso de poner a aquellos hombres difíciles bajo su control.

Damen sabía que aquello que estaba presenciando era realeza en ciernes, los primeros movimientos del mando de un príncipe nacido para gobernar, aunque el tipo de liderazgo de Laurent —perfecto y perturbador a partes iguales— fuese completamente diferente del suyo.

Inevitablemente, algunos hombres se resistían a obedecer. La primera tarde se produjo un incidente cuando un mercenario del regente rehusó seguir las órdenes de Jord. A su alrededor, uno o dos de los otros se unieron a su queja y, cuando Laurent apareció, hubo murmullos de verdadera agitación. El mercenario contaba con suficiente apoyo para arriesgarse a una pequeña insurrección si Laurent ordenaba que lo llevasen al poste. Una multitud se congregó.

Laurent no lo mandó al poste.

Lo azotó verbalmente.

No se pareció a lo que le había dicho a Govart. Fue frío, explícito y repulsivo; ante las tropas, dejó por los suelos a un hombre crecido del mismo modo que con su espadazo.

Los hombres volvieron al trabajo.

Damen oyó a uno de ellos decir, en tono de asombro y admiración:

—Ese niño tiene la boca más sucia que he oído en mi vida.

Volvieron al campamento por la noche para descubrir que no había campamento, porque los criados de Nesson lo habían desmontado todo. Por

órdenes de Laurent. Dijo que estaba siendo generoso. Esa vez, contaron con hora y media para montar el campamento.

Entrenaron la mayor parte de las dos semanas, acampados en los campos de Nesson. El ejército jamás sería un instrumento de precisión, pero los hombres se estaban transformando en una herramienta sin filo, más útil, capaces de cabalgar, de luchar y de mantener una línea juntos. Obedecían órdenes directas.

Tenían el lujo de poder agotarse, y Laurent estaba sacando partido a eso. No les tenderían una emboscada allí. Nesson era segura. Estaba demasiado lejos de la frontera akielense como para que se produjese un ataque en el sur y lo bastante cerca de la frontera con Vask, de modo que cualquier ataque podría concluir en un embrollo político. Si Akielos era el objetivo del regente, no había razón para despertar al dormido imperio vaskiano.

Además, Laurent los había llevado tan lejos de la ruta originariamente planeada por el regente que cualquier trampa que se hubiese preparado había sido en vano, a la espera de una compañía que nunca llegaba.

Damen comenzaba a preguntarse si la constante sensación de perfeccionamiento y éxito que crecía entre las tropas lo estaba contagiando a él también, porque el décimo día, mientras los hombres se instruían como si pudiesen hacer frente a una emboscada con al menos una oportunidad de sobrevivir, empezó a sentir las primeras oleadas frágiles de esperanza.

Por la noche, en un raro momento de descanso, Jord, que estaba sentado solo, aprovechando unos minutos de paz, le hizo señas para que fuera a una de las hogueras. Le ofreció vino en una taza abollada.

Damen aceptó y se sentó en el tronco derribado que se había convertido en un sitio de descanso improvisado. Estaban tan cansados que ambos estaban satisfechos de sentarse en silencio. El vino era horrible. Le dio vueltas en la boca antes de tragárselo. El calor de la hoguera era agradable. Al cabo de un rato, Damen se dio cuenta de que la mirada de Jord estaba ocupada con algo en las lindes del campamento.

Aimeric estaba ocupado con la armadura delante de una de las tiendas, lo que mostraba que, en algún punto del camino, había adquirido buenos hábitos. Probablemente esa no era la razón por la que Jord lo miraba.

—Aimeric —dijo Damen, con las cejas arqueadas.

—¿Cómo? Ya lo has visto —contestó Jord, que frunció los labios.

—Lo he visto. La semana pasada buscaba pelea con la mitad del campamento.

—Es un buen chico —dijo Jord—. Lo que ocurre es que es de alta cuna y no está acostumbrado a compañeros groseros. Hasta donde sabe, está haciendo lo correcto, solo que las reglas son diferentes. Como ocurre contigo.

Aquello fue una reprimenda. Damen dio otro trago a ese vino tan horrible.

—Eres un buen capitán. Podría haber elegido a alguien mucho peor.

—Hay algunos canallas en esta compañía, esa es la verdad —comentó Jord.

—Unos días más como el de hoy y nos libraremos de los peores.

—Unos minutos más como los de hoy —añadió Jord.

Damen rio, divertido. El fuego era hipnótico, a no ser que tuvieses algo mejor que mirar. Los ojos de Jord se posaron en Aimeric.

—¿Sabes? Terminará acostándose con alguien —comentó Damen—. Y mejor que sea contigo.

Se produjo un largo silencio.

—No me he acostado nunca con ningún noble —dijo Jord con una voz extrañamente tímida—. ¿Es diferente?

Damen se ruborizó cuando percibió lo que Jord estaba presuponiendo.

—Él… nosotros no hacemos eso. No lo hace. Hasta donde yo sé, no lo ha hecho con nadie.

—Hasta donde todos saben. Si no hablase como una prostituta en un cuarto de guardia, creería que es virgen.

Damen guardó silencio. Vació su taza y frunció ligeramente el ceño. No estaba interesado en esas especulaciones interminables. No le importaba con quién se acostase Laurent.

La llegada de Aimeric lo salvó de responder. Su insólito salvador traía una o dos partes de la armadura consigo y se sentó al otro lado del fuego. Se había quitado la ropa y solo llevaba una camisa desabrochada parcialmente.

—No me estoy entrometiendo, ¿no? El fuego da mejor luz.

—¿Por qué no te unes a nosotros? —preguntó Damen, bajando la taza y procurando no mirar a Jord.

Aimeric no sentía ningún cariño por Damen, pero Jord y él eran los miembros de mayor rango de la compañía, cada uno a su estilo, y era difícil rechazar una invitación. Asintió con la cabeza.

—Espero no ser inoportuno —comentó Aimeric, a quien, o habían golpeado en la nariz un número suficiente de veces como para adoptar una actitud circunspecta o por defecto se mostraba más respetuoso cerca de Jord —. Pero yo crecí en Fortaine. Viví allí la mayor parte de mi vida. Sé que el

servicio en la frontera desde la guerra de Marlas es una formalidad, pero… el príncipe nos está entrenando para acción de verdad.

—Solo le gusta estar preparado —dijo Jord—. Si es necesario luchar, quiere ser capaz de poder confiar en sus hombres.

—Prefiero eso —contestó Aimeric enseguida—. Quiero decir, prefiero ser parte de una compañía que sabe luchar. Soy el cuarto hijo. Admiro el trabajo duro tanto como… admiro a los hombres que saben sobreponerse a su origen.

Lanzó una mirada a Jord. Damen fue prudente y pidió permiso para retirarse. Los dejó a solas.

Cuando entró en la tienda, Laurent estaba sentado pensativo y en silencio, con el mapa abierto ante él. Levantó la vista cuando oyó a Damen. Luego, se recostó en la silla y le hizo un gesto para que se sentase.

—Si tenemos en cuenta que somos doscientos hombres a caballo, no dos mil de infantería, creo que los números son menos importantes que la calidad de los hombres. Estoy seguro de que tanto tú como Jord tenéis una primera lista con los que creéis que deberían ser eliminados ya del ejército. Quiero la tuya mañana.

—No serán más de diez —respondió Damen. Se sorprendió de sus palabras: antes de Nesson, habría jurado que el número sería cinco veces mayor. Laurent asintió. Al cabo de un momento, añadió—: Hablando de hombres difíciles… Hay algo que me gustaría preguntaros.

—Adelante.

—¿Por qué dejasteis vivir a Govart?

—¿Por qué no?

—Sabéis por qué no.

Al principio, el príncipe no respondió. Se sirvió una bebida de la jarra junto al mapa. No era el vino barato de sabor agrio que estaba tomando Jord. Era agua.

—Preferí no darle motivos a mi tío para que gritase que me había pasado de la raya —dijo Laurent.

—Estabais en vuestro derecho después de que Govart os atacase. Y no es que hubiese pocos testigos. Había algo más.

—Había algo más —coincidió el vereciano, mirando fijamente a Damen. Mientras hablaba, agarró la copa y le dio un trago.

De acuerdo.

—Fue un combate impresionante.

—Ya lo sé —dijo Laurent.

No sonreía cuando decía esas cosas. Se sentó relajado, con la copa colgando de sus largos dedos y sin apartar la vista de Damen.

—Debéis de haber pasado mucho tiempo entrenando —comentó Damen y, para su sorpresa, Laurent respondió con seriedad.

—Nunca fui un luchador. Ese era Auguste. Pero después de Marlas, me obsesioné con…

El príncipe se detuvo. Damen percibió el momento en que Laurent decidió continuar. Fue deliberado: sus ojos se encontraron con los de Damen y su tono cambió sutilmente.

—Damianos de Akielos dirigió tropas a los diecisiete años. A los diecinueve, cabalgó por el campo de batalla, se abrió camino a través de nuestros mejores hombres y le arrebató la vida a mi hermano. Dicen… Decían que era el mejor luchador de Akielos. Pensé que, si iba a matar a alguien así, tenía que ser el mejor.

Damen permaneció en silencio después de esa confesión. El impulso de hablar parpadeó y se extinguió, como las velas antes de apagarse en la oscuridad, como el último calor moribundo de las brasas en el brasero.

La noche siguiente, estaba inmerso en una conversación con Paschal.

La tienda del galeno, como la de Laurent y como las cocinas, era lo bastante grande como para que una persona alta caminase en el interior sin tener que agacharse. Paschal tenía todo el equipo que podría necesitar y las órdenes de Laurent implicaban que todo se había desembalado meticulosamente. A Damen, como su único paciente, le pareció divertida la gran variedad de material médico. Pero no sería divertido cuando dejasen Nesson y luchasen contra algo. Un médico para atender a doscientos hombres solo era una proporción razonable mientras no estuvieran luchando.

—¿Servir al príncipe es muy diferente de servir a su hermano?

—Yo diría que todo lo que era instintivo en el mayor no lo es en el pequeño —respondió Paschal.

—Háblame de Auguste.

—¿El príncipe? ¿Qué queda por decir? Era la estrella dorada —respondió el galeno, y señaló con la cabeza en dirección a la insignia en forma de estrella del príncipe heredero.

—Laurent parece tener un recuerdo más positivo de él que de su propio padre.

Hubo una pausa mientras Paschal recolocaba los frascos en la balda y Damen se levantaba la camisa.

—Tienes que entender que Auguste lo tenía todo para hacer que un padre se sintiera orgulloso de él. No es que hubiese algún problema entre Laurent y el rey. Más bien… el rey mimaba a Auguste y no reservaba mucho tiempo para su hijo menor. El rey era un hombre simple en muchos aspectos. La excelencia en el campo de batalla era algo que podía entender. Laurent tenía una mente aguda, se le daba bien pensar y resolver enigmas. Auguste era honesto: un campeón, el heredero, nacido para gobernar. Te puedes imaginar lo que sentía Laurent por él.

—Estaba resentido —dijo Damen.

Paschal le ofreció una mirada extraña.

—No, lo amaba. Lo idolatraba como a un héroe, de la misma manera en que los chicos intelectuales hacen a veces con los hermanos mayores que destacan físicamente. Y era algo recíproco. Se entregaban el uno al otro. Auguste era el protector. Habría hecho cualquier cosa por su hermano pequeño.

Damen pensó que los príncipes necesitaban madurar, no protección. En especial, Laurent.

Había visto a Laurent abrir la boca y quitar la pintura de las paredes. Había visto a Laurent empuñar un cuchillo y rebanarle la garganta a un hombre a sangre fría sin ni siquiera parpadear con sus pestañas de oro. Laurent no necesitaba que lo protegiesen de nada.

Capítulo cinco

AL PRINCIPIO, DAMEN NO se percató de lo que era, pero vio la reacción de Laurent, que frenó el caballo y se acercó a Jord con un movimiento suave.

—Lleva a los hombres de vuelta —comentó el príncipe—. Hemos terminado por hoy. El esclavo se queda conmigo.

Echó un vistazo a Damen.

Estaba anocheciendo. Las maniobras los alejaron de la fortaleza de Nesson durante el día, de modo que avistaron una ciudad, situada en una colina, próxima a Nesson-Eloy. Había un buen tramo desde donde estaban las tropas hasta el campamento, por las laderas irregulares cubiertas de hierba, con sus partes de granito de vez en cuando. Aun así, era pronto para detenerse por hoy.

Los hombres dieron media vuelta tras la orden de Jord. Parecían un conjunto íntegro, una única unidad funcional, en vez de un grupo desordenado compuesto por piezas dispares. Ahí estaba el resultado de dos semanas de arduo trabajo. La sensación de éxito se mezclaba con la certeza de lo que estas tropas podrían ser si dispusieran de más tiempo o de mejores luchadores. Damen llevó su caballo junto a Laurent.

A esas alturas, ya lo había visto con sus propios ojos: había un caballo sin jinete al otro lado del frondoso bosque.

Examinó el resto del terreno más cercano con una mirada tensa. Nada. No se relajó. Al ver el caballo sin jinete a lo lejos, su primer impulso no fue separar a Laurent de las tropas, sino lo contrario.

—Quédate cerca —dijo Laurent mientras cogía a su caballo para investigar, lo que no le dejó más opción que seguirlo.

Laurent volvió a frenar al animal cuando estuvieron lo bastante cerca para ver el caballo con claridad. No le asustó su acercamiento; el animal continuó pastando tranquilamente. Estaba acostumbrado a la compañía de hombres y caballos. En concreto, estaba acostumbrado a la compañía de esos hombres y esos caballos.

En dos semanas, había perdido la silla y las riendas, pero el caballo llevaba el distintivo del príncipe.

De hecho, Damen no solo reconoció el emblema, sino el caballo, un pío inusual. Laurent había enviado a un mensajero a galope en aquel caballo la mañana de su duelo con Govart —antes de su duelo con Govart—. Aquel no era uno de los caballos que había enviado a Arles para informar al regente de la expulsión de Govart. Aquello era otra cosa.

Pero de eso hacía casi dos semanas y el mensajero había salido de Bailleux, no de Nesson.

Damen sintió un nudo desagradable en el estómago. Un caballo castrado valía fácilmente doscientas leyes de plata. Todos los habitantes entre Bailleux y Nesson estarían detrás de él, o bien para devolverlo a cambio de una recompensa, o para poner su propia enseña encima de la de Laurent. Era difícil creer que, después de dos semanas, hubiese vuelto al ejército ileso.

—Alguien quiere que sepáis que vuestro mensajero no llegó —afirmó Damen.

—Coge el caballo —dijo Laurent—. Vuelve al campamento y dile a Jord que me reuniré con las tropas mañana por la mañana.

—¿Cómo? —preguntó Damen—. Pero…

—Tengo que ocuparme de un asunto en la ciudad.

Instintivamente, Damen movió el caballo para bloquearle el paso.

—No. La manera más fácil que tiene vuestro tío de librarse de vos es separándoos de vuestros hombres, y lo sabéis. No podéis ir a la ciudad solo; estáis corriendo peligro simplemente por estar aquí. Tenemos que volver a unirnos a los hombres. Ahora.

Laurent miró a su alrededor.

—Este es el peor terreno para una emboscada.

—Pero lo ciudad no —aclaró Damen. Por si acaso, agarró la brida del caballo de Laurent—. Considerad las alternativas. ¿Podéis confiarle la tarea a alguien?

—No —respondió el príncipe.

Su voz emanaba seguridad y calma. Damen intentó tragarse su frustración, recordándose a sí mismo que Laurent poseía una mente capaz y que, por tanto, había una razón detrás de su «no» aparte de simple testarudez. Probablemente.

—Pues tomad precauciones. Volved conmigo al campamento y esperad a que anochezca. Escapad anónimamente, con un guardia. No estáis pensando

como un líder. Estáis demasiado acostumbrado a hacerlo todo por vuestra cuenta.

—Suelta la brida —ordenó Laurent.

Damen obedeció. Hubo una pausa durante la cual Laurent miró el caballo sin jinete; luego, la posición del sol en el horizonte; después, a Damen.

—Me acompañarás tú, no un guardia. Y partiremos al anochecer. Y eso es lo máximo que voy a ceder en esta cuestión. Cualquier otra opinión tuya no será recibida con cariño.

—Está bien —contestó Damen.

—Está bien —repitió al cabo de un momento.

Llevaron al caballo pío de vuelta con una cuerda que Laurent elaboró mediante un sencillo apaño: soltó las riendas de su caballo, hizo un lazo con ellas y lo pasó por la cabeza del pío. Damen agarró la correa, ya que Laurent tenía que dedicar toda su atención para montar a su caballo sin riendas.

Laurent no reveló nada más sobre sus negocios en Nesson-Eloy, y por poco que le gustase la idea, Damen sabía que era mejor no preguntar.

En el campamento, Damen se encargó de los caballos. Cuando volvió a la tienda, Laurent llevaba una versión cara de ropa de montar de cuero, y había más prendas en la cama.

—Ponte eso —dijo Laurent.

Cuando Damen levantó las ropas de la cama sintió su suavidad. Eran oscuras como las que vestía la nobleza y de la misma calidad.

Se cambió. Le llevó mucho tiempo, como ocurría siempre con los atuendos verecianos, aunque por lo menos era ropa de montar, no de corte. Aun así, tenía más detalles que cualquier otra cosa que se hubiese puesto en su vida, y de lejos era la ropa más lujosa que le habían dado desde su llegada a Vere. No era un uniforme de soldado; era el traje de un aristócrata.

Ahora sabía de primera mano que era mucho más difícil de atar cuando eras tú quien lo llevaba que cuando le estabas haciendo los nudos a otra persona. Al terminar, se sintió extraño, como si fuera vestido de una manera exagerada. Incluso las formas de la ropa eran diferentes, lo transformaban en algo extranjero, algo que jamás se había imaginado ser, aún más que la armadura o las rudimentarias vestiduras de los soldados que había usado.

—No está hecho para mí —dijo, queriendo decir que no le gustaba vestirse así.

—Es verdad, no está hecho para ti. Pareces uno de nosotros —contestó Laurent. Lo miró con sus intolerables ojos azules—. Ya es de noche. Ve a

decirle a Jord que espere mi regreso a media mañana y que continúe como de costumbre en mi ausencia. Luego, reúnete conmigo junto a los caballos. Partiremos en cuanto termines.

El problema de las tiendas era que no se podía llamar a la puerta. Damen se apoyó en una de las estacas y dio una voz.

La tardanza desde el interior fue considerable. Al final, apareció Jord, sin camisa, con sus anchos hombros al descubierto. En lugar de perder tiempo atándose los pantalones, los agarraba con la mano con una actitud despreocupada.

La tela de la entrada de la tienda, que estaba levantada, mostró el origen del retraso. Enredado en ropas de cama y con las extremidades pálidas, Aimeric estaba recostado sobre un codo, colorado desde el pecho hasta por encima del cuello.

—El príncipe tiene asuntos que tratar fuera del campamento —dijo Damen—. Planea volver alrededor de media mañana. Quiere que lideres a los hombres como siempre que se ausenta.

—Lo que necesite. ¿Cuántos hombres se va a llevar?

—Uno —dijo Damen.

—Suerte. —Fue todo lo que Jord dijo.

El camino hasta la ciudad de Nesson-Eloy no era largo ni difícil, pero cuando llegaron a sus proximidades, tuvieron que prescindir de los caballos.

Los dejaron atados fuera del camino, sabiendo que era muy probable que los animales no estuviesen allí cuando amaneciese, pues la naturaleza humana era la misma en todas partes. Era necesario. La ciudad de Nesson-Eloy, la más próxima al paso que cruzaba la montaña, había crecido donde las propiedades alrededor de la fortaleza escaseaban. Era un embrollo de casas construidas cerca unas de otras y de calles pavimentadas, y el sonido de los cascos sobre las piedras de la calzada despertaría a sus gentes. Laurent insistió en que fuesen silenciosos y discretos.

El príncipe decía conocer la ciudad, pues la fortaleza más próxima era un lugar común de parada en el viaje de Arles a Acquitart. Parecía conocer el camino y lo guio por callejuelas y pasajes oscuros.

Pero, al final, sus precauciones sirvieron de poco.

—Nos siguen —susurró Damen.

Estaban caminando por una de las estrechas calles. Encima de ellos, los balcones y saledizos de piedra y madera de los pisos superiores protegían la calle y, a veces, se proyectaban en ella.

—Si nos están siguiendo, no saben adónde vamos.

Los llevó a una calle lateral parcialmente encubierta por cornisas y, luego, giró otra vez.

No era exactamente una persecución, porque los hombres que los seguían mantenían cierta distancia y solo revelaban que estaban allí de vez en cuando, con ruiditos. A la luz del día, podía ser un juego practicado en calles abarrotadas llenas de distracciones, con la ciudad activa y susurrante cubierta por un halo de humo de leña. Por la noche, todo llamaba la atención. Las calles oscuras estaban poco transitadas, y ellos destacaban entre los transeúntes.

Los hombres que los seguían —eran más de uno— tenían una tarea fácil, no importaba cuántos desvíos cogiese Laurent. No conseguían despistarlos.

—Me estoy empezando a mosquear —comentó el vereciano. Se había detenido delante de una puerta con un símbolo circular pintado en ella.

—No tenemos tiempo para jugar al gato y al ratón. Voy a intentar hacer tu truco.

—¿Mi truco? —preguntó Damen. La última vez que Damen había visto un símbolo como aquel en una puerta, Govart había salido tras ella.

Laurent llamó a la puerta. Luego se volvió hacia Damen.

—¿Es así? No tengo ni idea de cómo se hace normalmente. Este es tu terreno, no el mío.

La mirilla de la puerta se deslizó y se abrió. Laurent levantó una moneda de oro y la mirilla se cerró con un golpe, al que siguió el sonido de un pestillo abriéndose. Una fragancia salió por la puerta y apareció una joven de pelo castaño, bien peinado y muy brillante. Miró la moneda de Laurent, luego a Damen, añadió un murmullo sobre el tamaño de Damen y comentó contrariada que se iba a llamar a la *maîtresse*. Cruzaron la puerta del burdel perfumado.

—Este no es mi terreno —comentó Damen.

Había candelabros de cobre colgados del techo con cadenas finas y las paredes estaban cubiertas de sedas. La fragancia que impregnaba el lugar era el aroma dulzón del incienso sobre el tenue olor del chalis. El suelo estaba cubierto de alfombras, un grueso tejido en el que se hundían los pies. La sala a la que los condujeron no tenía finos colchones verecianos cubiertos de

almohadas, sino que estaba rodeada por una serie de divanes de madera oscura tallada.

Dos de ellos estaban ocupados, por suerte no por parejas de la calle, sino por tres mujeres de la casa. Laurent entró y reclamó uno de los sofás vacíos para él solo, adoptando una postura relajada. Damen se sentó más cuidadosamente en la otra punta. Su mente estaba en los hombres que los seguían, que o estarían en la calle vigilando la puerta o en cualquier momento entrarían en el burdel. Se desplegaron ante sus ojos imágenes de un ridículo infinito.

El príncipe examinaba a las mujeres. Estaba lejos de estar asustado, pero había algo en su mirada. Damen percibió que, para Laurent, aquella experiencia era completamente nueva y sumamente ilícita. De repente cayó en la cuenta de que estaba acompañando al casto príncipe heredero de Vere a su primer burdel, lo cual aumentó su sensación de ridículo. Desde cualquier parte de la casa, se oía a gente fornicando.

De las tres mujeres, una era la de cabello brillante que los había recibido en la puerta, mientras que la segunda era una morena, que estaba perezosamente provocando a la tercera, una rubia cuyo vestido estaba prácticamente desatado. El pezón expuesto de la rubia estaba rosa e hinchado bajo una perezosa caricia de la morena.

—Estáis demasiado lejos —dijo la rubia.

—Pues levántate —dijo Laurent.

Se levantó. La morena también, y fue en dirección a Laurent. La rubia se sentó al lado de Damen que veía a la morena en la periferia de su campo de visión. La curiosidad por saber cómo se las apañaría Laurent con sus insinuaciones lo divertía, pero se encontró con que tenía sus propias manos ocupadas, por así decirlo. La rubia tenía los labios muy rosas, pecas repartidas por la nariz y su vestido estaba abierto del cuello al ombligo, con las cintas colgando. Sus senos expuestos eran redondos y blancos; la parte más blanca de ella, excepto donde brotaban dos suaves pezones, que eran exactamente del mismo tono rosa que sus labios. Era pintura.

—Mi señor, ¿hay algo que pueda hacer por vos mientras esperáis?

Damen abrió la boca para responder que no, preocupado por la situación poco estable en la que se encontraban: por los hombres que les seguían el rastro y por Laurent, en el asiento a su lado. Era consciente de cuánto hacía que no estaba con una mujer.

—Desátale la chaqueta —ordenó Laurent.

La rubia desvió la vista de Damen al príncipe. Damen lo miró también. Laurent había despachado a su mujer sin decir una palabra, tal vez con un breve chasquido de los dedos. Elegante y relajado, los observaba sin prisa.

Aquello le resultaba familiar. Damen sintió el momento en que se le aceleró el pulso; recordó el diván de dos plazas del cenador del jardín y la glacial voz de Laurent dando instrucciones explícitas: «Chupa», «lámelo».

Damen agarró a la rubia por la muñeca. No habría una nueva actuación. Los dedos de la rubia ya se habían movido por los cordones y habían descubierto el collar de oro debajo de la cara tela de su chaqueta.

—¿Eres… su mascota? —preguntó.

—Puedo cerrar la sala —dijo la voz de una mujer mayor, con un leve acento vaskiano—, si así lo deseáis, caballeros. Y os daré intimidad para disfrutar de mis chicas.

—¿Sois vos la *maîtresse*? —indagó Laurent.

—Yo mando en esta casita —contestó ella.

Laurent se levantó del diván.

—Si pago con oro, el que manda soy yo.

Ella se inclinó para hacer una reverencia profunda, con los ojos en el suelo.

—Como gustéis. —Y después, tras un leve titubeo—: Alteza. Con discreción y silencio, por supuesto.

El cabello dorado, las ropas elegantes y aquel rostro; pues claro que lo había reconocido. Seguramente, todo el mundo en la ciudad sabía quién estaba acampado en la fortaleza. Las palabras de la *maîtresse* provocaron una expresión de sorpresa en una de las otras chicas; no había hecho las mismas deducciones que la *maîtresse* ni el resto. Damen tuvo la oportunidad de ver a las prostitutas de Nesson-Eloy postrarse casi hasta el suelo en presencia de su príncipe heredero.

—Mi esclavo y yo queremos una habitación para nosotros solos —dijo Laurent—. En la parte del fondo. Un cuarto con cama, pestillo en la puerta y ventana. No necesitamos compañía. Si intentas mandar a una de tus chicas, descubrirás de la peor manera posible que no me gusta compartir.

—Sí, alteza —dijo la *maîtresse*.

Los condujo con una vela fina por la casa vieja hasta la parte del fondo. En cierto modo, Damen esperaba que la mujer echase a algún otro cliente para satisfacer a Laurent, pero había un cuarto desocupado que cumplía con sus exigencias. Estaba amueblado de manera simple, con un baúl bajo con almohadas, una cama con dosel y dos candelabros. Las almohadas eran de

tejido rojo con un patrón de terciopelo en relieve. La *maîtresse* cerró la puerta y los dejó solos.

Damen echó el pestillo y, por si acaso, colocó el baúl delante de la puerta.

En efecto, había una ventana. Era pequeña. Y estaba cubierta por una reja de metal fijada con yeso.

Laurent la miraba fijamente, confuso.

—Esto no era lo que tenía en mente.

—El yeso es viejo —comentó Damen—. Mirad. —Agarró la reja y tiró de ella.

Pedazos de yeso llovieron de los bordes de la ventana, pero no fue suficiente para arrancar la reja del marco. Cambió el agarre, afianzó su postura y metió el hombro.

Al tercer intento, toda la reja salió de la ventana. Era sorprendentemente pesada, y la colocó en el suelo con cuidado. La alfombra gruesa ahogó cualquier sonido, como había hecho al mover el baúl.

—Después de vos —le dijo a Laurent, que lo miraba fijamente. Casi parecía que fuese a decir algo, pero se limitó a asentir con la cabeza. Salió por la ventana y cayó sin hacer ruido en el callejón de detrás del burdel. Damen lo siguió.

Atravesaron el callejón bajo los balcones prominentes y encontraron un espacio húmedo, entre dos casas, por donde pasar. Luego fueron por un tramo corto de escaleras. Los sonidos débiles de sus pasos no resonaban. Los perseguidores no habían rodeado la casa.

Los habían despistado.

—Ten, toma —dijo el príncipe cuando estaban a media ciudad de distancia, y arrojó a Damen su saco de monedas—. Es mejor que no nos reconozcan. Y tú deberías ocultar el collar bajo la chaqueta.

—No soy yo quien tiene que ocultar su identidad —respondió Damen, pero se cerró la chaqueta obedientemente para esconder el collar de oro—. No son solo las prostitutas las que saben que estáis acampado en la fortaleza. Cualquiera que vea a un hombre joven y rubio de la nobleza sabrá que sois vos.

—He traído un disfraz.

—Un disfraz —repitió Damen.

Llegaron a una posada que Laurent afirmaba ser su destino. Estaban de pie bajo el balcón del piso de arriba, a dos pasos de la puerta. No había

ningún lugar donde cambiarse y había poco que se pudiese hacer con el revelador pelo rubio de Laurent. Además el príncipe tenía las manos vacías.

Hasta que sacó algo delicado y reluciente de un pliegue de la ropa. Damen lo miró fijamente.

—Después de ti —dijo Laurent.

Damen abrió la boca. La cerró. Llevó una mano a la puerta de la posada y la abrió.

El vereciano lo siguió en cuanto terminó de ponerse el largo pendiente de zafiros de Nicaise en la oreja.

El sonido de voces y música se mezclaba con el olor a carne de venado y humo de vela para ofrecer una primera impresión. Damen miró alrededor de la amplia sala abierta con largas mesas adornadas con platos y jarras y un fuego en un extremo, donde la carne se asaba en un espetón. Había varios clientes, hombres y mujeres. Ninguno llevaba ropas tan elegantes como las suyas o las de Laurent. A un lado, unas escaleras de madera conducían a un entresuelo, que llevaba a habitaciones privadas. Un mesonero con las mangas arremangadas se dirigió hacia ellos.

Después de una mirada rápida e indiferente a Laurent, el mesonero dedicó toda su atención a Damen y lo halagó con respeto.

—Bienvenido, señor. ¿Vos y vuestra mascota deseáis alojamiento para esta noche?

Capítulo seis

—QUIERO LA MEJOR HABITACIÓN —dijo Laurent—. Con cama grande y baño privado. Y si mandas a algún sirviente, descubrirás de la peor manera posible que no me gusta compartir.

Le dedicó una mirada larga y fría al posadero.

—Es caro —comentó Damen al mesonero a modo de disculpa.

Entonces, observó al hombre evaluar el coste de las ropas de Laurent y de su pendiente de zafiro —un regalo del rey para su favorito— y el probable coste del propio Laurent, con aquel rostro y aquel cuerpo. Damen percibió que estaba a punto de cobrarle tres veces el precio vigente de todo.

Decidió de buen humor que no le importaba ser generoso con el dinero del príncipe.

—¿Qué tal si nos buscas una mesa, mascota? —preguntó, saboreando el momento. Y el mote.

Laurent obedeció. Damen se retrasó para pagar en abundancia por el cuarto y dar las gracias al mesonero.

Mantuvo la mirada fija en Laurent, que incluso en los mejores momentos era imprevisible. El príncipe fue directo a la mejor mesa, lo bastante cerca del fuego para disfrutar del calor, pero no tan cerca como para impregnarse del olor del venado que se asaba lentamente. Como era la mejor mesa, estaba ocupada. Laurent la vació con lo que pareció ser una mirada, o una palabra, o el simple hecho de su aproximación.

El pendiente no era un disfraz discreto. Todos los hombres de la sala común de la posada se tomaron su tiempo para echarle un buen vistazo a Laurent. Una mascota. La arrogancia de su mirada fría proclamaba que nadie podía tocarlo. El pendiente decía que solo un hombre podía hacerlo. Eso hacía que pasase de inalcanzable a exclusivo, un placer elitista que ninguno de los presentes se podía permitir.

Pero aquello era una ilusión. Damen se sentó a la mesa delante de Laurent, en uno de los bancos largos.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora esperamos —contestó el príncipe.

Acto seguido, se levantó, rodeó la mesa y se sentó junto a Damen, tan cerca como un amante.

—¿Qué hacéis?

—Verosimilitud —dijo Laurent. El pendiente lo deslumbró—. Me alegro de haberte traído. No esperaba tener que arrancar cosas de las paredes. ¿Vas a burdeles a menudo?

—No.

—Nada de burdeles. ¿Prostitutas que acompañan a las tropas? —preguntó Laurent. Luego—: Esclavos. —Y después, tras la satisfacción de una pausa, añadió—: Akielos, el jardín de los placeres. Entonces te gusta que los demás sean esclavos, pero tú no.

Damen se movió en el banco largo y lo miró.

—No te pongas tenso —dijo Laurent.

—Habláis más cuando estáis incómodo.

—Señor —dijo el posadero, y Damen se volvió. Laurent no—. Vuestro cuarto estará listo en breve. Es la tercera puerta subiendo las escaleras. Jehan os llevará vino y comida mientras esperan.

—Vamos a intentar divertirnos. ¿Quién es ese? —indagó Laurent.

Estaba mirando a un hombre más viejo al otro lado de la sala, con el cabello que parecía un puñado de paja que se dejaba ver debajo de una boina de lana sucia. Estaba sentado en una mesa oscura en la esquina y barajaba unas cartas como si fuesen su bien más preciado aunque estuviesen marcadas y llenas de grasa.

—Volo. No juguéis con él. Ese hombre tiene ansia. No le llevará más de una noche quedarse con vuestras monedas, joyas y chaqueta.

Tras ofrecer ese consejo, el mesonero se retiró.

Laurent observaba a Volo con la misma expresión con la que había mirado a las mujeres del burdel. Volo intentó conseguir vino del chico que servía en la casa; después trató de conseguir algo completamente distinto del joven, que no se sorprendió cuando Volo realizó un truco que consistía en coger una cuchara de madera con la mano y hacerla desaparecer, como si se perdiese en el aire.

—Vale. Dame dinero. Quiero jugar a las cartas con ese hombre.

Laurent se levantó y se apoyó en la mesa. Damen echó mano a la bolsa. Entonces hizo una pausa.

—¿No se suponía que los regalos se ganaban con servicios?

—¿Quieres algo? —preguntó el príncipe.

Su voz estaba teñida de promesas y mantenía la mirada fija en él, como un gato.

Damen, que prefería no ser destripado, le arrojó la bolsa. El vereciano la agarró con una mano y sacó un puñado de monedas de cobre y plata. Le devolvió la bolsa a Damen, cruzó la sala de la posada y se sentó frente a Volo.

Jugaron. Laurent apostó plata. Volo, su gorro de lana. Damen observó desde su mesa durante algunos minutos, después examinó a los otros clientes para ver si alguno de ellos estaba a su altura para que invitarlo resultase plausible.

El más respetable iba vestido con ropas buenas y una capa de piel que cubría la silla. Tal vez fuera un mercader de telas. Damen lo invitó a unirse a él, si así lo deseaba, cosa que el hombre hizo con mucho gusto, escondiendo de manera imperfecta su curiosidad en relación a Damen bajo un manto de modales de mercader. Se llamaba Charls y era socio comercial de una importante familia de mercaderes. En efecto, comerciaban con telas. Damen dio un nombre desconocido de un linaje de Patras.

—¡Ah, Patras! Sí, tienes acento —comentó Charls.

La conversación versó sobre comercio y política, lo habitual para un mercader. Resultó imposible obtener noticias de Akielos. Charls no apoyaba la alianza. Confiaba en que el príncipe se mantuviese firme en las negociaciones con el rey bastardo de Akielos más de lo que confiaba en su tío, el regente. El príncipe heredero estaba acampado en Nesson en aquel preciso instante, camino de la frontera para hacer frente a Akielos. Charls dijo que era un joven serio y responsable. Damen tuvo que esforzarse para no mirar a Laurent jugando a las cartas al oír aquellas palabras.

La comida llegó. El hostal los obsequió con un pan delicioso y fuentes de alimentos exquisitos. Charls observó los platos cuando fue evidente que el posadero le había dado a Damen las mejores partes de la carne.

Los clientes de la sala principal iban disminuyendo. Charls se fue poco después y subió a la que era la segunda mejor habitación del establecimiento.

Cuando miró el juego de cartas, Damen vio que Laurent había perdido todas sus monedas, pero que había ganado el repugnante gorro de lana. Volo sonrió, le dio una palmada sonora en la espalda en señal de compasión y lo invitó a un trago. Él se tomó otro y pagó por el criado de la posada, que estaba ofreciendo precios muy generosos —una moneda de cobre por un polvo, tres monedas por toda la noche— y se había interesado mucho por Volo ahora que tenía apiladas ante él todas las monedas de Laurent.

El príncipe cogió la bebida y cruzó la sala. La colocó, intacta, delante de Damen.

—El botín de la victoria de otra persona.

Aunque la posada se estuviese vaciando, era posible que dos de los clientes cerca del fuego los pudieran escuchar.

—Si queríais una bebida y un gorro viejo —dijo Damen—, podríais habérselos comprado. Más barato y más rápido.

—Me gusta el juego —respondió el príncipe. Estiró el brazo, agarró otra moneda de la bolsa que llevaba Damen y cerró la mano—. Mira, he aprendido un truco nuevo. —Cuando la abrió, estaba vacía, como por arte de magia. Un segundo después, la moneda cayó de su manga al suelo. Laurent la miró con el ceño fruncido—. Bueno, todavía no lo sé hacer del todo.

—Si el truco es hacer desaparecer monedas, creo que sí.

—¿Cómo está la comida? —preguntó Laurent con los ojos en la mesa.

Damen cortó un trozo de pan y lo sostuvo como si fuese una golosina para un gato doméstico.

—Probadla.

Laurent miró el pan, luego a los hombres cerca del fuego, después lanzó a Damen una mirada larga y fría que habría sido difícil de aguantar si Damen no hubiese tenido bastante práctica a esas alturas.

—Vale.

Tardó un momento en asimilar las palabras. Para cuando lo hizo, Laurent ya se había colocado a su lado en el banco. Estaba sentado a horcajadas frente a Damen.

Lo iba a hacer de verdad.

Las mascotas de Vere convertían aquello en un espectáculo provocador al flirtear y hacer el amor con las manos de sus amos. Cuando Damen llevó el bocado de pan a sus labios, Laurent no hizo ninguna de esas cosas. Actuó con la delicadeza de siempre. Casi no parecían un amo y su mascota, aunque, por un momento, Damen sintió el calor del aliento de Laurent en las puntas de los dedos.

«Verosimilitud», pensó Damen.

Su mirada fue a parar a los labios del príncipe. Cuando la dirigió hacia arriba, se fijó en el pendiente. Laurent tenía el lóbulo perforado y llevaba el adorno del amante de su tío. Le quedaba bien, en el sentido de que combinaba con su tono de piel. En otro sentido, parecía tan inapropiado como partir otro pedazo de pan y levantarlo para dar de comer al príncipe.

Laurent se comió el pan. Era como alimentar a un depredador, la misma sensación. Estaba tan cerca que habría sido fácil agarrarlo de la nuca y empujarlo hacia delante. Recordó la sensación del cabello de Laurent, de su piel, y luchó contra la voluntad de presionarle los labios con la yema de los dedos.

Era el pendiente. Laurent siempre tenía un aspecto austero. El pendiente lo alteraba. Dejaba traslucir un lado sensual, sofisticado y sutil.

Pero ese lado no existía. El brillo de los zafiros era peligroso. Al igual que lo era Nicaise. Nada en Vere era lo que parecía.

Otro trozo de pan. Los labios de Laurent rozaron la punta de sus dedos. Fue una caricia breve y delicada. Esa no era su intención cuando agarró el pan. Damen tenía la impresión de que sus planes habían cambiado, de que Laurent sabía exactamente lo que hacía. El roce le recordó a la primera caricia de labios del típico beso sensual que comienza con una serie de besos más cortos y luego, poco a poco, se intensifican. Sintió que la respiración se le aceleraba.

Se obligó a recordar quién era el otro. Laurent, su captor. Se obligó a recordar el golpe de cada latigazo en su espalda, pero a causa de algún fallo cerebral, en vez de eso recordó la piel mojada de Laurent en los baños y la manera en que sus miembros encajaban como una empuñadura con la hoja de una espada perfectamente equilibrada.

El príncipe se acabó el trozo de pan, luego puso la mano en el muslo de Damen y, despacio, la deslizó hacia arriba.

—Contrólate —le pidió Laurent.

Y se aproximó hasta que, sentados el uno frente al otro en el banco, sus pechos casi se tocaban. El pelo de Laurent le hizo cosquillas en el rostro cuando acercó los labios a su oído.

—Somos prácticamente los últimos aquí —murmuró.

—¿Y qué?

El siguiente murmullo se deslizó delicadamente por el interior del oído de Damen, de modo que sintió la forma de cada palabra, hecha de labios y aliento.

—Que tienes que llevarme arriba —contestó Laurent—. ¿No crees que ya hemos esperado bastante?

Laurent se adelantó y subió la escalera, seguido por Damen. Era consciente de cada paso y sintió que su pulso aumentaba bajo su piel.

La tercera puerta subiendo las escaleras. El cuarto estaba calentado por un fuego bien cuidado en un hogar grande. Tenía paredes gruesas cubiertas de

yeso y una ventana con un pequeño balcón. La única cama que había era grande, tenía sábanas de aspecto agradable y un cabezal robusto de madera oscura, con grabados minuciosamente tallados en un patrón entrelazado de diamantes. Había algunos muebles más, un baúl bajo y una silla cerca de la puerta.

Y había un hombre de unos treinta años y barba oscura, recortada con esmero, sentado en la cama. Se levantó e hincó la rodilla en el suelo cuando vio a Laurent.

Damen se dejó caer en la silla que estaba junto a la puerta.

—Alteza —dijo el hombre, arrodillado.

—Levanta —ordenó Laurent—. Qué bien que estés aquí. Debes de haber venido todas las noches, incluso mucho después de cuando debían haberte dado una respuesta.

—Mientras estuvisteis acampado en Nesson, creí que había una posibilidad de que vuestro mensajero viniera —contestó el hombre mientras se ponía en pie.

—Lo detuvieron. Nos han seguido desde la fortaleza hasta el barrio del este. Creo que las vías de entrada y salida estarán vigiladas.

—Conozco un camino. Puedo partir cuando terminemos.

El hombre se sacó un pergamino lacrado del interior de la chaqueta. Laurent lo cogió, rompió el lacre y leyó el contenido. Despacio. Por lo que atisbó Damen, parecía escrito en clave. Cuando terminó, el príncipe arrojó el pergamino al fuego, donde se encogió y se ennegreció.

Laurent agarró su anillo de sello y lo puso en la mano al hombre.

—Dáselo —dijo Laurent—, y dile que lo esperaré en Ravenel.

El hombre hizo una reverencia. Entonces, salió por la puerta y abandonó la somnolienta posada. Estaba hecho.

Damen se levantó y le dedicó una larga mirada a Laurent.

—Parecéis satisfecho.

—Soy de los que obtienen mucho placer con los pequeños triunfos…

—Pero no estabais seguro de que estaría aquí.

—No creí que fuese a estar. Dos semanas es mucho tiempo de espera. —Se quitó el pendiente—. Creo que estaremos seguros en el camino mañana. Los hombres que nos seguían parecían mucho más interesados en encontrarle que en hacerme daño. No nos atacaron esta noche cuando tuvieron ocasión. —Seguidamente, añadió—: ¿Esa puerta da al baño? —Después, cuando estaba a medio camino de la puerta, dijo—: No te preocupes. Tus servicios no serán necesarios.

Una vez se marchó, Damen, agarró en silencio un montón de almohadas y ropa de cama y las arrojó al suelo, junto a la chimenea.

No había nada que hacer. Bajó las escaleras. Los únicos clientes que quedaban eran Volo y el criado, que no estaban prestando atención a nadie más. El cabello color arena del muchacho estaba completamente despeinado.

Se encaminó al exterior de la posada y se detuvo un momento: el aire frío de la noche era apacible. La calle estaba vacía. El mensajero había partido. Era muy tarde.

Era un lugar tranquilo. Pero no se podía quedar allí toda la noche. Al recordar que Laurent no había comido nada más que algunos bocaditos de pan, se detuvo en la cocina de vuelta al segundo piso y solicitó un plato de pan y carne.

Cuando regresó al cuarto, Laurent había salido del baño, estaba medio vestido y sentado, secándose el pelo mojado cerca del fuego y ocupando la mayor parte de la cama improvisada de Damen.

—Tened —dijo Damen, y le pasó el plato.

—Gracias —contestó Laurent, mirando rápidamente el plato—. El baño está libre. Si quieres.

Se bañó. Laurent le había dejado agua limpia. Las toallas colgadas al lado del orinal eran suaves y estaban calientes. Se secó y decidió volver a ponerse los pantalones en vez de las toallas. Se dijo a sí mismo que aquello no era diferente de las dos docenas de noches que habían pasado juntos en el interior de una tienda de campaña.

Cuando salió, Laurent se había comido cuidadosamente la mitad del plato y lo había dejado encima del baúl para que él cogiese algo si le apetecía. Damen, que había comido hasta cansarse en el piso de abajo y que no creía que Laurent fuera a apoderarse de su cama y a dejar la suya sin tocar, ignoró el plato y reclamó su lugar junto a Laurent, en las mantas cerca de la lumbre.

—Creía que vuestro contacto era Volo —comentó Damen.

—Solo quería jugar a las cartas con él.

El fuego era cálido. A Damen le gustaba la sensación de calor en la piel desnuda de su torso.

Al cabo de un momento, Laurent dijo:

—Creo que no habría llegado hasta aquí sin tu ayuda, por lo menos no sin que me siguiesen. Me alegro de que hayas venido. Hablo en serio. Estabas en lo cierto. No estoy acostumbrado a… —Se calló.

Su cabello húmedo, peinado hacia atrás, exponía los rasgos elegantemente equilibrados de su rostro. Damen lo miró.

—Estáis de un humor raro —comentó Damen—. Más raro que de costumbre.

—Yo diría que estoy de buen humor.

—De buen humor.

—Bueno, no tanto como Volo —contestó el príncipe—. Pero la comida es decente, el fuego está caliente y nadie ha intentado matarme en las últimas tres horas. ¿Por qué no debería estarlo?

—Pensaba que tendríais gustos más sofisticados —dijo Damen.

—¿Y eso?

—He visto vuestra corte —le recordó con delicadeza.

—Has visto la corte de mi tío —le aclaró Laurent.

«¿Acaso la vuestra sería diferente?». No lo dijo. Tal vez no necesitaba saber la respuesta. Laurent se estaba convirtiendo en el rey que sería con cada día que pasaba, pero el futuro era incierto. Llegado el momento, no se tumbaría de espaldas apoyado en las manos ni se secaría perezosamente el pelo delante del fuego del cuarto de una posada. Tampoco entraría o saldría por ventanas de burdeles. Ni tampoco lo haría Damen.

—Dime una cosa —dijo Laurent tras un silencio largo y sorprendentemente cómodo. Damen lo miró—. ¿Qué pasó realmente para que Kastor te enviase aquí? Sé que no fue una pelea de amantes.

Cuando el confortable calor del fuego se transformó en frío, Damen supo que tenía que mentir. Era demasiado peligroso hablar de eso con Laurent. Lo sabía. Lo que no sabía era por qué el pasado parecía tan cercano. Se tragó las palabras que se alzaban en su garganta.

Como lo había hecho desde aquella noche.

«No sé. No sé por qué».

«No sé qué hice para que me odiase tanto. Por qué no podíamos llorar como hermanos a nuestro padre…».

—Estabais parcialmente en lo cierto… —Se oyó decir, como si estuviese a distancia—. Tuve sentimientos por… Había una mujer.

—Jokaste —contestó Laurent, divertido.

Damen se quedó en silencio. Sintió el dolor de la respuesta en la garganta.

—¿En serio? ¿Te enamoraste de la amante del rey?

—Entonces no era el rey. Y ella no era su amante. Y, si lo era, nadie lo sabía —contestó Damen. Una vez que las palabras salían de su boca, no había forma de pararlas—. Era inteligente, perfecta, guapa. Todo lo que podría haber pedido en una mujer. Pero era ambiciosa. Quería poder. Debió de creer que su único camino al trono era a través de Kastor.

—Mi honorable bárbaro. No habría creído que ese fuese tu tipo.

—¿Mi tipo?

—Un rostro bonito, una mente retorcida y un carácter implacable.

—No. No es eso. Yo no sabía que era… No sabía cómo era.

—¿Ah, no? —cuestionó Laurent.

—Tal vez sabía… sabía que se guiaba por su mente y no por su corazón. Sabía que era ambiciosa y, sí, a veces, despiadada. Admito que, en cierto modo, eso… me atraía. Pero nunca imaginé que fuese a traicionarme por Kastor. Lo descubrí demasiado tarde.

—Auguste era como tú —dijo Laurent—. No tenía instinto para los engaños, lo que significaba que no conseguía reconocerlos en otras personas.

—¿Y vos? —preguntó Damen tras una respiración difícil.

—Yo tengo un instinto muy desarrollado para percibir el engaño.

—No, me refería…

—Sé a lo que te referías.

Damen lo había preguntado en un intento de dirigir el interrogatorio hacia Laurent. Cualquier cosa con tal de cambiar de tema. Pero entonces, después de una noche de pendientes y burdeles, pensó: «¿Por qué no preguntárselo?». Laurent no parecía incómodo. Su cuerpo estaba relajado y tranquilo. Sus labios suaves, que a menudo dibujaban expresiones más tensas, con su sensualidad reprimida, en ese momento no expresaban nada más peligroso que un leve interés. No le costó devolverle la mirada. Pero no dio una respuesta.

—¿Os ha comido la lengua el gato? —preguntó Damen.

—Si quieres una respuesta, vas a tener que hacer la pregunta.

—La mitad de los hombres de vuestra compañía están convencidos de que sois virgen.

—¿Eso es una pregunta?

—Sí.

—Tengo veinte años —dijo Laurent—. Y recibo ofertas desde que puedo recordar.

—¿Eso es una respuesta?

—No soy virgen.

—Me preguntaba —contestó Damen con cuidado— si destináis vuestro amor a las mujeres.

—No, yo… —Laurent pareció sorprendido. Luego pareció darse cuenta de que su sorpresa revelaba algo fundamental y apartó los ojos con una

respiración ahogada. Cuando volvió a mirar a Damen, había una sonrisa maliciosa en sus labios, pero añadió con firmeza—: No.

—¿He dicho algo que os haya ofendido? Porque no era mi intención…

—No. Una teoría plausible, benévola y sencilla. Esperaba que pensases en ella.

—No es culpa mía que en vuestro país nadie piense con cabeza —contestó Damen a la defensiva, con el ceño levemente fruncido.

—Te voy a decir por qué Jokaste eligió a Kastor —dijo Laurent.

Damen miró el fuego. Contempló el leño parcialmente consumido; las llamas lamían sus laterales y había brasas en la base.

—Era un príncipe —dijo Damen—. Él era un príncipe y yo solo era…

No podía seguir. Tenía los músculos de los hombros tan tensos que le dolían. El pasado tomaba forma; no quería verlo. Mentir significaba afrontar la verdad de no saber. No saber lo que había hecho para provocar la traición, no una vez, sino dos, de la mujer a la que amaba y de su hermano.

—No es por eso. Lo habría escogido incluso aunque tuvieses sangre real en las venas, aunque tuvieses la misma sangre que Kastor. No entiendes cómo funciona una mente así. Yo sí. Si yo fuese Jokaste y tuviese su influencia, también habría elegido a Kastor en vez de a ti.

—Imagino que os gustará decirme por qué.

Damen sintió cómo cerraba los puños y notó la amargura en su voz.

—Porque una mujer ambiciosa siempre va a escoger al hombre más débil. Cuanto más débil es el hombre, más fácil resulta dominarlo.

Damen se sorprendió y miró a Laurent para encontrarlo devolviéndole la mirada sin rencor. El momento se prolongó. No era… no era lo que esperaba que le dijese. Mientras lo miraba, las palabras se movieron de manera inesperada a través de él, y sintió que tocaban algo en su interior; por un leve segundo, notó que desplazaban algo alojado tan sólida y profundamente en él, algo que creía inamovible.

—¿Qué os hace pensar que Kastor es el más débil? —preguntó—. No lo conocéis.

—Pero empiezo a conocerte a ti.

Capítulo siete

DAMEN SE SENTÓ CON la espalda en la pared sobre la ropa de cama que había reunido junto al hogar. Los sonidos del fuego eran ocasionales; hacía tiempo que se había consumido y se había reducido a las últimas brasas brillantes. El cuarto estaba calurosamente adormilado y silencioso. Damen estaba despierto.

El príncipe dormía en la cama.

Damen vislumbraba su figura, incluso en la oscuridad de la habitación. La luz de la luna que entraba por las rendijas de las ventanas del balcón revelaba el cabello claro de Laurent sobre la almohada. Dormía como si la presencia de Damen en el cuarto no importase, como si no supusiera una amenaza mayor que un mueble.

No era confianza. Era un juicio tranquilo de las intenciones de Damen combinado con una arrogancia insolente en su propia evaluación: había más razones para que Damen mantuviese a Laurent con vida que para hacerle daño. Por ahora. Fue como cuando Laurent le entregó un cuchillo. Como cuando lo invitó a los baños de palacio y, con calma, se desnudó. Todo estaba calculado. Laurent no confiaba en nadie.

Damen no lo entendía. No entendía por qué había hablado así y no entendía el efecto de sus palabras en él. El pasado pesaba sobre él. Por la noche, en el silencio del cuarto, no había distracciones, nada que hacer aparte de pensar, sentir y recordar.

Su hermano Kastor, el hijo ilegítimo de la amante del rey, Hypermenestra, fue criado durante los primeros nueve años de su vida para heredar el trono. Después de incontables abortos, la gente empezó a creer que la reina Egeria no conseguiría tener ningún hijo. Pero entonces vino el embarazo que le arrebató la vida a la reina, quien, en sus horas finales, dio a luz a un heredero legítimo.

Creció admirando a Kastor, esforzándose por superarlo porque le admiraba y porque era consciente del orgullo que sentía su padre en los momentos que conseguía superar a su hermano.

Nikandros lo había sacado del cuarto donde estaba su padre enfermo y le había dicho en voz baja: «Kastor siempre ha asegurado que merece el trono. Que tú se lo arrebataste. No asume la culpa por la derrota en ninguna arena; en su lugar, lo atribuye todo al hecho de que nunca tuvo su “oportunidad”. Lo único que necesitaba era a alguien que le susurrase al oído que debía tomar el trono».

Se negó a creerlo. No escucharía palabras dichas contra su hermano. Su padre, que estaba al borde de la muerte, llamó a Kastor y le habló del amor que sentía por él y por Hypermenestra. Las emociones de Kastor al lado del lecho de muerte de su padre parecían tan verdaderas como la promesa de servir al heredero, Damianos.

Torveld le había dicho: «Vi la tristeza de Kastor. Era verdadera». En su momento, él también lo creyó.

Recordó la primera vez que soltó el cabello rubio de Jokaste y la sensación al caer sobre sus dedos. El recuerdo se enmarañó con un latido de excitación que a continuación mudó en un sobresalto cuando confundió su largo cabello rubio con uno más corto. Se acordó de lo que había ocurrido esa misma noche en el piso de abajo, cuando Laurent casi se había sentado en su regazo.

La imagen desapareció al escuchar un golpe en la puerta del piso de abajo, amortiguado por las paredes y la distancia.

El peligro lo hizo levantarse; la urgencia del momento empujó a un lado sus pensamientos anteriores. Se puso la camisa y la chaqueta y se sentó en el borde de la cama. Llevó la mano al hombro de Laurent con delicadeza.

Tenía la piel cálida, pues estaba cubierto con la colcha. Despertó de inmediato bajo la mano de Damen, aunque no mostró ninguna expresión de pánico o sorpresa.

—Tenemos que irnos —dijo Damen.

Una multitud de sonidos nuevos llegaban del piso de abajo; el mesonero, despierto, quitaba el cerrojo de la puerta de la posada.

—Se está convirtiendo en costumbre —dijo Laurent, pero ya se estaba levantando.

Mientras Damen abría las ventanas del balcón, el príncipe se puso la camisa y la chaqueta, aunque no tenía tiempo de atarse los cordones, pues las ropas verecianas eran francamente poco prácticas en una emergencia.

Las ventanas se abrieron y una fresca brisa nocturna entró en la estancia. Había una caída de dos pisos.

No iba a ser tan fácil como en el burdel. Saltar no era posible. Puede que la caída hasta la calle no fuese fatal, pero era lo bastante peligrosa como para romperse los huesos. Ahora se oían voces, tal vez procedentes de la escalera. Los dos levantaron la mirada. La fachada de la posada estaba cubierta de yeso y no había asideros. La mirada de Damen iba de un lado a otro, en busca de una manera de escalar. La vieron al mismo tiempo: junto al siguiente balcón, había una zona sin yeso, con piedras que sobresalían y varios lugares donde agarrarse; un camino limpio hasta el tejado.

Salvo porque el siguiente balcón estaba a unos dos metros y medio de distancia; no era un salto fácil, pues además debía hacerse sin tomar carrerilla. Laurent evaluaba la distancia con la mirada tranquila.

—¿Podéis hacerlo? —preguntó Damen.

—Seguramente —dijo Laurent.

Pasaron por encima de la barandilla del balcón. Damen fue primero. Era más alto, lo cual le daba ventaja, y no le preocupaba la distancia. Saltó y aterrizó bien, se agarró de la barandilla del otro balcón y se detuvo por un momento para asegurarse de que el cliente que se hospedaba en esa habitación no lo había oído. Entonces, escaló por la verja y llegó al balcón.

Lo hizo lo más silenciosamente que pudo. Los postigos exteriores del balcón estaban cerrados, pero no insonorizados: Damen esperaba oír los ronquidos de Charls, el mercader, pero en vez de eso escuchó los sonidos ahogados pero inconfundibles de Volo haciendo que el dinero que había empleado mereciera la pena.

Se giró. Laurent estaba desperdiciando unos segundos preciosos revaluando la distancia. De repente, Damen comprendió que «seguramente» no significaba «sin duda» y que, al responder a su pregunta, Laurent había dado con tranquilidad una opinión precisa de sus habilidades. Damen sintió el miedo en la boca del estómago.

El príncipe saltó. La distancia era larga, y cosas como la altura importaban, así como el impulso que proporcionaba la fuerza muscular.

Aterrizó mal. Damen lo agarró en un acto reflejo y sintió que Laurent entregaba su peso a las manos que lo sujetaban. Se quedó sin aire al darse con la barandilla del balcón y no se resistió cuando Damen lo levantó y lo metió dentro. Tampoco se apartó al instante; se limitó a permanecer sin aliento en sus brazos. Las manos de Damen estaban en la cintura de Laurent; el corazón le martilleaba el pecho. Se quedaron paralizados. Demasiado tarde.

Los sonidos del interior de la habitación habían cesado.

—He oído algo —dijo con claridad el criado—. En el balcón.

—Es el viento —contestó Volo—. Ven, te daré calor.

—No, es otra cosa —insistió el joven—. Ve a…

El frufrú de las sábanas y el crujido de la cama…

Damen perdió el aliento cuando Laurent lo empujó con fuerza. Su espalda golpeó la pared al lado de la ventana con postigos. El impacto del choque solo fue un poco menor que el que sintió al notar que Laurent se apretaba contra él y le presionaba con firmeza contra la pared con su cuerpo.

Justo a tiempo. Los postigos se abrieron y los atraparon en el triangulito de espacio entre la pared y la parte de atrás del postigo abierto. Estaban escondidos de manera tan precaria como un cornudo detrás de una puerta abierta. Ninguno se movió. Ninguno respiró. Si Laurent se movía un centímetro para atrás se chocaría con el postigo. Para impedirlo, estaba apretado con tanta firmeza contra Damen que este sentía cada pliegue de la tela de su ropa y, a través de sus prendas, el tibio calor que emanaba de su cuerpo.

—Aquí no hay nadie —dijo Volo.

—Estoy seguro de que he oído algo —respondió el muchacho.

El cabello de Laurent le hacía cosquillas en el cuello. Damen resistió estoicamente. Volo escucharía el latido de su corazón. Le sorprendió que las paredes del edificio no retumbasen al compás.

—A lo mejor era un gato. Tendrás que compensarme por el tiempo perdido.

—Mmm, vale —contestó el chico—. Vuelve a la cama.

Volo le dio la espalda al balcón. Pero, por supuesto, la farsa contaba con un último acto. En su afán por retomar sus actividades, Volo dejó los postigos abiertos, y quedaron atrapados allí.

Damen reprimió las ganas de gritar. El cuerpo de Laurent estaba pegado al suyo; muslo con muslo, pecho con pecho. Respirar era peligroso. Damen necesitaba con urgencia poner una distancia prudencial entre sus cuerpos; intentó empujar a Laurent con fuerza, pero no lo consiguió. El príncipe, distraído, se movió un poco para mirar atrás y ver cómo de cerca estaba el postigo. «Parad de moveros», estuvo a punto de decir Damen; solo una fina brizna de ansias de supervivencia impidió que hablase en voz alta. Laurent volvió a moverse después de ver, como Damen, que no había manera de salir del escondrijo sin delatarse.

—Tenemos… un problema —dijo entonces en voz muy baja y con mucho cuidado.

Eso era un eufemismo. Se ocultaban de Volo, pero los verían sin problemas desde el otro balcón, y a esas alturas los hombres que los perseguían estaban en algún lugar en el interior de la posada. Y había otras prioridades.

—Mirad arriba. Si conseguís subir, podremos salir por ahí —musitó Damen.

—Espérate a que empiecen a follar —contestó Laurent todavía más bajo. Las palabras murmuradas no se oyeron más allá de la curva del cuello de Damen—. Estarán distraídos.

La palabra «follar» se asentó en su interior, al mismo tiempo que el chico de la habitación emitió un gemido inconfundible.

—Ahí, ahí… métemela ahí…

Era hora de marcharse.

Entonces, la puerta del cuarto de Volo se abrió bruscamente.

—¡Están aquí! —exclamó una voz masculina desconocida.

Hubo un momento de confusión total y se oyó un graznido indignado del sirviente y un grito de protesta de Volo.

—¡Eh, soltadlo!

Los ruidos solo cobraron sentido cuando Damen cayó en la cuenta de lo que podría pasar por lógica con un hombre enviado a capturar a Laurent que hubiese oído su descripción pero nunca lo hubiera visto.

—Atrás, viejo. Esto no es asunto tuyo. Este es el príncipe de Vere.

—Pero si solo he pagado tres monedas de cobre por él —contestó Volo con aire confundido.

—Y vos probablemente deberíais poneros los pantalones —dijo el hombre, a lo que añadió con dificultad—: Alteza.

—¿Cómo? —preguntó el chico.

Damen sintió que Laurent temblaba contra él y advirtió que, en silencio y sin poder evitarlo, se estaba riendo.

Como mínimo, se oyó un par de pasos más en la estancia y alguien dijo:

—Está aquí. Lo hemos pillado tirándose a este vagabundo, disfrazado de prostituto de la posada.

—¡Este es el prostituto de la posada! ¡Serás tonto! El príncipe de Vere es tan casto que dudo que se toque cada diez años. Tú. Estamos buscando a dos hombres. Uno es un soldado bárbaro, una bestia enorme. El otro es rubio. No se parece a este chico. Es atractivo.

—Había un noble con una mascota rubia abajo —comentó Volo—. Con un cerebro de mosquito y fácil de engañar. No creo que fuese el príncipe.

—Yo no diría que su pelo fuese rubio, más bien pardusco. Y no era tan guapo —dijo el chico, enfurruñado.

El temblor fue a más.

—Parad de reíros —murmuró Damen—. Nos matarán en cualquier momento.

—Bestia enorme —dijo Laurent.

—Parad.

En el interior del cuarto, continuaban hablando.

—Registrad las demás habitaciones. Están aquí, en alguna parte. —Los hombres recularon.

—¿Me das impulso? —preguntó Laurent—. Tenemos que salir del balcón.

Damen ahuecó las manos y Laurent las usó como escalón para subir al primer asidero.

Más ligero que Damen, pero con una parte superior fuerte gracias al entrenamiento intensivo con espadas, subió rápido y en silencio. Damen se dio la vuelta cuidadosamente en el reducido espacio para ponerse de cara a la pared y, enseguida, lo siguió.

No era un ascenso difícil, y en apenas un minuto, estaba en el tejado, con la ciudad de Nesson-Eloy extendida frente a él y el cielo en lo alto, con un puñado de estrellas dispersas. Comenzó a reír a pesar de que le faltaba el aliento ligeramente y vio su expresión reflejada en el rostro de Laurent. Sus ojos azules rezumaban picardía.

—Creo que estamos a salvo —comentó Damen—. No sé cómo, pero nadie nos ha visto.

—Pero ya te dije que a mí lo que me gusta es jugar —contestó Laurent, y con la punta de la bota, empujó deliberadamente una teja hasta que se deslizó del tejado y se estrelló en la calle de abajo.

—¡Están en el tejado! —gritó alguien desde abajo.

Se inició una persecución. Volaron por los tejados, desviándose de las chimeneas. Parecía una carrera de obstáculos. Las tejas bajo sus pies aparecían y desaparecían, abriéndose en callejones estrechos que debían saltar. La visibilidad era mala. Todas las superficies eran irregulares. Subían por el lado de un tejado y, deslizándose y resbalándose, bajaban por otro.

Abajo, sus perseguidores también corrían, pero por calles lisas sin tejas sueltas que pudieran provocar un esguince o una caída, y los estaban rodeando. Laurent arrojó otra teja a la calle; esa vez apuntó bien. Un grito asustado vino de abajo. Cuando se vieron en otro balcón de camino a una

calle estrecha, Damen tropezó con un jarrón. A su lado, el príncipe soltó algunas prendas de ropa tendidas y las dejó caer; antes de seguir, contemplaron cómo el blanco fantasmagórico se enredaba con el cuerpo de alguien abajo y lo transformaba en una figura que se retorcía.

Saltaron del borde de una azotea a un balcón y luego, por un cruce sobre una calle estrecha. La persecución descontrolada por los tejados requirió toda una vida de entrenamiento de Damen, reflejos, velocidad y resistencia. Laurent, liviano y ágil, le seguía el ritmo. Encima de ellos, el cielo empezaba a iluminarse. Abajo, la ciudad despertaba.

No podían quedarse en los tejados para siempre; corrían el riesgo de romperse alguna parte del cuerpo, ser rodeados y tomar caminos sin salida. Por eso, cuando consiguieron ganar uno o dos preciosos minutos a sus perseguidores, usaron el tiempo para bajar a la calle por un canal de desagüe.

Cuando llegaron a los adoquines de la calzada, no había nadie a la vista y tuvieron el camino despejado para correr. Laurent, que conocía la ciudad, iba delante. Después de dos giros, llegaron a un barrio diferente. Lo condujo por un pasaje estrecho y con un pasadizo con forma de arco entre dos casas. Se detuvieron allí un momento para recobrar el aliento. Damen vio que la calle a la que daba aquel pasadizo era una de las principales de Nesson, ya atestada de gente. Las horas grises previas al amanecer eran las más ajetreadas en cualquier ciudad.

Se detuvo con la palma extendida y apoyada en la pared. Su pecho subía y bajaba. A su lado, Laurent volvía a estar sin aire y brillaba debido a la carrera.

—Por aquí —dijo mientras se movía en dirección a la calle. Damen se dio cuenta de que sujetaba a Laurent por el brazo.

—Esperad. Os expondríais demasiado. Con esta luz llamáis la atención. Vuestro cabello claro es como un faro.

Sin decir nada, Laurent agarró el gorro de lana de Volo que llevaba en el cinturón.

Entonces, Damen sintió una nueva y vertiginosa emoción y soltó a Laurent como un hombre que teme a un precipicio; se sentía impotente.

—No podemos. ¿No habéis oído lo que han dicho? Se han dividido.

—¿A qué te refieres?

—A que si la idea es que nos persigan por la ciudad para que no sigan a vuestro mensajero, no está funcionando. Han dividido su atención.

—Pues… —contestó el príncipe mientras lo miraba fijamente—. Tienes muy buen oído.

—Tenéis que iros —respondió Damen—. Ya me encargo yo.

—No —negó Laurent.

—Si quisiese escapar, podría haberlo hecho esta noche, mientras os bañabais. Mientras dormíais.

—Lo sé —afirmó.

—No podéis estar en dos lugares a la vez. Tenemos que separarnos.

—Es demasiado importante.

—Confiad en mí —dijo Damen.

Laurent lo miró un momento sin decir nada.

—Te esperaré un día en Nesson —respondió el vereciano—. Si tardas más, tendrás que alcanzarnos.

Damen asintió con la cabeza y se apartó de la pared cuando Laurent salió por la calle principal; los cordones de su chaqueta todavía estaban desatados y llevaba el cabello rubio escondido bajo el repugnante gorro de lana. Damen lo observó hasta que lo perdió de vista. Entonces, se giró y volvió rápidamente por el camino por el que habían llegado. No fue difícil regresar al mesón.

No temía por Laurent. Estaba segurísimo de que los hombres que lo perseguían se pasarían la mañana buscándole sin éxito, siguiendo cualquier camino que su perturbada mente pensase para ellos.

El problema, como Laurent había reconocido de manera implícita, era que los perseguidores restantes quizá se habían separado para interceptar a su mensajero. Un mensajero que llevaba el sello del príncipe. Un mensajero lo bastante importante como para que Laurent arriesgase su seguridad por la posibilidad de que estuviese allí, a la espera, dos semanas después, para un encuentro tardío.

Un mensajero que llevaba la barba recortada con esmero al estilo patrense.

Damen percibía, como había empezado a sentir ya en palacio, la inexorable maquinaria de los planes del regente. Por primera vez, vislumbró el esfuerzo y la planificación necesarios para detenerlo. El hecho de que Laurent, con su mente retorcida, fuese lo único que se interponía entre el regente y Akielos era una idea espeluznante. El país de Damen era vulnerable y sabía que su regreso debilitaría temporalmente a Akielos aún más.

Se acercó con cuidado a la posada, pero parecía silenciosa, por lo menos desde fuera. Entonces vio el rostro familiar de Charls, que se había despertado temprano como un mercader e iba camino del edificio anexo para hablar con un mozo de cuadra.

—¡Señor! —exclamó Charls nada más ver a Damen—. Unos hombres han venido a buscaros.

—¿Siguen aquí?

—No. Se ha armado un alboroto en la posada. Corren muchos rumores. ¿Es verdad que el hombre que os acompañaba era… —Charls bajó la voz—… el príncipe de Vere? ¿Disfrazado de… —susurró de nuevo—… prostituto?

—Charls, ¿y los hombres que estaban aquí?

—Se marcharon. Dos volvieron al mesón para hacer preguntas; deben de haber descubierto lo que querían, porque salieron de aquí a caballo. Hará unos quince minutos.

—¿A caballo? —preguntó Damen, angustiado.

—Tomaron el camino al suroeste. Señor, si hay algo que pueda hacer por mi príncipe, estoy a vuestro servicio.

Suroeste, por la frontera vereciana en dirección a Patras. Damen miró a Charls.

—¿Tienes un caballo?

Así comenzó la tercera persecución de la noche, que se estaba haciendo muy larga. Si no hubiese sido porque, a esas alturas, ya era de día. Tras dos semanas observando mapas en la tienda de Laurent, Damen conocía con exactitud el camino montañoso y estrecho que tomaría el mensajero y lo fácil que sería interceptarlo en esa deshabitada y sinuosa senda. Los dos hombres que lo perseguían supuestamente también la conocían e intentarían detenerlo en el camino montañoso.

Charls tenía un caballo muy bueno. Alcanzar a un jinete en una persecución larga no era difícil si sabías cómo: no podías cabalgar a toda prisa. Tenías que escoger un ritmo constante que el caballo pudiera soportar y rezar para que los hombres a los que estuvieses persiguiendo cansaran a sus corceles en un arrebato de entusiasmo inicial o estuviesen montando caballos de peor calidad. Era más fácil cuando conocías al animal y sabías perfectamente de lo que era capaz. Damen no contaba con esa ventaja, pero el caballo zaíno de Charls el mercader partió a buena velocidad, sacudió su musculoso cuello e indicó que era capaz de cualquier cosa.

El terreno se hizo más rocoso a medida que se acercaban a las montañas. Había cada vez más afloramientos de granito a ambos lados, como los huesos del paisaje que se abrían paso desde el suelo. Pero el camino estaba despejado, por lo menos la parte cercana a la ciudad; no había fragmentos de granito que pudiesen herir o derribar a un caballo.

Al principio tuvo suerte. El sol todavía no estaba en su cénit cuando alcanzó a los dos hombres. Tuvo suerte de haber escogido el camino correcto.

Suerte de que sus caballos no estuviesen empapados en sudor y de que, cuando le vieron, en vez de separarse o hacer avanzar a sus agotados corceles, cambiasen de dirección y se volviesen con ganas de luchar. Tuvo suerte de que no tuviesen arcos.

El zaíno castrado de Damen era un caballo de mercader sin entrenamiento en batalla, y no esperaba que fuese capaz de correr hacia espadas afiladas sin acobardarse, por eso desvió su montura al acercarse. Los dos hombres eran matones, no soldados; sabían montar y manejar la espada, pero les costaba hacerlo a la vez, por suerte. Cuando Damen tiró al primer hombre del caballo, no se levantó. El segundo perdió la espada, pero permaneció montado un tiempo. El suficiente para espolear al caballo y partir.

O intentarlo. Damen había acorralado a su montura, lo que provocó que los caballos se alterasen un poco. Él lo aguantó, pero el hombre no. Se cayó de la silla, pero, al contrario que su amigo, consiguió levantarse deprisa y trató de huir… de nuevo, esta vez por los campos. Quienquiera que le hubiese dado órdenes, obviamente no le estaba pagando lo bastante para que se quedase a luchar, a menos que cambiasen las tornas a su favor de manera clara.

Damen tenía elección: podía dejar las cosas como estaban. Lo único que tenía que hacer ahora era espantar a los caballos. Para cuando los hombres los recuperasen —si es que lo conseguían—, el mensajero estaría tan adelantado que no importaría lo más mínimo si le perseguían o no. Pero él formaba parte de esta trama, y la tentación de descubrir exactamente lo que ocurría era demasiado grande.

Así que prefirió terminar la persecución. Como no podía correr con el caballo por aquel terreno rocoso e irregular sin romperle las patas delanteras, se bajó. El hombre revoloteó por el paisaje durante un tiempo hasta que Damen lo alcanzó bajo uno de los árboles retorcidos y dispersos. Allí, intentó tirarle una piedra, que Damen esquivó, y entonces, al volverse para correr de nuevo, se torció el tobillo al tropezar con un fragmento suelto de granito y cayó.

Damen lo levantó.

—¿Quién os envía?

El hombre se quedó en silencio. Su piel ya de por sí pálida estaba blanca de miedo. Damen evaluó la mejor manera de hacerlo hablar.

El golpe que le propinó le giró la cara. La sangre le brotaba del labio partido.

—¿Quién os envía? —repitió.

—Suéltame. Suéltame, y tal vez tendrás tiempo de salvar a tu príncipe.

—No necesita que lo salven de dos hombres —contestó Damen—. Y menos si son tan incompetentes como tú y tu amigo.

El hombre esbozó una ligera sonrisa. A continuación, Damen le empujó contra el árbol con fuerza suficiente para que le castañeteasen los dientes.

—¿Qué sabes? —vociferó.

Y fue entonces cuando el hombre empezó a hablar y Damen se dio cuenta de que no había tenido suerte en absoluto. Volvió a buscar la posición del sol, luego miró alrededor del vasto y desértico terreno. Estaba a medio día de camino hasta Nesson y ya no disponía de un caballo descansado.

«Te esperaré un día en Nesson», le había dicho Laurent. Llegaría tarde.

Capítulo ocho

DAMEN DEJÓ AL HOMBRE atrás, roto y vacío después de revelar cuanto sabía. Tiró de la cabeza de su caballo para que diese la vuelta y partió a toda prisa en dirección al campamento.

No tenía elección. Iba con demasiado retraso para ayudar a Laurent en la ciudad. Tenía que concentrarse en lo que podía hacer, pues había más cosas en juego que la vida de Laurent.

El hombre formaba parte de un grupo de mercenarios acampados en las montañas de Nesson. Habían planeado un asalto en tres fases: después de atacar a Laurent en la ciudad, se produciría una sublevación entre las tropas del príncipe. Y si Laurent y sus hombres sobrevivían de algún modo y conseguían, en su perjudicado estado, continuar hacia el sur, caerían en la emboscada de los mercenarios de las montañas.

No fue fácil sonsacarle toda la información, pero Damen le había proporcionado al mercenario un aliciente constante, metódico y despiadado.

El sol ya estaba en su cénit y volvía a ponerse lentamente. Para tener oportunidad de alcanzar el campamento antes de que los soldados rebeldes atacasen, debía apartar a su caballo del camino y cabalgar en línea recta por los campos, como volaban los cuervos.

No dudó y espoleó al caballo para subir la primera ladera.

El viaje fue una carrera loca y peligrosa por los filos inestables de los cerros. Todo llevaba demasiado tiempo. El terreno irregular reducía la velocidad del caballo; las rocas de granito eran traicioneras y afiladas como navajas y el animal estaba cansado, por lo que el riesgo de tropezar era mayor. Se mantuvo donde el terreno parecía más firme; cuando era preciso, dejaba que el caballo escogiera su propio camino por la desafortunada tierra.

A su alrededor había un paisaje silencioso y salpicado de granito, de tierra batida y césped silvestre; y, en su interior, el conocimiento de una triple amenaza.

Era una estrategia que olía al regente. Todo aquello era una compleja artimaña que se extendía a lo largo del paisaje para separar al príncipe de sus

tropas y de su mensajero, de modo que salvar a uno significaba sacrificar al otro. Tal como Laurent había demostrado. El príncipe, para salvar al mensajero, había arriesgado su seguridad al despachar a su único protector.

Por un momento, Damen intentó pensar en la situación de Laurent, intentar adivinar cómo escaparía el príncipe de quienes lo perseguían, lo que haría. Y se percató de que no lo sabía. No tenía ni la más remota idea. Era imposible preverlo.

Laurent, un hombre exasperante y obstinado, era insoportable de la cabeza a los pies. ¿Acaso había esperado que atacasen todo este tiempo? Su arrogancia era insufrible. Como se hubiese expuesto a propósito para que lo atacasen o lo pillasen tramando una de sus jugarretas… Damen maldijo y concentró su atención en el trayecto hasta el campamento.

Estaba vivo. Esquivaba todo lo que se merecía. Era escurridizo y astuto, y se había librado del ataque en la ciudad con artimañas y arrogancia, como siempre.

Maldito Laurent. El príncipe que se había tumbado junto al fuego parecía muy lejano, con el cuerpo estirado, relajado, conversando… Damen creyó que ese recuerdo estaba ligado de modo inextricable al brillo del pendiente de zafiros de Nicaise, el murmullo de la voz de Laurent en su oído, la intensa emoción de la persecución, de tejado en tejado, todo ello entrelazado en una noche larga, loca e interminable.

El suelo se despejó a sus pies y, en el instante en que eso sucedió, clavó los talones en las ijadas del animal, ya cansado, y aceleró.

No lo recibieron los jinetes, lo que hizo que su corazón latiese con gran fuerza. Columnas de humo negro se elevaban en el aire; sentía su denso y desagradable olor. Damen condujo al caballo por el último tramo hasta el campamento.

Las filas organizadas de tiendas estaban destrozadas, había mástiles partidos y lonas colgando en ángulos extraños. El suelo estaba ennegrecido por donde el fuego había pasado. Vio a hombres vivos, aunque sucios, agotados y con un aspecto sombrío. También a Aimeric, con el rostro blanco y un hombro vendado; la tela estaba oscurecida por la sangre seca.

A todas luces, la lucha había terminado. Los fuegos que ardían ahora eran hogueras donde quemaban a los fallecidos.

Damen bajó de la silla.

A su lado, el caballo estaba exhausto, le costaba respirar por sus ollares dilatados y le palpitaban las ijadas. El cuello del animal estaba brillante y

oscuro por el sudor, y un conjunto enmarañado de venas y capilares protuberantes lo recorría.

Damen examinó el rostro de los hombres más próximos. Su llegada había llamado la atención. Ninguno de los hombres que a los que vio era un príncipe rubio con un gorro de lana.

Y, justo cuando se había temido lo peor, todo aquello en lo que no se había permitido creer durante el largo viaje comenzó a abrirse camino hasta la superficie de su mente. Lo vio salir de una de las tiendas más intactas a menos de seis pasos de distancia y quedarse inmóvil al ver a Damen.

Laurent no llevaba el gorro de lana. Su cabello recién peinado estaba descubierto y parecía tan descansado como al salir del baño la noche anterior, o al despertar bajo las manos de Damen. Pero había recuperado la templanza, la chaqueta atada y la expresión desagradable, desde su arrogante perfil a sus intransigentes ojos azules.

—Estáis vivo —dijo Damen, y las palabras salieron en un torrente de alivio que le hizo sentirse débil.

—Estoy vivo —confirmó Laurent. Se miraban fijamente—. No estaba seguro de si ibas a volver.

—He vuelto —respondió.

Cualquier otra cosa que fuese a decir fue interrumpida por la llegada de Jord.

—Te has perdido lo emocionante —comentó el capitán—. Pero llegas a tiempo para limpiar. Ya se ha acabado.

—No se ha acabado —contestó Damen.

Y les contó lo que sabía.

—No tenemos que continuar por el paso —propuso Jord—. Podemos desviarnos y buscar otro camino que lleve al sur. A esos mercenarios los habrán contratado para tender una emboscada, pero dudo que sigan a un ejército por las entrañas de sus tierras.

Se sentaron en la tienda de Laurent. Los daños provocados por la rebelión todavía aguardaban su atención, y Jord reaccionó al aviso de emboscada de Damen como si hubiese sido un golpe; intentó ocultarlo, pero estaba sorprendido, desmoralizado. Laurent no reaccionó de ningún modo. Damen intentó dejar de mirarlo. Tenía cientos de preguntas. ¿Cómo había escapado de sus perseguidores? ¿Había sido fácil? ¿Difícil? ¿Lo habían herido? ¿Estaba bien?

No podía formularle ninguna de esas preguntas. En su lugar, se obligó a mirar el mapa abierto en la mesa. La pelea era lo primero. Se pasó la mano por el rostro para eliminar cualquier signo de fatiga, analizó la situación y dijo:

—No. No considero que debamos desviarnos. Creo que tenemos que enfrentarlos. Ahora. Esta noche.

—¿Esta noche? Apenas nos hemos recuperado del baño de sangre de esta mañana —se quejó Jord.

—Ya lo sé. Ellos lo saben. Si queremos tener alguna oportunidad de tomarlos desprevenidos, tiene que ser esta noche.

Jord le había contado la brutal y corta historia de la rebelión del campamento. Eran malas noticias, pero no tanto como había temido. Ni tampoco tanto como le había parecido al llegar al campamento.

Todo había comenzado a media mañana, en la ausencia de Laurent. Había sido un grupito de provocadores. Para Damen, parecía obvio que la insubordinación había sido planeada, que los provocadores habían sido pagados y que su plan contaba con que los demás hombres del regente, agitadores, rufianes y mercenarios en busca de una válvula de escape, aprovecharían cualquier excusa para atacar a los hombres del príncipe y unirse a ellos.

Hacía dos semanas habría pasado eso.

Hacía dos semanas, la tropa era un bando dividido en dos facciones. No habían desarrollado la camaradería incipiente que ahora los mantenía unidos; no habían sido mandados a sus petates noche tras noche, exhaustos tras intentar superarse unos a otros en algún ejercicio descabellado y dificilísimo; para su sorpresa, una vez que dejaron de mancillar el nombre del príncipe, se dieron cuenta de lo bien que se lo pasaban.

Si Govart hubiese estado al mando, habría sido un caos. Habría sido facción contra facción, las tropas divididas, fracturadas y con resentimientos, y capitaneada por un hombre que no deseaba su supervivencia.

En cambio, la rebelión se frustró rápidamente. Fue sangrienta pero breve. Había menos de dos docenas de muertos. Las tiendas y las provisiones habían sufrido daños ligeros. Podría haber sido mucho mucho peor.

Damen pensó en todos los posibles finales que podrían haber tenido lugar: Laurent podría haber muerto, o llegar y encontrarse a sus hombres destrozados y a su mensajero abatido en el camino.

El príncipe estaba vivo. Los hombres estaban intactos. El mensajero había sobrevivido. Ese día había sido un éxito, pero los hombres no lo sentían así.

Necesitaban sentirlo. Necesitaban enfrentarse a algo y vencer. Se esforzó para despertar su cerebro aletargado y expresar eso en palabras.

—Estos hombres pueden luchar. Solo necesitan… saberlo. No dejéis que la amenaza de un ataque los persiga por la montaña. Podéis resistir y luchar. No es un ejército de verdad, es un grupo de mercenarios lo bastante pequeño para acampar en las montañas sin ser advertidos.

—Son montañas grandes —añadió Jord—. Si lo que dices es verdad, están acampados y sus espías nos vigilan. En cuanto nos marchemos, lo sabrán.

—Por eso nuestra mejor opción es hacerlo ahora. No nos esperan. Y tendremos la protección de la noche.

Jord negaba con la cabeza.

—Mejor que no.

Laurent, que había permitido que la discusión prosiguiese, indicó con un gesto sutil que debía terminar. Damen advirtió que sus ojos lo observaban fijamente; una mirada larga e incomprensible.

—Prefiero pensar en maneras de escapar de trampas —dijo Laurent— que usar la fuerza bruta simplemente para abrirnos paso.

Las palabras tenían un aire de rotundidad para ellos. Damen asintió con la cabeza y empezó a levantarse cuando la fría voz de Laurent lo detuvo.

—Y por eso creo que debemos luchar —respondió Laurent—. Es lo último que yo haría, y lo último que cualquiera que me conozca esperaría.

—Alteza… —empezó Jord.

—No. He tomado mi decisión. Llama a Lazar. Y a Huet, conoce la montaña. Vamos a planear la batalla.

Jord obedeció y, por un breve instante, Damen y Laurent se quedaron a solas.

—No creí que fueseis a aceptar —comentó Damen.

—Hace poco descubrí que a veces es mejor hacer un boquete en la pared.

Así pues, no había tiempo para nada que no fuesen los preparativos.

Partirían al caer la noche, como anunció Laurent cuando se dirigió a los hombres. Para atacar con alguna opción de éxito, tenían que trabajar rápido, como nunca lo habían hecho. Había mucho que demostrar. Los habían atacado, y ahora tocaba salir arrastrándose entre lágrimas o demostrar que eran lo bastante hombres para devolver el golpe y luchar.

Fue un discurso breve, a la par que motivador y emocionante, pero sin duda provocó que los hombres entraran en acción: tomó la energía

malhumorada y nerviosa de las tropas y la transformó en algo útil que apuntaba al exterior.

Damen estaba en lo cierto. Querían luchar. Ahora había una determinación en muchos de ellos que sustituía el cansancio. Oyó a uno de los hombres murmurar que acabarían con los hombres que querían tenderles una emboscada antes de que supiesen lo que estaba pasando. Otro juró que asestaría un golpe por su compañero muerto.

Mientras trabajaba, Damen descubrió la extensión de los daños provocados por el levantamiento, algunos inesperados. Cuando preguntó por el paradero de Orlant, se limitaron a decirle:

—Orlant ha muerto.

—¿Muerto? —preguntó Damen—. ¿Lo mató uno de los rebeldes?

—Él era uno de los rebeldes —se apresuraron a decirle—. Atacó al príncipe cuando volvía al campamento. Aimeric estaba allí. Fue él quien abatió a Orlant. Pero recibió un corte al hacerlo.

Recordó el rostro tenso y blanco de Aimeric, y consideró que debía ver cómo estaba el chico antes de partir a luchar. Empezó a preocuparse cuando supo por uno de los hombres del príncipe que Aimeric había abandonado el campamento. Se fue en la dirección que le indicó el hombre.

Después de abrirse paso entre los árboles, vio a Aimeric, que estaba de pie con una mano en la rama retorcida de un árbol, como si se apoyase. Damen estuvo a punto de llamarlo; pero entonces vio que Jord perseguía a Aimeric caminando en zigzag por entre los árboles dispersos. Damen se quedó en silencio, sin anunciar su presencia.

Jord le puso la mano en la espalda a Aimeric.

—Con el tiempo ya no vomitas —dijo Jord.

—Estoy bien —respondió Aimeric—. Estoy bien. Es que nunca había matado a nadie. Estaré bien.

—No es fácil. Para nadie. —Y añadió—: Era un traidor. Habría matado al príncipe. O a ti. O a mí.

—Un traidor —repitió sin emoción—. ¿Lo habrías matado por eso? Era tu amigo. —Entonces reiteró con una voz diferente—: Era tu amigo.

Jord murmuró algo demasiado bajo para oírlo y Aimeric permitió que lo abrazaran. Se quedaron así un buen rato, bajo las ramas bamboleantes de los árboles; entonces Damen vio las manos de Aimeric deslizarse por el cabello de Jord y lo oyó decir:

—Bésame. Por favor, quiero… —Y se apartó para darles intimidad, mientras Jord alzaba el mentón de Aimeric y las ramas de los árboles se

movían de un lado a otro, un velo delicado y en movimiento que los tapaba.

Luchar de noche no era lo ideal.

En la oscuridad, no se distinguía entre amigo y enemigo. En la oscuridad, el terreno cobraba relevancia: las colinas de Nesson eran rocosas y estaban llenas de grietas. Damen ahora las conocía de primera mano, tras examinarlas durante horas aquel día para escoger un camino por el que conducir a su caballo. Y eso había sido a la luz del sol.

Pero, en cierto modo, era una misión diseñada para una tropa pequeña. Las incursiones procedentes de las montañas vaskianas eran un problema para muchas ciudades, no solo de Vere, sino también de Patras y el norte de Akielos. No era extraño que un comandante fuese enviado con un destacamento para eliminar a los invasores de las laderas. Nikandros, el kyros de Delpha, se pasaba la mitad del tiempo haciendo exactamente eso, y la otra mitad reclamando dinero al rey. Según él, los asaltantes vaskianos con los que lidiaba en realidad estaban abastecidos y financiados por Vere.

La maniobra en sí era sencilla.

Había varios lugares donde los mercenarios podían estar acampados. En vez de tentar a la suerte, los atraerían. Damen y el grupo de cincuenta hombres que lideraba eran el cebo. Con ellos iban los carros que simulaban la apariencia de una tropa completa que intentaba escabullirse sigilosamente hacia el sur al amparo de la noche.

Cuando el enemigo atacase, fingirían recular, y en su lugar abrirían camino al resto de la tropa comandada por Laurent. Los dos grupos rodearían a los agresores, lo que bloquearía cualquier vía de escape.

Algunos de los hombres tenían experiencia en este tipo de lucha. Al menos también estaban un poco familiarizados con las misiones nocturnas. Más de una vez los habían sacado de la cama durante el tiempo que habían pasado en Nesson para ponerlos a trabajar en la oscuridad. Estas eran las ventajas, junto con el esperado elemento sorpresa, que dejarían a sus agresores confusos y los desorganizarían.

Pero no había habido tiempo para espías, y de los hombres de la tropa solo Huet tenía un conocimiento vago de aquella zona en particular. La falta de familiaridad con el terreno había sido una preocupación desde el principio. Y mientras cabalgaban, con carros y carretas rodando atrás, emitiendo con alegría la cantidad justa de ruidos ahogados para anunciar su presencia para cualquiera que estuviese en su busca, el suelo a su alrededor cambió. Peñascos de granito comenzaron a erguirse por ambos lados y el camino se

estaba transformando en una senda montañosa con una pendiente suave que se iba volviendo más empinada a la izquierda y con una cara rocosa escarpada a la derecha.

Era diferente del terreno que Huet había descrito de manera imprecisa para preocupar a los hombres. Damen volvió a mirar los peñascos y notó que le costaba concentrarse. Se dio cuenta de que era su segunda noche seguida sin dormir. Sacudió la cabeza para aclararse.

No era el terreno adecuado para una emboscada o, por lo menos, no para el tipo de emboscada para la que se habían preparado. No había ningún lugar en el terreno encima de ellos para que un grupo de tamaño considerable estuviese a la espera con arcos, y los hombres no podrían bajar aquellas laderas a caballo para atacar. Y nadie en su sano juicio atacaría desde abajo. Algo iba mal.

Frenó el caballo de manera brusca, súbitamente consciente del verdadero peligro de aquel lugar.

—¡Parad! —exclamó—. Tenemos que salir de la vereda. Abandonad los carros y seguid por aquella línea de árboles. Ya. —Vio un brillo de confusión en los ojos de Lazar y pensó por un tenso segundo que su orden no sería obedecida, a pesar de la autoridad que Laurent le había concedido para esa misión, porque era un esclavo. Pero sus palabras fueron bien recibidas. Lazar fue el primero en moverse; después, los otros lo siguieron. Primero la retaguardia de la fila, que dio la vuelta en los carros, después, los del medio y, por último, el frente. «Demasiado lentos», pensó Damen mientras se esforzaban por dejar atrás los carros abandonados.

Un segundo después oyeron el sonido.

No fue el chirrido de flechas ni el sonido metálico de unas espadas, sino un ronquido suave, un sonido familiar para Damen, que había crecido en Ios, en los peñascos altos y blancos que, de vez en cuando, durante su infancia, se rajaban, se desprendían y caían al mar.

Era un derrumbamiento.

—¡Corred! —gritó, y los integrantes de la tropa se convirtieron en una sola masa de carne de caballo en movimiento que corría en dirección a los árboles.

El primer hombre llegó a la línea de árboles momentos antes de que el sonido se transformase en un estruendo, el sonido de piedras que se partían y golpeaban, y de rocas enormes de granito, lo bastante grandes para reventar otras partes del peñasco y hacerlas caer también. El sonido estruendoso, al hacer eco en las paredes de la montaña, era aterrador y asustó a los caballos

casi más que las piedras que estaban a su alcance. Era como si toda la superficie del peñasco estuviese desprendiéndose y disolviéndose para volverse líquida: una lluvia de piedras, una oleada de piedras.

Entre rodar, correr y sumergirse en los árboles, no todos vieron la avalancha que alcanzó el camino donde estaban momentos antes y que los aisló de los carros. Se detuvo antes de llegar a los árboles, tal y como Damen había previsto.

Cuando la polvareda se desvaneció, los hombres, entre toses, calmaron a los caballos y encontraron sus estribos. Al mirar a su alrededor se dieron cuenta de que no faltaba nadie. Y aunque hubiesen sido aislados de los carros, no los habían separado de su príncipe y de la otra mitad del grupo, como habría pasado de no haber sido por aquella huida, pues la avalancha cortaba el camino.

Damen clavó sus espuelas, forzó a su caballo a volver al borde del camino y ordenó a la compañía que fuese con su príncipe.

Fue una caminata difícil y extenuante. Llegaron a la hilera distante de árboles sombríos justo a tiempo para ver un torrente de formas oscuras despegarse de la cresta de la montaña y atacar el convoy de Laurent en una maniobra que habría reducido la tropa del príncipe a la mitad, de no ser porque Damen y los cincuenta caballos a su mando atacaron, rompieron sus filas y acabaron con su ímpetu.

Aquello era una refriega; tendrían que luchar.

En el denso aluvión de tajos y empujones, Damen vio que sus agresores eran mercenarios de verdad y que, después del ataque inicial, en términos de táctica, hacían poco por mantenerse juntos. Si aquella desorganización se debía realmente a la velocidad con que se habían visto obligados a reunirse, no lo sabía. Pero sin duda habían sido sorprendidos por la llegada de Damen y sus hombres.

Sus filas resistieron, su disciplina aguantó. Damen estaba en la vanguardia y vio a Jord y Lazar por allí cerca, en el frente. Echó un vistazo a Aimeric, que parecía demacrado y pálido, pero que luchaba con la misma determinación que había demostrado durante los ejercicios cuando se esforzaba casi hasta el agotamiento para seguir el ritmo de los demás.

Los agresores reculaban o, sencillamente, caían. Mientras retiraba la espada de un hombre que había intentado atacarlo, Damen vio cómo un mercenario a su derecha recibía un golpe certero.

—Creí que erais el cebo —dijo Laurent.

—Cambio de planes —repuso Damen.

Hubo otro breve estallido de lucha cuerpo a cuerpo. Entonces percibió el cambio, el momento en que ganaron la pelea.

—En formación. Formad filas —decía Jord. La mayoría de los atacantes estaban muertos. Algunos se habían rendido.

Se acabó. Estaban subidos en la ladera de una montaña y habían vencido.

Un grito de victoria resonó, e incluso Damen, cuyo criterio en esas situaciones era exigente, se quedó satisfecho con el resultado al considerar la calidad de los hombres y las condiciones de la lucha. Habían hecho un buen trabajo.

Cuando formaron líneas e hicieron recuento, descubrieron que habían perdido solo a dos. Quitando eso, hubo algunos cortes, algunos rasguños. «Eso daría a Paschal algo que hacer», dijeron los hombres. La victoria animó a todo el mundo. Ni siquiera saber que ahora tenían que desenterrar sus suministros y montar el campamento consiguió mitigar el buen humor de los hombres. Los que habían cabalgado con Damen estaban especialmente orgullosos; intercambiaban palmadas en la espalda y se jactaban de su escapada del derrumbamiento. Cuando volvieron a la zona para desenterrar los carros, todos concordaron en que había sido impresionante.

De hecho, solo uno de los carros había sido destruido de manera irreparable. Y no había sido el que transportaba la comida ni el vino agrio, lo cual suponía otro motivo de celebración. Esta vez, los hombres le dieron palmadas en la espalda a Damen. Había alcanzado un nuevo estatus entre ellos como el hombre que pensaba rápido y había salvado a la mitad de los hombres, y todo el vino.

Montaron el campamento en tiempo récord y, cuando Damen contempló la fila organizada de tiendas, no pudo evitar sonreír.

No todo fue fiesta y descanso, pues aún era necesario hacer inventario, ponerse manos a la obra con las reparaciones, designar vigilantes y apostar guardias. Pero se encendieron hogueras, el vino circuló y reinaba un ambiente alegre en el lugar.

Mientras cumplía con sus obligaciones, Damen vio a Laurent hablando con Jord al otro lado del campamento. Una vez hubieron acabado, se dirigió hasta él.

—No lo estáis celebrando —comentó Damen.

Apoyó la espalda en el árbol que estaba al lado de Laurent y descansó los músculos. Los sonidos de alegría y triunfo llegaron hasta ellos; hombres

borrachos por la euforia de la victoria, falta de sueño y vino malo. Pronto amanecería. De nuevo.

—No estoy acostumbrado a que mi tío cometa errores de cálculo —respondió Laurent tras una pausa.

—Es porque actúa desde la distancia —contestó Damen.

—Y por ti —replicó Laurent.

—¿Cómo?

—Es incapaz de prever lo que harás —respondió el príncipe—. Después de lo que te hice en Arles, creyó que serías… otro Govart. Otro de sus hombres, otro de los hombres de hoy. Listo para amotinarse en cualquier momento. Eso era lo que debería haber pasado esta noche.

La mirada de Laurent recorrió calmada y críticamente a los hombres antes de posarse en Damen.

—En cambio, me has salvado la vida, más de una vez. Has convertido a estos hombres en luchadores, los has entrenado, los has afilado. Esta noche me has brindado mi primera victoria. Mi tío nunca imaginó que me darías una ventaja así. De haberlo supuesto, jamás habría permitido que salieses de palacio.

En sus ojos se veía y en sus palabras se oía una respuesta que no quería responder.

—Tengo que echar una mano con las reparaciones —dijo Damen.

Se apartó del árbol. Notó un mareo extraño, una sensación de desplazamiento y, para su sorpresa, la mano de Laurent le agarró del brazo para que no se fuera. La miró. Pensó, por un extraño momento, que era la primera vez que Laurent lo tocaba, aunque, desde luego, no era así. El agarre era más íntimo que el roce de los labios de Laurent en la punta de sus dedos, el dolor de Laurent crispándole el rostro o la presión de su cuerpo en un espacio reducido.

—Déjate de reparaciones —contestó Laurent con delicadeza—. Ve a echarte un rato.

—Estoy bien.

—Es una orden.

Estaba bien, pero no tenía más alternativa que hacer lo que le habían ordenado. Y cuando se desplomó sobre su catre de esclavo y cerró los ojos por primera vez en dos largos días y dos largas noches, el sueño estaba allí, pesado e inmediato, y lo arrastró a la inconsciencia, lejos de la nueva y extraña sensación que le invadía el pecho.

Capítulo nueve

—BUENO… —DAMEN ESCUCHÓ A Lazar decir a Jord—…, ¿cómo es que un aristócrata te la chupe?

Era la noche tras el derrumbamiento en Nesson y estaban a un día de camino al sur. Habían partido temprano, tras evaluar los daños y reparar los carros. Damen estaba sentado con varios hombres, tumbado cerca de una de las hogueras, disfrutando de un momento de descanso. Aimeric, cuya llegada había suscitado la pregunta de Lazar, se sentó al lado de Jord, que lanzó una mirada a Lazar.

—Fantástico —dijo.

«Bien por ti», pensó Damen. En la boca de Jord apareció un amago de sonrisa, pero alzó la copa y bebió sin decir nada.

—¿Cómo es que un príncipe te la chupe? —preguntó Aimeric, y Damen vio que la atención de todos recaía en él.

—No nos acostamos —dijo Damen con crudeza deliberada.

Quizá era la enésima vez que lo decía desde que se había unido a la tropa de Laurent. Habló con firmeza con la intención de terminar la conversación. Pero, evidentemente, sus palabras no tuvieron el efecto deseado.

—Me encantaría metérsela en la boca —dijo Lazar—. Después de todo el día dando órdenes, por la noche habría que callarlo.

Jord gruñó.

—Te miraría y te mearías encima.

—Sí. Yo no me empalmaría. Cuando ves a una pantera abriendo la boca, no te sacas la polla —convino Rochert.

Ese era el consenso, aunque todavía quedaba una polémica.

—Si es frígido y no folla, no sería nada divertido. Un virgen con hielo en las venas es el peor polvo que puedes echar.

—Eso es que nunca te has cepillado a uno. Los que son más fríos por fuera son los más calientes por dentro.

—Tú hace más tiempo que le sirves —le dijo Aimeric a Jord—. ¿De verdad nunca ha tenido un amante? Debe de haber tenido pretendientes.

Seguro que alguno se chivaría.

—¿Quieres cotilleos de la corte? —preguntó Jord, vacilante.

—Vine al norte a principios de año. Antes de eso, viví en Fortaine toda mi vida. Allí no nos enteramos de nada, excepto de ataques, reparaciones de murallas y cuántos hijos están teniendo mis hermanos. —Ese era su modo de decir sí.

—Tuvo pretendientes —contestó Jord—. Pero ninguno consiguió llevarlo a la cama. No porque no lo intentasen. ¿Creéis que es guapo ahora? Deberíais de haberle visto con quince años. El doble de guapo que Nicaise, y diez veces más inteligente. Tratar de seducirle era un juego en el que todos participaban. Si alguien lo hubiese conseguido, habría presumido de eso, no se lo habría callado.

Lazar emitió un sonido de incredulidad.

—En serio —le dijo a Damen—, ¿quién se pone encima: tú o él?

—Que no follan —contestó Rochert—. Si el príncipe le despellejó la espalda solo por meterle mano en los baños, ¿verdad?

—Verdad —confirmó Damen. Entonces, se levantó y los dejó con la hoguera.

La compañía pasaba por su mejor momento después de Nesson. Habían arreglado los caros, Paschal había curado los cortes y Laurent no había sido aplastado por una roca. Es más: el ambiente de la noche anterior se había prolongado durante el día; la adversidad había unido a esos hombres. Incluso Aimeric y Lazar parecían llevarse bien. En cierto modo.

Nadie mencionó a Orlant, ni siquiera Jord y Rochert, que habían sido sus amigos.

Las piezas estaban colocadas. Llegarían a la frontera intactos. Allí tendría lugar un ataque, una batalla, del mismo modo que había ocurrido en Nesson, pero probablemente de una magnitud mayor y peor. Puede que Laurent sobreviviera o no, y después Damen se libraría de su compromiso y regresaría a Akielos.

Era todo lo que Laurent había pedido.

Damen se detuvo en las lindes del campamento y se recostó en el tronco de un árbol retorcido. Se veía todo el campamento desde allí. La tienda de Laurent, iluminada por faroles y con banderas ondeando, era como una granada; sus ricos excesos se hallaban en el interior.

Por la mañana, se había despertado de un sueño profundo con una voz divertida y perezosa.

—Buenos días. No, no necesito nada. Vístete y preséntate ante Jord. Partiremos cuando terminéis con las reparaciones.

—Buenos días. —Fue todo lo que había dicho Damen después de sentarse y pasarse la mano por el rostro. Se quedó mirando a Laurent, que ya estaba vestido con su traje de montar de cuero.

Laurent arqueó las cejas.

—¿Tengo que llevarte? Son por lo menos cinco pasos hasta la entrada de la tienda.

Damen sintió el volumen del pesado tronco en la espalda. El aire fresco de la noche transportaba los ruidos del campamento: los sonidos de los martillazos y de las últimas reparaciones, los murmullos de los hombres, los cascos de los caballos subiendo y bajando. Los hombres estaban experimentando compañerismo al enfrentarse a un enemigo común, y era natural que él también lo sintiera, o al menos algo parecido, tras una noche de persecuciones, fugas y lucha al lado de Laurent. Era un elixir embriagador, pero no podía dejarse llevar por él. Estaba allí por Akielos, no por Laurent. Su deber solo llegaba hasta ese punto. Tenía su propia guerra, su propio país, su propia lucha.

El primer mensajero llegó a la mañana siguiente, con lo que por lo menos un misterio se resolvió.

Desde palacio, Laurent había enviado y recibido jinetes de forma constante. Algunos traían cartas de la nobleza vereciana local para ofrecer suministros u hospitalidad. Algunos eran jinetes o emisarios con noticias. Esa misma mañana, Laurent había enviado a un hombre volando de regreso a Nesson, con dinero y agradecimientos, para devolverle el caballo a Charls.

Pero ese jinete era diferente. Vestía cuero, no llevaba insignias ni uniforme, montaba un caballo bueno pero simple y, lo más sorprendente de todo: cuando se quitó la pesada capucha quedó a la vista que era una mujer.

—Llevadla a mi tienda —dijo Laurent—. El esclavo será nuestra carabina.

Carabina. La mujer, que tenía unos cuarenta años y cara de peñasco, no parecía nada cariñosa. Pero el rechazo vereciano por los bastardos y el acto que los engendraba era tan fuerte que Laurent no podía hablar con ninguna mujer en privado sin una carabina.

En el interior de la tienda, la mujer hizo una reverencia y le ofreció un regalo envuelto en tela. Laurent respondió con un gesto para que Damen cogiese el paquete y lo colocara en la mesa.

—Levántate —dijo, y se dirigió a ella en un dialecto vaskiano.

Hablaron rápidamente; los intercambios eran constantes. Damen hizo lo posible por seguirlos. De vez en cuando, entendía una palabra. Seguridad. Pasaje. Líder. Hablaba y entendía la lengua erudita que se hablaba en la corte de la emperatriz, pero eso era el dialecto común de Ver-Vassel, alterado todavía más por la jerga de las montañas, y no lo entendía.

—Ábrelo si quieres —le dijo Laurent cuando volvieron a quedarse solos en la tienda. El paquete envuelto en tela llamaba la atención sobre la mesa.

«Un recuerdo de vuestra mañana con nosotras. Para la próxima vez que necesitéis un disfraz». Damen leyó el mensaje del pergamino encima del paquete.

Invadido por la curiosidad, desenvolvió otra capa de tela que revelaba más tela. Un vestido azul y estampado se desplegó sobre sus manos. Le sonaba. Damen lo había visto abierto, arrastrando los cordones que colgaban y usado por una rubia; había sentido el bordado bajo las manos mientras la mujer estaba a medio camino de su regazo.

—Habéis vuelto al burdel —dijo Damen. Entonces, las palabras «próxima vez» calaron en él—. ¿No os pondríais…?

Laurent se recostó en la silla. Su mirada fría no ofrecía ninguna respuesta a la pregunta.

—Fue una mañana interesante. Normalmente no tengo ocasión de disfrutar de ese tipo de compañía. Ya sabes que a mi tío no le gustan.

—¿Las prostitutas? —preguntó Damen.

—Las mujeres —corrigió Laurent.

—Debe de resultarle difícil negociar con el imperio.

—Vannes es nuestra delegada. La necesita, y eso le molesta, y ella lo sabe.

—Han pasado dos días —respondió Damen—. La noticia de que habéis sobrevivido al ataque de Nesson aún no le habrá llegado.

—Esa no era su última jugada. Eso será en la frontera.

—Sabéis lo que va a hacer —afirmó Damen.

—Sé lo que yo haría.

A su alrededor, el paisaje comenzó a cambiar.

Las ciudades y las aldeas por las que pasaban, que salpicaban los montes, adquirían un aspecto diferente: tejados largos y bajos y otros signos arquitectónicos que eran inconfundiblemente vaskianos. La influencia del comercio con Vask era más fuerte de lo que Damen esperaba. «Y es verano»,

le recordó Jord. El flujo de comercio aumentaba en los meses más calurosos y desaparecía en invierno.

—Y los clanes de las montañas merodean por estos montes —dijo Jord—, y también se comercia con ellos. O a veces cogen las cosas sin más. Todos aquellos que viajan por este tramo del camino van con escolta.

Los días se estaban volviendo más calurosos, y también las noches. Seguían hacia el sur, a un ritmo constante. Ahora eran una fila organizada. Los jinetes de delante despejaban el camino con éxito, de vez en cuando apartando carros del camino para pasar. Estaban a dos días de Acquitart y los habitantes de esa región conocían a su príncipe; a veces aparecían y se alineaban al lado del camino para saludarlo con expresiones felices y cariñosas, todo lo contrario de cómo lo saludaba la gente que lo conocía.

Esperó hasta ver que Jord estaba solo y se acercó a él. Se sentó a su lado en uno de los troncos huecos cerca del fuego.

—¿De verdad llevas cinco años en la guardia del príncipe? —preguntó Damen.

—Sí —contestó Jord.

—¿Conoces a Orlant desde entonces?

—Desde hace más tiempo —dijo tras una pausa. Damen creyó que eso era todo lo que iba a decir, pero no fue así—. Ya ha pasado antes. Me refiero a que el príncipe ya se ha librado de hombres de la guardia que eran espías de su tío. Creí que me habría acostumbrado a que el dinero importase más que la lealtad.

—Lo siento mucho. Es difícil cuando es alguien que conoces… Un amigo.

—Ya intentó matarte aquella vez —dijo Jord—. Seguramente pensó que contigo fuera del camino sería más fácil llegar al príncipe.

—Ya lo había pensado —respondió Damen.

Hubo otra pausa.

—Creo que hasta la otra noche no me di cuenta de que esto era un juego mortal —dijo Jord—. No creo que la mitad de los hombres se percatasen. Pero él lo ha sabido todo este tiempo.

Jord señaló con la barbilla la tienda del príncipe.

Eso era verdad. Damen miró la tienda.

—Tiene un consejo restringido. No deberías culparlo por eso.

—No lo culpo. Yo no lucharía por nadie más. Si hay alguien vivo capaz de asestar un golpe que pueda derrotar al regente es él. Y si él no lo consigue, ahora mismo estoy tan cabreado que estaría encantado de morir luchando.

La segunda mujer vaskiana llegó a caballo al campamento la noche siguiente, y esa no vino a entregar un vestido.

Damen recibió una lista de objetos que sacar de los carros, envolver en tela y colocar en las alforjas de la mujer: tres copas de plata con detalles refinados, una caja llena de especias, seda, un conjunto de joyas femeninas y pendientes ricamente grabados.

—¿Qué es eso?

—Regalos —dijo Laurent.

—Queréis decir sobornos —respondió él con el ceño fruncido.

Él sabía que Vere tenía mejor relación con el pueblo de las montañas que con Akielos o incluso con Patras. Si creía a Nikandros, Vere mantenía esas relaciones gracias a un elaborado sistema de pagos y sobornos. A cambio de fondos de Vere, los vaskianos atacaban donde les mandaban. «Lo más seguro es que se hiciera así», pensó Damen mientras examinaba los paquetes. Sin duda, si el soborno que salía del tío de Laurent era tan generoso como este, podría comprar suficientes hombres para mantener ocupado a Nikandros de por vida.

Damen observó a la mujer aceptar el rescate de un rey en plata y joyas. «Seguridad. Paso. Líder». Se intercambiaron las mismas palabras en muchas ocasiones.

Empezó a comprender que la primera mujer tampoco había ido hasta allí para entregar un vestido.

A la noche siguiente, cuando estaban solos en la tienda, Laurent dijo:

—Conforme nos acerquemos a la frontera, creo que sería más seguro y privado que mantengamos nuestras conversaciones en tu idioma en vez de en el mío.

Lo dijo en un akielense cuidadosamente pronunciado.

Damen lo miró sorprendido; sintió que el mundo había cambiado por completo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laurent.

—Bonito acento —contestó Damen, porque, a pesar de todo, no pudo evitar que se le escapase una sonrisa.

Laurent entrecerró los ojos.

—Habláis en akielense por si acaso hay algún fisgón —respondió Damen, principalmente para ver si Laurent conocía la palabra «fisgón».

—Sí —replicó el príncipe con firmeza.

Y así conversaron. Laurent se estancaba cuando hablaban de términos y maniobras militares, pero Damen rellenaba las lagunas. Por supuesto, no era

una sorpresa descubrir que Laurent poseía un gran repertorio de expresiones sofisticadas y observaciones arrogantes, pero no conseguía hablar con detalle sobre nada que tuviera sentido.

Damen tenía que acordarse de no sonreír. No sabía por qué oír que Laurent tenía dificultades con la lengua akielense lo ponía de buen humor, pero así era. Laurent tenía un profundo acento vereciano, que suavizaba y borraba consonantes, añadiendo una entonación que destacaba sílabas inesperadas. Eso transformaba las palabras akielenses y les daba un toque de exotismo lujoso que era muy vereciano, aunque ese efecto fuese —al menos en parte— combatido por la precisión del habla de Laurent. Hablaba akielense como un hombre escrupuloso cogería una sábana sucia con la punta de los dedos.

Por su parte, ser capaz de hablar libremente en su lengua era como quitarse un peso de encima que ni siquiera sabía que tenía. Era tarde cuando Laurent detuvo la conversación, apartó una copa de agua que tenía por la mitad y se desperezó.

—Hemos terminado por hoy. Ven a servirme.

Las palabras sacudieron su mente. Damen se levantó despacio. Obedecer la orden lo hacía sentir más servicial cuando se la mandaban en su propio idioma.

Se reveló ante él una imagen familiar de hombros rectos que se estrechaban hasta llegar a una fina cintura. Estaba acostumbrado a despojar a Laurent de su armadura, de sus prendas exteriores. Era un ritual nocturno habitual entre ellos. Damen dio un paso al frente y puso las manos en la tela que cubría los omóplatos de Laurent.

—Bueno, ¿qué? Empieza —lo apremió Laurent.

—No creo que necesitemos un idioma privado para esto —dijo.

—¿No te gusta? —preguntó Laurent.

Sabía que no debía decir lo que le gustaba y lo que no. El tono de Laurent mostraba una pizca de interés por su incomodidad que siempre resultaba peligroso. Todavía hablaban en akielense.

—A lo mejor es que tengo que ser más realista —dijo Laurent—. ¿Cómo manda el dueño a su esclavo de alcoba en Akielos? Enséñame.

Los dedos de Damen estaban enredados en los cordones y se quedaron inmóviles en el primer atisbo de camisa blanca.

—¿Que os enseñe cómo mandar a un esclavo de alcoba?

—En Nesson dijiste que habías tenido esclavos —contestó Laurent—. ¿No crees que debería conocer los términos?

Se esforzó en mover las manos.

—Si tenéis un esclavo, le podéis dar las órdenes como queráis.

—Por mi experiencia no tiene por qué ser así.

—Preferiría que me hablaseis como a un hombre —se escuchó decir a sí mismo. Laurent se volvió bajo sus manos.

—Desata la parte de delante —contestó Laurent.

Lo hizo. Le quitó la chaqueta de los hombros a Laurent, para lo que dio un paso al frente. Sus manos se deslizaron por el interior del traje. Se dejó llevar por los sentimientos en lugar de escuchar cómo cambiaba su voz en un lugar tan íntimo.

—Pero si preferís…

—Apártate —ordenó Laurent.

Retrocedió. El príncipe, en camisa, parecía más él mismo: elegante, dominante y peligroso.

Se miraron el uno al otro.

—A menos que necesitéis algo… —Se escuchó decir nuevamente—… Voy a por más carbón para el brasero.

—Márchate —dijo Laurent.

Era por la mañana. El cielo tenía un azul increíble. El sol quemaba y todos llevaban ropa de montar de cuero. Era mejor que la armadura, que a mediodía los habría achicharrado. Damen estaba cargando bridas y charlando con Lazar sobre el itinerario del día cuando vio a Laurent al otro lado del campamento. Mientras lo observaba, el príncipe se subió a la silla, se sentó con la espalda recta y agarró las riendas con una mano enguantada.

La noche anterior, Damen se había ocupado del brasero y había desempeñado todas sus tareas, así que después fue a un riachuelo cercano a lavarse. Este tenía guijarros en sus márgenes, corría fresco y limpio, pero no iba a una velocidad peligrosa y, además, era más profundo en el medio. A pesar de la falta de luz, dos criados todavía sacudían sábanas que, con aquel calor, estarían secas por la mañana. Damen sumergió la cabeza y dejó que el agua corriese por su pecho y sus hombros; después se limpió a fondo, salió chapoteando y se escurrió el pelo. El frescor resultaba reconfortante en aquella cálida noche.

A su lado, Lazar le dijo:

—Hay un día a caballo hasta Acquitart y Jord dice que es nuestra última parada antes de Ravenel. ¿Sabes si…?

Laurent estaba bien entrenado y era capaz, y Damen era un hombre, como otro cualquiera. La mitad de los soldados de aquel campamento quería acostarse con Laurent. Podrían disimular la reacción de sus cuerpos, como habían hecho en la posada. Cualquier hombre se habría excitado viendo a Laurent fingiendo ser una mascota en su regazo. Incluso sabiendo lo que se ocultaba tras el pendiente.

—Vale —añadió Lazar.

Había olvidado que Lazar estaba allí. Al cabo de un buen rato, apartó los ojos de Laurent y se volvió hacia Lazar, que lo miraba con una sonrisa un tanto seca pero comprensiva, retorciendo la comisura de la boca.

—¿Vale qué? —preguntó Damen.

—Que no te lo estás tirando —dijo Lazar.

Capítulo diez

—BIENVENIDO A MI HOGAR ancestral —dijo Laurent secamente.

Damen lo miró de reojo, luego dejó que su mirada vagase por las paredes desgastadas de Acquitart.

«No va acompañada de tropas y tiene poca importancia estratégica». Aquellas habían sido las palabras que Laurent había empleado para describir Acquitart a la corte el día que el regente confiscó todas sus propiedades menos esa.

Acquitart era pequeña y vieja, y la aldea ligada a ella era un conjunto de casas de piedra empobrecidas unidas al pie de la fortaleza interior. No había terrenos aptos para la agricultura, y la caza solo proporcionaba algunas gamuzas subidas a las rocas, que iban saltando para arriba a la mínima que se acercaban hombres a lugares donde un caballo no podía seguirlas.

Aun así, cuando se aproximaron, el lugar no estaba descuidado. Los alojamientos estaban bien conservados, así como el patio interior, y había suministros de alimentos, armas y material para sustituir los carros que se habían estropeado. Dondequiera que mirase, Damen veía indicios de planificación. Aquellas provisiones no habían venido de Acquitart y sus alrededores; habían sido trasladadas hasta allí desde otro lugar, para preparar la llegada de los hombres de Laurent.

El conserje se llamaba Arnoul, un hombre de edad avanzada que asumió el control sobre los criados y los carros y se puso a dar órdenes a todo el mundo. Su rostro arrugado rejuveneció de placer cuando vio a Laurent. Luego se volvió a arrugar sobre sí mismo cuando vio a Damen.

—Dijisteis una vez que vuestro tío no podía quitaros Acquitart —comentó Damen a Laurent—. ¿Por qué?

—Es un gobierno independiente. Lo que es absurdo. En el mapa es un punto. Pero yo soy el príncipe de Acquitart, además del príncipe de Vere, y las leyes de Acquitart no exigen que tenga que tener veintiún años para heredarla. Es mía. No hay nada que mi tío pueda hacer para tomarla —explicó

Laurent. Luego añadió—: Supongo que podría invadirla. Sus hombres podrían luchar contra Arnoul en la escalera.

—Arnoul parece tener sentimientos contradictorios con respecto al hecho de que nos quedemos aquí.

—No nos vamos a quedar aquí. No esta noche. Nos vemos en los establos al anochecer, cuando hayas terminado todos tus quehaceres habituales. Con discreción —contestó Laurent en akielense.

Había anochecido cuando Damen terminó con sus obligaciones. Los hombres que normalmente cuidaban de los suministros, los carros y los caballos tenían la noche libre, y los soldados también tuvieron permiso para divertirse. Se abrieron barriles de vino, y esa noche el cuartel era un lugar alegre. No había guardias apostados cerca de los establos, ni en dirección este.

Estaba doblando una esquina de la fortaleza cuando escuchó voces. La indicación de Laurent de que fuera discreto impidió que se anunciase.

—Estaría más cómodo durmiendo en el cuartel —dijo Jord.

Vio a Jord guiado de la mano por un Aimeric decidido. Le provocaba la misma ligera vergüenza alojarse en los aposentos de un aristócrata que a Aimeric intentar decir palabrotas.

—Eso es porque nunca has dormido en los aposentos de una fortaleza real —contestó Aimeric—. Te garantizo que es mucho más cómodo que un petate en una tienda o un colchón lleno de bultos de una posada. Además… —Bajó la voz y se acercó a Jord, pero las palabras todavía eran audibles—. Me apetece mucho que me folles en una cama.

—Entonces ven aquí —respondió.

Y le besó. Un beso largo y lento mientras sostenía la cabeza de Aimeric con la mano. El aristócrata se mostraba seductor, dócil y entregado al beso, envolviendo el cuello de Jord con los brazos; al parecer no ejercitaba su naturaleza hostil entre las sábanas. Daba la impresión de que Jord sacaba lo mejor de él.

Estaban ocupados, como los criados, como los soldados del cuartel. Todo el mundo en Acquitart estaba ocupado.

Damen se escabulló y se dirigió a los establos.

Fueron más discretos y lo planearon mejor que la última vez que salieron juntos del campamento. Habían aprendido la lección por las malas. A Damen todavía le daba apuro separarse de la tropa, pero había poco que pudiese hacer al respecto. Llegó al silencio de los establos; en medio de relinchos ahogados

y movimiento de paja descubrió que Laurent, mientras esperaba, había ensillado los caballos. Partieron al este.

El sonido de las cigarras zumbaba a su alrededor; era una noche cálida. Dejaron los sonidos de Acquitart atrás, así como la luz, y cabalgaron bajo el cielo nocturno. Como en Nesson, Laurent sabía hacia dónde iba, incluso en la oscuridad.

Entonces se detuvieron. Detrás había montañas, y a su alrededor, abismos de piedra.

—¿Ves? —dijo Laurent—. Hay un lugar en peores condiciones que Acquitart.

Parecía una fortaleza imponente, pero la luz de la luna brillaba nítida a través de sus arcos, y sus paredes, que eran de alturas inconsistentes, disminuían en algunas zonas hasta derruirse. Era una ruina, un edificio otrora grandioso que ahora no era más que piedras y una pared abovedada de vez en cuando. Todo lo que quedaba estaba cubierto de enredaderas y musgo. Era más antigua que Acquitart, antiquísima, construida por alguien poderoso mucho antes que la dinastía de Laurent o de la suya. El suelo estaba cubierto de una flor blanca que brotaba por la noche, con cinco pétalos, que se abría para liberar su aroma.

Laurent bajó de la silla, luego llevó al caballo a uno de los antiguos bloques de roca que sobresalía y lo ató allí. Damen hizo lo mismo y siguió a Laurent por uno de los arcos de piedra.

Aquel lugar lo inquietaba; era un recuerdo de cómo un reino podía perderse con facilidad.

—¿Qué hacemos aquí?

Laurent había caminado algunos pasos desde el arco, aplastando flores bajo sus pies. Entonces apoyó la espalda en una de las piedras en ruinas.

—Venía aquí de niño —explicó Laurent—. Con mi hermano.

Damen se quedó inmóvil y frío, pero al instante el sonido de cascos hizo que se diera la vuelta. Su espada resonaba en su vaina.

—No, las estoy esperando —dijo Laurent.

Eran mujeres.

También había algún hombre. El dialecto vaskiano era más difícil de entender cuando hablaban al unísono y deprisa.

Le arrebataron la espada a Damen, así como el cuchillo de su cinturón. No le hizo gracia. A Laurent le permitieron conservar sus armas, tal vez por

respeto a su estatus de príncipe. Cuando Damen miró a su alrededor, solo las mujeres estaban armadas.

Entonces Laurent dijo una cosa que le hizo aún menos gracia:

—Está prohibido ver el acceso a su campamento. Nos van a llevar allí con los ojos vendados.

Con los ojos vendados. Apenas tuvo tiempo de asimilar la idea antes de que Laurent asintiese a la mujer más próxima. Damen vio cómo le ponían la venda en los ojos y la ataban. La imagen lo asustó ligeramente. La venda cubría los ojos de Laurent y enfatizaba sus otros rasgos: la línea marcada de su mandíbula, la caída de su cabello claro… Era imposible no mirarle la boca.

A continuación, sintió que le colocaban una venda en los ojos y la ataban con un nudo fuerte. Su visión desapareció.

Fueron llevados a pie. No era una senda elaborada, serpenteante y desorientadora como la que había recorrido vendado en el palacio de Arles. Se limitaron a ir a su destino. Caminaron durante una media hora; entonces oyeron el sonido de tambores, en un principio bajo y constante, que aumentaba poco a poco. La venda parecía más una exigencia de sumisión que una precaución, porque veía muy posible rastrear sus pasos, tanto para un hombre como él, con entrenamiento de soldado, como probablemente para la mente matemática de Laurent.

Les quitaron las vendas. El campamento consistía en largas tiendas de cuero curtido, caballos en cercados y dos hogueras encendidas. Había figuras en movimiento en torno a las hogueras y vieron los tambores cuyo sonido resonaba en la noche. Parecía animado y un poco salvaje.

Damen se volvió hacia Laurent.

—¿Es aquí donde vamos a pasar la noche?

—Es una señal de confianza —dijo Laurent—. ¿Conoces su cultura? Acepta cualquier comida y bebida que te ofrezcan. La mujer que está a tu lado es Kashel. Se la ha designado como tu acompañante. La mujer del estrado se llama Halvik. Cuando te presenten ante ella, ponte de rodillas. Luego te podrás sentar en el suelo. No me acompañes al estrado.

Creyó que ya habían demostrado confianza suficiente yendo hasta allí solos, con los ojos vendados y desarmados. El estrado era una estructura de madera cubierta de pieles montada al lado del fuego. Era una mezcla entre un trono y una cama. Halvik estaba sentada allí, mientras lo observaba acercarse con unos ojos oscuros que hicieron que Damen recordara los de Arnoul.

Laurent subió tranquilo al estrado y adoptó una posición lánguida junto a Halvik.

En cambio a Damen, lo empujaron para que se arrodillase y a continuación lo arrastraron al lado del estrado y lo obligaron a sentarse. Por lo menos allí había pieles apiladas en torno a la hoguera. Entonces, Kastel llegó y se sentó a su lado. Le ofreció una copa.

Aún estaba enfadado, pero se acordó del consejo de Laurent. Se llevó la copa a los labios con cautela. El líquido era de un blanco lechoso y fuerte, con el quemazón del alcohol; un sorbito hizo que una llama caliente le bajase por la garganta y penetrase en sus venas.

En el estrado, vio cómo Laurent rechazaba una copa parecida a la que le ofrecieron a Damen, a pesar de su reciente consejo.

Pues claro. Claro que Laurent no estaba bebiendo; se rodeaba de los excesos opulentos de un cortesano y vivía entre ellos como un asceta. Damen no entendía cómo alguien podía pensar que follaban. Nadie que conociese a Laurent pensaría eso jamás.

Damen se terminó la copa.

Presenciaron la demostración de un combate, una lucha cuerpo a cuerpo. La mujer que ganó era muy buena, sometió a su oponente con una llave muy bien practicada. Mereció la pena ver la pelea.

Después de la tercera copa, decidió que le gustaba la bebida.

Era fuerte y estimulante, y vio a Kashel, que volvía a llenarle la copa, con otros ojos. Tenía más o menos la edad de Laurent, y era atractiva, con un cuerpo maduro y adulto. Sus ojos castaños y cálidos le miraban fijamente entre largas pestañas y llevaba el pelo en una trenza negra y larga que serpenteaba sobre su hombro, cuya punta descansaba sobre el montículo firme de su pecho.

Pensó que a lo mejor no era tan terrible haber ido allí. Era una cultura honesta, las mujeres eran directas, y la comida era sencilla pero sustanciosa: pan y deliciosa carne asada.

Laurent y Halvik estaban inmersos en una conversación. El diálogo parecía más bien una discusión sobre una negociación. A la dura expresión de Halvik, Laurent respondía con su intimidante mirada azul. Era como ver una piedra negociar con otra.

Desvió su atención del estrado y, en su lugar, se dejó llevar por la conversación abierta con Kashel, en la que no hablaban, sino que se comunicaban con miradas atentas y prolongadas. Cuando ella le cogió la copa de las manos, sus dedos se entrelazaron.

Entonces la mujer se levantó, fue al estrado y le murmuró algo al oído a Halvik.

Esta se recostó y centró su atención en Damen. Intercambió unas palabras con Laurent, que también se volvió hacia él.

—Halvik pregunta con mucho respeto si realizarías un servicio para sus chicas —le dijo Laurent en vereciano.

—¿Qué servicio?

—El servicio tradicional —respondió— que las mujeres vaskianas exigen del macho dominante.

—Yo soy un esclavo. Vos sois superior a mí.

—No es cuestión de jerarquía.

Fue Halvik quien respondió, en vereciano y con un acento marcado.

—Él es poca cosa y tiene la lengua de una prostituta de lujo. Su semen no engendrará mujeres fuertes.

A Laurent no pareció molestarle ni un ápice esa descripción.

—De hecho, mi linaje no alumbra niñas.

Damen observó a Kashel bajar del estrado y volver con él. Oía el sonido de tambores de la otra hoguera, un tamborileo bajo y constante.

—Es… ¿Me estáis ordenando que lo haga?

—¿Necesitas órdenes? —preguntó Laurent—. Puedo orientarte si careces de habilidad.

Kashel lo miraba con clara intensidad cuando volvió a sentarse a su lado. Su túnica se había abierto un poco y le caía de un hombro, de modo que parecía estar sujeta solo por su pecho, que subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—Bésala —ordenó Laurent.

No necesitaba que el príncipe le dijese lo que hacer ni cómo, y lo demostró con un beso largo y deliberado. Kashel emitió un sonido dulce y complaciente; sus dedos ya seguían el camino que sus ojos habían recorrido momentos atrás. Las manos de él se adentraron en la túnica de ella y rodearon su fina cintura casi por completo.

—Podéis decirle a Halvik que sería un honor para mí acostarme con una de sus chicas —dijo Damen cuando se apartó, con un tono de placer. Rozó la boca de Kashel con el pulgar y ella lo probó con la lengua. Los dos jadeaban con expectación.

—Un semental es más feliz cuando monta un rebaño —escuchó a Halvik decirle a Laurent en vereciano—. Venid, vamos a continuar nuestras negociaciones lejos de la hoguera de apareamiento. Lo traerán cuando termine.

Fue consciente de la marcha de Laurent y Halvik, así como de la presencia de otras parejas que buscaban un sitio en las pieles que había junto a la hoguera. Lo que pasaba a su alrededor carecía de importancia debido a su deseo por Kashel, ya que sus cuerpos se dedicaban a la misma tarea.

La primera vez fue una unión fogosa y violenta. Era una mujer joven y guapa, y se enfrentaba a él con una intensidad que nacía de su risa mientras le tiraba de la ropa; hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un intercambio de placer libre y desinhibido. Se le daba mejor quitar trajes verecianos que a él la primera vez. O estaba más decidida. Era muy decidida. Rodó hasta ponerse encima de él cuando se acercaba al clímax intenso y palpitante, bajó la cabeza de modo que su cabello destrenzado caía y se movía al compás de sus movimientos, al mismo tiempo que los cubría a los dos.

La segunda vez le pareció más delicada, manejable y dispuesta a ser explorada, y él la excitó hasta el punto en que ella se entregó completamente a él, lo cual le gustó más que cualquier otra cosa.

Más tarde, la mujer yacía jadeante y cansada sobre las pieles, y Damen estaba tumbado a su lado, apoyado sobre un brazo y mirando con admiración su cuerpo.

Tal vez la bebida blanca llevara algo. Había llegado dos veces al orgasmo, pero no sentía un agotamiento extremo. Estaba satisfecho de sí mismo al mismo tiempo que pensaba que las mujeres vaskianas en realidad no tenían la resistencia que se les atribuía, y en ese momento, llegó otra chica, habló con Kashel en tono burlón y se lanzó a los brazos sorprendidos de Damen. Kashel se sentó en posición de espectadora y los animó entusiasmadamente… O eso parecía.

Entonces, mientras se disponía a afrontar ese nuevo desafío y los tambores de la hoguera cercana resonaban en sus oídos, Damen sintió la presión de un nuevo cuerpo en su espalda, y advirtió que más de una chica se había unido a ellos.

La ropa era un estorbo. Los cordones se le escapaban. Tras algunos intentos, optó por prescindir de la camisa. Centró toda su atención en sujetarse los pantalones.

Laurent estaba durmiendo cuando Damen encontró la tienda correcta, pero se revolvió entre las pieles cuando la solapa que cubría la tienda se abrió. Sus pestañas doradas aletearon y se alzaron. Cuando vio a Damen, se recostó sobre un brazo y parpadeó solo una vez con los ojos abiertos como platos.

Luego, sin emitir sonido alguno, tapándose la boca con la mano, se echó a reír descontroladamente.

—Parad. Como me ría, me caeré —dijo Damen.

Miró una pila de pieles cerca de la de Laurent y puso todo su empeño en llegar hasta allí: se tambaleó y se desplomó sobre ellas. Parecía la guinda del pastel. Rodó de espaldas. Estaba sonriendo.

—Halvik tiene muchas chicas —comentó.

Las palabras dejaron ver cómo se sentía: saciado y agotado por el sexo, exhausto y feliz. Las pieles que lo rodeaban eran cálidas. Estaba contento y adormilado, a punto de ser vencido por el sueño.

—Dejad de reíros —dijo.

Cuando volvió la cabeza para mirarlo, Laurent estaba tumbado a su lado, con la cabeza apoyada en una de las manos y mirándolo con ojos brillantes.

—Qué instructivo. Te he visto hacer morder el polvo a media docena de hombres sin sudar.

—Ahora no podría.

—Ya lo veo. Quedas liberado de tus obligaciones habituales por la mañana.

—Qué amable por vuestra parte. No puedo levantarme. Me quedaré aquí tumbado. ¿O necesitabais algo?

—Anda, ¿cómo lo sabes? Llévame a la cama.

Damen gimió y al final acabó riéndose justo antes de taparse la cabeza con las pieles. Escuchó una última risa divertida de Laurent, y eso fue todo lo que oyó antes de que el sueño lo alcanzase y reclamase.

El viaje de vuelta al amanecer fue sencillo y agradable. El cielo estaba despejado y el sol naciente brillaba; iba a ser un día precioso. Damen estaba de buen humor y feliz por poder disfrutar del silencio mientras cabalgaba. Estaban el uno al lado del otro, a medio camino de Acquitart, cuando se le ocurrió preguntar:

—¿Vuestras negociaciones fueron bien?

—Sin duda nos marchamos en posesión de una gran cantidad de nueva y muy buena voluntad.

—Deberíais hacer negocios con los vaskianos más a menudo.

Su alegría salió a la luz con su declaración. Hubo una pausa. Al fin, y con una extraña vacilación, Laurent preguntó:

—¿Es diferente a hacerlo con un hombre?

—Sí —contestó Damen.

Era diferente con todo el mundo. No lo dijo en voz alta; era algo evidente. Por un momento creyó que Laurent iba a preguntarle algo más, pero se limitó a lanzarle una larga mirada inquisitiva y no dijo nada.

—¿Tenéis curiosidad? ¿No era tabú? —preguntó.

—Es tabú —lo corrigió.

Hubo otra pausa.

—Los bastardos mancillan el linaje. Agrían la leche, destruyen cosechas y arrancan el sol del cielo, pero no me molestan. Todas mis peleas son contra hombres de buena cepa. Te vendría bien darte un baño cuando regresemos.

Damen, que estuvo totalmente de acuerdo con esa última afirmación, fue a lavarse en cuanto llegaron. Entraron en los aposentos de Laurent a través de un pasaje semioculto tan estrecho que tuvo que hacer un esfuerzo considerable para cruzarlo. Cuando salió por la puerta de los aposentos y llegó al pasillo, se encontró de frente con Aimeric.

El joven se detuvo en seco y miró fijamente a Damen. Luego, echó un vistazo a la puerta de Laurent. Y de nuevo a Damen, quien se percató de que aún irradiaba felicidad y de que probablemente parecía que había pasado la noche fornicando y que después se había arrastrado por un pasadizo. Que es lo que había hecho.

—Llamamos, pero no hubo respuesta —dijo Aimeric—. Jord envió hombres a buscaros.

—¿Hay algún retraso? —preguntó Laurent tras aparecer en la puerta.

El príncipe estaba tranquilo e impecable de pies a cabeza; al contrario que Damen, a él se lo veía descansado, fresco y sin un pelo fuera de sitio. Aimeric volvió a mirarlos fijamente.

Luego recobró la compostura y añadió:

—Hemos recibido noticias hace una hora. Ha habido un ataque en la frontera.

Capítulo once

RAVENEL NO ESTABA CONSTRUIDA para recibir a desconocidos. Mientras pasaban por los portones, Damen percibió su fuerza y su poder. Si el desconocido era un príncipe holgazán que estaba visitando la frontera solo porque su tío lo había provocado y obligado a hacerlo, era todavía menos bienvenido. Los cortesanos que se habían congregado en el estrado del gran patio de Ravenel tenían la misma apariencia áspera que las terribles almenas de la fortaleza. Si el desconocido era akielense, el recibimiento era hostil: cuando Damen siguió a Laurent por los escalones del estrado, la oleada de rabia y resentimiento por su presencia era tan evidente que podía tocarse con las manos.

En toda su vida, nunca había imaginado que pondría los pies en el interior de Ravenel, que la gran verja de la entrada se elevaría y que las puertas de madera maciza serían desatrancadas y abiertas para permitirle acceder al interior de las murallas. Su padre, Theomedes, le había infundido respeto por las grandes fortalezas verecianas. Había terminado su campaña en Marlas; tomar Ravenel y seguir hacia el norte habría supuesto un asedio prolongado, una desmesurada distribución de recursos. Pero era demasiado sabio para embarcarse en una campaña larga y cara que podría costarle el apoyo de los kyroi y desestabilizar su reino.

Fortaine y Ravenel permanecieron intactas; eran las potencias militares que dominaban la zona.

Poderosas y ostentosas, exigían que sus homólogas akielenses estuviesen pertrechadas y fueran numerosas. Como consecuencia, el resultado en la frontera fue un montón de munición y guerreros tensos que no estaban verdaderamente en guerra, pero que nunca habían estado realmente en paz. Demasiados soldados y pocos combates: la violencia que se acumulaba en ese lugar no disminuía con las breves incursiones y escaramuzas que ambos bandos rechazaban. Ni tampoco con las luchas y desafíos formales, organizados y oficiales, que contaban con normas, refrigerios y espectadores,

y que permitían a los combatientes matarse con una sonrisa dibujada en el rostro.

Un gobernante prudente querría que un diplomático con experiencia se ocupase de aquel punto muerto tan peligroso, no Laurent, que era como una avispa en una fiesta al aire libre e irritaba a todo el mundo.

—Alteza. Llevamos dos semanas esperándoos, pero nos alegra saber que disfrutasteis de las posadas de Nesson —dijo lord Touars—. Tal vez podamos encontraros un entretenimiento igual de divertido.

Lord Touars de Ravenel tenía hombros de soldado y una cicatriz que iba del rabillo del ojo a la boca. Miraba directamente a Laurent cuando hablaba. A su lado, su hijo mayor, Thevenin, un chico pálido y gordito de unos nueve años, observaba a Laurent con la misma expresión.

Detrás de ellos, el resto del grupo de bienvenida de la corte permanecía inmóvil. Damen sentía las miradas puestas en él, pesadas y desagradables. Esos eran hombres y mujeres de la frontera, que habían luchado contra Akielos durante toda su vida. Y todos ellos estaban nerviosos a causa de la noticia que habían oído por la mañana: un ataque akielense había destruido la aldea de Breteau. La guerra estaba en el aire.

—No he venido aquí a divertirme, sino a escuchar los informes sobre los atacantes que cruzaron mis fronteras esta mañana —contestó Laurent—. Reunid a vuestros capitanes y consejeros en el gran salón.

Era normal que los huéspedes recién llegados descansasen y se quitasen la ropa de montar, pero lord Touars hizo un gesto de aprobación y los cortesanos reunidos se encaminaron al interior. Damen se disponía a salir con los soldados, pero le sorprendió la orden seca de Laurent.

—No. Sígueme.

Damen miró otra vez las murallas fortificadas. No era el momento de que Laurent liberase sus instintos tendenciosos. En la entrada del gran salón, un criado con vestimenta de mayordomo se interpuso en su camino y, con una breve reverencia, dijo:

—Alteza, lord Touars prefiere que el esclavo akielense no entre en el salón.

—Yo prefiero que entre. —Fue todo lo que dijo. Avanzó y dejó a Damen sin más opción que seguirlo.

No había sido la típica entrada de un príncipe en una ciudad, con un desfile y diversiones y días de banquetes ofrecidos por el lord. Laurent había llegado montado al frente de su compañía sin mayor ceremonia. Sin embargo, el pueblo había salido a la calle para intentar echar un ojo a su cabello,

brillante como el oro. Cualquier antipatía que la plebe pudiese haber sentido por Laurent desapareció en cuanto le vieron. Adoración extática: había sido así en Arles, en todas las ciudades por las que habían pasado. El príncipe dorado era mejor cuando se lo observaba a sesenta pasos de distancia, fuera del alcance de su carácter.

Desde que entraron, los ojos de Damen se fijaron en las murallas de Ravenel. Ahora estudiaba las dimensiones del gran salón. Era enorme, construido para defender, con puertas de dos pisos de altura: un sitio en el que se podía reunir a todos los hombres para dar órdenes y desde donde se los podía redirigir rápidamente a todos los puntos del recinto. También podía funcionar como lugar de retirada si las murallas fuesen atacadas. Por lo que respectaba a los soldados apostados en el fuerte, Damen creyó que habría unos dos mil en total. Eran más que suficientes para aplastar el ejército de Laurent de ciento setenta y cinco caballos. Si hubiesen caído en una trampa, ya habrían muerto.

El siguiente hombro que se interpuso en su camino tenía una hombrera de metal y una capa sujeta a ella. El tejido era de calidad aristocrática. El hombre que la usaba intervino:

—Un akielense no tiene cabida en una compañía de hombres. Su alteza lo entenderá.

—¿Mi esclavo os pone nervioso? —preguntó Laurent—. Lo entiendo. Hace falta ser un hombre para lidiar con él.

—Sé lidiar con akielenses. No los invito a entrar.

—Este akielense es miembro de mi casa —contestó el príncipe—. Apártese, capitán.

El hombre se apartó. Laurent ocupó su asiento en la cabecera de la larga mesa de madera y lord Touars se sentó a su derecha. Damen conocía a algunos de esos hombres por su reputación. El hombre con la hombrera y la capa era Enguerran, comandante de las tropas de lord Touars. Más lejos estaba el consejero Hestal. Thevenin, el hijo de nueve años, también se había unido a ellos.

No le ofrecieron asiento a Damen. Se quedó de pie detrás de Laurent, a su izquierda, y observó que entraba otro hombre, un hombre al que conocía muy bien. No obstante, era la primera vez que lo veía de pie, pues en las demás ocasiones estaba atado.

Era el embajador de Vere en Akielos y consejero del regente, lord de Fortaine y padre de Aimeric.

—Consejero Guion —dijo Laurent.

Guion no saludó a Laurent, simplemente dejó que quedase claro su desprecio cuando recorrió a Damen con la mirada.

—Habéis traído a una fiera a la mesa. ¿Dónde está el capitán que vuestro tío os asignó?

—Le clavé la espada en el hombro, ordené que lo despojasen de su ropa y lo expulsé de la compañía —respondió.

Hubo una pausa. El consejero Guion se recompuso.

—¿Vuestro tío lo sabe?

—¿Que castré a su perro? Sí. Pero creo que tenemos cosas más importantes de que hablar, ¿no?

Cuando el silencio se prolongó, el capitán Enguerran simplemente añadió:

—Vuestra alteza tiene razón.

Empezaron a hablar del ataque.

Damen había escuchado los primeros relatos junto a Laurent en Acquitart aquella mañana. Unos akielenses habían destruido una aldea vereciana. Pero no fue eso lo que lo había enfurecido. El ataque akielense había sido una represalia; el día anterior, un ataque en la frontera había arrasado una de sus aldeas. La familiaridad de estar furioso con Laurent lo había alimentado durante varios intercambios de palabras.

«Vuestro tío pagó a invasores para acabar con una aldea akielense».

«Sí».

«Ha muerto gente».

«Sí».

«¿Sabíais que pasaría?».

«Sí».

Laurent le había dicho con total tranquilidad:

«Sabías que mi tío quería provocar conflictos en la frontera. ¿Cómo si no creías que lo haría?».

Al final de todos esos intercambios de palabras, no podía hacer nada más que montar en su caballo y marchar hacia Ravenel. Se pasó todo el camino con la mirada perdida en el cabello dorado de Laurent, al que, para su desesperación, no se le culpaba de los ataques por más que él lo considerase culpable.

En los primeros informes recibidos en Acquitart no se comentaba el tamaño ni la extensión de la venganza akielense. Había comenzado antes del amanecer. No había sido un grupito de agresores ni un ataque que había intentado camuflarse. Era un ejército akielense al completo, con armas y armaduras, que exigía venganza por un ataque en una de sus aldeas. Para

cuando salió el sol, habían matado a cientos de habitantes de la aldea de Breteau, entre ellos a Adric y Charron, dos miembros de la pequeña nobleza que habían desviado a su pequeño ejército de un campamento a poco más de un kilómetro para luchar y proteger a los aldeanos. Los atacantes akielenses provocaron incendios y también mataron ganado. Mataron niños.

Fue Laurent quien, al acabar la primera ronda de debate, preguntó:

—¿Una aldea akielense también fue atacada?

Damen lo miró con sorpresa.

—Hubo un ataque. No fue a esa escala. No fuimos nosotros.

—Entonces, ¿quién?

—Bandidos, clanes de las montañas, ¿qué importa eso? Los akielenses aprovechan cualquier excusa para derramar sangre.

—Entonces, ¿no intentaréis encontrar al responsable del primer ataque? —preguntó el príncipe.

—Si lo encontrase, le estrecharía la mano y le dejaría seguir su camino, después de darle las gracias por los asesinatos —dijo lord Touars.

Laurent apoyó la cabeza en la silla y miró al hijo de Touars, Thevenin.

—¿Es tan benévolo contigo? —inquirió.

—No —respondió Thevenin, de forma incauta. Luego se sonrojó al percatarse de que los ojos negros de su padre lo observaban fijamente.

—El príncipe tiene modales refinados —dijo el consejero Guion, con la mirada fija en Damen—, y no parece gustarle culpar a Akielos de ningún delito.

—No culpo a los insectos por zumbar cuando alguien derriba su colmena —contestó Laurent—. Siento curiosidad por saber quién desea verme herido.

Una pausa más. Lord Touars lanzó una gélida mirada a Damen y, luego, otra más.

—No vamos a discutir nada más en presencia de un akielense. Sacadlo de aquí.

—Por respeto a lord Touars, déjanos —ordenó Laurent sin volverse.

Laurent había demostrado su poder anteriormente. Ahora tenía más que ganar demostrando su autoridad con Damen. Se trataba de una reunión que podría iniciar una guerra, o impedirla, se dijo a sí mismo Damen. Era una reunión que podría determinar el futuro de Akielos. Hizo una reverencia y obedeció.

Una vez fuera, anduvo por la fortaleza para librarse de la sensación pegajosa que le dejaba la red de política y estrategias de Vere.

Lord Touars tenía ganas de guerra y el consejero Guion estaba claramente a su favor. Intentó no pensar que el futuro de su país ahora dependía de la labia de Laurent.

Entendía que los señores de la frontera representaban el corazón del bando del regente. Eran de su generación. Habrían pasado los últimos seis años recibiendo sus favores, y con tierras allí en la frontera, eran quienes más tenían que perder a causa del liderazgo inestable de un príncipe joven e inexperto.

Mientras caminaba, dejó que sus ojos recorrieran las murallas de la fortaleza. El capitán de Ravenel había apostado hombres en ellas en una meticulosa formación. Vio que los puestos de centinela y defensas estaban bien organizados.

—Tú. ¿Qué haces aquí?

—Formo parte de la Guardia del Príncipe. Me ha ordenado que vuelva al cuartel.

—Estás en el lado equivocado de la muralla.

Damen arqueó las cejas y puso los ojos como platos.

—¿El oeste es por allí? —Señaló.

—El oeste es por aquí —contestó el soldado, y señalando a uno de los soldados cercanos añadió—. Acompaña a este hombre al cuartel donde está instalada la compañía del príncipe.

A continuación, sintió un agarre firme en la parte superior del brazo.

Fue conducido con atención personal por todo el camino hasta la entrada del cuartel, donde lo dejaron delante de Huet, que estaba de guardia.

—Que no se vuelva a ir.

Huet sonrió.

—¿Te has perdido?

—Sí.

La sonrisa persistía.

—¿Estás demasiado cansado para concentrarte?

—No he recibido indicaciones.

—Entiendo —respondió con una sonrisa.

Y, por supuesto, se oían rumores. Aimeric había compartido una historia muy particular que desde por la mañana crecía cada vez que se contaba. Damen había recibido sonrisas y palmadas en la espalda durante todo el día. Laurent, mientras tanto, recibía nuevas miradas de admiración. Había subido un punto más en la estima de los hombres, ahora que entendían que,

independientemente de lo que habían supuesto sobre sus hábitos en la cama, el príncipe claramente galopaba sobre su bárbaro esclavo con rienda corta.

Damen los ignoró. No era momento para cuestiones triviales.

Jord pareció sorprendido al verlo volver tan pronto, pero dijo que Paschal había pedido que se le asignase alguien y que Damen se adaptaría bien a eso, pues el príncipe probablemente estaría fuera toda la noche, intentando poner sensatez en las duras cabezas de la frontera.

Antes de entrar en la gran habitación debería de haberse dado cuenta de adónde lo habían enviado.

—¿Te ha enviado Jord? —inquirió Paschal—. Qué ironía.

—¿Me voy? —preguntó Damen.

—No. Pedí a alguien con brazos fuertes. Pon a hervir agua.

Obedeció y se la llevó a Paschal, que estaba inmerso en la tarea de mantener de una pieza a los hombres mutilados.

Damen mantuvo la boca cerrada y se limitó a desempeñar las tareas como le indicaba el galeno. Un hombre tenía las ropas abiertas y dobladas hacia fuera para mostrar una herida en el hombro, muy cerca del cuello. Damen reconoció el característico corte en diagonal que los akielenses practicaban para sacar ventaja de las limitaciones de las armaduras verecianas.

Paschal hablaba mientras trabajaba.

—Algunos supervivientes de baja cuna de la tropa de Adric fueron reconocidos y traídos de vuelta. Un viaje de kilómetros rebotando en una camilla. Los llevaron con los médicos del fuerte, que hicieron, como ves, muy poco. Los plebeyos que no son soldados son los peor atendidos. Dame el cuchillo. ¿Tienes el estómago tan fuerte como los brazos? Sujétalo. Así.

Damen ya había visto a médicos trabajando. Cuando era comandante, había hecho la ronda para vigilar de los heridos. También tenía conocimientos de campaña rudimentarios que le habían enseñado por si acaso alguna vez se encontraba herido y lejos de sus hombres, lo que, de niño, había sido una perspectiva interesante aunque poco probable. Esta noche era la primera vez que trabajaba al lado de un médico para tratar de mantener con vida a los hombres. Era una tarea incesante que requería compromiso y aguante físico.

Miró una o dos veces hacia una camilla baja que se encontraba en un rincón oscuro de la estancia, cubierta con una sábana. Al cabo de algunas horas, abrieron la tela que hacía de puerta y la ataron mientras un grupo de personas entraba.

Eran todos plebeyos —tres hombres y una mujer—, y el hombre que había atado la tela que hacía las veces de puerta los condujo a la camilla. La

mujer se desplomó a su lado y emitió un sonido escaso.

Era una criada, tal vez una lavandera, a juzgar por los antebrazos y la cofia. También era joven, y Damen se preguntó si sería su marido o un pariente suyo: un primo, un hermano…

Paschal le dijo a Damen en voz baja:

—Vuelve con tu capitán.

—Te dejo entonces —respondió, y asintió.

La mujer se volvió. Tenía los ojos húmedos. Damen advirtió que había oído su acento. Sabía que tenía la tez característica de Akielos, especialmente de las provincias del sur. Puede que eso no bastase para identificarlo como akielense allí, en la frontera, pero había hablado.

—¿Qué hace uno de ellos aquí? —preguntó la mujer.

—Vete —le urgió Paschal a Damen.

Era demasiado tarde.

—Tú has hecho esto. Los tuyos lo han hecho.

La mujer adelantó a Paschal, que estaba a punto de interponerse en su camino.

No fue agradable. Era una mujer en la flor de la vida, con la fuerza que da cargar agua y sacudir ropa. Damen tuvo que esforzarse para sujetarla, la agarró de las muñecas y derribó una de las mesas de Paschal. Fueron necesarios los dos hombres que la acompañaban para quitársela de encima. Damen se llevó la mano a la mejilla, donde una de sus uñas le había arañado. Se manchó de sangre.

Se la llevaron. Paschal no dijo nada, solo se puso a ordenar su material médico en silencio. Los hombres volvieron más tarde y se llevaron el cuerpo en una camilla de madera. Uno de ellos se detuvo delante de Damen. Lo miró fijamente. Entonces, escupió en el suelo delante de él. Se marcharon.

Damen sintió un sabor desagradable en la boca. Se acordó con perfecta claridad del mensajero que había escupido en el suelo enfrente de su padre, delante de la tienda de campaña de Marlas. Tenía la misma expresión.

Miró a Paschal. Sabía una cosa de los verecianos.

—Nos odian.

—¿Qué esperabas? —preguntó Paschal—. Los ataques son constantes. Y solo hace seis años que los akielenses expulsaron a esos hombres de sus hogares, de sus tierras. Han visto cómo asesinaban a familiares y amigos, y cómo se llevaban a niños para hacerlos esclavos.

—Ellos también nos matan —se defendió Damen—. Delpha le fue arrebatada a Akielos en la época del rey Euandros. Lo correcto era que

volviese a pertenecer a Akielos.

—Y así es —respondió—. Por ahora.

La fría mirada azul de Laurent no reveló nada de la reunión, ni siquiera que había sido larga: cuatro horas de charla. Aún llevaba la chaqueta y las botas de montar, y miró a Damen con expectación.

—Tu informe.

—No he podido dar la vuelta entera a las murallas. Me detuvieron en la cara oeste. Pero yo diría que hay entre mil quinientos y mil setecientos hombres con base aquí. Parece el ejército defensivo habitual de Ravenel. Los almacenes están bien provistos, pero no por completo. No he visto ninguna señal de preparativos de guerra, aparte de soldados y guardia doble desde esta mañana. Creo que el ataque los tomó por sorpresa.

—Lo mismo que en el gran salón. Lord Touars no se comportaba como un hombre que esperase un enfrentamiento, por más que lo desee.

—Entonces los señores de la frontera no están trabajando con vuestro tío para provocar una guerra.

—Diría que lord Touars no —respondió Laurent—. Nos vamos a Breteau. Nos he conseguido dos o tres días. Me ha costado, pero eso es lo que tardará en llegar algún comunicado de mi tío, y lord Touars no iniciará una guerra abierta contra Akielos por su cuenta.

Dos o tres días.

El momento se acercaba; se vislumbraba en el horizonte. Damen inspiró hondo. Mucho antes de que las tropas se congregasen a ambos lados de la frontera, él regresaría para luchar en el bando de Akielos. Damen miró al príncipe e intentó imaginar cómo sería enfrentarse a él en la línea de batalla.

La energía de… crear algo lo había atrapado. La determinación de Laurent, la habilidad que tenía para superar situaciones adversas lo había contagiado. Pero eso no era una persecución por una ciudad o una timba de cartas. Aquellos eran los señores más poderosos de Vere desplegando sus estandartes para marchar a la guerra.

—Pues nos vamos a Breteau —dijo Damen.

Se levantó y, sin mirar a Laurent, ultimó los preparativos para marcharse a la cama.

No fueron los primeros en llegar a Breteau.

Lord Touars había enviado a un ejército de hombres para proteger lo que quedaba y enterrar los cuerpos, de manera que no pudieran atraer enfermedades ni a carroñeros en busca de alimento.

Era un pequeño grupo de hombres que habían trabajado duro. Registraron cada granero, cada cobertizo y cada construcción anexa, y llevaron a los escasos supervivientes que encontraron a una de las tiendas de los médicos. El aire era denso debido al olor a madera y paja quemadas, pero ninguna zona del suelo estaba en llamas. El fuego había sido apagado. Las fosas ya estaban medio cavadas.

Los ojos de Damen pasaron por una cabaña desierta, el astil roto de una lanza sobresalía de un cuerpo sin vida, había restos de lo que parecía haber sido una celebración al aire libre y copas de vino en el suelo. Los aldeanos habían luchado. Aquí y allá, un vereciano caído todavía se aferraba a una azada o a una piedra, o a unas tijeras de esquila, o a cualquiera de las armas rústicas que un aldeano pudiese conseguir sobre la marcha.

Los hombres de Laurent trabajaron duro, en silencio y con respeto. Lo limpiaron todo metódicamente, con un poco más de delicadeza cuando se trataba del cuerpo de un niño. No parecían recordar quién y qué era Damen. Le asignaron las mismas tareas y trabajaron a su lado. Se sintió raro, consciente de la intromisión, de la falta de respeto que suponía su presencia. Vio a Lazar tapar el cadáver de una mujer con una capa y hacer un breve gesto de despedida, como era habitual en el sur. Sintió en su interior lo desprotegido que había estado aquel lugar.

Se dijo a sí mismo que aquello era una represalia por el ataque a Akielos. Hasta entendía cómo y por qué había ocurrido. Un ataque a una aldea akielense exigía venganza, pero las tropas de la frontera vereciana eran demasiado fuertes para ser atacadas. Ni siquiera Theomedes, con todo el poder de los kyroi detrás, había querido desafiar a Ravenel. Pero un grupo más reducido de soldados akielenses podía colarse entre las tropas, cruzar la frontera, adentrarse en Vere y encontrar una aldea que estuviese desprotegida para destruirla.

El príncipe se encontraba junto a él.

—Hay supervivientes —dijo Laurent—. Quiero que los interrogues.

Pensó en la mujer que forcejeaba en sus brazos.

—No debería ser yo quien…

—Supervivientes akielenses —lo interrumpió Laurent.

Damen respiró hondo. Aquello no le gustaba en absoluto.

—Si los verecianos hubiesen sido capturados después de un ataque de este tipo a una aldea akielense habrían sido ejecutados —respondió cuidadosamente.

—Y así será. Descubre lo que saben sobre la incursión en Akielos que provocó este ataque.

El prisionero akielense no estaba atado, como había imaginado por un momento, pero mientras se acercaba al jergón del oscuro cobertizo, vio que no hacía mucha falta. Sus inspiraciones y espiraciones eran audibles. Se habían ocupado de la herida de su barriga. No era de las que se curaban.

Damen se sentó al lado del jergón.

No era nadie que conociese. El hombre tenía el pelo rizado, voluminoso y oscuro, y unos ojos negros con densas pestañas; su cabello estaba enmarañado y una capa de sudor le perlaba la frente. Lo observaba con los ojos bien abiertos.

—¿Puedes hablar? —preguntó Damen en su lengua.

El hombre respiró de manera ruidosa y desagradable, y finalmente dijo:

—Eres akielense.

Estaba cubierto de sangre y era más joven de lo que Damen había creído en un principio. Diecinueve o veinte años.

—Soy akielense —confirmó Damen.

—¿Hemos… reconquistado la aldea?

Le debía honestidad a aquel hombre; era un compatriota y se acercaba su hora.

—Sirvo al príncipe vereciano —dijo.

—Deshonras a tu sangre —contestó el hombre con una voz llena de odio. Le escupió las palabras con toda la fuerza que le quedaba.

Damen esperó a que cesase el temblor provocado por el esfuerzo y el dolor, que su aliento recuperase el ritmo fatigoso de antes. Cuando eso ocurrió, preguntó:

—¿Una incursión en Akielos provocó este ataque?

Otra inspiración y otra espiración.

—¿Tu amo vereciano te ha enviado aquí para que me lo preguntes?

—Sí.

—Dile… que su cobarde ataque a Akielos mató a menos gente de la que matamos nosotros —respondió con orgullo.

La rabia era inútil. Le recorrió como una oleada, de ahí que estuviese un buen rato sin hablar y se quedase mirando al hombre moribundo de manera inexpresiva.

—¿Dónde fue el ataque?

Respiró de nuevo, y pareció más bien una risa amarga. Después el hombre cerró los ojos. Damen creyó que no iba a decir nada más, pero no fue así.

—En Tarasis.

—¿Fue un ataque de clanes?

Tarasis se encontraba en las faldas de las montañas.

—Pagaron a los invasores.

—¿Fueron por las montañas?

—¿Por qué a tu amo le interesa… eso?

—Está intentando detener al hombre que atacó Tarasis.

—¿Eso te ha dicho? Miente. Es vereciano. Te usará… para sus propios objetivos…, como te está usando ahora contra tu pueblo.

Cada vez le costaba más hablar. Los ojos de Damen recorrieron su desmejorado rostro y sus rizos empapados de sudor. Entonces, preguntó con un tono diferente:

—¿Cómo te llamas?

—Naos.

—¿Luchaste con Makedon, Naos? —Naos llevaba la faja con su distintivo —. Se rebelaba hasta contra los decretos de Theomedes, pero siempre fue leal a su pueblo. Debe de haber creído que habían obrado muy mal con ellos si ha roto el tratado de Kastor.

—Kastor —dijo Naos—. El falso rey. Damianos… tendría que haber sido nuestro líder. Él era el asesino de príncipes. Él entendía lo que son los verecianos. Mentirosos. Falsos. Nunca se habría… aliado con ellos…, como hizo Kastor.

—Cierto —respondió Damen al cabo de un buen rato—. Bueno, Naos, Vere está enardeciendo a sus tropas. Casi no se puede hacer nada para impedir la guerra que deseas.

—Que vengan… Los cobardes verecianos se esconden en sus fuertes… Tienen miedo de un combate de verdad… Que salgan… Los mataremos como se merecen.

Damen no dijo nada, solo pensó en una aldea desprotegida ahora convertida en silencio y quietud. Se puso al lado de Naos hasta que el jadeo desapareció. Luego, se levantó, salió del cobertizo, atravesó la aldea y volvió al campamento vereciano.

Capítulo doce

DAMEN CONTÓ LA HISTORIA de Naos de manera resumida y sin adornos. Cuando terminó, Laurent añadió con un tono impasible:

—Por desgracia, la palabra de un akielense muerto no vale nada.

—Vos sabíais antes de enviarme a interrogarle que sus respuestas llevarían a la falda de las montañas. Estos ataques fueron calculados para coincidir con vuestra llegada. Os están alejando de Ravenel.

Laurent le dedicó a Damen una mirada larga y pensativa y, al fin, le respondió.

—Sí, el cerco se está estrechando y no se puede hacer nada al respecto.

Fuera de la tienda de Laurent, la lúgubre limpieza continuaba. Cuando se dirigía a ensillar los caballos, Damen se encontró con Aimeric arrastrando la lona de una tienda que pesaba demasiado para él.

Damen observó el rostro cansado de Aimeric y su polvorienta vestimenta. Distaba mucho de los lujos con los que había nacido. Se preguntó por primera vez cómo sería para Aimeric aliarse contra su propio padre.

—¿Te marchas del campamento? —preguntó Aimeric, mirando los paquetes que llevaba Damen—. ¿Adónde?

—Si te lo dijera, no me creerías.

Era una situación en que la cantidad no servía de nada, solo la velocidad, la discreción y el conocimiento del territorio. Si ibas a espiar en busca de una fuerza de ataque en las montañas, no querías que el golpeteo de cascos ni el brillo de yelmos bruñidos anunciase tu propósito.

La última vez que Laurent había decidido separarse de la compañía, Damen se había opuesto. «La manera más fácil que tiene vuestro tío de librarse de vos es separándoos de vuestros hombres, y lo sabéis», le había dicho en Nesson. Esa vez, no expuso ninguno de sus argumentos, pese a que el príncipe propusiese cruzar una de las regiones más protegidas de la frontera.

La ruta por la que irían les llevaría un día a caballo hacia el sur y, después, hacia las montañas. Buscarían cualquier indicio de un campamento. Si no lo conseguían, intentarían encontrarse con los clanes locales. Tenían dos días.

Había pasado una hora. Varios kilómetros se interponían entre ellos y los demás hombres de Laurent, que en ese momento tiró de una rienda y dio una vueltecita con su caballo alrededor de Damen. Lo observaba como si esperase que hiciese algo.

—¿Creéis que voy a venderos a la primera compañía akielense que nos encontremos? —preguntó Damen.

—Soy un jinete bastante bueno.

Damen miró la distancia que había entre su caballo y el de Laurent: unos tres cuerpos. No era una gran ventaja. Ahora estaban rodeándose el uno al otro.

Estaba preparado para cuando Laurent espoleó el caballo. El suelo se desdibujó y hubo un momento que pasó en un abrir y cerrar de ojos de lo rápido que iban.

No podían mantener el ritmo: solo tenían dos caballos, y la primera pendiente tenía unos cuantos árboles, de modo que desviarse era vital, y un galope o un medio galope rápido no eran posibles. Aminoraron y encontraron sendas cubiertas de hojas. Era media tarde, el sol brillaba en lo alto del cielo y la luz se derramaba entre los árboles altos, moteaba el suelo y daba brillo a las hojas. Damen únicamente había recorrido a caballo el campo en grupo, y ahora eran solo dos hombres con una misión.

Se sentía bien con Laurent cabalgando despreocupadamente delante de él. Era una sensación agradable cabalgar sabiendo que el resultado de aquello dependía de sus acciones, y que no lo habían delegado en otra persona. Sabía que los señores de la frontera tomarían medidas y hallarían un medio para negar o ignorar cualquier prueba que no encajase con sus planes. Pero él estaba allí para seguir el hilo de la trama de Breteau hasta su conclusión. Estaba allí para descubrir la verdad. Esa idea le causaba satisfacción.

Al cabo de algunas horas, Damen emergió de entre los árboles y llegó a un claro a la orilla de un riachuelo, donde Laurent lo esperaba mientras su caballo descansaba. Las aguas del riachuelo corrían rápidas y claras. Laurent dejó a su caballo estirar el cuello; veinte centímetros de riendas se escurrieron de sus dedos. Se relajó en la silla cuando el animal bajó la cabeza para beber agua y resopló sobre la superficie del riachuelo.

Relajado a la luz del sol, Laurent lo observó acercarse como quien espera un recibimiento caluroso y familiar. Detrás de él, la luz brillaba en el agua.

Damen permitió que su caballo bebiera y lo llevó hacia delante.

El sonido de un cuerno akielense rompió el silencio.

Sonó alto y de forma repentina. Los pájaros posados en las ramas cercanas interrumpieron su canto y alzaron el vuelo. Laurent giró el caballo en dirección al sonido. El cuerno venía del otro lado de la cuesta, lo que era obvio por el alboroto de las aves. Con una única mirada a Damen, Laurent hizo que su caballo cruzase el riachuelo en dirección a la montaña.

Mientras subían la ladera, un sonido se coló entre el ruido de las veloces aguas del riachuelo, como si muchos peces fueran a media marcha. Conocía ese sonido. No eran solo botas de cuero golpeando la tierra, sino cascos de caballos, el tintineo de armaduras y ruedas girando; todo seguía un patrón irregular.

Laurent frenó el caballo cuando llegaron juntos a la cima de la montaña, a duras penas ocultos tras afloramientos de granito.

Damen observó.

Los hombres se dispersaban por la extensión del valle contiguo, una línea de capas rojas en perfecta formación. A aquella distancia, Damen veía al hombre que soplaba el cuerno, la curva de marfil que se llevaba a los labios, el brillo de bronce en la punta. Los estandartes que ondeaban eran los del comandante Makedon.

Lo conocía. Conocía esa formación, conocía el peso de esa armadura, la sensación de agarrar el asta de esa lanza; lo conocía todo. La añoranza por su hogar amenazó con abrumarlo. Lo más correcto sería unirse a ellos, salir del laberinto sombrío de la política vereciana y regresar a algo que entendía: la sencillez de conocer a su enemigo y encararlo en una pelea.

Se dio la vuelta.

Laurent lo observaba.

Recordó cuando el príncipe había calculado la distancia entre los dos balcones y había dicho «seguramente», lo que, tras evaluarla, le había bastado para saltar. En ese momento miraba a Damen con la misma expresión.

—La tropa akielense más cercana está más próxima de lo que esperaba.

—Podría subiros al lomo de mi caballo —dijo Damen.

No haría falta. Solo tendría que esperar. Los soldados galoparían por aquellas colinas.

El cuerno volvió a abrirse paso en el aire; cada partícula del cuerpo de Damen pareció resonar con él. Su hogar estaba muy cerca. Podría llevar a Laurent colina abajo y convertirlo en un cautivo de Akielos. El deseo de

hacerlo rugía en su sangre. Nada se interponía en su camino. Damen cerró los ojos con fuerza por un instante.

—Tenéis que esconderos —dijo—. Podrían vernos. Puedo quedarme vigilando hasta que se vayan.

—Vale —respondió Laurent al cabo de un segundo, mientras sus ojos le observaban sin pestañear.

Acordaron un punto de encuentro y Laurent partió con la urgencia contenida de un hombre que tenía que encontrar alguna manera de esconder su zaíno castrado de metro sesenta detrás de un arbusto.

El trabajo de Damen era más difícil. Hacía diez minutos que Laurent había dejado de ser visible cuando escuchó la vibración inconfundible de cascos de caballos. Apenas le dio tiempo a desmontar y mantener a su caballo en silencio, estrujado contra los matorrales enredados, antes de que dos jinetes pasasen por el lugar estrepitosamente.

Debía ser cauteloso, no solo por Laurent, sino también por sí mismo. Llevaba ropas verecianas. En circunstancias normales, un encuentro con un soldado akielense no supondría una amenaza para un vereciano. En el peor de los casos, habría algunos gestos y comentarios desagradables. Pero era Makedon, y entre sus fuerzas se encontraban los hombres que habían destruido Breteau. Para hombres de ese tipo, el príncipe vereciano sería un premio valiosísimo.

Pero necesitaba averiguar algunas cosas, por lo que dejó el caballo en el mejor escondite que encontró, un hueco oscuro y silencioso entre rocas, y fue a pie. Tardó una media hora en identificar el ritmo de su marcha y todo lo que necesitaba de la tropa principal: su número, su objetivo y su dirección.

Eran, por lo menos, mil hombres armados y abastecidos. Se dirigían al oeste, lo que significaba que habían sido enviados para establecer una guarnición. Era el tipo de preparativos bélicos que no había visto en Ravenel: llenar almacenes y reclutar hombres. La guerra consistía en eso, en disponer de defensas y urdir estrategias. La noticia de los ataques en las aldeas de la frontera aún no habría llegado a oídos de Kastor, pero los señores del norte sabían muy bien qué hacer.

Makedon, cuyo ataque a Breteau había sido el desencadenante del conflicto, probablemente estaba llevando esas tropas a su kyros, Nikandros, que debía de vivir en el oeste, tal vez incluso en Marlas. Otros norteños harían lo mismo.

Damen volvió con su caballo, montó y siguió su camino con cuidado a lo largo de la amplia y rocosa orilla hasta una cueva poco profunda, que, a sus escrutadores ojos, estaba vacía. Era un sitio muy recóndito: la entrada estaba oculta desde la mayoría de los ángulos y el riesgo de ser descubierto era bajo. El trabajo de un vigilante solo consistía en asegurarse de que el terreno estuviese libre de obstáculos que pudiesen estorbar al ejército, no en registrar cada grieta y cada fisura por la posibilidad remota de que hubiese un príncipe dentro.

Escuchó los golpes sordos de cascos que golpeaban la piedra del suelo. Laurent emergió de las sombras de la cueva a caballo, con modales delicados y despreocupados.

—Pensaba que a estas horas ya estaríais a medio camino de Breteau —comentó Damen.

Su postura negligente no cambió, aunque en algún lugar de su interior había una pizca de cautela bien oculta, al igual que un hombre en guardia, como si estuviese preparado para salir corriendo en cualquier momento.

—Creo que las probabilidades de que esos hombres me maten son ínfimas. Yo sería muy valioso, como la pieza de un juego político. Incluso después de que mi tío me desautorizase, que lo haría, pero me encantaría ver su reacción al recibir la noticia. No sería una situación ideal para él en lo más mínimo. ¿Crees que me llevaría bien con Nikandros de Delpha?

La idea de Laurent campando a sus anchas en el panorama político del norte de Akielos no suscitaba pensamientos agradables. Damen frunció el ceño.

—No me haría falta decir que sois un príncipe para venderos a su tropa.

El vereciano se mantuvo firme.

—¿En serio? Pensaba que con veinte años ya era un poco mayor para eso. ¿Es por el pelo?

—Por vuestro carácter, que es encantador —dijo Damen.

Aunque el pensamiento estaba ahí: «Si me lo llevase a Akielos, no se lo entregarían a Nikandros como prisionero. Me lo ofrecerían a mí».

—Antes de que me lleves —contestó Laurent—, háblame de Makedon. Eran sus estandartes. ¿Cuenta con el consentimiento de Nikandros? ¿O desobedeció órdenes cuando atacó mi país?

—Creo que desobedeció órdenes.

Seguidamente, Damen añadió con sinceridad:

—Creo que se enfureció y asaltó Breteau de forma independiente. Nikandros no contraatacaría así, esperaría órdenes de su rey. Así es como

procede un kyros. Pero ahora que está hecho, Nikandros apoyará a Makedon. Nikandros es como Touars. Le complacería entrar en guerra.

—Hasta perderla. Las provincias del norte están desestabilizando a Kastor. Sería interesante para él sacrificar Delpha.

—Kastor no…

Se calló. A lo mejor la táctica que surgió en el cerebro de Laurent no se le ocurría de inmediato a Kastor, pues supondría sacrificar algo por lo que había trabajado duro. Pero aunque no se le ocurriese a Kastor, seguramente se le ocurriría a Jokaste. Y, desde luego, hacía mucho que Damen sabía que su regreso desestabilizaría todavía más la región.

—Para conseguir lo que quieres, debes saber exactamente a cuánto estás dispuesto a renunciar —dijo Laurent. Miraba a Damen con firmeza—. ¿Crees que tu encantadora *lady* Jokaste no lo sabe?

Damen inspiró hondo para calmarse y exhaló.

—Podéis dejar de ganar tiempo. Los espías ya se han ido. Tenemos vía libre —respondió.

Debía de estar libre. Había sido muy precavido.

Había observado el patrón de los espías y se había asegurado de su marcha siguiendo las filas del ejército. Pero no había pensado en posibles errores o cambios; no se le había ocurrido, por ejemplo, que un jinete hubiese bajado de su caballo y estuviese volviendo con la tropa a pie.

Laurent había llegado a la orilla opuesta, pero Damen solo había cruzado la mitad del riachuelo cuando vio un destello rojo entre los matorrales cerca del caballo de Laurent.

Ese fue todo el aviso que tuvo. Laurent no recibió ninguno.

El hombre alzó una ballesta y disparó una flecha en dirección al cuerpo desprotegido de Laurent.

En la terrible y borrosa escena que vino después, pasaron varias cosas al mismo tiempo. El caballo de Laurent, sensible al movimiento repentino, al siseo del aire, a los susurros y a los silbidos, se asustó mucho. No se escuchó el ruido de ninguna flecha atravesando un cuerpo, pero de todos modo, no se oiría por encima del relincho del caballo, que había tropezado con una de las piedras lisas y resbaladizas del río, había perdido el equilibrio y se había caído.

El sonido del caballo al golpear contra el suelo rocoso y mojado fue un estruendo de carne, duro y espantoso. Laurent tuvo suerte, o sabía cómo caer

para que el peso del caballo no le aplastase ni las piernas ni la espalda, que podría haber ocurrido fácilmente. Pero no tuvo tiempo para levantarse.

Incluso antes de que se diese contra el suelo, el hombre ya había desenvainado su espada.

Damen estaba demasiado lejos. Demasiado lejos para colocarse entre el hombre y Laurent, cosa que sabía incluso cuando sacó su espada, hasta cuando se giró con su caballo y sintió el volumen del animal debajo de él. Solo podía hacer una cosa. Mientras su caballo chapoteaba, él alzó la espada, cambió el agarre y la lanzó.

Obviamente no era un arma de lanzamiento. Eran tres kilos de acero vereciano forjado para empuñarlo con las dos manos. Estaba encima de un caballo en movimiento y a metros de distancia, y el hombre también se movía, hacia Laurent.

La espada surcó el aire, alcanzó al hombre en el pecho, lo tiró al suelo y le dejó allí.

Damen saltó del caballo e hincó una rodilla en las piedras mojadas al lado de Laurent.

—Os he visto caer. —Damen escuchó el sonido ronco de su voz—. ¿Estáis herido?

—No —contestó Laurent—. No, le has dado. —Se había incorporado y ahora estaba sentado, con las piernas estiradas—. Antes.

Damen pasó una mano por la parte donde se unían el cuello y el hombro de Laurent y descendió por su pecho, con el ceño fruncido. Pero no había sangre, ni flechas o plumas clavadas. ¿Tenía heridas a causa de la caída? El vereciano parecía aturdido. Damen centraba toda su atención en el cuerpo de Laurent. Preocupado por la posibilidad de que se hubiese dañado, era vagamente consciente de que le estaba mirando. El cuerpo del príncipe vereciano estaba inmóvil bajo sus manos mientras el agua del riachuelo le empapaba la ropa.

—¿Podéis levantaros? Tenemos que salir de aquí. No es seguro para vos estar aquí. Mucha gente quiere mataros.

Al cabo de un rato, Laurent contestó:

—Todo el mundo en el sur, pero solo la mitad en el norte.

Miraba fijamente a Damen. Se agarró al antebrazo que Damen le había extendido y lo usó para equilibrarse y levantarse. Chorreaba.

A su alrededor, no se oía nada aparte del ruido del riachuelo y el leve repiqueteo de los guijarros. El caballo de Laurent había conseguido levantarse unos minutos antes, con un gran impulso de cadera y la silla girada. Ahora

estaba dando algunos pasos poniendo especial cuidado en su pata delantera izquierda, de un modo que no auguraba nada bueno.

—Lo siento —dijo Laurent—. No podemos dejarlo aquí.

No hablaba del caballo.

—Ya lo hago yo —respondió Damen.

Cuando terminó, salió de los arbustos y encontró un sitio donde limpiar la espada.

—Tenemos que irnos. —Fue todo lo que dijo cuando volvió con él—. Se van a dar cuenta cuando no se presente de vuelta.

Eso significaba compartir caballo.

El animal de Laurent cojeaba, y el príncipe, apoyado en una rodilla, le pasó la mano con firmeza por la parte inferior de la pata hasta que le levantó bruscamente el casco: se había hecho un esguince. Laurent afirmó que podría ir con correa y llevar el equipaje; pero no a un jinete. Damen acercó su caballo. Luego se interrumpió.

—Mis proporciones son más adecuadas que las tuyas para ir en la parte trasera —dijo Laurent—. Sube. Yo montaré atrás.

Damen se cambió de sitio en la silla. Segundos después, sintió la mano del vereciano en su muslo. La punta de la bota de Laurent tocó el estribo. Se subió detrás de él y se movió hasta ponerse cómodo. Sus caderas encajaron con naturalidad en las de Damen. Después de colocarse, le rodeó la cintura con los brazos. Sabía que cuanto más cerca estuvieran, menos le costaría al caballo.

Sintió la voz de Laurent en su espalda. Curiosamente sonaba un poco más tensa de lo habitual.

—Me llevas en el lomo de tu caballo.

Damen no pudo evitar comentar:

—No es propio de vos renunciar a llevar las riendas.

—No veo nada con tus hombros.

—Pues cambiamos de sitio.

—Buena idea: yo me pongo delante y tú llevas el caballo.

Damen cerró un momento los ojos y espoleó al animal. Era consciente de que Laurent estaba detrás de él, mojado, lo que no podía ser cómodo. Tenían suerte de llevar ropa de montar de cuero y no armadura, o no podrían hacer eso con facilidad, ya que se pasarían el trayecto dándose golpes. El paso tambaleante del caballo hacía que sus cuerpos se juntasen a un ritmo constante.

Debían seguir el riachuelo para ocultar su rastro. Tardarían a lo mejor una hora en notar la ausencia del soldado. Otro lapso de tiempo para que encontrasen el caballo del hombre. No hallarían al soldado. No había ningún rastro que seguir ni un lugar obvio por el que empezar a buscar. Tendrían que decidir si valía la pena emprender una búsqueda o si continuaban su camino. ¿Dónde buscar y por qué? También tardarían en decidirlo.

Por lo tanto, incluso yendo dos en un mismo animal y con un caballo de carga, escapar era posible, aunque se estuviesen desviando mucho de su camino. Damen los sacó del río varias horas después, donde la vegetación espesa ocultaría sus pasos.

Para cuando se hizo de noche sabían que no tenían un ejército akielense pisándoles los talones y aminoraron el paso.

—Si paramos aquí, podemos encender una hoguera sin demasiado riesgo a que nos descubran —dijo Damen.

—Vale —aceptó Laurent.

Este se ocupó de los caballos y Damen del fuego. Era consciente de que Laurent dedicaba más tiempo a los caballos de lo necesario o habitual. No le dio importancia. Encendió la hoguera. Limpió el suelo, recogió ramas caídas y las rompió para que tuvieran el tamaño adecuado. Entonces, se sentó al lado del fuego sin decir nada.

Nunca sabría lo que había incitado a aquel hombre a atacar. Tal vez pensaba en la seguridad de su tropa. Tal vez lo que había vivido en Tarasis o Breteau había generado la violencia que llevaba dentro. Tal vez solo quería robar el caballo.

Un soldado de tercera clase de una tropa provinciana; no habría esperado encontrarse a su príncipe, un comandante de ejércitos, y enfrentarse a él.

Pasó un buen rato hasta que Laurent trajo el equipaje y se quitó la ropa mojada. Colgó la chaqueta en una rama, se descalzó y hasta se desató un poco la camisa y los pantalones; se lo aflojó todo. Después, se sentó en uno de los fajos del equipaje, lo bastante cerca del fuego para secarse: tenía los cordones sueltos, estaba en paños menores y expulsaba vaho por la nariz. Tenía las manos ligeramente entrelazadas delante de él.

—Pensaba que matar era fácil para ti —dijo Laurent en un tono más bien bajo—. Creía que lo hacías sin pensar.

—Soy soldado —afirmó—. Lo soy desde hace mucho. He matado en la arena. He matado en batalla. ¿A eso os referís con fácil?

—Sabes que no —contestó el vereciano en el mismo tono.

El fuego ardía ininterrumpidamente. Las llamas naranjas habían comenzado a quemar la base del leño grueso del centro.

—Conozco vuestros sentimientos por Akielos —dijo Damen—. Lo que ocurrió en Breteau… fue una barbarie. Sé que debe de significar muy poco oírme decir que lo siento. Y no os entiendo, pero sé que la guerra traerá cosas peores y que vos sois el único al que he visto trabajando para impedirla. No podía permitir que os hiriese.

—En mi cultura, es costumbre recompensar los buenos servicios —explicó Laurent tras una pausa larga—. ¿Quieres algo?

—Sabéis lo que quiero —respondió.

—No voy a liberarte —dijo Laurent—. Pide otra cosa.

—¿Y dejarme una de las manos libres? —inquirió Damen, que estaba aprendiendo, para su sorpresa, lo que le gustaba a Laurent.

—Ya te doy demasiada libertad —contestó.

—Creo que no dais ni más ni menos de lo que queréis dar, con todo el mundo —se atrevió a decir Damen, pues el tono de Laurent no era en absoluto de enfado. Entonces miró abajo y apartó la vista.

—Quiero una cosa.

—Dime.

—No intentéis usarme contra mi pueblo —pidió Damen—. Si tuviese que… No puedo volver a hacer eso.

—Nunca te lo habría pedido —dijo el vereciano. Entonces, cuando Damen lo miró con total incredulidad soltó—: No por bondad. No tiene sentido medir una obligación moral menor con una mayor. Ningún líder puede esperar que le sean leal en esas circunstancias.

Damen no dijo nada al respecto y volvió a mirar al fuego.

—En mi vida he visto lanzar a nadie un arma así —declaró Laurent—. Ni nada parecido. Cada vez que te veo luchar, me pregunto cómo Kastor consiguió encadenarte y meterte en un barco rumbo a mi país.

—Fueron… —Se calló. «Fueron más hombres de los que podía derrotar», estuvo a punto de decir. Pero la verdad era más sencilla, y esa noche sería honesto consigo mismo—. No lo vi venir.

En aquella época nunca había intentado meterse en la cabeza de Kastor o en la de los hombres que lo rodeaban; nunca había intentado entender sus ambiciones o sus motivaciones. Creía que los que no eran de manera pública sus enemigos, eran básicamente como él.

Observó a Laurent y su pose controlada, sus ojos azules, fríos e inescrutables.

—Estoy seguro de que vos lo habríais evitado —dijo Damen—. Recuerdo la noche que los hombres de vuestro tío os atacaron. La primera vez que intentó mataros. Ni os sorprendisteis.

Se hizo el silencio. Damen tuvo la sensación de que la actitud de Laurent era cuidadosa, como si estuviese decidiendo si hablar o no. Caía la noche, pero el fuego mantenía la llama viva.

—Me sorprendieron —dijo Laurent—. La primera vez.

—¿La primera vez? —Damen se extrañó.

Otro silencio.

—Envenenó a mi yegua. La viste la mañana de la cacería. Empezó a notar los efectos del veneno incluso antes de partir.

Recordaba la cacería. Recordaba la yegua, revoltosa y empapada en sudor.

—¿Eso… fue obra de vuestro tío?

El silencio se prolongó.

—Fue obra mía —contestó—. Le incité a actuar cuando hice que Torveld se llevase los esclavos a Patras. Sabía cuando lo hice… que me faltaban diez meses para subir al trono. Se le agotaba el tiempo para llevar a cabo su jugada final. Lo sabía. Yo le provoqué. Quería ver lo que haría. Y…

Laurent se calló. Su boca se retorció en una sonrisita carente de humor.

—No creí que intentara matarme —afirmó—. A pesar de todo… incluso a pesar de todo. Así que ya ves, pueden sorprenderme.

—No sois ingenuo por confiar en vuestra familia —dijo Damen.

—Te garantizo yo que sí —respondió Laurent—. Pero me pregunto si acaso no lo soy más en los momentos en los que confío en un desconocido, en mi enemigo bárbaro, con quien no soy amable.

Le sostuvo la mirada a Damen, alargando el momento.

—Sé que estás pensando en marcharte cuando la lucha en la frontera acabe —dijo Laurent—. Me pregunto si aún planeas usar el cuchillo.

—No —contestó Damen.

—Ya veremos.

Damen apartó los ojos, que escudriñaron la lejana oscuridad, más allá del campamento.

—¿De verdad creéis que aún es posible que no haya guerra?

Cuando volvió a mirarle, el príncipe vereciano asintió con la cabeza, un movimiento leve pero deliberado; una respuesta clara, inconfundible e inconcebible: sí.

—¿Por qué no suspendisteis la cacería? —preguntó Damen—. ¿Por qué os marchasteis y encubristeis la traición de vuestro tío si sabíais que había

envenenado a vuestra yegua?

—Pensé… que lo había hecho así para que pareciese que había sido un esclavo —respondió Laurent en un tono un tanto intrigante, como si la respuesta fuese tan obvia que se preguntase a sí mismo si no había entendido la pregunta.

Damen bajó la mirada y soltó lo que podía ser una risa, aunque no supiese del todo qué emoción la había provocado. Pensó en Naos, que había estado muy seguro. Quería echarle la culpa de lo que sentía por Laurent, pero no era fácil calificarlo, y al final no dijo nada: se limitó a mirar el fuego en silencio. Llegado el momento, se tumbó en su camastro y se durmió.

Despertó con una ballesta en la cara.

Laurent, que se había quedado vigilando, estaba de pie a pocos metros de distancia mientras la mano del jinete de un clan le agarraba del bíceps con fuerza. Sus ojos azules estaban entornados, pero no hacía ninguna de sus observaciones habituales. Damen ya sabía el número exacto de flechas que tenían que apuntar a Laurent para callarle. Seis.

El hombre que se cernía sobre Damen le dio una orden breve en dialecto vaskiano con sus dedos rollizos preparados en la ballesta. La orden sonó a «levanta». Con su campamento invadido por los clanes y toda su atención en la flecha de la ballesta, Damen reparó en que tendría que arriesgar su vida porque así fuera.

Laurent dijo claramente en vereciano:

—Levanta.

Se tambaleó cuando el jinete que le sujetaba le retorció el brazo con fuerza y se lo puso en la espalda. Luego lo cogió de su cabellera dorada y le empujó la cabeza hacia abajo. Laurent no forcejeó cuando le ataron las manos a la espalda con tiras de cuero y le pusieron una tira más grande en los ojos a modo de venda. Mantuvo la cabeza gacha. El pelo de oro le caía en la cara, excepto los mechones por donde lo agarraban. Tampoco se resistió a la mordaza, aunque fuese una sorpresa; Damen vio que, instintivamente, echaba la cabeza un poco hacia atrás cuando le fueron a meter un paño en la boca.

Damen, que se había levantado, no podía hacer nada. Lo apuntaban con una flecha. Había flechas que apuntaban a Laurent. Había matado para evitar que su pueblo le apresara de ese modo. Ahora no podía hacer nada, ya que sus extremidades estaban atadas con fuerza y no veía nada.

Capítulo trece

ATADO CON FIRMEZA A uno de los peludos caballos, Damen soportó un oscuro e interminable viaje de sensaciones y sonidos: el golpeteo incesante de los cascos de los caballos, el aliento de la respiración equina, hasta el crujido de los arreos. Notaba por cómo se esforzaba su caballo que el camino era, en su mayor parte, de subida —se alejaban de Akielos, de Ravenel— y que se dirigían hacia las montañas repletas de senderos estrechos, a cuyos lados se proyectaba la nada vertiginosa.

Al intuir la identidad de sus captores, luchó desesperadamente por encontrar una oportunidad de escapar. Tiró de las cuerdas que le ataban hasta que sintió que le cortaban la piel, pero estaba muy bien sujeto. Y no se detenían. Su caballo se hundió debajo de él y luego se impulsó con la patas traseras para subir una pendiente. Damen se vio obligado a centrar su atención en quedarse montado a horcajadas en vez de a rodar del lomo del animal. No había manera de escapar, y moverse o tirarse del lomo del caballo supondría una caída con muchos peñascos por delante antes de parar o —lo que era más probable, teniendo en cuanta las sujeciones— ser arrastrado un buen rato por afiladas rocas. Y eso no ayudaría a Laurent.

Después de lo que parecieron horas, sintió que el caballo finalmente reducía el paso y, luego, se detenía. Un segundo después, sacaron a Damen con fuerza de su montura y cayó de mala manera. Le quitaron la mordaza de la boca y le retiraron la venda de los ojos. Se colocó de rodillas con las manos todavía atadas a la espalda.

Su primera impresión del campamento le hizo dudar. Lejos, a la derecha, las llamas de una gran hoguera central ondeaban altas en la leve brisa de la noche y arrojaban destellos dorados y rojos a las caras que la rodeaban. Pero cerca de donde se encontraba arrodillado, los hombres desmontaron de los caballos, y fuera del círculo de calor de la hoguera, todo estaba oscuro y hacía el frío típico de la montaña.

Ver el campamento confirmó sus peores temores.

Para Damen, los clanes eran jinetes sin asentamiento que moraban por los montes. Eran gobernados por mujeres y vivían de la carne que cazaban, del pescado de los arroyos y de raíces dulces. Por lo demás, saqueaban aldeas.

Estos hombres no eran así. Formaban un ejército completamente masculino que había estado viajando desde hacía algún tiempo y que sabía usar sus armas.

Estos eran los hombres que habían destruido Tarasis, los hombres a los que él y Laurent buscaban. Sin embargo, ellos los habían encontrado primero.

Tenían que escapar. Ya. Si Laurent moría allí, su historia tendría una credibilidad que quizá no conseguiría jamás. Y Damen era sumamente consciente de todos los motivos por los que los habrían vuelto a llevar primero al campamento, pero no había ningún deporte en torno al fuego que no terminase con la muerte de ambos.

Por instinto, buscó una cabeza rubia. La encontró a su izquierda: el mismo hombre que había ordenado que lo atasen arrastraba a Laurent hacia delante. Y al igual que Damen, se golpeó el hombro con el suelo.

Damen observó al vereciano incorporarse y sentarse y, después, con el equilibrio levemente alterado, pues tenía las manos atadas a la espalda, ponerse de rodillas. Mientras lo hacía, sus ojos azules lo miraron de soslayo y Damen vio el reflejo de todo en lo que creía en esa dura mirada.

—Esta vez no te levantes —se limitó a decir Laurent.

Entonces, el príncipe se puso en pie y gritó algo al líder de los hombres.

Era una maniobra desesperada e irreflexiva, pero no había tiempo. Akielos estaba llevando tropas a la frontera. El mensajero del regente se dirigía al sur, hacia Ravenel. Y ahora ellos estaban a dos días a caballo de esos acontecimientos, a merced de aquellos hombres, mientras la organización de la frontera escapaba cada vez más a su control.

El líder del clan no quería a Laurent de pie. Se acercó a grandes zancadas y bramó una orden.

Laurent no obedeció. Replicó en vaskiano, pero, por primera vez en su vida, consiguió decir solo dos palabras antes de que el hombre hiciese lo que la mayoría tenía ganas de hacer cuando hablaban con el vereciano: pegarle.

Fue el tipo de golpe que habría enviado a Aimeric a la pared y, después, al suelo. Laurent se tambaleó hacia atrás, hizo una pausa, alzó su reluciente mirada hacia el hombre y dijo algo deliberado, con un tono cantarín y claro, en un incomprensible dialecto vaskiano que hizo que varios de los espectadores rieran con todas sus fuerzas y se agarrasen de los hombros los

unos a los otros mientras el hombre que había pegado a Laurent se volvía contra ellos y les gritaba.

Casi funcionó. Los hombres pararon de reírse y comenzaron a gritar como respuesta. La atención se desvió. Los arcos bajaron.

No todos los arcos: Damen estaba convencido de que, con uno o dos días más, Laurent conseguiría que esos hombres se tirasen los trastos a la cabeza. Pero no contaban con ese tiempo.

Damen notó el momento en que la tensión amenazó con explotar de manera violenta y no se sentía con fuerzas para llegar a tal extremo.

No tenían tiempo para perder oportunidades. Las miradas de Laurent y Damen se encontraron. Si esa iba a ser su única ocasión, tendrían que intentar huir ahora, a pesar de haber pocas probabilidades de tener éxito. Pero al juzgar esas probabilidades, Laurent llegó a una conclusión diferente y sacudió cuidadosamente la cabeza.

Damen sintió que la frustración se retorcía en su estómago, pero, a estas alturas, era demasiado tarde. El líder del clan había parado y toda su atención se dirigía ahora hacia Laurent, que estaba solo y era vulnerable. Su cabello rubio destacaba pese a la falta de luz en el espacio oscuro, cerca de los caballos, lejos del área principal del campamento y de su hoguera central.

No iba a ser un único golpe en esa ocasión. Damen lo supo por el modo en que el líder del clan se acercó. Laurent estaba a punto de recibir una terrible paliza.

Se oyó una orden áspera y dos hombres agarraron a Laurent, uno de cada hombro; entrelazaron sus brazos con los de él, que permanecían atados en su espalda. El príncipe vereciano ni siquiera intentó que los hombres lo soltaran, y tampoco intentó zafarse de sus manos. Solo esperó lo que estaba a punto de ocurrir con el cuerpo tenso.

El líder del clan se le acercó mucho, demasiado para pegarle; lo bastante para respirar su aire cuando deslizó las manos despacio por su cuerpo.

Damen se movió antes de darse cuenta, escuchó los sonidos de impacto y resistencia, sintió que le hervía la sangre. Sus facultades estaban destrozadas por la rabia. No pensaba con claridad. Ese hombre le había puesto las manos encima a Laurent, y Damen iba a matarle.

Cuando volvió en sí, había más de un hombre agarrándolo. Todavía tenía las manos atadas a la espalda, pero a su alrededor reinaba el caos y había disturbios, y dos de los hombres estaban muertos. Uno había sido empujado a la punta de la espada del otro. Otro había caído al suelo y, después, Damen le había presionado con el pie la garganta.

Ya nadie prestaba atención a Laurent.

Pero no había sido suficiente: aún tenía las manos atadas y había demasiados hombres. Notaba la férrea sujeción de sus captores y, contra la fuerza de sus brazos y hombros, la resistencia de la cuerda que ataba sus muñecas.

Justo después —con los músculos contraídos y el pecho agitado— entendió lo que había hecho. El regente quería a Laurent muerto. Esos hombres eran diferentes. Probablemente querían al príncipe vereciano vivo hasta que ya no lo quisiesen. Aquel lugar tan al sur era como el propio Laurent había especulado despreocupadamente, al menos en parte.

En el caso de Damen, eso no se aplicaba.

Se produjo un duro intercambio de palabras en vaskiano. A Damen no le hizo falta entender el dialecto para entender la orden: «Matadlo».

Era un estúpido. Había permitido que eso ocurriera. Iba a morir allí, en medio de la nada, y la reivindicación de Kastor sería real. Pensó en Akielos, en los altos acantilados blancos que se veían desde palacio. A pesar de los desastres que habían tenido lugar en la frontera, había creído de verdad que volvería a casa.

Forcejeó. No sirvió de mucho. A fin de cuentas, estaba maniatado, y los hombres empleaban toda su fuerza para retenerle. Oyó cómo alguien desenvainaba una espada a su izquierda. El filo de la hoja le rozó la nuca, luego se levantó…

Y la voz de Laurent atravesó el lugar. Habló en vaskiano.

Entre latido y latido, Damen esperó que la espada bajase… pero no lo hizo. El metal no cortó nada. Su cabeza se quedó donde estaba, unida a su cuello.

En el silencio envolvente, esperó. No parecía posible, llegados a ese punto, que existiese ninguna palabra que mejorase su situación; y mucho menos un puñado de palabras que pudiesen hacer que le retirasen la espada del cuello, que el líder anulase su orden y que Laurent se esforzase por conseguir una mínima aprobación del clan. Pero, contra todo pronóstico, aquello fue justo lo que ocurrió.

Si se preguntaba atónito lo que Laurent había dicho, no se quedó con la duda mucho tiempo. El líder del clan quedó tan satisfecho con las palabras de Laurent que se animó a acercarse a Damen para traducírselas.

Las palabras emergieron en un vereciano gutural y con un acento fuerte.

—Ha dicho: «Una muerte rápida no duele».

Justo después, le asestó un puñetazo en el estómago.

El costado izquierdo se llevó la peor parte: Damen tenía un dolor contundente e inimaginable. Mientras forcejeaba, consiguió que le abriesen la cabeza con un garrote, lo que hizo que todo en el campamento le diera vueltas. Se esforzó por mantener la consciencia y lo consiguió. Cuando el hecho de aturdir al prisionero empezó a distraer a los hombres de sus deberes, el líder del clan ordenó que zanjasen el asunto en otro sitio.

Cuatro hombres lo levantaron y lo obligaron a caminar a punta de espada hasta que la luz de la hoguera se perdió de vista y el sonido de los tambores quedó atrás.

No tomaron ninguna precaución adicional para asirlo. Creyeron que las cuerdas que ataban sus manos eran suficientes. No habían considerado su tamaño, ni el hecho de que, a esas alturas, estaba muy enfadado; hacía mucho que su paciencia había llegado a un límite. Ni tampoco tuvieron en cuenta que lo que soportaría en un campamento de cincuenta hombres en el que tenía que preocuparse del bienestar de otro prisionero distaba mucho de lo que toleraría a solas con cuatro carceleros.

Como Laurent había decidido no seguir adelante con su imprudente estrategia, iba a ser un placer para Damen escapar de la manera más difícil.

Librarse de las cuerdas fue solo cuestión de estrellar al hombre de su izquierda contra el suelo en pendiente y cortar las cuerdas con la espada encajonada. Con las manos en la empuñadura, ensartó la espada en la barriga del hombre que tenía a su espalda, lo que hizo que se doblara y se ahogara.

Desde ese momento tenía libertad y un arma. Y lo usó. Levantó el brazo para apartar la espada de su agresor y, luego, le atravesó con ella. Sintió cómo cortaba el cuero y la lana, y después, el músculo; notó el peso del hombre sobre su hoja. No era un medio eficiente para matar a alguien, porque se malgastaban unos segundos preciosos retirando la hoja. Pero tenía tiempo. Ahora los otros dos hombres vacilaban a la hora de atacar.

Retiró la espada.

Si quedaba alguna duda de que aquellos habían sido los hombres que habían atacado Tarasis, se desvaneció cuando adoptaron la formación que se usaba para sacar ventaja de las tácticas de esgrima akielenses. Damen entornó los ojos.

Dejó que el hombre que se agarraba la tripa con las manos se levantase, de modo que sus adversarios se sintiesen cómodos siendo tres contra uno y atacasen en vez de correr hacia el campamento. Entonces, los mató con golpes fuertes y brutales, y se agenció la mejor espada y el mejor cuchillo para sustituir los suyos.

Le llevó algún tiempo escoger las armas mientras registraba los alrededores y evaluaba su condición física: tenía el costado izquierdo débil pero operativo. No le preocupaba excesivamente que Laurent aún estuviese prisionero en el campamento. Había sido él quien había insistido en aquel medio de fuga. Laurent no era un virgen con actitud pasiva que temblaba al pensar en su desfloramiento.

Francamente, esperaba que, a esas alturas, el príncipe vereciano hubiese usado el cerebro para derribar a algunos miembros del clan.

Y así fue.

Damen llegó justo a tiempo de presenciar el caos.

Cuando los atacantes llegaron a Tarasis, debieron de sentir algo así: una lluvia de muerte salida de la oscuridad y, después, el sonido de cascos de caballos.

No se advirtió a los hombres, pero el modo de luchar de los clanes era así. Uno de los hombres que estaba cerca de la hoguera bajó la mirada y vio que tenía una flecha clavada en el pecho. Otro cayó de rodillas; otra flecha. Y entonces, sin pausa después de las flechas, llegaron los jinetes. Damen sintió una ironía placentera mientras el campamento —aquellos hombres, que habían atacado y matado al otro lado de la frontera— era invadido por jinetes de otro clan.

Mientras Damen observaba, los recién llegados se dividieron sin problemas; cinco jinetes para cruzar el campo y diez a cada lado. Al principio eran figuras oscuras e irreconocibles. Entonces hubo un destello repentino de luz: dos jinetes habían cogido ramas a medio quemar del fuego y las habían arrojado a algunas tiendas, que se incendiaron. La escena iluminada mostró que los recién llegados eran mujeres —las guerreras tradicionales de los clanes— a lomos de caballos que saltaban como gamuzas y corrían en formación como peces en el agua cristalina de un riachuelo.

Pero los hombres estaban familiarizados con esas tácticas, pues ellos mismos pertenecían a un clan. En vez de dejarse llevar por el pánico y la confusión, se dispersaron hasta que varios de ellos escaparon y se dirigieron rápidamente hacia las rocas y la oscuridad que los envolvía mientras asestaban cuchilladas y buscaban a las arqueras para matarlas. Otros corrieron a los caballos y montaron de un salto.

Era distinto de los tipos de lucha que Damen conocía: los feroces tajos de las hojas eran diferentes, el modo de montar, el terreno irregular, las tácticas zigzagueantes en la oscuridad… Los clanes combatían así por la noche. En las

mismas circunstancias, los hombres de Laurent habrían sido derrotados en menos que canta un gallo. Al igual que una tropa akielense. Los clanes conocían mejor que nadie cómo se luchaba en la montaña.

No estaba allí para observarlos. Tenía un objetivo.

Gracias a su cabellera rubia, era fácil identificar a Laurent. Había conseguido llegar a los márgenes del campamento y, mientras otros estaban luchando en su lugar, él buscaba con tranquilidad una forma de desatarse las manos.

Damen salió de su escondite, lo agarró con firmeza y le dio la vuelta. Luego, sacó el cuchillo y lo liberó.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Laurent.

—¿Vos planeasteis esto? —dijo Damen. No entendió por qué había formulado una pregunta. Por supuesto que había sido obra suya. La segunda parte no fue una pregunta—. Acordasteis un contraataque con las mujeres, luego vinisteis aquí como cebo para atraer a los hombres. —Y añadió con rabia—: Si sabíais que nos iban a rescatar…

—Creí que, al huir de la tropa akielense, nos habíamos apartado demasiado del camino y que íbamos a faltar a nuestra cita con las mujeres. También me ha pegado a mí —contestó el vereciano.

—Una vez —apuntó Damen.

Alzó la espada en dirección al hombre que venía hacia ellos. El hombre, con sed de sangre, se sobresaltó al ver que alguien había interrumpido su ataque. Un segundo después, estaba muerto. Laurent le sacó la punta del cuchillo del pecho y no discutió más; la lucha los llamaba.

El príncipe observaba de manera perspicaz. Después de agenciarse la espada corta del hombre caído, se colocó a la izquierda de Damen, a quien no le sorprendió que le cediera a él todas las batallas difíciles. Hasta el momento en que un miembro del clan atacó por la izquierda, y Damen, preparado para usar los músculos de su costado herido, se dio cuenta de que Laurent estaba ahí: espada contra espada. Lo despachó con elegancia al mismo tiempo que protegía su débil costado. Damen, desconcertado, le dejó.

A partir de ese momento, lucharon codo con codo. El sitio que Laurent había escogido para que se colocaran no era un lugar al azar en el borde de la refriega, era la salida norte del campamento, el mismo camino por el que habían llevado a Damen. Si Laurent hubiese sido otro, habría desconfiado por haber ido en aquella dirección para encontrarle. Pero dado que Laurent era Laurent, el motivo era distinto.

Aquella era la única salida del campamento que no estaba defendida por mujeres. Al tratar de huir, los hombres llegaban solos o por parejas y atacaban. Era mejor para todos que ningún hombre escapase para contarle su historia al regente, por eso lucharon juntos y obtuvieron buenos resultados. Funcionó, hasta que un hombre llegó galopando hacia ellos.

Era difícil matar a un caballo al galope con una espada. Pero todavía resultaba más difícil acabar con el jinete que lo montaba; estaba fuera de alcance. Al ver a Laurent en el camino del animal, Damen evaluó la situación como un problema matemático, agarró con el puño el dorso de la chaqueta de Laurent y lo apartó del camino de un tirón. El jinete fue abatido por una mujer, también a caballo, que cabalgaba veloz detrás de él. El hombre se desplomó hacia delante en la silla mientras su caballo aminoraba el paso y, después, se detuvo.

A su alrededor, las tiendas se habían quemado casi por completo, pero había suficiente luz para ver que la victoria afloraba. La mitad de los hombres del campamento estaban muertos. La otra mitad se había rendido. «Rendido» no era la palabra; habían sido sometidos, uno a uno, y los estaban atando como a prisioneros.

A la luz de la luna y de los rescoldos de la hoguera, otra mujer había llegado a caballo, flanqueada por dos cortesanos que la conducían por el campamento hacia ellos.

—Uno de nosotros tiene que ir a ver a los muertos y a los prisioneros, para asegurarse de que ninguno ha escapado —advirtió Damen mientras la veía acercarse.

—Lo haré yo. Después —dijo el vereciano.

Notó que su mano le rodeaba el bíceps con un fuerte apretón y seguidamente le dio un tirón.

—Agáchate —ordenó Laurent.

Damen se puso de rodillas y el príncipe continuó agarrándole el brazo con fuerza para que no se moviera de allí.

La mujer del clan bajó de su corpulento caballo. Mostraba su estatus con una gran capa de piel que le envolvía los hombros. Era, por lo menos, treinta años mayor que las otras mujeres. De ojos negros y expresión pétrea, Damen la reconoció. Era Halvik.

La última vez que la había visto estaba en un trono, en un estrado cubierto de pieles, dando órdenes. Su característica voz era exactamente como la recordaba, pero, esa vez, cuando habló, fue en vereciano, con un acento muy marcado:

—Vamos a volver a encender las hogueras. Acamparemos aquí esta noche. Los hombres permanecerán vigilados. Ha sido un buen combate, tenemos muchos prisioneros.

—¿El líder del clan está muerto? —preguntó Laurent.

—Sí —contestó—. Lucháis bien. Es una pena que carezcáis del tamaño para engendrar grandes guerreros. Pero no estáis deforme. Vuestra mujer puede estar satisfecha. —Entonces, con buena intención, prosiguió—: Vuestro rostro está bien equilibrado. —Le dio una palmada de ánimo en la espalda—. Tenéis las pestañas muy largas. Como una vaca. Venid. Vamos a sentarnos juntos, beber y comer carne. Vuestro esclavo es viril. Después servirá en la hoguera de apareamiento.

A Damen le dolía el costado con cada respiración y, cuando no lo reprimía, un temblor suave le recorría los brazos, como ocurre con los músculos que han estado mucho tiempo inmovilizados o que han sido forzados a sobrepasar sus límites habituales durante un tiempo prolongado.

Laurent respondió con una voz dura e inflexible.

—El esclavo solo se mete en mi cama.

—¿Os acostáis con hombres al estilo vereciano? —preguntó Halvik—. Entonces nos lo llevaremos y lo prepararemos para vos; recibirá buenos trozos de carne y *hakesh* para que cuando os monte, su aguante os proporcione un mayor placer. Así es la hospitalidad vaskiana.

Damen se mentalizó y reunió las fuerzas que le quedaban para lo que se avecinaba, pero, casi para su sorpresa, no le abrieron la boca ni le vertieron *hakesh* en la garganta. No lo obligaron a nada. Le trataron como a un huésped o, por lo menos, como si fuese la propiedad de un huésped, y le limpiarían, le asearían y le llevarían adonde el huésped desease.

Eso era en el otro extremo del campamento, donde le quitarían la suciedad, inevitable tras un día a caballo en el que sus captores le habían arrojado al suelo en varias ocasiones y después había matado a unos cuantos de ellos.

Las mujeres le tiraron cubos de agua, luego le frotaron con cepillos y, por último, le secaron con brío. A continuación le vistieron con un taparrabos masculino vaskiano, que solo tenía una tira de cuero que le rodeaba la cintura y, después, se metía entre las piernas. Por delante le colgaba una tela que se podía apartar a un lado en el momento adecuado para mayor comodidad, como una de las mujeres amablemente demostró. Soportó la demostración.

A esas alturas, el campamento estaba limpio, y las tiendas recién levantadas parecían globos con un ligero brillo; la luz de los candiles en el

interior transformaba la tela de las tiendas en oro caliente. Los prisioneros fueron puestos bajo vigilancia, la hoguera se encendió de nuevo y se montó el estrado. Damen recibió comida en abundancia y con cortesía, también para su sorpresa.

No era tan ingenuo como para creer que lo llevarían a la hoguera a revolcarse con Laurent. En todo caso, lo llevarían allí para ver cómo se las ingeniaba Laurent para escabullirse.

Pero no le dirigieron a la hoguera, sino a una tienda baja. Le llenaron una jarra con *hakesh* y le pusieron una copa estrecha dentro de la tienda para que bebiese a su antojo. La mujer levantó la solapa de la tienda con la misma destreza que le había movido el taparrabos.

Laurent no estaba allí. Le informaron de que se reuniría con él más tarde.

Pero el príncipe ya se había esfumado.

Era una tienda muy pequeña, larga y baja; su interior, íntimo, con muchas pieles, capas de gamuza y, por encima, pieles de zorro, curtidas y más suaves que el vientre de un conejo. Se trataba de una hospitalidad pensada para complacer a los hombres. En el suelo estaba la jarra de *hakesh*, otra con agua, un farol colgante y tres frascos que contenían aceites que no eran para el farol.

Al entrar, Damen tomó asiento, aunque solo le sobraban unos treinta centímetros por encima de la cabeza. Si se hubiese puesto de pie, se habría llevado la tienda con él. Como no tenía otra cosa que hacer, se tumbó sobre las pieles con su minúscula prenda.

Estas estaban calientes y la tienda era un rincón acogedor para acostarte con tu pareja, pero era difícil no pensar en dónde estaba y lo que podría haber ocurrido ese día si las cosas hubiesen ido de otro modo. Dejó que todos los dolores de su cuerpo se calmasen y se estiró.

Mientras intentaba encontrar la postura, golpeó la tienda con el pie, con la rodilla todavía flexionada. Se colocó en diagonal. Así tampoco. De lado, se golpeó la espalda con el mástil. Entonces, miró alrededor en busca de algún lugar donde poner la pierna izquierda y suspiró con diversión. Le veía la gracia pese a lo cansado que estaba. Considerando el tamaño de la tienda, era una suerte que Laurent no fuese a unirse a él hasta por la mañana. Se encogió, encontró una posición para todas sus extremidades y dejó que descansasen sobre las pieles suaves y las mullidas almohadas.

Fue entonces cuando la solapa de la tienda se levantó, mostrando una cabeza dorada.

Quieto en la entrada, a Laurent también le habían lavado, secado y vestido. Tenía la piel fresca y estaba enrollado en una capa de piel vaskiana,

como la que llevaba Halvik. A la luz del farol, parecía una prenda sofisticada con la que un príncipe podría envolverse en su trono.

Damen se apoyó sobre el codo y recostó la cabeza en su mano, con los dedos en el pelo. Vio que Laurent lo estaba mirando. No lo observaba, como hacía de vez en cuando, sino que lo contemplaba, como un hombre contemplaría una escultura que llama su atención.

Cuando al fin sus ojos se encontraron, Laurent dijo:

—Viva la hospitalidad vaskiana.

—Es un traje tradicional. Todos los hombres lo llevan —respondió, mirando con curiosidad la capa de piel que llevaba él.

Laurent se quitó la capa de los hombros. Debajo, llevaba una especie de ropa de dormir vaskiana: una túnica y pantalones de lino blanco y fino, con una hilera de cordones sueltos delante.

—El mío tiene un poco más de tela. ¿Decepcionado?

—Lo estaría —contestó mientras volvía a acomodar las piernas—, si no tuvieseis el farol detrás.

Por un segundo, eso detuvo el movimiento de Laurent, apoyado en una rodilla y con la palma de la mano sobre las pieles. Después se tumbó al lado de Damen.

A diferencia de él, no se tumbó del todo, sino que se sentó y apoyó el peso en las manos.

—Gracias por… —dijo Damen. No había una forma delicada de decirlo, por eso gesticuló genéricamente al interior de la tienda.

—¿Reivindicar mis derechos sobre ti? ¿Cómo de excitado estás?

—Parad ya. No he bebido *hakesh*.

—No sé yo si te he preguntado eso exactamente —respondió. Su voz reflejaba la misma naturaleza que su mirada—. Qué estancia más pequeña.

—Lo bastante para veros las pestañas —contestó—. Qué suerte que no tengáis el tamaño para engendrar grandes guerreros.

Entonces se detuvo. Ese era el ambiente equivocado. Sería el correcto si su compañero fuese cariñoso y receptivo, alguien al que pudiese provocar y llevar a su terreno, no Laurent, que era frío como un témpano.

—Mi tamaño es el normal. No me hicieron en miniatura. Es una cuestión de escala, sobre todo cuando estoy a tu lado.

Era como estar cautivado por un arbusto con espinas y disfrutar de cada pinchazo. Un segundo más y diría algo igual de ridículo.

El suave pelaje se había calentado con su piel, y miró a Laurent con una sensación de debilidad y comodidad. Era consciente de que las comisuras de

su boca formaban una ligera sonrisa.

Tras una breve pausa, Laurent dijo, casi con cuidado:

—Me he dado cuenta de que estando a mi servicio no tienes muchas ocasiones de buscar los… métodos habituales para buscar alivio. Si quieres aprovechar la hoguera de apareamiento…

—No —repuso Damen—. No quiero una mujer.

Los tambores del exterior emitían un zumbido bajo y constante.

—Siéntate —ordenó Laurent.

Obedecer significaba ocupar el espacio que quedaba en la tienda. Se percató de que lo miraba fijamente. Sus ojos recorrieron despacio su delicada piel, sus ojos azules ensombrecidos por el farol y la curva elegante de sus pómulos interrumpida por un mechón suelto de cabello rubio.

Casi no advirtió que Laurent había cogido un paño del interior de su capa, aunque el príncipe lo estrujaba como una cataplasma y miraba el cuerpo de Damen como si estuviese pensando en aplicársela con sus propias manos.

—¿Qué vais…? —empezó.

—No te muevas —contestó Laurent, y alzó el paño.

Se sorprendió al sentir algo húmedo y congelado que le presionaba las costillas, justo debajo de los pectorales. Sus abdominales se contrajeron a causa del contacto.

—¿Esperabas un bálsamo? —preguntó—. Te lo han traído de lo alto de la ladera.

Hielo. Era hielo envuelto en un paño, apretado firmemente contra los cardenales que tenía en el costado izquierdo. Su caja torácica subía y bajaba al ritmo de su respiración. Laurent asía el paño con firmeza. Después del desconcierto inicial, sintió que el hielo se llevaba el calor de los moretones y extendía un gélido entumecimiento, de modo que la tensión de sus músculos disminuía a medida que el hielo se derretía.

—Les dije a los hombres del clan que debían hacerte daño —dijo.

—Pues me salvó la vida —respondió Damen.

Tras una pausa, Laurent añadió:

—Ya que no sé arrojar una espada…

Sujetó él mismo el paño. Laurent se apartó.

—A estas alturas, ya sabes que esos eran los mismos hombres que atacaron Tarasis. Halvik y sus jinetes van a escoltar a diez de ellos junto a nosotros hasta Breteau, y de allí, a Ravenel, donde los usaré para intentar solucionar el problema de la frontera. —Y añadió casi a modo de disculpa—: Halvik se queda con el resto de los hombres y las armas.

Damen continuó con ese pensamiento hasta llegar a una conclusión.

—Ha aceptado usar las armas en ataques contra Akielos y más al sur en vez de contra vuestras fronteras.

—Más o menos.

—Y en Ravenel pretendéis presentar a vuestro tío como el auspiciador del ataque.

—Sí —contestó—. Creo… que las cosas están a punto de tornarse muy peliagudas.

—A punto, sí —dijo Damen.

—Touars es a quien hay que convencer —añadió el vereciano—. Si odiases Akielos más que a nada en el mundo y tuvieses una única oportunidad de atacarla, ¿qué te detendría? ¿Por qué bajarías la espada?

—Nada —respondió—. Tal vez si me diese más rabia otra persona…

Laurent soltó el aire de manera extraña y, luego, desvió la vista. Fuera, los tambores no cesaban de sonar, pero parecían distantes, alejados del silencio del interior de la tienda.

—No esperaba pasar así la víspera del inicio de la guerra —afirmó.

—¿Conmigo en vuestra cama?

—Y compartiendo confidencias —señaló Laurent mientras le devolvía la mirada.

Por un momento, pareció que diría algo más, pero, en vez de hablar, quitó la capa de en medio y se tumbó. El cambio de posición señalizó el fin de la conversación. Sin embargo, se llevó la muñeca a la frente, como si aún estuviese inmerso en sus pensamientos.

—Mañana será un día largo. Cincuenta kilómetros de montañas con prisioneros a cuestas. Mejor nos dormimos ya —dijo.

El hielo se había derretido y había dejado el paño húmedo. Damen lo retiró. Tenía gotitas de agua en el torso. Las enjugó y lanzó el paño al otro lado de la tienda. Era consciente de que Laurent estaba mirándolo de nuevo, incluso mientras yacía relajado y su cabello rubio se confundía con los suaves pelajes y se le veía una línea de piel muy fina en la abertura de sus ropas vaskianas. Pero al cabo de un momento, miró a otra parte; luego cerró los ojos y los dos se durmieron.

Capítulo catorce

—¡ALTEZA! —LOS SALUDÓ JORD a lomos de su caballo. Estaba acompañado por otros dos jinetes con antorchas que iluminaban la oscuridad—. Enviamos batidores en vuestra busca.

—Diles que vuelvan —ordenó Laurent.

Jord tiró de las riendas y asintió con la cabeza.

Cincuenta kilómetros de montaña con prisioneros. Habían tardado doce horas, un viaje lento y pesado con los prisioneros balanceándose y resistiéndose en las sillas. De vez en cuando, las mujeres los sometían a base de porrazos que los dejaban atontados. Damen recordaba la sensación.

Había sido un día largo con un comienzo frugal. Se había despertado rígido, con el cuerpo quejándose cada vez que cambiaba de postura. A su lado, había una pila de pieles visiblemente vacías. Ni rastro de Laurent. Todas las señales de que alguien había estado ahí hacía poco estaban a un palmo de su cuerpo, y sugerían una noche en la que hubo cercanía pero nada más: al parecer algún tipo de supervivencia le impidió rodar hacia la parte interior durante la noche, pasar el brazo por encima del torso de Laurent y acercarse a él para que la diminuta tienda pareciera más grande.

En consecuencia, estaba en posesión de todos sus miembros, y hasta le habían devuelto la ropa. Gracias, Laurent. Bajar pendientes empinadas a caballo no era algo que le apeteciese hacer en taparrabos.

El trayecto posterior fue casi inquietamente tranquilo. A media tarde se encontraron cuestas por las que resultaba más fácil caminar y, por una vez, no hubo ni emboscadas ni interrupciones. Subieron y bajaron en silencio por unas laderas que se extendían hacia el sur y el oeste. Lo único que ponía fin a la paz era lo raro que era su grupo: Laurent, al frente de una horda de mujeres vaskianas montadas en ponis peludos, escoltando a sus diez prisioneros, atados con cuerdas y amarrados a sus caballos.

Estaba anocheciendo, los caballos estaban exhaustos, algunos cabizbajos, y los prisioneros habían dejado de forcejear hacía mucho. Jord se colocó en formación a su lado.

—Breteau está despejada —dijo el capitán—. Los hombres de lord Touars han regresado a Ravenel esta mañana. Nosotros preferimos quedarnos a esperar. No teníamos noticias de ningún sitio, ni de la frontera, ni de los fuertes, ni… de vos. Los hombres estaban empezando a ponerse nerviosos. Se alegrarán de veros.

—Quiero que estén listos para partir al amanecer —contestó.

Jord asintió con la cabeza, luego miró sin poder evitarlo al grupo y a sus prisioneros.

—Sí, son los hombres que causaron los ataques en la frontera —dijo Laurent, respondiendo a la pregunta que no había sido formulada.

—No parecen akielenses —afirmó Jord.

—Lo sé.

Jord asintió, con el ceño fruncido, y al coronar la última loma vieron las sombras y los puntos de luz del campamento por la noche.

Los adornos vinieron después, al volver a contarlo, pues los hombres contaron la historia una y otra vez, y adquirió un carácter propio a medida que circulaba por el campamento.

El príncipe se había marchado con un único soldado. Había expulsado a los canallas a las profundidades de las montañas, pues eran responsables de muchas muertes. Los había sacado de sus madrigueras y se había enfrentado a ellos: treinta contra uno como mínimo. Los había machacado y los traía atados y sometidos. Ese era su príncipe, un enemigo astuto y cruel al que jamás debías hacer enfadar, a menos que quisieras que te sirviesen tu gaznate en una bandeja. Una vez llegó a matar a su caballo solo para ganar a Torveld de Patras en una cacería.

A los ojos de los hombres, ese hecho se reflejaba como el tremendo disparate que era: su príncipe se esfumaba dos días, luego reaparecía por la noche con un saco de prisioneros colgado del hombro y los arrojaba a los pies de su tropa diciendo: «¿No los queríais? Pues aquí los tenéis».

—Te has llevado una paliza —comentó Paschal más tarde.

—Treinta contra uno como mínimo —dijo.

Paschal resopló.

—Estás haciendo algo bueno al apoyarle y estar a su lado cuando no amas este país —añadió.

En lugar de aceptar la invitación de ir a la hoguera, Damen se marchó a caminar por las afueras del campamento. A su espalda, las voces sonaban

distantes: Rochert decía algo de pelo rubio y temperamento. Lazar revivía el duelo de Laurent contra Govart.

Breteau parecía muy diferente de la última vez que la había visto. El suelo estaba despejado, en lugar de repleto de leña quemada. Las fosas a medio cavar estaban a rebosar. Las lanzas rotas y los indicios de lucha habían desaparecido. Las viviendas asoladas que no podían ser restauradas habían sido desmanteladas con esmero para obtener materiales.

El campamento en sí era una hilera de tiendas con formas geométricas, colocadas en orden y ubicadas al oeste de la aldea. Las lonas inclinadas estaban estiradas y formaban perfectas líneas; en la otra punta del campamento se encontraba la tienda de Laurent, que habían preparado para él a pesar de su ausencia. Entre las filas alineadas, los hombres discurrían por senderos más agradables y menos exigentes, yendo a las hogueras y volviendo.

No habían vencido. Aún no. Todavía estaban a un día de Ravenel. Eso significaba que se habían ausentado cuatro jornadas como mínimo. Aunque hubiesen contado con buenos caballos y buenos caminos, seguro que el mensajero del regente ya había llegado, por lo menos un día antes que ellos.

Probablemente había ocurrido esa mañana, mientras Damen amanecía en una tienda desierta: el emisario habría llegado al enorme patio abierto del fuerte, lo habrían conducido rápidamente al gran salón y todos los lores del lugar se habrían congregado para escuchar su mensaje. Todo eso en ausencia del príncipe holgazán que había huido durante una crisis y no había regresado como había prometido. Había perdido la ocasión de que lo tomasen en serio, de decidir y determinar el curso de los acontecimientos. En ese sentido, ya iban muy atrasados.

Pero la extraña caminata de ese día por las montañas estaba planeada a un nivel que no había atribuido a Laurent con anterioridad. Había negociado el contraataque con Halvik la noche antes de conocer los ataques que se habían producido en su frontera. Los mensajes y sobornos al clan de Halvik habían comenzado dos días antes. Debía de haber adivinado la forma en que su tío desencadenaría un conflicto en la frontera y comenzado a prepararse para contraatacar con mucha antelación.

Damen recordó la primera noche en Chastillon: el trabajo descuidado, las peleas y la mala calidad de la soldadesca. El regente le había dado a su sobrino una caótica multitud de hombres, y él los había transformado en valientes guerreros; le había dado un capitán incontrolable y Laurent lo había vencido; había desatado una fuerza peligrosa en la frontera, y él la había

recuperado, neutralizado y contenido. Hecho, hecho y hecho, como cada irregularidad se sometía al férreo control de Laurent.

El corazón, el cuerpo y la mente de aquellos hombres pertenecían al príncipe. Su arduo trabajo y su disciplina eran evidentes en cada rincón del campamento y de la aldea circundante.

Damen permitió que el aire fresco de la noche lo acariciase y se permitió sentir en lo más profundo de su ser el virtuosismo de la travesía de la que formaba parte y lo lejos que habían llegado.

Y con el aire fresco de la noche se permitió afrontarlo como no lo había hecho nunca.

Su hogar.

Su hogar se encontraba al otro lado de Ravenel. El momento en que dejara Vere se estaba acercando.

Conocía los pasos para regresar tanto como los latidos de su propio corazón. Huir lo llevaría por la frontera hacia Akielos, donde cualquier herrero estaría encantado de quitarle el oro de las muñecas y el cuello. El oro le permitiría acceder a sus partidarios del norte, el más fuerte de los cuales era Nikandros, cuya enemistad implacable con Kastor era legendaria. Entonces tendría la fuerza necesaria para cabalgar al sur.

Miró la tienda de campaña de seda de Laurent, las banderas desplegadas y sus estrellas ondeando al viento. Las voces distantes de los hombres aumentaron por un instante; después se silenciaron. No sería así. Sería una campaña sistemática que se movería en dirección a Ios y que crecería con el apoyo que tenía de las facciones de kyroi. No saldría a hurtadillas del campamento por la noche para maquinar planes disparatados, vestirse con ropas extrañas y forjar alianzas con clanes sin escrúpulos. Tampoco se uniría a las guerreras que iban en ponis para capturar bandidos en las montañas, algo poco probable.

Esta vez no.

Laurent estaba sentado con el codo sobre la mesa estudiando un mapa cuando Damen entró en la tienda. Los braseros calentaban la estancia; los faroles la iluminaban con el brillo de las llamas.

—Una noche más —dijo Damen.

—Mantener a los prisioneros con vida, mantener a las mujeres a nuestro lado, mantener a mis hombres lejos de las mujeres —contestó Laurent, como

si recitase una lista de cosas por hacer—. Ven, vamos a hablar de geografía.

Obedeció y se sentó frente a él, delante del mapa.

Laurent quería volver a analizar, de manera meticulosa, cada centímetro de tierra entre Breteau y Ravenel, así como la parte nordeste de la frontera. Le contó todo lo que sabía y conversaron durante horas, compararon la calidad de las laderas y del terreno con la zona que acababan de recorrer.

Fuera, el campamento se había sumido en el silencio de la profunda noche cuando Laurent finalmente desvió su atención del mapa y dijo:

—Vale. Como no lo dejemos ya, estaremos toda la noche.

Damen lo observó levantarse. No acostumbraba a mostrar ninguna señal externa de cansancio. El control que ejercía y mantenía sobre la tropa era una extensión del control que se imponía a sí mismo. Había algunos indicios. Las palabras, tal vez. Tenía la mandíbula magullada: le había salido una mancha amarillenta donde el líder del clan lo había golpeado. Laurent tenía el tipo de piel delicada y cuidada en exceso que se dañaba como una fruta suave con solo tocarla. La luz de los faroles bailaba en Laurent cuando distraídamente se llevó una mano a la muñeca y se puso a desatarse los cordones.

—Traed —dijo Damen—. Ya lo hago yo.

Ya estaba acostumbrado. Se levantó y se acercó a él. Dejó que sus dedos trabajasen con los cordones de los puños, para después seguir con su espalda. La chaqueta se abrió como la piel de un guisante y se la quitó.

Libre del peso de la prenda, Laurent giró el hombro, como a veces hacía después de un día largo montado en la silla. Instintivamente, Damen alzó la mano para apretarle un poco el hombro, pero se detuvo. Se quedó inmóvil, mientras tomaba consciencia de lo que acababa de hacer y de que su mano aún estaba sobre el hombro. Sintió los músculos duros, como si lo que tuviera bajo la mano fuera madera.

—¿Tenso? —preguntó Damen como si nada.

—Un poco —respondió, después del momento en el que el corazón de Damen le martilleó dos veces el pecho.

Damen alzó la otra mano hasta el otro hombro, más para impedir que se girase inesperadamente o le alejase. Permaneció detrás de él y mantuvo el contacto tan informal como le fue posible.

—¿Los soldados del ejército de Kastor son entrenados en masaje? —inquirió Laurent.

—No —respondió—. Pero creo que los conocimientos son fáciles de dominar. Si queréis.

Aplicó una ligera presión con los pulgares y añadió:

—Vos me trajisteis hielo anoche.

—Esto —dijo Laurent— es un poco más… —Era una palabra de puntas afiladas—… íntimo que el hielo.

—¿Demasiado íntimo? —preguntó. Lentamente, empezó a masajearle los hombros.

Normalmente no se consideraba una persona con impulsos suicidas. Laurent no se relajó; solo permaneció inmóvil.

Y entonces, en la extremidad de uno de sus pulgares, el músculo se movió bajo la presión, liberando una secuencia hasta la espalda de Laurent.

—Yo… Ahí —dijo, involuntariamente.

—¿Aquí?

—Sí.

Sintió que se entregaba sutilmente a sus manos; sin embargo, al igual que un hombre que cierra los ojos al borde del abismo, era un acto de tensión continua, no de entrega. El instinto mantenía los movimientos de Damen firmes, útiles. Respiraba con cuidado. Sentía toda la estructura de su espalda: la curvatura de sus omóplatos y, entre ellos, bajo las manos, los planos resistentes que, cuando Laurent usase una espada, serían músculos trabajando.

El masaje lento prosiguió; hubo otro cambio en el cuerpo de Laurent; otra reacción delicada y medio reprimida.

—¿Así?

—Sí.

Laurent inclinó la cabeza un poco hacia delante. Damen no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Era ligeramente consciente de que ya había tocado su cuerpo en una ocasión y no podía creerlo, porque ahora parecía totalmente imposible; aun así, aquel momento se conectaba con el que estaba viviendo, aunque solo fuera para comparar su actual cautela con la forma desprotegida en la que había dejado que sus manos se escurrieran por la piel mojada de Laurent.

Miró hacia abajo y vio que la tela blanca se movía un poco bajo sus pulgares. La camisa de Laurent estaba sobre su cuerpo, era una capa de contención. Entonces, los ojos de Damen viajaron por su equilibrada nuca hasta un mechón de cabello rubio metido detrás de una oreja.

Dejó que sus manos se moviesen lo suficiente en busca de nuevos músculos que relajar. Siempre había tensión titubeante en el cuerpo de Laurent.

—¿Tanto os cuesta relajaros? —preguntó Damen en voz baja—. Solo necesitáis salir ahí fuera y ver lo que habéis logrado. Esos hombres son

vuestros. —No prestó atención a las señales, al leve rubor—. Pase lo que pase mañana, hicisteis más de lo que cualquier otro podría…

—Basta —contestó Laurent, apartándose inesperadamente.

Cuando se volvió para enfrentarse a él, sus ojos estaban oscuros y sus labios entreabiertos expresaban desconfianza. Se llevó las manos al hombro, como si buscase allí un toque fantasma. No parecía exactamente relajado, pero al hacer el movimiento pareció un poco más calmado. Como si percibiese eso, respondió, casi de manera forzada:

—Gracias. —Luego reconoció—: Estar atado deja marca. Yo no imaginaba que ser capturado fuese tan incómodo.

—Pues sí, lo es. —Las palabras sonaron casi normales.

—Prometo que nunca te ataré encima de un caballo —respondió.

Hubo una pausa durante la cual la mirada mordaz de Laurent cayó sobre él.

—Eso es, yo aún estoy capturado —dijo.

—Tus ojos dicen: «Por ahora». Tus ojos siempre dijeron «por ahora». —Después añadió—: Si fueses una mascota, te habría dado regalos suficientes a estas alturas para que comprases tu libertad, varias veces.

—Yo aún estaría aquí —afirmó—. Con vos. Os dije que os acompañaría en esta disputa fronteriza hasta el final. ¿Creéis que me retractaría?

—No —contestó, casi como si estuviese dándose cuenta de aquello por primera vez—. No creo que hicieras eso. Pero sé que no te gusta. Recuerdo cómo enloqueciste en palacio, atado e impotente. Ayer noté lo mucho que querías pegar a alguien.

Damen percibió que se había movido sin darse cuenta: sus dedos se alzaron para tocar el borde magullado de la mandíbula de Laurent.

—Al hombre que os hizo esto —respondió.

Las palabras simplemente salieron. El calor de la piel que tenía bajo sus dedos ocupó toda su atención por un momento, antes de que fuera consciente de que se había encogido y lo estaba mirando fijamente, con sus ojos azules y sus enormes pupilas.

De repente, percibió lo mucho que se sentía fuera de control y recurrió violentamente a sus facultades para intentar parar… aquello.

—Lo siento mucho. Yo… sé que no debía. —Se obligó a recular un paso y añadió—: Creo que es mejor que me presente ante la guardia. Puedo hacer un turno esta noche.

Se volvió y fue hasta la entrada de la tienda. La voz de Laurent lo alcanzó cuando su mano estaba abriendo la lona.

—No. Espera. Yo… espera.

Damen se detuvo y se volvió. La mirada que tenía expresaba una emoción indescifrable y su mandíbula adoptó un nuevo ángulo. El silencio se extendió durante tanto tiempo que las palabras, cuando salieron, causaron una conmoción.

—Lo que Govart dijo sobre mi hermano y yo… no era verdad.

—Nunca creí que lo fuese —respondió, incómodo.

—Quiero decir que… que Auguste estaba libre de cualquier mancha que exista en mi familia.

—¿Mancha?

—Quería contarte esto, porque tú… —dijo, como si se estuviese forzando para que salieran las palabras—… tú me recuerdas a él. Fue el mejor hombre que conocí. Mereces saberlo, al igual que mereces, al menos, justicia… En Arles te traté con maldad y crueldad. No voy a insultarte intentando reparar hechos con palabras, pero tampoco voy a tratarte otra vez de ese modo. Tenía rabia, aunque rabia no es la palabra.

Se calló. Después vino un silencio incómodo.

—¿Juras que me vas a acompañar hasta el final de este enfrentamiento fronterizo? Si lo haces, tendrás el mío: quédate conmigo hasta que esto termine, y te retiraré los brazaletes y el collar. Te liberaré de buena voluntad. Podremos enfrentarnos el uno al otro como hombres libres. Lo que tenga que ocurrir entre nosotros podrá pasar entonces —dijo Laurent con firmeza.

Damen lo miró fijamente y sintió una presión extraña en el pecho. La luz del farol pareció oscilar y centellear.

—No es un truco —afirmó Laurent.

—Me liberaríais —contestó.

Esa vez, fue Laurent quien se quedó en silencio, mirándole.

—¿Y… hasta entonces? —dijo Damen.

—Hasta entonces, eres mi esclavo, y yo soy tu príncipe, y las cosas permanecen así entre nosotros. —Recuperando el tono más habitual, añadió —: Y no necesitas estar de guardia. Duermes con discreción.

Damen examinó su rostro, pero no encontró nada allí que pudiese leer, lo que, mientras llevaba las manos hacia los cordones de su propia chaqueta, supuso que era típico.

Capítulo quince

MUCHO ANTES DEL AMANECER, estaba despierto.

Había tareas de las que ocuparse, fuera y en el interior de la tienda. Antes de levantarse y desempeñarlas, se quedó tumbado con un brazo sobre la frente, la camisa abierta, las sábanas holgadas a su alrededor, y mirando hacia arriba, con los ojos en los pliegues de la seda trenzada.

Cuando salió de la tienda, aún no había ninguna señal de que hubiera alguien despierto, sino una extensión del trabajo que continuaba en el campamento por la noche: hombres cuidando de antorchas y hogueras, el ritmo silencioso de la vigilia, soldados desmontando y presentándose ante sus comandantes nocturnos, que también estaban despiertos.

Por su parte, Damen comenzó el trabajo de la mañana preparando la armadura de Laurent, separando cada pieza, tirando de cada correa con fuerza, comprobando cada roblón. El metal trabajado, con sus bordes encanillados y decorativos, le resultaba tan familiar como la suya propia. Había aprendido a lidiar con armaduras verecianas.

Continuó con el inventario que precisaba hacer de las armas: comprobar si todas las hojas estaban libres de arañazos y marcas; verificar que los cabos y pomos no tuviesen nada que pudiese obstaculizar; controlar que no hubiera nada que pudiese desestabilizar y desconcertar, aunque fuera solo por un momento, al hombre que blandiese el arma.

Cuando volvió, encontró la tienda vacía. Laurent había salido temprano para resolver algún asunto. A su alrededor, el campamento todavía estaba envuelto en la oscuridad, con las tiendas cerradas, donde los hombres dormían plácidamente. Damen sabía que los hombres esperaban entrar en Ravenel y recibir las muestras de reconocimiento que Laurent había ofrecido en su campamento: vítores para los hombres que habían llevado a los agresores atados con una soga.

Entretanto, a Damen le resultaba difícil imaginar cómo iba a usar Laurent a sus prisioneros para convencer a lord Touars de que se retirara de la lucha. Era un buen orador, pero los hombres como Touars tenían muy poca

paciencia para eso. Aunque pudieran convencer a los señores de la frontera vereciana, los comandantes de Nikandros ya hacían sonar sus espadas. Más que eso: hubo ataques en ambos lados de la frontera, y había visto los movimientos de las fuerzas akielenses con sus propios ojos, al igual que él.

Un mes antes, habría esperado, como muchos de los hombres, que los prisioneros hubieran sido arrastrados ante Touars, que la verdad se proclamara en voz alta y las artimañas del regente quedaran expuestas ante todos. Ahora… Damen visualizaba fácilmente a Laurent negando saber quién era el culpable para permitir que Touars descubriese por su cuenta las tramas del regente: prácticamente veía sus ojos azules fingiendo sorpresa cuando la verdad se revelase. La búsqueda en sí funcionaría como una maniobra dilatoria; alargaría el proceso, llevaría su propio tiempo.

Engaño y un juego a dos bandos; parecía vereciano. Creyó que, si Laurent se mantenía firme, podría hacerse.

¿Y después qué? ¿La revelación del regente culminaría en la noche en que Laurent fuese hasta Damen y lo liberase con sus propias manos?

Se vio a sí mismo más allá del límite de la hilera de tiendas, con Breteau sumido en un silencio eterno a su espalda. Luego llegaría el amanecer, los primeros cantos de pájaros, el cielo clarearía y las estrellas se apagarían con la llegada del sol. Cerró los ojos y sintió su respiración.

Ya que era imposible, se permitió imaginar, solo por una vez, cómo sería enfrentarse a él como hombre, si no hubiese ninguna enemistad entre sus países; lo imaginó viajando a Akielos como parte de una delegación. La atención de Damen estaría constantemente fija en su cabello rubio. Irían a banquetes y juegos, y Laurent… Había visto a Laurent con aquellos con los que había crecido; era encantador y mordaz sin ser letal. Damen era lo bastante honesto consigo mismo para admitir que si lo hubiese encontrado así, con sus doradas pestañas y sus observaciones provocadoras, podría haber estado en peligro.

Oyó el sonido que hacían unos jinetes y abrió los ojos.

Lo siguió y se abrió camino entre los árboles. Terminó en los límites del campamento vaskiano. Dos amazonas acababan de llegar a lomos de unos caballos empapados de sudor y otra se marchaba. Recordó que Laurent había pasado algún tiempo negociando y tramitando acuerdos con vaskianas la noche anterior. Y recordó que se suponía que ningún hombre debía ir allí en el momento en que la punta de una lanza se cruzó en su camino. Damen se mantuvo firme.

Alzó las manos en un gesto de rendición. La mujer que sujetaba la lanza no lo atravesó con ella. En su lugar, le dedicó una mirada larga y especulativa, y entonces le indicó mediante un gesto que anduviese. Y con la lanza pegada a su espalda, entró en el campamento.

Al contrario del campamento de Laurent, el vaskiano estaba activo. Las mujeres ya estaban despiertas y se encargaban de liberar a los catorce prisioneros de su cautiverio nocturno para volver a prenderlos para el día que estaba por llegar. Algo más llamaba su atención. Damen se dio cuenta de que lo estaban llevando ante Laurent, inmerso en una profunda conversación con las dos amazonas que habían desmontado y se habían detenido al lado de sus exhaustos caballos. Cuando lo vio, dio por finalizada su tarea y se aproximó. La mujer que sostenía la lanza había desaparecido.

—Me temo que no tienes tiempo —dijo Laurent.

Su tono de voz era claro.

—Gracias, pero he venido porque he oído a los caballos —respondió.

—Lazar dice que ha venido porque ha tomado el camino equivocado —contestó el vereciano.

Hubo una pausa, durante la cual Damen descartó varias respuestas. Finalmente, añadió con el mismo tono de voz que el príncipe:

—Entiendo. ¿Preferís privacidad?

—No la conseguiría ni aunque quisiese. Un montón de vaskianas rubias harían que me desheredasen. Yo nunca… —dijo—. Con una mujer.

—Es muy placentero.

—Tú las prefieres.

—La mayoría de las veces.

—Auguste prefería mujeres. Me dijo que con el tiempo me gustarían. Yo le dije que él podría tener herederos y yo leería libros. Yo tenía… ¿Nueve? ¿Diez? Creía que ya era mayor. Los riesgos del exceso de confianza.

Cuando estaba a punto de responder, se detuvo. Sabía que Laurent podría hablar de ese modo, sin detenerse. No siempre era evidente lo que se escondía tras sus palabras, pero a veces sí.

—Podéis estar tranquilo. Estáis listo para enfrentaros a lord Touars —contestó Damen.

Observó que se detenía. Ahora la luz era de un color azul oscuro. No reinaba una oscuridad total; el cielo empezaba a clarear cada vez más. Veía el cabello rubio de Laurent, pero no su rostro.

Damen se percató de que quería preguntar algo desde hacía mucho tiempo.

—No entiendo cómo vuestro tío consiguió dejaros tan acorralado. Podéis jugar mejor que él. Ya os he visto hacerlo.

—Tal vez parezca que puedo vencerlo ahora. Pero cuando empezó este juego, yo era… más joven —respondió.

Llegaron al campamento. Las primeras llamadas procedían de las tiendas. La tropa, bajo la tenebrosa luz, comenzó a despertar.

Más joven. Laurent tenía catorce años en Marlas. O… Damen se movió entre sus recuerdos. La batalla tuvo lugar a principios de primavera; Laurent había llegado a la madurez a finales de primavera. Entonces, no. Más joven. Trece, a punto de cumplir catorce.

Intentó visualizarlo con trece años, pero su imaginación le falló por completo. Era tan imposible imaginarlo luchando en una batalla con esa edad como lo era imaginarlo caminando detrás de un hermano mayor, al que adoraba. Era imposible imaginarlo adorando a alguien.

Desmontaron las tiendas y los hombres subieron a sus caballos. Las vistas de Damen eran espaldas rectas y una cabeza rubia, más clara que el precioso color dorado del príncipe al que se había enfrentado tantos años atrás.

Auguste. El único hombre honrado en un campo traicionero.

El padre de Damen había invitado al mensajero vereciano a su tienda de buena fe. Les ofreció términos justos: renunciar a sus tierras y vivir. El mensajero escupió en el suelo y dijo: «Vere nunca se rendirá ante Akielos», mientras, fuera, se oían los primeros ataques verecianos. Un ataque disfrazado de negociación: la última ofensa a la honra, con los reyes en el campo de batalla.

«Luchamos contra ellos», había dicho su padre. «No confiamos en ellos». Su padre estaba en lo cierto. Y su padre estaba listo.

Los verecianos eran cobardes y mentirosos; deberían haberse dispersado cuando su traicionero ataque fue combatido por toda la fuerza del ejército akielense. Por alguna razón, no cayeron al primer indicio de lucha real, sino que se mantuvieron firmes, mostraron coraje y lucharon durante horas, hasta que las líneas akielenses comenzaron a flaquear.

Su general no era el rey; era el príncipe de veinticinco años quien comandaba a los hombres en el campo de batalla.

«Padre, puedo derrotarlo», dijo.

«Entonces ve», contestó su padre. «Y tráenos la victoria».

El campo se llamaba Hellay, y él lo conocía como cada centímetro de un mapa que había estudiado a la luz de la lámpara frente a una inclinada cabeza

dorada. Mientras discutía la calidad del suelo con Laurent, la noche anterior, había dicho:

—No ha sido un verano caluroso. Encontraremos unos prados verdes, apacibles para los jinetes si necesitamos salirnos del camino.

Resultó ser así. La hierba crecía densa y suave a ambos lados del sendero. Las colinas se extendían frente a ellos, siguiéndose unas a otras, y también había montañas al este.

El sol se posó en el cielo. Habían cabalgado desde antes del amanecer, pero cuando llegaron a Hellay, había demasiada luz para diferenciar las elevaciones de las llanuras y la hierba del cielo; el cielo de lo que había bajo él.

El sol brillaba sobre ellos cuando la cresta de la montaña al sur se desprendió: una línea en movimiento que se espesaba y comenzaba a emitir un brillo plateado y rojo.

Damen, cabalgando al frente, frenó hacia un lado, y Laurent, que estaba junto a él, hizo lo mismo, sin quitar en ningún momento los ojos de la montaña del sur. La línea no era una línea más, sino formas, formas reconocibles, y Jord ordenó que todos los hombres se detuviesen.

Rojo. El rojo, el color de la regencia, con diseños de la iconografía de los fuertes de la frontera, crecía y aleteaba. Eran los estandartes de Ravenel. No solo estandartes, sino hombres y jinetes, que recorrían la cima de la colina como el vino de una copa a rebosar, manchando y oscureciendo sus laderas y esparciéndose.

A esas alturas, las tropas ya eran visibles. Era posible estimar aproximadamente cuántos eran: quinientos o seiscientos jinetes, dos conjuntos de tropas de infantería de doscientos cincuenta hombres. A juzgar por lo que había visto en los alojamientos del fuerte, ese era, en verdad, todo el contingente de Ravenel a caballo, y una porción menor, pero considerable, de su infantería. Su propio caballo se movía, temeroso, bajo él.

Seguidamente, pareció que las laderas a su derecha también produjeron figuras, mucho más cercanas: lo bastante como para reconocer la forma y el uniforme de los hombres. Era el destacamento enviado de Touars a Breteau que había partido un día antes. No se había marchado, sino que había permanecido a la espera. Eso añadía doscientos hombres más a las fuerzas.

Notaba la tensión nerviosa de los hombres a su espalda, rodeados por colores de los cuales la mitad de ellos desconfiaba hasta la médula, y en inferioridad numérica de diez a uno.

Las fuerzas de Ravenel en la colina comenzaron a dividirse y formaron una amplia uve.

—Se están moviendo para flanquearnos. ¿Acaso nos han confundido con una tropa enemiga? —preguntó Jord, confuso.

—No —respondió Laurent.

—Aún hay un camino que podemos tomar, hacia el norte —afirmó Damen.

—No —le contestó el príncipe.

Un grupo de hombres se separó de la formación principal de Ravenel y comenzó a dirigirse hacia ellos.

—Vosotros dos —dijo Laurent, y espoleó al caballo.

Damen y Jord lo siguieron y cabalgaron por el amplio terreno para encontrarse con lord Touars y sus hombres.

Las formas y el protocolo no fueron los adecuados desde el principio. A veces, cuando había dos bandos, tenía lugar una negociación entre mensajeros o los líderes se encontraban para discutir las condiciones o posiciones antes de una batalla. Mientras galopaba por el campo, Damen se sintió extremadamente incómodo por la confirmación de los preparativos de guerra, cosa que empeoró al contemplar el tamaño del grupo que cabalgaba para hacerles frente y de los hombres que contenía.

Laurent frenó su caballo. El grupo estaba liderado por lord Touars. A su lado se encontraban el consejero Guion y Enguerran, el capitán. Detrás de ellos había doce soldados montados.

—Lord Touars —dijo Laurent.

No hubo preámbulo.

—Habéis visto nuestras fuerzas. Vendréis con nosotros.

—Creo que habéis recibido noticias de mi tío desde nuestra última reunión —respondió Laurent.

Lord Touars no dijo nada; se mostró tan impasible como los caballeros armados y con capas que tenía tras él, por eso fue Laurent quien, de forma inusitada, tuvo que romper el silencio y hablar.

—¿Ir con vosotros con qué objetivo?

La expresión del rostro cicatrizado de lord Touars era fría; reflejaba desprecio.

—Sabemos que pagasteis sobornos a amazonas vaskianas. Sabemos que sois un siervo de los akielenses y que conspirasteis con Vask para debilitar a vuestro país con ataques y escaramuzas en la frontera. La buena aldea de

Breteau cayó ante uno de esos ataques. En Ravenel, seréis juzgado y ejecutado por traición.

—Traición —repitió el príncipe vereciano.

—¿Podéis negar tener bajo vuestra protección a los hombres responsables de los ataques y de haberlos entrenado en un intento de culpar a vuestro tío?

Las palabras cayeron como un hachazo. «Podéis jugar mejor que él», le había dicho Damen, pero hacía muchas semanas que se había enfrentado al poder del regente. Entonces, tuvo una terrible idea: se le ocurrió que los hombres capturados podrían haber sido entrenados para ese momento por alguien más. De ser así, Laurent habría proporcionado a Touars la propia cuerda que lo ahorcaría.

—Puedo negar lo que quiera —afirmó—. Faltan pruebas.

—Él tiene pruebas. Tiene mi testimonio. Yo lo vi todo.

Un jinete se abrió camino de manera intrusiva detrás de los otros mientras se retiraba la capucha de su capa. Parecía diferente ataviado con la armadura de un aristócrata, con los oscuros rizos cepillados y acicalados, pero su bonita boca le resultaba familiar, así como su voz antagónica y la expresión guerrera de sus ojos. Era Aimeric.

La realidad cambió: un centenar de momentos inocuos emergieron bajo luces diferentes. Damen lo entendió todo; sentía un peso frío en el estómago. Laurent ya empezaba a moverse. No ofreció ninguna respuesta sofisticada, sino que giró la cabeza de su caballo, colocó la montura delante de la de Jord y ordenó:

—Vuelve con los demás. Ahora.

Jord estaba pálido, como si acabase de recibir el golpe de una espada. Aimeric observaba la escena con la barbilla elevada, pero no le prestó ninguna atención especial. Su rostro expresaba traición y estaba lleno de culpa cuando apartó los ojos de Aimeric y se encontró con la dura y despiadada mirada de Laurent.

Culpa; una traición que destrozaría a todos los hombres del príncipe. ¿Cuánto tiempo hacía que Aimeric había desaparecido? ¿Y cuánto tiempo hacía que, debido a un cambio de lealtad, Jord lo estaba encubriendo?

Damen siempre había creído que Jord era un buen capitán, y en ese momento aún lo creía. Estaba pálido. No ofreció ninguna excusa ni pidió que Aimeric lo hiciera, sino que obedeció en silencio.

Entonces, Laurent se quedó solo, únicamente con su esclavo al lado. Damen sintió la presencia de cada filo de espada, cada punta de flecha, cada soldado apostado en la colina; y también la presencia del príncipe, que alzó

sus gélidos ojos azules en dirección a Aimeric como si las armas y los hombres no existieran.

—Ahora me tienes como enemigo. No te gustará la experiencia —le advirtió Laurent.

—Os acostáis con akielenses. Dejáis que os follen —respondió Aimeric.

—¿Como tú permites que Jord te folle? —le contestó—. Con la diferencia de que tú sí que fornicas con él. ¿Te dijo tu padre que lo hicieras o fue un añadido por inspiración personal?

—Yo no traiciono a mi familia. No soy como vos —respondió Aimeric—. Odiabais a vuestro tío. Sentíais cosas antinaturales por vuestro hermano.

—¿Con trece años? —Desde sus glaciales ojos azules a la punta de sus botas engrasadas, Laurent no podía parecer una persona menos capaz de sentir algo por alguien—. Por lo visto, fui todavía más precoz que tú.

Eso pareció enfurecer a Aimeric aún más.

—Creísteis que conseguiríais escapar de todo. Quería reírme en vuestra cara. Lo habría hecho, si no me hubiese repugnado estar a vuestro servicio.

—Vendréis con nosotros por las buenas, o lo haréis después de que hayamos sometido a vuestros hombres. Tenéis elección —dijo lord Touars.

Al principio, Laurent permaneció en silencio. Sus ojos pasaron por las tropas posicionadas, el conjunto de jinetes que lo flanqueaba por los dos lados y todos los complementos de la infantería. El príncipe nunca había tenido la intención de que su reducido bando librase una batalla.

De celebrarse un juicio, sería una farsa, pues Laurent no gozaba de una buena reputación entre sus hombres como para defender su palabra frente a la de Aimeric. Su futuro estaba en las manos del bando de su tío. En Arles, todo sería peor; el propio regente mancillaría su reputación. Un cobarde. No conseguiría nada. No estaría capacitado para reinar.

No pediría a sus hombres que muriesen por él. Damen lo sabía, así como era consciente, con el corazón en un puño, de que ellos lo harían si Laurent se lo pidiese. Ese grupo de hombres, que poco tiempo atrás estaba dividido, que era perezoso y desleal, lucharía hasta la muerte por su príncipe si él se lo pidiese…

—Si me someto a vuestros soldados y me entrego a la justicia de mi tío —dijo Laurent—, ¿qué ocurrirá con mis hombres?

—Vuestros crímenes no son los suyos. Como no han cometido ningún error, excepto juraros su lealtad, recibirán la libertad y se les perdonará la vida. La guarnición será disuelta y alguien acompañará a las mujeres hasta la frontera vaskiana. El esclavo será ejecutado, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Laurent.

El consejero Guion habló.

—Vuestro tío nunca os diría esto —comenzó a decir, y detuvo el caballo al lado de su hijo Aimeric—. Por eso lo hago yo. Por lealtad a vuestro padre y a vuestro hermano. Vuestro tío os trató con la indulgencia que nunca merecisteis. Se lo pagasteis con humillación y desprecio, con negligencia en vuestros deberes y con malvada indiferencia por la vergüenza que trajisteis a vuestra familia. No me sorprende que vuestra naturaleza egoísta os haya llevado a la traición, pero ¿cómo podéis traicionar la confianza de vuestro tío, después de toda la bondad con que os ha tratado?

—La infinita bondad de mi tío —respondió—. Lo garantizo, fue fácil.

—No demostráis remordimiento alguno —contestó Guion.

—Hablando de negligencia… —dijo.

Alzó la mano. A su espalda, muy lejos de él, dos mujeres vaskianas se separaron de su tropa y comenzaron a cabalgar hacia delante. Enguerran se movió con preocupación, pero Touars le indicó que retrocediera: de todos modos, dos mujeres apenas marcarían la diferencia allí. A medio camino, una de las sillas de las amazonas quedó a la vista; estaba abultada y se distinguía lo que era.

—Tengo una cosa vuestra. Solo os reprendería por vuestro descuido, pero me acaban de dar una lección sobre cómo los desperdicios de una tropa pueden pasar de un campamento a otro.

Laurent dijo algo en vaskiano. Las mujeres arrojaron el fardo de su caballo sobre la tierra, como si derramasen el contenido indeseado de un paquete.

Era un hombre, de cabello castaño y muñecas y tobillos atados como un jabalí a una vara después de una cacería. Su rostro estaba cubierto de tierra, excepto cerca de la sien, donde tenía el cabello duro a causa de la sangre seca.

No era un hombre del clan.

Damen recordó el campamento vaskiano. Había catorce prisioneros hoy cuando ayer había diez. Lanzó una dura mirada a Laurent.

—Si creéis —dijo Guion— que una torpe jugada final con un rehén impedirá o retrasará que tengáis lo que os merecéis, estáis equivocado.

—Es uno de nuestros espías —respondió Enguerran.

—Son cuatro de sus espías —añadió Laurent.

Uno de los soldados saltó del caballo y se apoyó en una rodilla protegido por la armadura al lado del prisionero, mientras Touars, con el ceño fruncido y mirando a Enguerran, preguntó:

—¿Los informes se retrasan?

—Del este. No es raro cuando el terreno es tan extenso —contestó Enguerran.

El soldado cortó las ataduras de las manos y los pies del prisionero y, mientras le retiraba la mordaza, el hombre se irguió bruscamente y se sentó, con los movimientos propios de un hombre recién liberado de unas fuertes ataduras. Entonces dijo con la lengua áspera:

—Milord… Una fuerza de hombres al este están en marcha para interceptarle en Hellay…

—Estamos en Hellay —comentó el consejero Guion, con una pronunciada impaciencia, mientras el capitán Enguerran miraba a Laurent con una expresión diferente.

—¿Qué fuerza? —De pronto, Aimeric sonaba frágil y tenso.

Y Damen recordó la persecución por el tejado, cuando dejaron caer la colada a los hombres que estaban abajo mientras el cielo estaba cubierto de estrellas…

—Vuestra plebe de las alianzas de los clanes, o mercenarios akielenses, sin duda.

Recordó un mensajero barbudo cayendo de rodillas en el cuarto de una posada…

—Eso te gustaría, ¿no? —respondió Laurent.

Recordó que, entre íntimos murmullos, le había presentado a Torveld en un balcón perfumado el rescate de un rey en esclavos.

—Llevaban los estandartes del príncipe y el amarillo de Patras…

Una nota que podía hacer que te estallasen los tímpanos salió del cuerno de una de las mujeres vaskianas y atrajo otro sonido a modo de respuesta, como un eco, una nota distante y triste que resonó una vez, y otra, y otra, desde el este. Y en lo alto de la colina que se extendía en esa dirección, los estandartes emergieron, junto con todas las armas y los relucientes uniformes del ejército.

Laurent fue el único de todos los hombres que no alzó la vista hacia lo alto de la colina, sino que permaneció mirando a lord Touars.

—¿Tengo elección? —preguntó Laurent.

«¡Habéis planeado esto!», le había dicho Nicaise a Laurent en una ocasión. «¡Queríais que lo viera!».

—¿Acaso creíais —preguntó Laurent— que, si me desafiabais a luchar, no lo haría?

Las tropas patrenses llenaron el horizonte oriental, relucientes bajo el sol de mediodía.

—Mi escarnio y desprecio —añadió— no precisan de vuestra indulgencia. Lord Touars, os enfrentáis a mí en mi propio reino, vivís en mis tierras y respiráis por mi voluntad. Tomad una decisión.

—Atacad. —Aimeric miró a Touars y a su padre; tenía los nudillos blancos de apretar las riendas—. Atacadlo. Ahora, antes de que lleguen los otros hombres. Vosotros no lo conocéis, tiene un modo de… retorcer las cosas…

—Alteza —dijo lord Touars—. Recibí las órdenes de vuestro tío. Tienen toda la autoridad de la regencia.

—El regente existe para garantizar mi futuro. La autoridad de mi tío sobre vos depende de mi autoridad sobre él. Sin eso, vuestro deber es apartaros de él —contestó Laurent.

—Necesito tiempo para pensar y hablar con mis consejeros. Una hora.

—De acuerdo.

Tras una orden de lord Touars, el grupo de negociación volvió rápidamente por el campo en dirección a sus propias filas.

Laurent giró con su caballo para encontrarse con Damen.

—Necesito que lideres a los hombres. Asume el mando de Jord. Es tuyo. Debería de haber sido tuyo desde el principio. —Entonces, añadió con dureza—: Touars luchará.

—Ha vacilado —respondió Damen.

—Ha vacilado. Pero Guion lo mantendrá firme. Guion unió su carroza al convoy de mi tío, y sabe que cualquier decisión que termine conmigo en el trono supondrá su muerte. No va a permitir que Touars se retire de esta lucha —dijo Laurent—. He pasado un mes a tu lado practicando con juegos de combate y con un mapa. Tu estrategia en el campo es mejor que la mía. ¿Será mejor que la de los señores de la frontera de mi país? Aconséjame, capitán.

Damen volvió a mirar las colinas; y por un instante, entre dos ejércitos, él y Laurent estaban solos.

Laurent, con sus tropas patrenses flanqueando al este, le igualaba en número, pero tenía una mejor posición. La victoria definitiva pasaba por mantener aquellas posiciones, no tener exceso de confianza ni caer ante ninguna de las diversas estrategias de contraataque.

Pero lord Touars se encontraba allí, expuesto en el campo, y la sangre akielense latía fuerte en el interior de Damen. Pensó en cien discursos

akielenses diferentes sobre la imposibilidad de arrancar a los verecianos de sus fuertes.

—Puedo ganar esta batalla por vos. Pero si queréis Ravenel… —dijo Damen. Sintió que sus instintos de guerra crecían en su interior a causa de la audacia de tomar uno de los fuertes más poderosos de la frontera vereciana. Era algo que ni su padre había osado, que ni siquiera había soñado que era posible—. Si queréis tomar Ravenel, necesitáis aislar el fuerte. Nadie entra y nadie sale, ningún mensajero, ningún caballero, y necesitamos una victoria rápida y limpia. No podemos perder muchos hombres. Cuando Ravenel sepa lo que ha ocurrido aquí, las defensas se alzarán. Necesitaréis algunos patrenses para crear un perímetro, reducir la fuerza principal y, después, romper las formaciones verecianas, preferiblemente aquellas que estén más cerca del propio Touars. Será más difícil.

—Tienes una hora.

—Habría sido más fácil si me hubieseis dicho antes a qué atenerme. En las montañas. En el campamento vaskiano.

—No sabía quién era —contestó.

Como una flor oscura, esas palabras se expandieron en su mente.

—Tenías razón sobre él. Se pasó la primera semana aquí provocando peleas y, cuando eso no funcionó, se acostó con mi capitán. —Hablaba con un tono de voz inflexible—. ¿Qué crees que descubrió Orlant para que Aimeric le clavara su espada?

«Orlant», pensó Damen, y de repente empezó a encontrarse mal.

Pero a esas alturas Laurent ya había montado en su caballo y galopaba para volver junto a sus hombres.

Capítulo dieciséis

CUANDO REGRESARON, LA TENSIÓN se había apoderado del ambiente. Los hombres estaban nerviosos, rodeados por los estandartes del regente. Una hora no era tiempo suficiente para trabajar en preparativos. A ninguno le hizo gracia. Soltaron los carros, liberaron a los criados y a los caballos extra. Se armaron y cogieron escudos. Las mujeres vaskianas, cuya lealtad era vacilante, se retiraron con los carros, con la excepción de dos de ellas; se quedarían con los caballos de cualquier hombre al que matasen.

—La regencia —explicó Laurent, dirigiéndose a la compañía— pensó que seríamos inferiores en número. Esperaba que cediésemos sin luchar.

—No vamos a dejar que nos intimiden, nos sometan ni nos derroten. Cabalgad con fuerza. No os detengáis a luchar con los hombres de primera línea. Nosotros la romperemos. ¡Estamos aquí para luchar por nuestro príncipe! —añadió Damen.

El grito resonó: «¡Por el príncipe!». Los hombres empuñaron sus espadas, se bajaron los visores y rugieron con fuerza.

Damen galopó a lo largo de toda la tropa y dio la orden, y la fila en movimiento cambió de formación con sus palabras. Los días de relajación y demora formaban parte del pasado. Los hombres eran novatos y no los habían puesto a prueba, pero, ahora, tenían a sus espaldas medio verano de continuo entrenamiento, juntos.

Jord se acercó a él y le dijo:

—Pase lo que pase conmigo después, quiero luchar.

Damen asintió con la cabeza. Luego, se volvió y recorrió brevemente con la mirada las tropas de Touars.

Entendía la primera verdad de la batalla: los soldados ganaban las batallas. Donde no había ventaja numérica, era esencial que la calidad de las tropas fuese mejor. Las órdenes que daba el capitán no significaban nada si los hombres dudaban en su ejecución.

Sin lugar a dudas, contaba con la ventaja de la táctica. El frente de Touars estaba delante de Laurent, pero estaba flanqueado por los patrenses: al

avanzar, la formación de Touars tendría que hacer una curva y crear un segundo frente de batalla, para hacer frente a los patrenses, o sería derrotado rápidamente.

Pero los hombres de Touars eran una fuerza experimentada y había sido entrenada en maniobras de gran escala; dividirse en el campo para luchar en dos frentes sería algo que sabrían hacer muy bien.

Los hombres de Laurent no estaban capacitados para el complejo trabajo en el campo de batalla. El secreto, entonces, era no extender la formación más de lo necesario y concentrarse en el trabajo en equipo; era lo único que habían practicado incesantemente, lo único que sabían hacer. Debían romper las filas de Touar; de lo contrario, perderían aquella batalla y el regente derrotaría a Laurent.

Se reconoció a sí mismo que estaba enfadado, y que eso tenía menos que ver con la traición de Aimeric que con el regente: se debía a los malvados rumores que empleaba, distorsionando la verdad, deformando a los hombres, mientras él permanecía puro e intocable y ordenaba a sus soldados que luchasen contra su propio príncipe.

Las filas se romperían. Se aseguraría de ello.

El caballo de Laurent se aproximó al suyo; a su alrededor se percibía el olor a plantas y hierba aplastada que luego se transformaría en otra cosa. Laurent se quedó en silencio durante un largo momento antes de hablar.

—Los hombres de Touars estarán menos unificados de lo que parecen. Por más que mi tío haya esparcido rumores sobre mí, el estandarte de la estrella significa algo aquí, en la frontera.

No dijo el nombre de su hermano. Estaba allí para asumir un lugar en la fila del frente, donde su hermano siempre había luchado, solo que, a diferencia de Auguste, estaba avanzando para matar a su propio pueblo.

—Sé —continuó Laurent— que el verdadero trabajo de un capitán se hace antes de la batalla. Y tú has sido mi capitán durante largas horas. Te has encargado de planear maniobras y has puesto a los hombres en forma. Bajo tu instrucción, trabajamos en maniobras simples y aprendimos a defender y atacar.

—Los adornos son para los desfiles. Una base firme vence batallas.

—Esa no habría sido mi estrategia.

—Lo sé. Vos complicáis demasiado las cosas.

—Tengo una orden para ti —dijo Laurent.

Al otro lado de los extensos campos de Halley, las tropas de los hombres de Touars permanecían firmes para enfrentarse a ellos.

Habló con claridad:

—«Una victoria rápida y limpia. No podemos perder muchos hombres». Lo que quisiste decir con eso es que tenemos que actuar rápido, y no puedo permitirme el lujo de perder a la mitad de mis hombres. Así que esta es mi orden: cuando rompamos sus líneas, tú y yo vamos a apresar a los líderes de esta batalla. Yo me quedo con Guion, y si llegas a él antes que yo… —dijo Laurent—… mata a lord Touars.

—¿Cómo? —preguntó Damen.

—Es así como los akielenses ganan las guerras, ¿no? ¿Por qué luchar contra todo el ejército si puedes limitarte a matar al cabecilla? —respondió con precisión.

Después de un largo silencio, Damen dijo:

—No tendréis que perseguirlo. Irá a por vos.

—Entonces tendremos una victoria rápida. Hablo en serio. Si esta noche dormimos en el interior de las murallas de Ravenel, mañana te quitaré el collar. Esta es la batalla que viniste a luchar aquí.

No contaron con una hora; apenas tuvieron la mitad y no recibieron aviso alguno. Touars tenía la esperanza de reducir la ventaja que tenían gracias a su posición mediante el elemento sorpresa.

Pero Damen ya había visto a verecianos ignorar treguas antes, y lo estaba esperando; y Laurent era, sin duda, más difícil de sorprender de lo que la mayoría de los hombres creía.

La primera maniobra por el campo fue suave y geométrica, como siempre. Sonaron las trompetas y los primeros movimientos a gran escala comenzaron: Touars, en un intento de flanquear al enemigo, se enfrentó a la caballería de Laurent, que iba directo hacia él. Damen dio la orden: debían mantener la posición, permanecer firmes. La formación lo era todo; sus filas no podían separarse en su afán por atacar con mayor dureza. Los hombres de Laurent llevaron sus caballos a medio galope, asegurando las riendas, aunque los animales sacudiesen la cabeza y quisiesen partir al galope. El estruendo de los cascos aumentaba en sus oídos, les hervía la sangre, el ataque prendía como la chispa que enciende una llama. Debían esperar. Esperar.

La colisión fue como la caída de las rocas que había tenido lugar durante el desprendimiento de tierras en Nesson. Damen sintió un estremecimiento familiar y advirtió el repentino cambio que se produjo cuando el ataque dio paso al impacto de los músculos contra el metal y de hombres a caballo que se aproximaban a gran velocidad. No se oía nada por encima del estruendo, de

los rugidos de los hombres; los dos bandos cedían y amenazaban con romperse, líneas regulares y estandartes alzados sustituidos por una masa jadeante y luchadora. Los caballos se escurrían y enseguida recuperaban el equilibrio; otros caían, cortados o atravesados por lanzas.

«No os detengáis a luchar con los hombres de primera línea», había dicho Damen. Él mataba, su espada segaba, el escudo y el caballo formaban un ariete, empujando hacia adelante cada vez más, abriendo espacio a la fuerza a causa del impulso de los hombres que tenía tras él. A su lado, un hombre cayó con una lanza en la garganta. A su izquierda, se escuchó un rugido animal cuando el caballo de Rochert fue herido.

Delante de él los hombres caían, caían y caían metódicamente.

Dividió su atención. Esquivó un golpe lateral de espada con el escudo, mató a un soldado con yelmo y mantuvo todo el tiempo la mente alerta, a la espera del momento en que las líneas de Touars se rompiesen o se abriesen. La parte más difícil de comandar desde el frente era esa: permanecer vivo mientras examinaba mentalmente, de manera crítica, toda la batalla. Aun así, era estimulante, como luchar con dos cuerpos, en dos escalas diferentes.

Sentía que la fuerza de Touars comenzaba a sucumbir, notaba que sus líneas flaqueaban; los hombres a la carga estaban cerca de ganar terreno, de modo que los que aún seguían con vida tendrían que salir del camino o morir. Iban a morir. Iba a despedazar a su ejército y entregarlo al hombre al que estaba desafiando.

Advirtió la llamada de los hombres de Touars para reagruparse.

Rompieron filas. Las rompieron.

Emitió su llamada para que los hombres de Laurent volviesen a formarse a su alrededor. Un comandante gritando podía esperar que le escuchasen, en el mejor de los casos, los hombres que tenía al lado, pero el grito resonó entre las voces, después en los cuernos, y los hombres, que habían entrenado esa maniobra en las proximidades de Nesson repetidas veces, se aproximaron a él en perfecta formación. La mayoría de los soldados estaban intactos.

Justo a tiempo de que el ejército de Touars fuese sacudido hacia un lado por el impacto de un segundo ataque patrense.

La primera ruptura fue un fuerte estallido de caos. Era consciente de que Laurent estaba a su lado: no había manera de que no lo percibiese. Vio al caballo de Laurent tambalearse, sangrando por un gran corte en el lomo, mientras el caballo que tenía ante él caía. Laurent apretó las ijadas del animal con los muslos, cambió de posición, saltó sobre el obstáculo que se sacudía, aterrizó al otro lado con la espada desenvainada y aseguró el terreno con dos

golpes precisos mientras su montura giraba. Era imposible no acordarse; ese era el hombre que había derrotado a Torveld montado sobre un caballo moribundo.

Y, al parecer, Laurent estaba en lo cierto: los hombres a su alrededor habían reculado ligeramente, pues delante de ellos, con una armadura completamente dorada y una estrella reluciente, se encontraba su príncipe. En las ciudades, en los desfiles, Laurent siempre impresionaba a las gentes; era una figura insigne. Los hombres se mostraban reacios a asestar golpes directamente contra él.

Pero eso solo ocurría entre los soldados rasos. «Sabe que cualquier decisión que termine conmigo en el trono supondrá su muerte», había dicho Laurent de Guion. El momento en que la batalla comenzó a cambiar a su favor, matar a Laurent pasó a ser una obligación para el consejero.

Damen vio que el estandarte de Laurent cayó primero; un mal presagio. El capitán Enguerran se enfrentó al príncipe. Damen pensó que iba a aprender del modo más terrible que el regente mentía en lo que respectaba a la destreza de su sobrino en el campo de batalla.

—¡Por el príncipe! —gritó al advertir que su suerte empezaba a cambiar.

Los hombres comenzaron a formarse demasiado tarde. Enguerran formaba parte de un puñado de personas entre las que se contaba el propio lord Touars. Y, con el camino libre hasta Laurent, Touars había comenzado a atacar. Damen clavó las espuelas en el caballo.

Las monturas impactaron —carne contra carne—, de modo que los dos caballos cayeron en un enredo de piernas y cuerpos que luchaban.

Protegido por la armadura, Damen cayó al suelo con fuerza. Rodó para evitar los cascos de su caballo mientras intentaba ponerse en pie y, entonces, gracias a la sabiduría de la experiencia, rodó otra vez.

Sintió que la espada de Touars se clavaba en el suelo y cortaba las correas de su yelmo. Entonces, allí donde debería haber atravesado su cuello, arrancó con un sonido metálico el lateral de su cadena de oro. Se levantó para enfrentarse al adversario con la espada en la mano, sintió que su yelmo giraba —algo peligroso— y, con la otra mano, después de abandonar el escudo, lo tiró lejos.

Sus ojos se encontraron con los de lord Touars.

—El esclavo —dijo con desprecio, y después de rescatar su espada del suelo, intentó enterrarla en el pecho de Damen.

Consiguió que Touars reculase con un golpe defensivo y el ataque hizo que su escudo quedara hecho añicos.

Era un espadachín lo bastante bueno para que nadie lo superara en el primer asalto. No era un recluta principiante, sino un héroe de guerra experimentado, y estaba relativamente descansado, pues no había luchado en la punta de lanza. Se libró del escudo, agarró con fuerza la espada y atacó. De haber sido quince años más joven, podría haber sido un adversario digno para él. Pero el segundo asalto mostró que no lo era. Sin embargo, en vez de avanzar de nuevo hacia Damen, dio un paso atrás. La expresión en su rostro había cambiado.

No fue una reacción a la destreza del hombre al que se enfrentaba, algo natural, ni la expresión de un hombre cuando piensa que ha perdido una batalla. Era incredulidad y reconocimiento.

—Yo te conozco —comentó con la voz áspera y entrecortada, como si le hubiesen arrancado la memoria. Se dispuso a atacar. Damen, sorprendido y bloqueado, reaccionó por instinto, defendiéndose una vez y luego golpeando por abajo, donde Touars estaba completamente descubierto—. Yo te conozco —repitió.

La espada de Damen penetró e, instintivamente, la empujó adelante y la enterró todavía más.

—Damianos —dijo Touars—. El Matapríncipes.

Fue lo último que dijo. Damen retiró la espada y dio un paso atrás.

Fue consciente de que había un hombre a su lado, congelado en medio de la batalla, y supo que había visto y oído lo que acababa de pasar.

Se dio la vuelta, con la verdad estampada en el rostro. No consiguió ocultarse en ese momento. «Laurent», pensó, y alzó la vista para encontrar los ojos del hombre que había presenciado las últimas palabras de lord Touars.

No era Laurent. Era Jord.

Lo miraba con la espada caída en la mano, horrorizado.

—No —dijo Damen—. No es…

Los momentos finales de la batalla se desvanecieron a su alrededor a medida que comprendió lo que Jord había presenciado. Lo que, por segunda vez en aquel día, estaba presenciando.

—¿Lo sabe? —preguntó.

No tuvo oportunidad de responder. Los hombres de Laurent se apiñaron alrededor del estandarte de Touars y derribaron las banderas de Ravenel. Estaba ocurriendo: la rendición de Ravenel se esparcía como una oleada de hombres al tiempo que el canto triunfal resonaba en sus voces.

—¡Viva el príncipe!

Y, más cerca, coreaban su nombre:

—¡Damen, Damen!

En medio de los vítores, le dieron otro caballo y subió a la silla. Su cuerpo estaba cubierto por el sudor del combate; las ijadas del caballo tenían manchas oscuras. El corazón le latía como antes del ataque.

Laurent frenó el caballo a su lado, todavía sobre la misma montura, que tenía una faja con sangre seca alrededor del lomo.

—Bueno, capitán —dijo—. Ahora solo tenemos que conquistar la fortaleza inexpugnable. —Le brillaban los ojos—. Los que se han rendido deben recibir un buen trato. Más tarde, tendrán la oportunidad de unirse a mí. Toma las medidas que creas necesarias para los heridos y los muertos. Después, ven a hablar conmigo. Quiero que estemos listos para partir a Ravenel en media hora.

Había que lidiar con los vivos. Los heridos fueron enviados a las carpas patrenses, con Paschal y sus equivalentes patrenses. Todos los hombres recibirían cuidados, pero no sería agradable. Los verecianos habían mandado novecientos hombres, pero ningún médico, pues no esperaban luchar.

Había que lidiar con los muertos. Era habitual que los victoriosos cuidasen de sus muertos y también que, si eran magnánimos, permitiesen la misma dignidad para el bando derrotado. Pero todos esos hombres eran verecianos, y los muertos de ambos bandos debían ser tratados del mismo modo.

Luego, debían partir a Ravenel, sin retrasos ni titubeos. Allí estarían, por lo menos, los médicos que Touars había dejado atrás. También era necesario preservar el elemento sorpresa por el cual habían trabajado tan duro. Damen tiró de una rienda y se encontró al lado del hombre que estaba buscando, llevado por algún impulso solitario al otro lado del campo. Desmontó del caballo.

—¿Has venido a matarme? —preguntó Jord.

—No —le respondió.

Se hizo el silencio. Estaban a dos pasos de distancia. Jord tenía un cuchillo en la mano y lo mantenía abajo, apretando la empuñadura con fuerza.

—¿No se lo has contado? —preguntó Damen.

—¿Ni siquiera lo niegas? —contestó, y soltó una risotada ronca cuando Damen se quedó en silencio—. ¿Tanto nos odiabas todo este tiempo? ¿No te bastaba con invadir y conquistar nuestra tierra? ¿Tenías que jugar a este… repugnante juego también?

—Si se lo cuentas, no podré servirle.

—¿Contárselo? —dijo Jord—. ¿Contarle que el hombre en quien confía ha mentido repetidas veces, le ha engañado y lo ha sometido a la peor humillación?

—Yo no le haría daño —respondió, y escuchó cómo las palabras caían como una bomba.

—Mataste a su hermano y después le llevaste a la cama.

Dicho de ese modo, parecía un monstruo. «Lo nuestro es diferente», debería haber dicho, pero no lo hizo; no pudo. Sintió calor y, después, frío. Pensó en las punzantes y delicadas palabras de Laurent, que se congelaban y convertían en gélido desdén si lo presionaba, pero que, si no lo hacía —si correspondía a sus pulsaciones y movimientos ocultos y sutiles—, continuaba, profundizándose delicadamente, hasta que llegaba a preguntarse si alguno de los dos sabía lo que estaba haciendo.

—Voy a partir —dijo Damen—. Ese era el acuerdo desde el principio. Yo solo me he quedado porque…

—Eso mismo. Te marcharás. No voy a permitir que nos destruyas. Nos dirigirás hasta Ravenel, no le dirás nada y, cuando conquistemos el fuerte, montarás en tu caballo y te irás. Lamentará tu pérdida, pero nunca lo sabrá.

Eso era lo que había planeado. Era lo que, desde el principio, había planeado. En su pecho, los latidos de su corazón parecían puñaladas.

—Por la mañana —contestó—. Le daré la fortaleza y, luego, le dejaré. Fue lo que prometí.

—O partes antes del mediodía o se lo cuento —lo amenazó Jord—. Y lo que hizo contigo en palacio va a parecer el beso de un amante en comparación con lo que te ocurrirá.

Era leal. A Damen siempre le había gustado eso de él; tenía una naturaleza leal que le recordaba a casa. A su alrededor, se extendía el final de la batalla, la victoria marcada por el silencio y la hierba pisoteada.

—Lo sabrá —contestó Damen—. Cuando reciba noticias de mi regreso a Akielos, lo sabrá. Me gustaría que le dijeras que…

—Eres horrible —interrumpió Jord. Apretaba el cuchillo con fuerza. Ahora, las dos manos.

—Capitán —gritó una voz—. ¡Capitán!

Los ojos de Damen se dirigieron al rostro de Jord.

—Te llaman a ti —dijo Jord.

Capítulo diecisiete

APRETANDO CON FUERZA EL brazo de Enguerran, Damen arrastró al capitán herido desde donde se encontraban las tropas de Ravenel hasta el interior de una de las tiendas patrenses, situadas en el límite del campo de batalla, donde esperaron a Laurent.

Si Damen actuó con más violencia de la necesaria fue porque no aprobaba ese plan. Al escucharlo, sintió un peso encima, una fuerte presión. Soltó a Enguerran en la tienda y lo observó ponerse de pie sin ayuda. El capitán enemigo tenía una herida en el costado que aún sangraba.

Laurent se quitó el yelmo al entrar en la tienda y ambos vieron lo mismo: un brillante príncipe con la armadura cubierta de sangre, el cabello empapado en sudor y una mirada despiadada. La herida que Enguerran tenía en el costado era obra de la espada de Laurent; la sangre de la armadura era suya.

—Arrodíllate —ordenó.

Enguerran cayó de rodillas y la armadura golpeó el suelo.

—Alteza —dijo.

—¿Te diriges a mí como tu príncipe? —preguntó.

Nada había cambiado; no era diferente de lo que siempre había sido. Los comentarios inocentes eran los más peligrosos y Enguerran pareció percibirlo. Permaneció de rodillas, con la capa caída a su alrededor; un músculo se movió en su mandíbula, pero no alzó la mirada.

—Era leal a lord Touars. Estuve a su servicio durante diez años. Y Guion tenía la autoridad que le otorgaba su puesto y vuestro tío.

—Guion no tiene autoridad para evitar mi sucesión. Ni dispone de medios para hacerlo, al parecer.

Laurent recorrió a Enguerran con la mirada; pasó los ojos por su cabeza baja, su herida y su armadura vereciana con la hombrera ornamentada.

—Vamos a seguir hacia Ravenel. Estás vivo porque quiero tu lealtad; cuando entiendas la verdad sobre mi tío, la esperaré.

Enguerran miró a Damen. La última vez que se habían enfrentado, él intentaba impedir que entrara en el salón de Touars. «Un akielense no tiene

cabida en una compañía de hombres».

Sintió que se tensaba. No quería formar parte de lo que estaba a punto de acontecer. Le devolvió una mirada hostil.

—Me acuerdo. No te cae bien. Y, por supuesto, te ha superado en el campo. Imagino que eso te gusta todavía menos —dijo Laurent.

—Nunca vais a entrar en Ravenel —contestó Enguerran sin rodeos—. Guion atravesó vuestra formación con su ejército. Está de camino en este momento para alertarles de vuestra llegada.

—Yo creo que no. En mi opinión, se dirige a Fortaine para lamerse las heridas en privado, para que ni yo ni mi tío lo forcemos a tomar una decisión incómoda.

—Mentís. ¿Por qué se retiraría allí cuando tiene una oportunidad de derrotaros aquí?

—Porque tengo a su hijo —respondió Laurent.

Los ojos de Enguerran volaron hasta su rostro.

—Sí. Aimeric. Bien atado y escupiendo mucho veneno.

—Entiendo. Entonces me necesitáis para entrar. Esa es la verdadera razón por la que estoy vivo. ¿Esperáis que traicione a las personas a las que he servido durante diez años?

—¿Para entrar en Ravenel? Mi querido Enguerran, por desgracia estás bastante equivocado.

Los azules y fríos ojos de Laurent recorrieron otra vez al hombre.

—No te necesito a ti —le dijo—. Solo tus ropas.

Así entrarían en Ravenel: disfrazados con vestimentas extranjeras.

Desde el principio, todo aquello pareció algo irreal. Alzó la hombrera de Enguerran, flexionó la mano en el interior del guantelete. Damen se puso de pie y la capa ondeó.

No todo el mundo consiguió una armadura que le sentara bien, pero habían rescatado los estandartes de Touars y los habían arreglado; la tela roja y los yelmos estaban en buenas condiciones, por lo tanto, podían ser confundidos con la tropa de Touars a una distancia de quince metros, que era a la altura que se encontraban las murallas de Ravenel.

Rochert recibió un yelmo con una pluma. Lazar recibió las ropas de seda y la túnica vistosa del portaestandarte. Además de la capa roja y la armadura, Damen se quedó con la espada y el capacete de Enguerran, que transformaba el mundo en una rendija. Enguerran tenía el dudoso honor de cabalgar con ellos; no iba desnudo (como podría haber ocurrido) ni vestía solo su ropa

interior como una gallina desplumada, sino que iba atado a un caballo y ataviado con discretas ropas verecianas.

Los hombres habían terminado de librar una batalla, pero el agotamiento se había transformado en el tipo de ánimo que provenía de la mezcla embriagadora de victoria, fatiga y adrenalina. Esa caprichosa aventura les atraía. O tal vez fuese la idea de una nueva victoria, satisfactoria porque sería diferente. Primero, destruir al regente; después engañarlo.

A Damen le repugnaba su disfraz. Había intentado negarse. Aparentar ser de Ravenel era un engaño ilícito; las formas tradicionales de guerra existían porque daban una oportunidad justa al adversario.

«Esto nos da una oportunidad justa», había dicho Laurent.

Aquel descarado atrevimiento era característico de Laurent, aunque vestir a toda su tropa era totalmente diferente a entrar en una pequeña posada pueblerina con un zafiro en la oreja de forma seductora. Una cosa era disfrazarse; otra obligar a todo su ejército a hacerlo. Damen se sintió aprisionado por el ampuloso disfraz.

Observó a Lazar esforzarse por entrar en la túnica y a Rochert comparar el tamaño de su pluma con la de uno de los patrenses.

Sabía que su padre no consideraría la escapada de ese día una acción militar, sino que la desestimaría como deshonrosa, indigna de su hijo.

Su padre jamás habría pensado en tomar Ravenel de ese modo. Disfrazado. Sin derramamiento de sangre. Antes del mediodía siguiente.

Se aferró a las riendas y espoleó al caballo. Pasaron por el primer conjunto de portones; su hombrera centelleaba a la luz del sol. Cuando llegaron al segundo, un soldado del muro agitó un estandarte de un lado a otro para que abrieran el rastrillo y, tras una orden de Damen, Lazar ondeó su estandarte en respuesta, mientras Enguerran se movía, amordazado, en la silla.

Era una experiencia temeraria y embriagadora, y era ligeramente consciente de que los hombres tenían esa sensación, que habían saboreado el largo viaje que él apenas había registrado. Cuando pasaron por los segundos portones, apenas consiguieron mantener su excitación contenida bajo rostros serios en el espacio prolongado entre los latidos de sus corazones, esperando el silbido y el sonido de ballestas que nunca llegaron.

Mientras los pesados yelmos se movían encima de sus cabezas, Damen lo deseó: que se produjera un disturbio, que alguien gritase que aquello era un ultraje, un desafío. Quería liberarse de aquella… sensación. «Traidores. Parad». Pero no ocurrió nada de eso.

Claro que no. Los hombres de Ravenel los recibieron con los brazos abiertos, pues creían que eran amigos. Por supuesto, confiaron en ellos, no vieron el engaño y quedaron expuestos por completo.

Forzó a su mente a regresar a la tarea. No estaba allí para dudar. Conocía ese fuerte, sus defensas y sus trampas. Lo quería bloqueado. Cuando atravesaron los muros, mandó hombres a las almenas, a las armerías y a las escaleras de caracol que daban acceso a las torres.

La fuerza principal llegó al patio. Laurent condujo a su caballo escaleras arriba y se elevó sobre el estrado, exhibiendo arrogantemente la dorada cabellera mientras sus hombres ocupaban la posición central en el gran salón tras él. Ahora que los estandartes azules se desplegaban y los de Touars eran arrojados a un lado, no cabía duda de quiénes eran. Hizo girar a su caballo y los cascos resonaron en la piedra lisa. Estaba totalmente desprotegido; una única figura resplandeciente a merced de cualquier flecha apuntada desde las almenas.

Hubo un momento en que cualquier soldado podría haber gritado: «¡Traición! ¡Que suenen las trompetas!».

Pero cuando llegó ese momento, Damen tenía hombres por todas partes, y si uno de los soldados intentaba asir una espada o una ballesta, una punta de espada estaría lista para convencerlo de soltarla. El azul rodeó al rojo.

Damen gritó con una voz sonora:

—Lord Touars ha sido derrotado en Hellay. Ravenel está bajo la protección del príncipe heredero.

No todo ocurrió sin derramar sangre. En los aposentos residenciales se produjeron disturbios. Los más combativos fueron los guardias privados del consejero de Touars, Hestal, que no era lo bastante vereciano, al menos eso pensaba Damen, para fingir alegría por el cambio de poder.

Era una victoria. Se lo dijo a sí mismo. Los hombres la estaban saboreando completamente; el arco clásico: el crecimiento de los preparativos, la cresta de la lucha y la caída, la embriagadora embestida de la conquista. Alentados por el buen humor y el éxito, invadieron Ravenel; la conquista del fuerte fue una extensión de la alegría de la victoria en Hellay; se encargaron de las escaramuzas en los salones sin gran dificultad. Podían hacer cualquier cosa.

Ganaron la batalla y conquistaron el fuerte, lo que aseguró una base sólida. Damen estaba vivo y veía cerca su libertad por primera vez en mucho tiempo.

A su alrededor, los hombres celebraban la victoria y rebosaban de alegría, y lo permitió porque lo necesitaban. Un chico tocaba la flauta y se oía el sonido de tambores y danza. Los hombres estaban sonrojados y felices. Derramaron barriles en una fuente del patio, de modo que pudiesen coger tanto vino de allí como desearan. Lazar le entregó una jarra entera. Tenía una mosca dentro.

Damen la dejó a un lado después de arrojar el contenido al suelo con un movimiento rápido. Había trabajo que hacer.

Mandó hombres a abrir los portones para el ejército que volvía: los heridos primero; después, los patrenses y, por último, las vaskianas y su expolio de nueve caballos en fila. También envió hombres a los almacenes y la armería para hacer un análisis de su contenido, así como a los aposentos particulares para tranquilizar a los residentes.

Ordenó que buscasen al hijo de nueve años de Touars, Thevenin, y lo pusieran bajo arresto domiciliario. Laurent se estaba haciendo con una gran colección de hijos.

Ravenel era la joya de la frontera vereciana y, aunque no pudiese disfrutar de las celebraciones, podría garantizar que el fuerte estuviera bien pertrechado y que contase con una buena estrategia de defensa. Podría asegurar a Laurent una base sólida. Asignó turnos para vigilar las murallas y las torres, designando a cada hombre de acuerdo con sus habilidades. Tomó el mando de los sistemas de Enguerran y volvió a aplicarlos, o los cambió en base a sus exigentes criterios y puso al mando a dos hombres: Lazar, de su tropa, y el mejor de los hombres de Enguerran, Guymar. Crearía una infraestructura con la que Laurent pudiese contar.

El trabajo se estaba llevando a cabo a su alrededor cuando le dijeron que dejase de dar órdenes en las murallas y se presentase ante Laurent.

En el interior del fuerte, el estilo era más antiguo; recordaba a Chastillon. Los ampulosos diseños verecianos estaban hechos de hierro curvado y madera oscura tallada, sin capas de oro, marfil o madreperla. Fue admitido en los aposentos en los cuales Laurent se hospedaba, iluminados por antorchas y tan ricamente amueblados como su tienda. Los sonidos de celebración estaban ahogados y suavizados por las paredes antiguas de piedra. Laurent estaba quieto en el centro, ligeramente de espaldas a la puerta mientras un criado alzaba la última parte de la armadura de sus hombros. Damen entró por las puertas.

Y se detuvo. Hasta hacía poco, cuidar de su armadura había sido su deber. Sintió una opresión en el pecho; todo le resultaba familiar, desde la presión de

las correas al peso de la armadura y el calor de la camisa donde el gambesón le apretaba el cuerpo.

Entonces, Laurent se volvió y lo vio, y la presión en su pecho creció como si fuese dolor cuando lo saludó, semidesnudo y con los ojos brillantes.

—¿Qué piensas de mi fuerte?

—Me gusta. No me importaría veros con algunos más —dijo Damen—. En el norte.

Se obligó a acercarse. Laurent lo barrió con una mirada larga y reluciente.

—Si las hombreras de Enguerran no te hubiesen ido bien, te habría sugerido que te vistieras con las ropas de su caballo.

—¿«Yo me quedo con Guion»?

—No seas injusto. Ganaste la batalla antes de que yo llegase a él. Creí que tendría al menos una media oportunidad. ¿Todas tus conquistas son así de decisivas?

—¿Las cosas siempre ocurren como planeáis?

—Esta vez sí. Esta vez todo ha ido según lo planeado. Sabes que hemos tomado un fuerte inexpugnable.

Se miraban mutuamente. Ravenel, la joya de la frontera vereciana: una victoria punitiva en el campo, en Hellay, y una farsa con intercambio de ropas.

—Lo sé —contestó él, impotente.

—Eran el doble de hombres que esperaba. Y tenían diez veces más suministros de lo que creía. ¿Puedo ser sincero contigo? Creí que tomaríamos una posición defensiva…

—Acquitart… —respondió Damen—. Lo abastecisteis para un asedio. —Oyó, como si estuviese distante, que estaba hablando con su voz habitual—. Ravenel es algo más fácil de defender. Solo haced que vuestros hombres comprueben debajo de los yelmos antes de abrir los portones.

—Está bien —contestó—. ¿Has visto? Estoy aprendiendo a oír tus consejos.

Le ofreció una sonrisita sincera que era completamente nueva.

Damen se obligó a apartar los ojos. Pensó en el trabajo que se estaba llevando a cabo fuera. La armería estaba abastecida, y más que eso, con hileras meticulosas de metal liso y puntas afiladas. La mayor parte de los soldados de Touars apostada en el fuerte había jurado su lealtad a Laurent.

Había hombres en los muros y las órdenes para la defensa habían sido establecidas. El equipamiento estaba listo para su uso. Conocían su deber. De

los almacenes al patio y al gran salón, el fuerte estaba preparado. Se había asegurado de ello.

—¿Qué vais a hacer luego? —inquirió.

—Bañarme —respondió Laurent, con un tono que decía que sabía muy bien lo que Damen había querido decir—. Y vestir algo que no sea de metal. Tú deberías hacer lo mismo. Mandé a los criados preparar un traje nuevo para ti, adecuado a tu nueva posición. Muy vereciano, lo vas a odiar. Y tengo algo más para ti.

Se volvió a tiempo de ver a Laurent moverse brevemente para agarrar un semicírculo de metal de una mesita cerca de la pared. No fue capaz de evitar que se lo diera delante de los criados, en aquel lugar tan pequeño e íntimo, y sintió como si una lanza se abriese paso en su interior lentamente.

—No tuve tiempo de darte esto antes de la batalla —explicó Laurent.

Cerró los ojos y los abrió.

—Jord fue vuestro capitán durante la mayor parte de nuestra marcha hasta la frontera —dijo.

—Y tú eres mi capitán ahora. Parece que estuvo cerca.

Laurent dirigió la mirada a su cuello, donde la hoja de Touars le había hecho una marca al collar; el hierro había marcado profundamente el suave oro.

—Es que lo estuvo —respondió Damen.

Tragó saliva para deshacerse de la sensación que ascendía por su garganta y volvió la cabeza a un lado. Laurent aferraba la insignia de capitán. Ya lo había visto traspasarla una vez, de Govart a Jord. Debía de habérsela cogido a este último.

Todavía llevaba la armadura completa, al contrario que el príncipe vereciano, que estaba detenido delante de él, con sus rizos dorados chorreando sudor tras la lucha. Veía leves marcas rojas donde la armadura había apretado su piel vulnerable a través del gambesón. Respirar era difícil y doloroso.

Las manos de Laurent subieron hasta su pecho y llegaron al lugar donde la capa se encontraba con el metal. El alfiler bajo sus dedos perforó la tela, se deslizó y, luego, se encajó en el cierre.

Las puertas del aposento se abrieron. Damen se volvió; no estaba preparado.

Un gran grupo de personas entró en la estancia, trayendo consigo la atmósfera jovial del exterior. El cambio fue repentino. Sus pulsaciones no estaban en sintonía con ellas. Aun así, el ánimo de los recién llegados era

congruente con el de Laurent, si no con el suyo propio. Entonces, le colocaron a Damen otra jarra con bebida en la mano.

Sin conseguir impedir la marea de celebración, Damen fue llevado por criados y partidarios. Lo último que oyó fue a Laurent diciendo:

—Cuidad de mi capitán. Esta noche puede tener lo que quiera.

La danza y la música transformaron completamente el gran salón. Grupos de personas reían y daban palmas con entusiasmo sin seguir el ritmo de la música, sonrosadas y bebidas porque el vino había precedido a la comida, que ahora traían.

Las cocinas habían trabajado. Los cocineros cocinaron, los sirvientes sirvieron. Nervioso al principio con el cambio de ocupación, el equipo de criados domésticos se había calmado y el deber se había transformado en buena voluntad. El príncipe era un joven héroe, acuñado en oro; «mirad esas pestañas, ese perfil». El populacho siempre había amado a Laurent. Si lord Touars había deseado que los hombres y las mujeres de su fuerte se resistiesen a Laurent, lo había deseado en vano. Más bien, parecía que las personas estaban tumbadas, rodando y esperando una caricia en la barriga.

Damen entró, resistiendo la voluntad de tirarse de la manga. Nunca se había sentido tan preso por unos nudos. Su nuevo estatus significaba vestir ropa de aristócrata, que era más difícil de poner y quitar. Vestirse le había llevado casi una hora, y eso después de un baño y todo tipo de atenciones que incluyeron un corte de pelo. Había sido forzado a recibir informes y dar órdenes por encima de las cabezas de los criados, mientras cuidaban meticulosamente de sus nudos. La última noticia de Guymar era lo que lo hacía, ahora, examinar a las personas.

Le dijeron que el pequeño séquito que había entrado con los últimos patrenses era el de Torveld, príncipe de Patras. Estaba allí acompañando a sus hombres, aunque no hubiese tomado parte en la lucha.

Damen se movió por el salón mientras los hombres de Laurent lo felicitaban por todos lados, con una palmada en la espalda, un apretón en el hombro. Sus ojos permanecieron fijos en la cabeza rubia sentado a la mesa larga, de modo que fue casi una sorpresa encontrar al grupo de patrenses en otra parte del salón. La última vez que había visto a Torveld, este estaba murmurando palabras de seducción al oído de Laurent en un balcón oscuro, con las flores de la noche, jazmín y jazmín manga, floreciendo en los jardines de abajo. Damen esperaba, en cierto modo, encontrarlo conversando

íntimamente con Laurent una vez más, pero estaba con su grupo, y cuando lo vio, se aproximó a él.

—Capitán —dijo—. He aquí un título bien merecido.

Hablaron de los hombres patrenses y de las defensas de Ravenel. Al final, lo que dijo sobre su presencia allí fue breve:

—Mi hermano no está satisfecho. Estoy aquí contra su voluntad, porque tengo un interés especial en su campaña contra el regente. Quería ver a tu príncipe cara a cara y decírselo. Pero partiré a Bazal mañana y no tendréis más ayuda de Patras. No puedo seguir actuando contra sus órdenes. Esto es todo lo que os puedo dar.

—Tenemos suerte de que el mensajero del príncipe haya pasado con su sello —reconoció Damen.

—¿Qué mensajero? —preguntó Torveld.

Creyó que la respuesta reflejaba cautela política, pero luego Torveld añadió:

—El príncipe me abordó y me pidió hombres en Arles. Yo no acepté hasta que llevaba seis semanas fuera de palacio. Con respecto a mis razones, creo que debes de conocerlas.

Gesticuló para que uno de los miembros de su séquito se aproximase.

Espigado y gracioso, uno de los patrenses se apartó del grupo próximo a la pared y cayó de rodillas ante Damen. Entonces besó el suelo a sus pies, de modo que todo lo que vio fue una cabellera encrespada de color miel y rojizo.

—Levántate —dijo Damen en akielense.

Erasmus alzó la cabeza curvada, pero permaneció de rodillas.

—¿Por qué actúas con tanta humildad? Somos del mismo nivel.

—Los esclavos se arrodillan ante un capitán.

—Soy capitán gracias a ti. Te debo mucho.

Tímidamente, después de una pausa, añadió:

—Le dije que le pagaría. Hizo mucho para ayudarme en palacio. Y… —Erasmus vaciló y miró a Torveld. Cuando este inclinó la cabeza para permitir que hablase, empinó la nariz, de forma atípica—. No me gustaba el regente. Me quemó la pierna.

Torveld le dirigió una mirada orgullosa, y Erasmus se sonrojó e hizo otra reverencia de manera perfecta.

Damen reprimió sus deseos de pedirle que se pusiera de pie. Era extraño que los modales habituales de su tierra natal le pareciesen tan raros. Tal vez se debía a que había pasado varios meses en la compañía de mascotas controladoras y atrevidas y hombres libres verecianos imprevisibles.

Contempló sus miembros recatados y sus pestañas caídas. Se había acostado con esclavos como aquel, tan obedientes en la cama como fuera de ella. Recordó que le gustaba, pero era un recuerdo distante, como si perteneciese a otra persona. Erasmus era hermoso; era evidente. Entonces recordó que había sido entrenado para él. Obedecería todas sus órdenes, intuiría cada uno de sus caprichos y los haría realidad de buena voluntad.

Damen volvió los ojos a Laurent.

Se encontró con una imagen fría y lejana. Estaba sentado y conversaba, tenía la muñeca apoyada en el borde de la gran mesa y las yemas de sus dedos descansaban en la base de un cáliz. Desde su postura severa y erecta a la gracia impersonal de su cabeza envuelta en cabello rubio; desde sus ojos azules distantes a la arrogancia de sus pómulos, Laurent era complicado y contradictorio, y Damen no podía apartar la vista de él.

Como si respondiese a algún instinto, alzó el rostro y se encontró con sus ojos. Al cabo de un instante, se levantó y se aproximó.

—¿No vienes a comer?

—Tengo que regresar y supervisar el trabajo del exterior. Ravenel debe tener defensas impecables. Quiero… quiero hacerlo por vos —dijo.

—Eso puede esperar. Acabas de ganarme un fuerte —contestó Laurent—. Déjame mimarte un poco.

Estaban detenidos cerca de la pared y, mientras hablaba, Laurent apoyó un hombro en una piedra curva. Modulaba la voz para adaptarla al espacio que había entre ellos; era una conversación privada y relajada.

—Lo recuerdo. Obtenéis mucho placer con las pequeñas victorias. —Damen citó las palabras del príncipe vereciano.

—No es pequeña —respondió—. Es la primera vez que gano una jugada contra mi tío.

Lo dijo con simplicidad. La luz de las antorchas se reflejaba en su rostro. La conversación a su alrededor era un sonido ahogado que subía y bajaba, mezclándose con los colores contenidos: los rojos, los marrones y los azules tenues de las llamas.

—Sabéis que eso no es cierto. Lo derrotasteis en Arles, cuando hicisteis que Torveld se llevase a los esclavos a Patras.

—Eso no fue una jugada contra mi tío. Fue una jugada contra Nicaise. Los críos son fáciles; con trece años, cualquiera podía controlarme fácilmente.

—No creo que fueseis tan fácil.

—Piensa en el inocente más inexperto con el que te hayas acostado —contestó. Y después, al ver que Damen no respondía, añadió—: Olvidaba que

no follas con críos.

Al otro lado del salón, hubo risas ahogadas a causa de algún chiste distante. El salón era un fondo indistinto de sonidos y formas. Las antorchas emitían un brillo cálido.

—Con hombres, a veces —dijo Damen.

—¿A falta de mujeres?

—Cuando me apetece.

—De haberlo sabido, a lo mejor me habría dado repelús estar tumbado a tu lado.

—Lo sabíais —respondió.

Hubo una pausa. Finalmente, Laurent se apartó de la pared.

—Vamos a comer —le dijo.

Damen se sentó a la mesa. En términos verecianos, era una ocasión relajada, y las personas ya estaban comiendo pan con los dedos y carne con la punta de los cuchillos. Pero la mesa estaba dispuesta con lo mejor que las cocinas podían proporcionar sin previo aviso: carnes sazonadas, faisán con manzanas, aves rellenas de pasas y cocidas en leche. Extendió la mano sin pensar a un filete de carne, pero Laurent le agarró la muñeca y apartó su brazo de la mesa.

—Torveld me dijo que en Akielos es el esclavo quien alimenta al amo.

—Es cierto.

—Entonces, no debes tener ninguna objeción —dijo Laurent, que agarró un pedazo de comida y lo levantó.

Mantuvo la mirada firme; no bajó los ojos recatadamente. No tenía nada de esclavo, ni siquiera cuando Damen se permitió imaginarlo. Recordó a Laurent aproximándose sobre un banco largo en la posada de Nesson para comer pan con sumo cuidado de sus dedos.

—No tengo ninguna objeción —dijo.

Se quedó donde estaba. No era obligación de un amo acercarse a un bocado extendido a su alcance.

Laurent arqueó sus cejas doradas, se aproximó y le llevó la carne a los labios.

El acto de morder pareció deliberado. La carne estaba sabrosa y caliente, un manjar con influencias del sur, muy parecida a la comida de su tierra natal. Masticó despacio; era extremadamente consciente de que Laurent lo observaba. Cuando el príncipe cogió el siguiente pedazo de carne, fue Damen quien se inclinó en su dirección.

Dio un segundo mordisco. No miró la comida, sino a Laurent, la forma en que se comportaba, siempre con tanto control, de modo que todas sus reacciones eran sutiles; sus ojos azules, difíciles de leer, pero no fríos. Era evidente que estaba satisfecho, que estaba saboreando la aquiescencia; su rareza, su exclusividad. Sentía que estaba a punto de entender quién era, como si Laurent apareciera ante sus ojos por primera vez.

Reculó, y fue lo más acertado, permitiendo que el momento fuese fácil: un pequeño momento de intimidad compartido en la mesa, que pasó mayormente desapercibido para el resto de los invitados.

A su alrededor, los temas de conversación cambiaron: noticias de la frontera, momentos de la batalla, discusión de tácticas en el campo… Damen mantuvo los ojos fijos en Laurent.

Alguien había traído una cítara, y Erasmus estaba tocando unas notas suaves y discretas. En los entretenimientos akielenses, como en todo lo demás, se valoraba la contención. Se buscaba la simplicidad por encima de todas las cosas. Entre canción y canción, Damen dijo al chico sin pensar:

—Toca *La conquista de Arsaces*.

Al cabo de un momento, oyó las primeras notas, conmovedoras y conocidas.

La canción era antigua. El chico tenía una bella voz. Las notas latían, circulaban por el salón, y aunque los verecianos no entendían las palabras de su tierra natal, Damen recordó que Laurent hablaba su lengua.

Sin duda, con él hablan dioses
con voces firmes.

Su mirada hace que los hombres se arrodillen,
su suspiro lleva ciudades a la ruina.

¿Acaso sueña con rendirse
en un lecho de flores blancas?

¿O esa es la falsa esperanza
de quienes desean ser conquistadores?

El mundo no fue creado para belleza como la suya

La canción terminaba delicadamente y, a pesar de la lengua desconocida, la modesta actuación del esclavo había cambiado un poco el ambiente en el salón. Hubo algunos aplausos. La atención de Damen estaba fija en Laurent, de marfil y oro, en su piel fina, en los últimos restos del hematoma donde había sido golpeado. Su mirada viajó por su cuerpo, centímetro a centímetro, y contempló la inclinación orgullosa de su mandíbula, sus ojos hostiles, el

arco de su pómulo. Entonces, volvió a abrir la boca; su dulce y maliciosa boca.

Cuando el deseo se apoderó de él, sintió un latido que alteraba la sangre y la carne y transformaba la consciencia. Se levantó, sin pensar, abandonó el salón y salió al gran patio.

El fuerte era una masa oscura e iluminada por antorchas a su alrededor. Los muros ahora estaban controlados por sus hombres y, de vez en cuando, se oía un grito de los centinelas en sus murallas; aunque esa noche, todas las luces de las puertas estaban encendidas y los sonidos se mezclaban con risas y voces altas que provenían del gran salón.

La distancia debería de haberlo facilitado, pero el dolor no hacía sino aumentar, y llegó a las gruesas murallas junto a las almenas. Permitió que los soldados que estaban cuidando de aquella sección se retirasen y apoyó los brazos sobre la piedra, a la espera de que la sensación se desvaneciera.

Partiría. Era lo mejor. Se marcharía temprano y estaría al otro lado de la frontera antes de mediodía. No habría necesidad de dejar aviso: cuando su ausencia se hiciera evidente, Jord informaría a Laurent de su marcha. Los verecianos asumirían los deberes y las estructuras organizadas por él en el fuerte. Lo había hecho para asegurarse de que ocurriera.

Todo sería simple por la mañana. Pensó que Jord le daría tiempo para dejar atrás a los batidores de Laurent antes de informarle de que su capitán se había ido para siempre. Se concentró en las realidades pragmáticas: un caballo, suministros, una ruta que evitase a los batidores… Las complicaciones de las defensas de Ravenel eran ahora cuestiones para otros hombres. La lucha a la que se enfrentarían en los meses siguientes no era suya. Podía dejarla atrás.

Su vida en Vere, el hombre que era allí… podía dejar todo eso atrás.

Oyó un sonido en los escalones de piedra; levantó la cabeza. Las murallas se extendían hasta la torre sur, una pasarela de piedra con almenas a la izquierda y antorchas encendidas a intervalos. Damen había ordenado que vaciasen la sección central. La única persona que podría haber desobedecido esa orden se encontraba saltando la escalera circular de piedra.

Damen lo observó. Estaba solo, desatendido; Laurent había dejado su banquete para encontrarlo, para seguirlo hasta allí y subir los escalones desgastados hasta la muralla. Se quedó a su lado; una sensación reconfortante y discreta invadió su pecho. Estaban quietos en el borde del fuerte que habían conquistado juntos. Damen intentó hablar en un tono coloquial.

—¿Sabéis que los esclavos que le disteis a Torveld valen casi lo mismo que los hombres que él os dio?

—Yo diría que valen exactamente lo mismo.

—Pensaba que los habíais ayudado por compasión.

—No, no fue así —contestó Laurent.

El aire que exhaló no fue exactamente una risa. Contempló la oscuridad más allá de las antorchas, la extensión invisible del sur.

—Mi padre odiaba a los verecianos —dijo Damen—. Los llamaba cobardes y mentirosos. Fue eso lo que me enseñó a creer. Debía de ser igual que los lores de la frontera, Touars y Makedon. Tenía sed de guerra. Solo puedo imaginar lo que habría pensado de vos.

Miró a Laurent. Conocía la naturaleza de su padre, sus creencias. Sabía exactamente la reacción que habría provocado si alguna vez se hubiese puesto delante de Theomedes en Ios. Si Damen lo hubiese defendido y hubiera intentado hacer que viese a Laurent como… Nunca lo habría entendido. «Luchamos contra ellos. No confiamos en ellos». Nunca se oponía a su padre. Nunca precisó hacerlo, pues sus valores eran muy similares.

—Vuestro padre estaría orgulloso hoy.

—¿Por haber agarrado una espada y vestir la armadura de mi hermano? Estoy seguro de que sí —respondió Laurent.

—No queréis el trono —comentó Damen tras un momento, mientras sus ojos pasaban cuidadosamente por su rostro.

—Quiero el trono —contestó—. ¿De verdad crees, después de todo lo que ha ocurrido, que rechazaría el poder o la oportunidad de ejercerlo?

Damen notó que retorcía la boca.

—No.

—No.

El padre de Damen había gobernado con la espada. Había transformado Akielos en una nación y había usado el nuevo poder de ese país para expandir sus fronteras. Aquello lo llenaba de orgulloso. Había lanzado su campaña en el norte para anexionar Delpha a su reino después de noventa años de dominio vereciano. Pero ya no era su reino. Su padre, que nunca entraría en Ravenel, estaba muerto.

—Nunca cuestioné la forma en que mi padre veía el mundo. Para mí, ser el tipo de hijo del cual se enorgullecía era suficiente. Nunca podría mancillar su recuerdo, pero por primera vez percibo que no quiero ser…

Un rey como él.

Le habría parecido una deshonra decir eso. Y aun así, había visto la aldea de Breteau, inocente de cualquier agresión, atacada por espadas akielenses.

«Padre, puedo derrotarlo», había dicho, y había salido a caballo. Lo habían recibido como un héroe, los criados le habían retirado la armadura, su padre le había ofrecido cumplidos llenos de orgullo. Recordaba aquella noche, todas aquellas noches, el poder electrizante de las victorias expansionistas de su padre, la aprobación, igual que el éxito tras éxito. No había pensado en lo que había ocurrido al otro lado del campo de batalla. «Cuando empezó este juego, yo era… más joven».

—Lo siento mucho —dijo Damen.

Laurent le dirigió una mirada extraña.

—¿Por qué me pides disculpas?

No podía responder. No era capaz de decirle la verdad.

—No entendía lo que significaba para vos ser rey.

—¿A qué te refieres?

—El fin de la lucha.

La expresión de Laurent cambió. No reprimió por completo las sutiles señales de conmoción, y Damen sintió una nueva presión en el pecho al contemplar los sombríos ojos del príncipe vereciano.

—Me gustaría que las cosas hubiesen sido diferentes entre nosotros, me gustaría haberme comportado más honradamente con vos. Quiero que sepáis que tendréis un amigo al otro lado de la frontera, independientemente de lo que ocurra mañana, independientemente de lo que pase con cualquiera de nosotros.

—Amigos —repitió Laurent—. ¿Es eso lo que somos?

Tenía la voz ahogada, como si la respuesta fuese obvia; como si fuese tan evidente como lo que estaba pasando entre ellos: el aire se desvanecía, partícula a partícula.

—Laurent, soy tu esclavo —dijo Damen con una honestidad incontenible.

Las palabras expusieron la verdad en el espacio que se abría entre ellos. Quería demostrar que podía compensar lo que los dividía. Era consciente de que Laurent comenzaba a jadear, igual que él; estaban respirando el aire del otro. Extendió la mano, en busca de un rastro de duda en sus ojos.

Laurent aceptó su contacto como no lo había hecho nunca: apoyó los dedos con delicadeza sobre la mandíbula del vereciano y, con el pulgar, le acarició suavemente el pómulo. El cuerpo controlado de Laurent estaba rígido a causa de la tensión; el corazón le latía rápido por la urgencia de escapar de allí, pero cerró los ojos antes de que eso ocurriera. Damen deslizó la palma de

la mano por la cálida nuca de Laurent; y despacio, muy despacio, haciendo de su altura un ofrecimiento, no una amenaza, Damen se inclinó adelante y besó a Laurent en la boca.

El beso apenas fue una sugerencia en sí mismo, pues Laurent no abandonó su rigidez, pero el primer beso se transformó en un segundo tras alejarse de él durante una fracción de segundo, durante la cual Damen sintió la respiración entrecortada de Laurent contra sus labios.

En medio de todas las mentiras que había entre ellos, parecía que aquello era lo único verdadero. No importaba que fuese a partir al día siguiente. El deseo de concederle aquello a Laurent hizo que sintiera que había vuelto a nacer: quería darle todo lo que le permitiese, sin pedir nada a cambio; saborearía esa delicada sensación, pues era todo lo que Laurent se permitiría a sí mismo.

—Alteza…

Se separaron al oír una voz y el ruido de unos pasos próximos. Una figura subía por los escalones de piedra. Damen dio un paso atrás, con un nudo en el estómago.

Era Jord.

Capítulo dieciocho

TRAS SEPARARSE DE FORMA abrupta, Damen se detuvo enfrente de Laurent en una de las islas de luz donde las antorchas titilantes ardían a intervalos. Las almenas se prolongaban a su alrededor, y Jord, a algunos metros de distancia, se detuvo al aproximarse.

—Ordené que el lugar se despejara —dijo Damen.

Jord se estaba entrometiendo. En casa, en Akielos, solo necesitaría apartar los ojos de lo que hacía y ordenar «déjanos», y la intromisión desaparecería. Luego, podría volver a su tarea.

A lo que, gloriosamente, estaba haciendo. Estaba besando a Laurent y nadie debía interrumpirlo. Sus ojos se volvieron con sinceridad y posesión hacia su objeto: Laurent parecía como cualquier joven al que hubieran empujado contra una almena y besado. El cabello despeinado en la nuca de Laurent era maravilloso. Su mano había yacido allí.

—No he venido por usted —dijo Jord.

—Entonces di a qué has venido y márchate.

—Mi asunto es con el príncipe.

Su mano había yacido allí y había ascendido por su pelo dorado, suave y cálido. Interrumpido, el beso estaba vivo entre ellos, en sus ojos oscuros y sus pulsaciones. Su atención se volvió a centrar en el intruso. La amenaza que Jord representaba para él lo alteraba. Lo que había sucedido no sería amenazado por nada ni por nadie.

Laurent se apartó del muro.

—¿Has venido a alertarme de los riesgos de tomar decisiones de mando en la cama? —preguntó.

Hubo un silencio breve y espectacular. Las llamas de las antorchas alcanzaban los altos muros por la acción del viento. Jord permaneció inmóvil.

—¿Algo que decir? —insistió Laurent.

Jord evitaba acercarse a ellos. Tenía la misma aversión persistente en su voz.

—No con él aquí.

—Es tu capitán —dijo.

—Sabe muy bien que debería irse.

—¿Mientras comparamos observaciones sobre abrirse de piernas al enemigo? —respondió Laurent.

Ese silencio fue peor. Damen sintió la distancia entre él y Laurent con todo su cuerpo, cuatro pasos infinitos por el almenaje.

—¿Y bien? —dijo Laurent.

Los ojos de Jord, llenos de rabia, buscaron a Damen. Pero no dijo: «Él es Damianos de Akielos», aunque parecía haber llegado al límite absoluto de repulsa con lo que acababa de ver, y el silencio se extendió, denso y tangible con lo que había debajo.

Damen dio un paso al frente.

—A lo mejor…

Más sonidos en la escalera, los golpes de pasos urgentes. Jord se volvió. Guymar y otro soldado acudían al área que había mandado despejar. Damen se pasó la mano por el rostro. Todo el mundo en el fuerte se dirigía a la zona que había ordenado despejar.

—Capitán, pido disculpas por desobedecer sus órdenes. Pero hay un problema ahí abajo.

—¿Un problema?

—A un grupo de hombres se les metió en la cabeza la idea de retozar con uno de los prisioneros.

El mundo no se iba a ninguna parte. El mundo invasivo volvía con sus preocupaciones, las cuestiones de disciplina, los mecanismos de capitanía.

—Hay que tratar bien a los prisioneros —dijo Damen—. Si algunos hombres han bebido demasiado, sabéis cómo detenerlos. Mis órdenes fueron claras.

Se mostró dubitativo. Guymar era uno de los hombres de Enguerran, un soldado de carrera, educado y profesional. Damen lo había ascendido exactamente por esas cualidades.

—Capitán, sus órdenes fueron claras, pero… —dijo Guymar.

—¿Pero?

—Algunos de los hombres parecen creer que Su Alteza apoyará sus acciones.

Damen ordenó sus pensamientos. Por el tono de Guymar, era evidente a qué tipo de deporte se refería. Llevaban semanas en la vereda sin compañía. Aun así, había creído que los hombres capaces de actos como aquellos habían sido apartados de la tropa.

El rostro de Guymar estaba impasible, pero su leve desaprobación era tangible: esos eran actos de mercenarios, vestidos con el uniforme del príncipe. Los soldados del príncipe mostraban su calidad inferior.

Como un arquero apuntando a su blanco, Laurent dijo precisa y deliberadamente:

—Aimeric.

Damen se giró. Los ojos de Laurent estaban centrados en Jord, y en su expresión vio que Laurent estaba en lo cierto, y por supuesto que había ido hasta allí por Aimeric.

Bajo aquella mirada peligrosa y firme, Jord cayó de rodillas.

—Alteza —dijo Jord. No estaba mirando a nadie, sino a las piedras oscuras que había a sus pies—. Sé que actué mal. Acepto el castigo por eso. Pero Aimeric fue leal a su familia, fue leal a lo que conocía. No necesita rodar caer en las manos de los hombres por eso. —Jord tenía la cabeza gacha y las manos sobre sus rodillas cerradas en puños—. Si mis años de servicio a vos valen algo, que valgan eso.

—Jord —dijo Laurent—. Folló contigo por eso. Por este momento.

—Lo sé —respondió.

—Orlant no merecía morir solo en la espada de un aristócrata egoísta que consideraba amigo —dijo Laurent.

—Lo sé —contestó Jord—. No pido que liberéis a Aimeric ni que perdonéis lo que hizo. Solo digo que lo conozco, y aquella noche estaba…

—Debería hacerte mirar —dijo— mientras lo desnudan para que todo hombre de la tropa lo posea.

Damen dio un paso al frente.

—No queréis hacer eso. Lo necesitáis como rehén.

—No necesito que sea casto —respondió Laurent.

Su rostro estaba perfectamente impasible, con los ojos azules tranquilos e intocables. Damen sintió que encogía un poco ante su mirada insensible, sorprendido. Percibió que lo había perdido en algún punto crucial. Quería mandar a todos que se marcharan para poder encontrar el camino de vuelta.

Aun así, había que lidiar con aquello. La situación se estaba tornando en algo desagradable.

—Si debe haber justicia para Aimeric, que sea justa, decidida con razón, aplicada públicamente, pero los hombres no pueden tomarse la justicia por su mano —dijo.

—Entonces, por supuesto, tendremos justicia —contestó Laurent—. Ya que vosotros dos estáis tan ávidos de ella. Arrancad a Aimeric de sus

admiradores. Traédmelo a la torre sur. Lo haremos todo en público.

—Sí, alteza.

Damen se encontró dando un paso al frente cuando Guymar hizo una breve reverencia y salió, con los demás siguiéndolo, en dirección a la torre sur. Quiso detener a Laurent, si no con la mano, con la voz.

—¿Qué hacéis? —preguntó—. Cuando he dicho que debía haber justicia para Aimeric, quise decir después, no ahora, cuando vos… —Examinó el rostro de Laurent—. Cuando nosotros…

Encontró una mirada que parecía una pared y cejas doradas arqueadas fríamente.

—Si Jord quiere ponerse de rodillas por Aimeric, debe saber exactamente por quién se está arrastrando.

La torre sur estaba coronada por una plataforma y un parapeto equipado no con saetas rectangulares útiles, sino con arcos estrechos y puntiagudos, porque aquello era Vere y siempre debía haber alguna floritura. Debajo de la plataforma se encontraba la sala donde Damen, Laurent y Jord se reunieron, un pequeño espacio circular conectado a un terreno fortificado por una escalera recta de piedra. Durante un combate, durante cualquier ataque al fuerte, la sala sería el punto de reunión de arqueros y espadachines, pero ahora funcionaba como sala de guardia informal, con una mesa de madera robusta y tres sillas. Los vigías, tanto allí como arriba, habían dejado sus puestos y habían salido por órdenes de Damen.

Laurent, con un aire de poder supremo, ordenó que no solo llevaran allí a Aimeric, sino también comidas y bebidas. La comida llegó primero. Los criados luchaban por subir la torre mientras cargaban con platos de carne, pan y jarras de vino y agua. Los cálices que llevaron eran de oro, con la imagen de un ciervo en relieve en una cacería. Laurent se sentó en una silla de respaldo alto y recto junto a la mesa y cruzó las piernas. Damen pensó que difícilmente se sentaría enfrente de Aimeric con las piernas cruzadas para conversar sobre cualquier cosa. Pero tal vez sí.

Conocía aquella expresión. Su sentido del peligro, altamente sintonizado con los estados de ánimo de Laurent, le indicaba que Aimeric estaba mejor allí abajo con media docena de hombres que allí arriba con él. Sus párpados descansaban lisos sobre una mirada fría, tenía una postura erecta y los dedos sobre el borde del cáliz.

«Lo he besado», pensó Damen, la idea parecía irreal en aquella sala de piedra pequeña y circular. El beso tierno y dulce había sido interrumpido en

un momento de promesa: al entreabrir los labios, con la sensación de que Laurent iba a permitir que el beso se profundizase, a pesar de la tensión que desprendía su cuerpo.

Cuando cerró los ojos, sintió cómo podría haber pasado: despacio, con la boca de Laurent abriéndose y sus manos alzándose dudosas para tocar su cuerpo. Habría sido cuidadoso, muy cuidadoso.

Aimeric llegó arrastrado por dos guardias. Se resistía a pesar de que los hombres le habían atado las manos a la espalda y lo agarraban por los brazos. Le habían quitado la armadura. Su camisa interior estaba cubierta de suciedad y sudor, y colgaba parcialmente abierta en una confusión de nudos. Sus rizos parecían más embadurnados que lustrosos, y había un corte en su mejilla izquierda.

Sus ojos mantenían un aire desafiante. Damen sabía que había un antagonismo intrínseco en la naturaleza de Aimeric. Le gustaba luchar.

Cuando vio a Jord, palideció.

—No —dijo entonces.

Su guardia lo empujó adentro.

—El reencuentro amoroso —dijo Laurent.

Cuando oyó eso, se guardó el desafío para sí mismo. Los guardias lo levantaron de nuevo con brusquedad. Aunque su rostro aún estuviese blanco, empinó la nariz.

—¿Me habéis traído aquí para entregarme? Estoy feliz por haber hecho lo que hice, lo hice por mi familia y por el sur. Y volvería a hacerlo.

—Eso fue bonito —dijo Laurent—. Ahora la verdad.

—Esa es la verdad —respondió—. No os tengo miedo. Mi padre os aplastará.

—Tu padre se ha ido a Fortaine con el rabo entre las piernas.

—Para reagrupar. Mi padre nunca daría la espalda a su familia, a diferencia de vos. Abrirse de piernas a vuestro hermano no es lo mismo que la lealtad familiar. —Su respiración era débil.

—Eso me recuerda… —contestó.

Se levantó. El cáliz pendía relajadamente de la punta de sus dedos. Lo miró un instante. Entonces, apretó el cáliz con fuerza, lo alzó con brutalidad calma y, con el dorso de la mano, usó el cáliz para golpear el rostro a Aimeric.

Dio un grito. El golpe hizo que desplazara su cabeza con fuerza a un lado cuando el oro pesado alcanzó el pómulo de su rostro con un sólido sonido perverso. Giró hasta caer en el brazo de los guardias. Jord hizo un

movimiento al frente y Damen sintió que todo su cuerpo se retesaba cuando, instintivamente, fue a detenerlo.

—No hables de mi hermano —dijo Laurent.

En los primeros movimientos, Damen había arrojado a Jord con urgencia para atrás, entonces lo había inmovilizado con un apretón firme. Se quedó inmóvil, pero la tensión de los músculos seguía allí; su respiración, sufrida. Laurent recolocó el cáliz con precisión delicada sobre la mesa.

Aimeric se limitó a pestañear con los ojos vidriosos y estupefactos; el contenido del cáliz se había derramado y había mojado el rostro inerte y atónito del rapaz. Había sangre en sus labios, donde había sido mordido o cortado, y una marca roja en su rostro.

Damen le oyó decir, con voz ronca:

—Podéis pegarme cuanto queráis.

—¿Puedo? Creo que nos vamos a llevar bien, tú y yo. Dime, ¿qué más puedo hacer contigo?

—Parad —dijo Jord—. Solo es un niño. Es solo un niño, no tiene edad suficiente para eso, está asustado. Cree que acabaréis con su familia.

Aimeric volvió su rostro magullado y ensangrentado hacia esas palabras sin creer que Jord lo estuviera defendiendo. Laurent se giró hacia Jord al mismo tiempo, arqueando las cejas doradas. También había incredulidad en su expresión, pero era más fría, más fundamental.

Damen tardó un momento en entender por qué. Una sensación de incomodidad se adueñó de él mientras contemplaba el rostro de Laurent y el de Aimeric, y, de repente, por primera vez, cayó en la cuenta de que tenían casi la misma edad. Se llevarían unos seis meses, como máximo.

—Voy a acabar con su familia —afirmó Laurent—. Pero no está luchando por su familia.

—Pues claro que sí —dijo Jord—. ¿Por qué traicionaría a sus amigos, si no?

—¿No consigues pensar en una razón?

La atención de Laurent había vuelto a centrarse en Aimeric. Se acercó hasta ponerse frente a él. Como un amante, sonrió y le colocó un rizo suelto por detrás del oído a Aimeric. Él reculó violentamente, y reprimió el gesto, aunque no fuese capaz de controlar su respiración.

Con delicadeza, pasó la punta de un dedo por la sangre que brotaba del labio cortado de Aimeric.

—Rostro bonito —afirmó. Luego, sus dedos bajaron para restregar su mandíbula, y lo alzaron como si fuera a besarlo. Hizo un sonido atragantado

en respuesta al dolor; la carne magullada bajo los dedos de Laurent estaba blanca—. Apuesto a que eras un chiquillo delicioso. Una ricura. ¿Cuántos años tenías cuando follaste con mi tío?

Damen se quedó inmóvil. Todo en la torre se quedó absolutamente inmóvil cuando Laurent dijo:

—¿Ya tenías edad suficiente para gozar?

—Callad la boca —dijo.

—¿Te dijo que volveríais a estar juntos si hacías eso? ¿Te dijo lo mucho que notaba tu ausencia?

—Que os calléis —protestó.

—Mentía. Jamás te aceptaría de nuevo. Eres demasiado viejo.

—No lo sabéis —contestó.

—Con voz gruesa y mentón áspero, lo dejaríais enfadado.

—No sabéis nada de nada.

—Con tu cuerpo más viejo, tus atenciones más maduras, no eres nada aparte de…

—¡Os equivocáis con nosotros! ¡Él me ama!

Aimeric lanzó las palabras en tono de desafío. Salieron demasiado altas. Damen sintió un vacío en el estómago, una sensación de algo totalmente equivocado pasando por él. Percibió que había soltado a Jord, que, a su lado, había dado dos pasos atrás.

Laurent miraba a Aimeric con un desprecio indignante.

—¿Amarte? Miserable trepa. Dudo hasta que te prefiriese. ¿Durante cuánto tiempo tuviste su atención? ¿Algunos polvos mientras estaba aburrido en el campo?

—No sabéis nada de nosotros —dijo.

—Sé que no te llevó a la corte. Te dejó en Fortaine. ¿Nunca te has preguntado por qué?

—No me quería dejar —respondió—. Me lo contó.

—Apuesto a que fuiste fácil. Algunos elogios, un poco de atención, y le diste todos los placeres ingenuos de un virgen del campo en su cama. Debe de haberlo creído divertido. Al principio. ¿Qué más se puede hacer en Fortaine? Pero la novedad pasó.

—No —contestó.

—Mi tío es exigente. No es como Jord —dijo Laurent—, que se queda con las sobras de un hombre de mediana edad y lo trata como si valiese algo.

—Parad —pidió.

—¿Por qué crees que mi tío te pidió que te entregases a un soldado común antes que dignarse a acostarse contigo? Porque creía que servías para eso. Para follar con mis soldados. Y ni siquiera pudiste hacer bien eso.

—Ya basta —dijo Damen.

Aimeric estaba llorando. Sollozos feos, fuertes, que sacudían todo su cuerpo. Jord estaba pálido. Antes de que alguien pudiese actuar o hablar, Damen ordenó:

—Saca a Aimeric de aquí.

—Cabrón despiadado —le dijo Jord a Laurent. Su voz estaba temblorosa.

Laurent se volvió deliberadamente a él.

—Y luego encima estás tú —respondió.

—No —dijo Damen, que se colocó entre ellos. Sus ojos observaban a Laurent. Su voz era dura—. Sal —le dijo a Jord. Fue una orden directa. No se giró para mirarlo y ver si su orden se había cumplido o no. Para Laurent, en el mismo tono de voz, dijo—: Calmaos.

—No había acabado —dijo Laurent.

—¿Acabado de hacer qué? ¿Arrasar con todos los hombres de la sala? Jord no es rival para vos en ese estado de ánimo, y lo sabéis. Calmaos.

Laurent le dirigió el tipo de mirada que un espadachín hace mientras decide si corta por la mitad a su enemigo desarmado.

—¿Vais a intentar eso conmigo? ¿O solo sentís placer al atacar a aquellos que no pueden defenderse? —Damen oyó la dureza en su voz. Se mantuvo firme. A su alrededor, el salón de la torre estaba vacío; había mandado salir a todo el mundo—. Recuerdo la última vez que os pusisteis así. Fue una estupidez tan grande que disteis a vuestro tío la excusa que necesitaba para confiscaros las tierras.

Estuvo a punto de morir por eso. Lo sabía y se quedó donde estaba. La atmósfera hervía, caliente, densa y mortal.

Laurent se volvió de forma abrupta. Apoyó la base de las manos sobre la mesa y agarró su borde, con la cabeza baja, los brazos rígidamente apoyados, y la espalda tensa. Damen observó su caja torácica expandirse y desinflarse varias veces.

Laurent permaneció inmóvil un momento. Entonces, con brusquedad, barrió la mesa con el antebrazo, un único movimiento repentino que mandó platos dorados y su contenido al suelo. Una naranja rodó. Agua de la jarra goteaba del filo de la mesa al suelo. Oía el sonido de la respiración irregular de Laurent.

Permitió que el silencio en la sala se extendiese. No miró la mesa destruida, con sus carnes derramadas, sus platos esparcidos y la jarra oronda girada. Observó la línea de la espalda de Laurent. Del mismo modo que había sabido que debía ordenar salir a los demás, sabía que no debía hablar. No supo cuánto tiempo pasó. Pero no fue suficiente para que la tensión en su espalda desapareciera.

Laurent habló sin darse la vuelta. Su voz era desagradablemente precisa.

—Lo que estás diciendo es que, cuando pierdo el control, cometo errores. Mi tío lo sabe, claro. Le habría dado una especie perversa de placer enviar a Aimeric para trabajar contra mí, tienes razón. Tú, con tus actitudes bárbaras, tu arrogancia brutal y dominadora, siempre estás en lo cierto.

Sobre la mesa, las manos de Laurent estaban blancas.

—Recuerdo aquel viaje a Fortaine. Dejó la capital durante dos semanas, luego avisó de que se quedaría tres. Dijo que sus negocios con Guion necesitaban más tiempo.

Damen dio un paso al frente, atraído por el tono de la voz de Laurent.

—Si quieres que me calme, sal —ordenó.

Capítulo diecinueve

—CAPITÁN.

Damen había dado tres pasos fuera de la sala de la torre cuando Guymar lo saludó con la clara intención de entrar en la sala.

—Aimeric ha vuelto y está vigilado, y los hombres se han calmado. Puedo informar al príncipe y…

Percibió que se había colocado físicamente en el camino de Guymar.

—No. Nadie entra.

Una rabia irracional brotó en su interior. Detrás de él se encontraba la puerta cerrada de los aposentos de la torre, una barrera que llevaba al desastre. Guymar debía saber que era mejor no entrar y empeorar el humor de Laurent.

—¿Hay órdenes sobre qué hacer con el prisionero?

«Tira a Aimeric desde las murallas».

—Mantenlo confinado en sus aposentos.

—Sí, capitán.

—Quiero que toda esta zona quede aislada. Y Guymar…

—Sí, ¿capitán?

—Esta vez, quiero que permanezca realmente aislada. No me importa quién esté a punto de ser importunado. Nadie debe entrar aquí, ¿entendido?

—Sí, capitán. —Guymar hizo una reverencia y se retiró.

Damen apoyó las manos en la almena de piedra, imitando inconscientemente la pose de Laurent; la línea de su espalda era lo último que había visto antes de apoyar la palma de la mano en la puerta.

El corazón le latía con fuerza. Quería crear una barrera que protegiese a Laurent de cualquiera que se entrometiese. Mantendría ese perímetro limpio, aunque eso significase vigilar aquellas almenas y patrullarlas personalmente.

Sabía que después de tener tiempo a solas para pensar, el control volvía y la razón vencía.

La parte de él que no quería derribar a Aimeric de un puñetazo reconocía que tanto Jord como Aimeric habían pasado un mal rato. Había sido un desastre innecesario. Si hubiesen… mantenido las distancias… «Amigos»,

había dicho en lo alto de las murallas. «¿Es eso lo que somos?». Damen cerró los puños. Aimeric era un provocador empedernido, y además era sumamente inoportuno.

Llegó a los pies de la escalera y dio la misma orden a los soldados que había dado a Guymar para que vaciasen la zona.

Pasaba mucho de la medianoche. Una sensación de cansancio y de pesadez se apoderó de él y, de repente, se percató de que faltaban pocas horas para el amanecer. Los soldados empezaban a marcharse, vaciando el espacio a su alrededor. La idea de detenerse, de darse un momento para pensar, era terrible. Allí fuera no había nada, solo las últimas horas de oscuridad y la larga cabalgada al amanecer.

Antes de darse cuenta, había agarrado a uno de los hombres por el brazo, impidiéndole seguir a los otros.

El hombre se detuvo.

—¿Capitán?

—Cuida del príncipe —le ordenó—. Asegúrate de que tenga todo lo que necesite. Cuídalo. —Era consciente de la incongruencia de sus palabras y de su agarre firme en el brazo del soldado. Cuando intentó retirar la mano, apretó con más fuerza—. Merece tu lealtad.

—Sí, capitán.

El hombre asintió con la cabeza y Damen lo observó subir las escaleras en su lugar.

Le llevó mucho tiempo terminar con sus preparativos y, después, encontró a un criado que lo llevó a sus aposentos. Tuvo que abrirse camino a través de los restos de la fiesta: había copas de vino tiradas, Rochert roncaba y algunas sillas estaban volcadas tras alguna pelea o una danza demasiado vigorosa.

Sus aposentos eran excesivos porque los verecianos eran siempre excesivos: a través de los arcos de la puerta, veía por lo menos otros dos aposentos con suelo de baldosas y cómodos divanes, típicos de Vere. Paseó la mirada por las ventanas arqueadas, por la mesa bien provista de vino y frutas y por la cama, cubierta por sedas rosas que colgaban con pliegues y eran tan largas que cubrían el suelo.

Ordenó al criado que se retirara. Las puertas se cerraron. Se sirvió una copa de vino de una jarra y se la bebió de un trago. Luego, la dejó en la mesa y se apoyó en ella.

Entonces, se llevó la mano al hombro y soltó el distintivo de capitán.

Las ventanas estaban abiertas. Era una cálida noche típica del sur. Había decoración vereciana por todas partes, desde las intrincadas celosías que cubrían las ventanas hasta las trenzas helicoidales que colgaban de las sábanas, pero aquellos fuertes fronterizos tenían algunos toques del sur; se veía en la forma de los arcos y en la disposición del espacio, abierto y sin biombos ni mamparas.

Miró el distintivo en su mano. Su período como capitán de Laurent había sido corto. Una tarde. Una noche. Durante ese tiempo, habían ganado una batalla y tomado un fuerte. Parecía una locura poco probable que ahora tuviera aquella pieza de metal dorada de bordes afilados en la mano.

Guymar era una buena elección hasta que Laurent reuniese a sus consejeros y encontrase a un nuevo capitán. Eso sería lo primero que debía hacer: consolidar su poder allí, en Ravenel. Como comandante, Laurent aún era inexperto, pero terminaría por convertirse en uno bueno. Encontraría su camino, se transformaría en rey.

Damen colocó la insignia en la mesa.

Se dirigió hasta las ventanas y miró al exterior. Veía las antorchas en las murallas, donde el azul y el dorado habían sustituido los estandartes de lord Touars.

Touars, que había dudado, fue persuadido para entrar en batalla por Guion.

En su mente había imágenes que estarían para siempre ligadas a aquella noche. Estrellas brillantes sobre las murallas. Los disfraces y la armadura de Enguerran. Un yelmo con una pluma larga y roja. Tierra, polvo, violencia y Touars, que luchó hasta que un momento lo cambió todo.

«Damianos. El Matapríncipes».

Tras él, las puertas se cerraron. Se volvió y vio a Laurent.

Sintió un vacío en el estómago. Fue un momento de conmoción y confusión: no esperaba ver al vereciano allí. Entonces todo se reanudó, y el tamaño y la opulencia de aquellos aposentos cobraron sentido: Laurent no era el intruso.

Se encararon. El príncipe dio cuatro pasos en el interior de la estancia y se detuvo; una imagen vívida vestida con un formidable traje con cordones y ajustado, con solo un adorno en el hombro que representaba su posición. Damen sintió que el corazón le latía con fuerza debido a la sorpresa, a estar en presencia de Laurent.

—Disculpad —dijo—. Vuestros criados me han traído a los aposentos equivocados.

—No ha sido así —respondió Laurent.

Hubo una breve pausa.

—Aimeric ha regresado a sus aposentos y está bajo vigilancia —informó Damen. Intentó emplear un tono normal—. No causará ningún problema más.

—No quiero hablar de Aimeric —sentenció Laurent—. Ni de mi tío.

El príncipe comenzó a acercarse. Damen era consciente de él de la misma forma que era consciente de la insignia que había retirado como una pieza de armadura descartada demasiado pronto.

—Sé que planeas partir mañana. Cruzarás la frontera y no volverás. Dilo —ordenó Laurent.

—Yo…

—Dilo.

—Partiré mañana —confirmó Damen, con tanta firmeza como pudo—. No regresaré. —Ahogó un suspiro y sintió un dolor en el pecho—. Laurent…

—No, no me importa. Partirás mañana. Pero ahora eres mío. Esta noche todavía eres mi esclavo.

Damen escuchó las palabras, pero la conmoción que sintió al notar la mano de Laurent sobre él las absorbió; un empujón hacia atrás. Sus piernas chocaron con la cama. El mundo dio un vuelco. Seda en la cama y luz rosada. Sintió la rodilla de Laurent junto a su muslo y su mano en el pecho.

—Yo… No…

—Yo creo que sí —dijo Laurent.

Su chaqueta comenzó a abrirse bajo los dedos de Laurent. Se movía con seguridad, y una parte oculta de la mente de Damen lo advirtió: un príncipe con la habilidad de un criado, mejor de lo que él había sido, como si hubiese sido enseñado.

—¿Qué hacéis? —Le tembló la voz.

—¿Qué hago? No eres muy observador.

—No pensáis con claridad —dijo Damen—. Y aunque así fuese, no hacéis nada sin una docena de motivos.

Laurent se quedó totalmente inmóvil.

—¿De verdad? Debo de querer algo —contestó con delicadeza y una ligera amargura.

—Laurent.

—Te tomas demasiadas libertades. Nunca te he dado permiso para llamarme por mi nombre.

—Alteza —respondió Damen, y las palabras se enrollaron de un modo equivocado en su boca.

Necesitaba decir: «No hagáis eso». Pero no conseguía pensar en nada más allá de Laurent, que estaba increíblemente cerca. Notaba cada centímetro que separaba sus cuerpos; la proximidad de Laurent le provocaba una sensación ilícita y palpitante. Cerró los ojos y sintió el doloroso deseo de su cuerpo.

—No creo que me queráis. Creo que solo deseáis que sienta esto.

—Pues siéntelo —dijo Laurent.

E introdujo la mano en el interior de la chaqueta abierta de Damen, más allá de su camisa, hasta su abdomen.

En aquel momento, no era posible hacer nada aparte de sentir la mano de Laurent sobre su piel. Se estremeció cuando notó su calidez por el ombligo y descendió. Era semiconsciente de las sábanas de seda arrugadas a su alrededor. Las rodillas y la otra mano de Laurent lo sujetaban como alfileres clavados en la seda. Le quitó la chaqueta y le desató la camisa. Deshizo el nudo de sus pantalones, obedientes a los dedos de Laurent, y entonces se quedó completamente desnudo.

Contempló el rostro de Laurent. Y vio, como si fuese la primera vez, la expresión en sus ojos, advirtió su respiración levemente alterada. Observó la línea tensa de su espalda; la forma consciente en que erguía el cuerpo; recordó esa línea en la torre, curvada sobre la mesa.

—Veo que estás bien proporcionado —comentó Laurent.

—Ya me habéis visto excitado antes —dijo Damen.

—Y recuerdo lo que te gusta.

Laurent aferró su miembro y recorrió la punta con el pulgar, empujándolo levemente para abajo.

Todo su cuerpo se curvó. El agarre parecía más posesivo que una caricia. Laurent se acercó más y dejó que su pulgar trazase un pequeño círculo húmedo.

—Esto te gustó también, con Ancel.

—No fue Ancel —respondió Damen. Entonces añadió con crudeza y honestidad—. Érais solo vos, y lo sabéis.

No quería pensar en Ancel. Su cuerpo se tensó como una correa demasiado tirante. Hizo lo que era natural para él, pero Laurent dijo:

—No. —No quería que lo tocase.

—Él usó la boca —contestó, casi de forma absurda, intentando desesperadamente distraer a Laurent y distraerse a sí mismo, luchando por mantenerse quieto encima de las sábanas.

—Creo que a mí no me hace falta —respondió.

El movimiento de la mano de Laurent era como el deslizar de sus palabras, como todas las discusiones frustrantes que ya habían mantenido, llenas de obstáculos. Sentía la tensión en él, tan fuerte como los latidos de su corazón. El príncipe mantuvo su mal humor previo en su interior, contenido, y lo convirtió en otra cosa.

Luchó contra esa sensación a medida que se erguía en su interior, intentando agarrarse a las sedas por encima de su cabeza. Pero la mano libre de Laurent impidió ese movimiento, empujándolo hacia abajo; lo dominaba con calidez e insistencia. Quedó atrapado de forma inesperada en su mirada y percibió, en un torbellino confuso, a Laurent completamente vestido encima de él; un príncipe con sus mejores galas y las botas engrasadas al lado de los muslos de Damen. Incluso cuando sintió que el primer temblor recorría su cuerpo, el ambiente ya había cambiado; había demasiadas cosas que los unían. De repente, tuvo la sensación de que debía desviar los ojos, que debía parar o volverse. Pero no lo conseguía. Los ojos de Laurent estaban oscurecidos, muy abiertos, y por un momento, pareció que no miraban a ninguna parte.

Sintió que el príncipe reculaba, se apartaba, se cerraba en banda; intentó, aunque sin éxito total, retirarse rápidamente y con tranquilidad.

—Adecuado —dijo Laurent.

Con la respiración jadeante, aún temblorosa por el clímax, Damen empujó hacia arriba; quería contemplar la expresión de Laurent antes de que se desvaneciera.

Damen le agarró las muñecas, sintió los huesos finos y su pulso antes de que Laurent consiguiese levantarse de la cama.

—Besadme —dijo Damen.

Su voz sonaba ronca debido al placer que ansiaba compartir. Sintió que el calor le recorría la piel. Se había erguido, de modo que su cuerpo hacía una curva y sus marcados abdominales estaban tensos. Laurent lo recorrió con la mirada instintivamente hasta encontrarse con sus ojos.

Ya había agarrado a Laurent de la muñeca antes, para protegerse de un golpe, de un cuchillazo. Lo sostuvo. Sentía la voluntad desesperada de recular. También percibía otra cosa: Laurent se mantenía apartado, como si después de terminar, no supiese qué hacer.

—Besadme —repitió.

Con los ojos oscuros, Laurent se mantenía en el sitio como si empujase una barrera; la tensión en su cuerpo aún le urgía a que huyese, y Damen notó la conmoción con todo el cuerpo cuando Laurent bajó la mirada a su boca.

Cerró los ojos cuando se dio cuenta de que Laurent iba a obedecerlo y se mantuvo inmóvil. Le besó con los labios levemente separados, como si no tuviese consciencia de lo que estaba pidiendo, y Damen le correspondió con cuidado; solo pensar en que la pasión del beso aumentaría hacía que se mareara.

Se apartó antes de que eso ocurriera, solo lo bastante para ver cómo abría los ojos. El corazón le latía con fuerza. Por un momento, aquella mirada pareció un beso, un intercambio en el cual los límites de esa intimidad se confundían. Se acercó lentamente, inclinó la mandíbula de Laurent con los dedos y lo besó con delicadeza en el cuello.

No era lo que Laurent esperaba. Sintió una leve sorpresa y la forma en que se contuvo, como si no entendiese por qué Damen quería hacer aquello, pero entonces notó el momento en que la sorpresa se transformó en algo distinto. Damen se permitió el pequeño placer de enterrar el rostro en su cuello. El pulso del príncipe vereciano se aceleró bajo sus labios.

Esa vez, cuando reculó, ninguno de los dos se apartó por completo. Alzó la otra mano para acariciarle la cara y deslizó los dedos por su cabellera, maravillado por el tacto de su pelo dorado. Entonces, agarró la cabeza de Laurent delicadamente entre las manos y le dio el beso que deseaba: largo, lento y profundo. La boca de Laurent se abrió cuando sintió la suya. Damen no consiguió contener el torrente de calor que se expandió por su cuerpo al notar la lengua de Laurent deslizándose en su boca.

Se estaban besando. Lo sintió en el cuerpo, como un temblor que no podía detener. Fue vencido por la fuerza de todo lo que quería y cerró los ojos. Pasó la mano por el cuerpo de Laurent y notó los pliegues de su chaqueta. Él estaba desnudo, mientras que Laurent estaba total e inmaculadamente vestido.

Laurent siempre tenía cuidado, desde aquel primer desnudo portentoso en los baños de palacio, de no quitarse toda la ropa delante de él. Pero recordaba su apariencia; el equilibrio arrogante de sus proporciones, la caída de agua translúcida sobre su piel blanca.

En ese momento no lo había apreciado. En palacio, no se había dado cuenta de lo raro que era que Laurent no vistiera un traje completo e impecable delante de alguien.

Ahora lo sabía. Pensó en el criado que había visto cuidando a Laurent tiempo atrás y lo poco que le había gustado.

Llevó el dedo al cordón que cerraba el cuello de la chaqueta de Laurent. Había sido entrenado para hacerlo, conocía todos los complejos nudos que existían. Una rendija se abrió y se alargó, y sus dedos ascendieron por la línea

fina de la clavícula de Laurent, que quedó a la vista. Tenía la piel tan pálida que las venas del cuello eran azules, como las vetas en el mármol, y con todas las sedas y tiendas, los toldos sombreados y los cuellos altos, su delicadeza pura había sido preservada incluso a lo largo de un mes de marcha. En comparación con su propia piel, oscurecida por el sol, que parecía marrón como una nuez.

Respiraban al unísono. Laurent estaba inmóvil. Cuando Damen le abrió la chaqueta, el príncipe arqueó el pecho por debajo de la fina camisa blanca. Las manos de Damen alisaron las líneas de la prenda y, entonces, la abrió también.

Los pezones de Laurent estaban duros y erizados. Era el primer indicio tangible de deseo, y Damen tuvo una loca sensación de gratificación. Sus ojos se dirigieron a los de Laurent.

—¿Creías que era de piedra? —preguntó el príncipe.

No consiguió detener el placer que sintió con eso.

—Nada que no queráis —contestó.

—¿Crees que no quiero?

Al ver la expresión en los ojos de Laurent, Damen lo empujó deliberadamente para atrás sobre las sábanas.

Se miraban el uno al otro. Laurent estaba tumbado de espaldas, ligeramente despeinado, con una pierna alzada y apartada hacia un lado, todavía calzando su bota inmaculada. Damen quería recorrer su pecho con la mano, sujetarle las muñecas sobre el colchón, besarlo. Cerró los ojos e invocó un esfuerzo heroico de contención. Entonces los abrió.

Laurent llevó perezosamente la mano al lugar exacto encima de su cabeza donde Damen podría haberla agarrado y lo miró a través de sus pestañas.

—Te gusta ponerte arriba, ¿no?

—Sí.

Y nunca le había gustado tanto como en aquel momento. Tener a Laurent debajo de él era embriagador. No consiguió evitar pasar la mano por su duro abdomen, por los movimientos controlados de su respiración. Llegó a la línea delicada de vello y la tocó con la punta de los dedos. Ahora, sus dedos descansaban donde la línea desaparecía por debajo de lazos simétricos. Levantó la mirada de nuevo.

De repente, Laurent lo empujó hacia atrás con un ímpetu inesperado y Damen cayó al suelo entre sus piernas; le faltaba el aliento. El príncipe apoyó la bota contra su pecho, hizo fuerza y no la quitó de su posición para

mantenerlo en el sitio; la presión que hacía con el pie era un aviso para que no se acercara.

La excitación que sintió con eso debió de reflejarse en sus ojos.

—¿Y bien? —preguntó Laurent.

Era una orden, no un aviso: de repente quedó claro lo que Laurent esperaba. Damen rodeó la pantorrilla de Laurent con una de las manos, colocó la otra en el talón de la bota y tiró de ella.

Cuando la bota cayó al suelo, junto a la cama, Laurent hizo lo mismo con el otro pie. Salió con tanta firmeza como la primera.

Veía los movimientos de la respiración de Laurent, cerca de su cadera. A pesar del tono calmo, era consciente de lo mucho que se contenía al permitir que lo tocase. La tensión aún relucía en su cuerpo, como el brillo en el filo de un cuchillo que lo cortaría si lo tocase de manera equivocada.

De repente, empezó a temblar al pensar en todo lo que quería. Los impulsos que sentía y que se contraponían lo mareaban; quería ser delicado, quería apretar con más fuerza. Se estaban besando otra vez, y Damen no podía parar de tocarlo, no conseguía impedir que sus manos se moviesen lentamente por la piel de Laurent. Durante un momento de descanso, se acariciaron y Damen lo besó de un modo más delicado, con más dulzura. Las costuras y lazos cruzados eran distintos bajo sus dedos. Introdujo el dedo entre los nudos y la tela, y sintió que el lazo se deshacía lentamente, volviéndose más largo a medida que se aproximaba al punto más alto.

Al sentir una súbita necesidad, Damen se alejó y descendió, y Laurent lo medio siguió, apoyándose sobre un brazo —sin saber con certeza, tal vez, el propósito de aquel desvío— hasta el momento en que Damen agarró la tela con los dedos y tiró de ella hasta la mitad del muslo, cada vez más abajo.

Siguió y, finalmente, le quitó los pantalones. Entonces rozó el muslo de Laurent con la mano y notó que se tensaba. Al llegar a la unión entre la pierna y la cadera, le tocó el miembro con el pulgar y sintió el pulso acelerado bajo la piel finísima. Damen se permitió experimentar lo embriagadora que le resultaba la idea de que Laurent, que siempre se contenía, deseara que sintiera su sabor salado en la boca. Lo tocó con la mano y se encontró con una textura similar a la seda caliente.

Laurent se había incorporado; la chaqueta y la camisa le colgaban de los codos y apoyaba los brazos medio restringidos detrás de la espalda.

—No te voy a recompensar.

Damen alzó los ojos.

—¿Cómo?

—No te voy a hacer eso a ti —remarcó Laurent.

—¿Es que os da miedo?

—¿Quieres que te la chupe? —preguntó Laurent con precisión—. Porque no planeo hacerlo. Si estás procediendo con expectativa de reciprocidad, entonces es mejor que sepas que…

Aquello era demasiado enrevesado para ser una conversación de cama. Damen lo escuchó, satisfecho de que no hubiera ninguna objeción real en todo aquel parloteo, y entonces lo envolvió con la boca.

A pesar de toda su aparente experiencia, Laurent reaccionó inocentemente a aquel placer. Soltó un leve sonido de sorpresa, y su cuerpo se removió en torno al lugar al cual Damen estaba dando atención. Damen lo mantuvo en el sitio, le puso las manos en las caderas y se permitió saborear los movimientos y empujones delicados e impotentes de Laurent, su sorpresa y el esfuerzo que hizo por reprimirse mientras intentaba controlar su respiración.

Él quería aquello. Quería cada reacción contenida. Era consciente de su propia excitación, casi olvidada y apretada contra las sábanas. Llegó a la cabeza y trazó círculos con la lengua, tan satisfecho con la experiencia que siguió chupando antes de bajar otra vez.

Laurent era fácilmente el amante más controlado que Damen había llevado a la cama. Los movimientos de cabeza, los gritos y los sonidos fáciles y desatados de antiguos amantes eran, en Laurent, un simple temblor o una leve alteración en la respiración. Y, aun así, Damen estaba complacido con cada reacción, con la tensión de su vientre y el leve temblor de sus muslos. Podía sentir el ciclo de reacción y represión de Laurent bajo él a medida que la pasión se acumulaba en las líneas del cuerpo de Laurent.

Lo sintió retraerse. Con el aumento de ritmo, el cuerpo de Laurent se tensó y reprimió sus respuestas. Al alzar la mirada, vio que tenía las manos cerradas en puños sobre las sábanas, los ojos cerrados y la cabeza vuelta a un lado. Laurent, en el límite del placer, contenía su clímax por pura fuerza de voluntad.

Damen se apartó y se irguió para examinarle el rostro. Su cuerpo, totalmente listo, apenas ocupaba un cuarto de su atención cuando los ojos de Laurent se abrieron.

Después de un largo momento, Laurent confesó con honestidad dolorosa:

—Yo… Me resulta difícil perder el control.

—No me digáis —replicó Damen.

Hubo una pausa prolongada. Luego, Laurent añadió:

—Quieres tomarme como un hombre toma a un niño.

—Como un hombre toma a un hombre —dijo Damen—. Quiero tener placer con vos y daros placer con mi cuerpo.

Hablaba con sinceridad y delicadeza.

—Quiero correrme dentro de vos. —Las palabras eran intensas, al igual que aquella sensación dentro de él—. Quiero que os corráis en mis brazos.

—Haces que parezca sencillo.

—Es sencillo.

Laurent apretó los dientes y la forma de su boca cambió.

—Imagino que es más sencillo ser el hombre que darse la vuelta.

—Entonces habladme de vuestro placer. ¿Creéis que simplemente voy a giraros y montaros?

Sintió que reaccionaba al oír esas palabras, y la realización se abrió paso en su interior, como algo tangible transmitido por el aire.

—¿Es eso lo que queréis? —dijo.

Las palabras se desvanecieron entre ellos. La respiración de Laurent era jadeante, tenía el rostro colorado y cerraba los ojos como si quisiese bloquear el mundo.

—Quiero… —dijo Laurent—. Quiero que sea sencillo.

—Volveos —exigió Damen.

La orden emergió de él, con un dominio bajo y delicado, lleno de certeza. Laurent volvió a cerrar los ojos, como si estuviese decidiéndose. Luego, actuó.

En un movimiento suave y experto, Laurent se dio la vuelta y ofreció a Damen la curva limpia de su espalda y de sus nalgas, que se elevaban a medida que sus muslos se separaban.

Damen no estaba preparado para eso, para verlo exhibirse de ese modo y admirar cómo estiraba su cuerpo centelleante; no era nada de lo que había pensado que Laurent haría… Deseaba estar allí, esperaba —aunque apenas se había permitido tener esa esperanza— que ambos desearan que estuviese allí, pero las palabras que había usado como preludio los habían llevado hasta allí antes de que estuviese listo. De repente, se sintió nervioso, inexperto, como no se sentía desde que tenía trece años, sin saber con certeza lo que pasaría después de ese momento y deseando ser digno de él.

Llevó la mano delicadamente hasta el costado de Laurent y su respiración se volvió irregular. Podía sentir la incomodidad que recorría el cuerpo de Laurent.

—Estáis muy tenso. ¿Seguro que ya habéis hecho esto antes?

—Sí —dijo Laurent. La afirmación sonó extraña.

—Esto —insistió Damen, posando la mano donde dejaba claro a lo que se refería.

—Sí —repitió.

—Pero… No fue…

—¿Quieres dejar de hablar de eso?

Las palabras salieron con dificultad. Damen rozaba la espalda de Laurent con la mano, y le acariciaba y besaba la nuca, con la cabeza inclinada sobre ella, pero alzó la cabeza cuando oyó su petición. Delicadamente pero con firmeza, giró a Laurent y lo miró.

Expuesto debajo de él, estaba colorado y tenía la respiración entrecortada. En sus ojos relucientes había una irritación desesperada que ocultaba algo más. Aun así, la excitación evidente de Laurent era caliente y dura, como lo había estado en su boca. A pesar de toda esa tensión nerviosa y bizarra, Laurent estaba indiscutiblemente ávido de contacto físico. Damen buscó sus ojos azules.

—Sois muy terco, ¿no? —dijo Damen con delicadeza mientras le acariciaba el rostro con el pulgar.

—Fóllame —ordenó.

—Quiero hacerlo —respondió—. ¿Me dejaréis?

Habló en voz baja y esperó mientras Laurent cerraba los ojos de nuevo y tensaba la mandíbula. La idea de ser follado lo había dejado claramente enloquecido, pero el deseo competía con algún tipo de rebuscada objeción mental que, según creía Damen, precisaba ser dispensada.

—Te estoy dejando —dijo Laurent, haciendo un esfuerzo por hablar—. ¿Quieres hacerlo ya?

Sus ojos se abrieron y se encontraron con los de Damen, y esa vez fue él quien esperó, con el rostro colorado ante el silencio que provocaron sus palabras. En la mirada de Laurent, la impaciencia y la tensión se sobreponían a algo inesperadamente joven y vulnerable. El corazón de Damen parecía expuesto, fuera del pecho.

Deslizó la mano por todo el brazo de Laurent hasta donde estaba estirado encima de su cabeza y, después de agarrarle la mano, la giró y apretó la palma contra la suya.

El beso fue lento y deliberado. Podía sentir el leve estremecimiento del cuerpo de Laurent mientras su boca se abría. Le temblaba la mano. Se apartó lo justo y necesario para mirar de nuevo a Laurent, buscando consentimiento. Lo encontró, junto con uno nuevo destello de tensión. La tensión, entendió él,

era parte de aquello. Entonces sintió que Laurent apretaba un frasco de cristal en la mano.

Respirar resultaba difícil. No podía mirar a nada excepto a Laurent, los dos allí, sin nada entre ellos, y Laurent permitiéndolo. Lo penetró con un dedo. Estaba muy apretado. Lo movió adelante y atrás, despacio. Observó el rostro de Laurent, el leve rubor, los pequeños cambios en su expresión, sus ojos grandes y oscuros. Era intensamente privado. La piel de Damen parecía demasiado caliente, demasiado tensa. Lo que había imaginado que podría pasar en la cama con Laurent no había pasado de una ternura sufrida, que ahora encontraba expresión física. La realidad era diferente; Laurent era diferente. Nunca creyó que podría ser de aquel modo, delicado, silencioso y extremadamente personal.

Sintió el calor del aceite, los movimientos pequeños e impotentes de Laurent y la sensación imposible de su cuerpo comenzando a abrirse. Creyó que Laurent podría oír los latidos desbocados de su corazón. Ahora se estaban besando, con besos lentos e íntimos. Sus cuerpos estaban completamente alineados, y los brazos de Laurent le envolvían el cuello. Damen pasó el brazo libre por debajo de él y acarició con la mano las curvas tensas de su espalda. Notó que estiraba una pierna, el roce de la parte interna y caliente del muslo de Laurent, la presión del talón en su espalda.

Creyó que podía hacerlo de esa forma, seducir a Laurent con la boca y las manos, darle eso. Damen sintió presión en sus dedos resbaladizos y calientes. Era imposible que pudiese introducirse en él, aunque no podía dejar de pensar en ello. Cerró los ojos y acarició el sitio donde debían entrelazarse, encajarse.

—Necesito entrar en vos —declaró, y su voz sonó ronca por el deseo y el esfuerzo de la contención.

Laurent se tensó todavía más, y advirtió que intentaba relajarse cuando respondió:

—Sí.

La emoción le invadió pecho. Tenía permiso para hacerlo. Todo roce de piel contra piel parecía demasiado íntimo y sensual, aunque así se sentirían más cercanos. Laurent iba a dejar que lo penetrase. «Dentro de él». El pensamiento volvió a él una vez más. Estaba pasando, y él no conseguía pensar en nada que no fuera introducirse lentamente en su cuerpo.

Laurent soltó un grito, y su mundo se transformó en una serie de impresiones fragmentadas. Cuando la cabeza del miembro de Damen penetró su resbaladizo calor, la respuesta de Laurent fue simultánea: un temblor, el

movimiento de sus bíceps, su rostro colorado, su cabello rubio medio alborotado.

«Sois mío», quería decirle, pero no podía. Laurent no le pertenecía; aquello era algo que solo podría tener una vez.

Le dolía el pecho. Cerró los ojos y se obligó a sentir aquellas embestidas lentas y cortas; todo lo que podía permitirse era aquel vaivén, su única excusa frente al instinto de entrar hasta el fondo, más hondo de lo que jamás había estado. Quería quedarse en el interior de Laurent y aferrarse a él para siempre.

—Laurent —susurró mientras se hacía pedazos.

«Para conseguir lo que queréis, tenéis que saber exactamente a cuánto estáis dispuesto a renunciar».

Nunca quiso tanto algo ni lo tuvo en las manos sabiendo que al día siguiente ya no estaría allí, que lo cambiaría por los peñascos altos de Ios y el futuro incierto que lo esperaba al otro lado de la frontera; por la oportunidad de alzarse ante su hermano y pedirle todas las respuestas que ya no parecían tan importantes. Era un reino o eso.

«Más hondo», era el impulso arrollador, pero luchó contra él. Luchó para contenerse, aunque su cuerpo estuviese encontrando su propio ritmo, sus brazos envolvieran el pecho de Laurent y sus labios encontraran su cuello. Deseaba con los ojos cerrados tenerlo lo más cerca posible.

—Laurent —repitió.

Estaba completamente dentro; cada movimiento lo acercaba a un final latente y, aun así, quería enterrarse todavía más en él.

Todo el peso de su cuerpo estaba sobre Laurent, todo su miembro se movía dentro de él, y percibía aquello con todos los sentidos: el sonido confuso que hizo Laurent, nuevo y dulcemente articulado, el rubor de su rostro, la leve inclinación de su cabeza. La visión y el sonido se mezclaban con la presión caliente del interior del cuerpo de Laurent, con su pulso y el temblor de sus músculos.

Tuvo una visión repentina y arrolladora de cómo podría ser aquello si ese fuese un mundo en el que tuviesen tiempo. No habría prisa ni punto final, solo una delicada sucesión de días juntos, haciendo el amor lentamente durante mucho tiempo y pasando horas dentro de él.

—No puedo… Necesito… —dijo en su idioma.

A lo lejos, oyó a Laurent responder en vereciano. Sintió los temblores pulsantes de su cuerpo y el primer hilillo húmedo y caliente como la sangre. Laurent se corrió debajo de él, y Damen intentó disfrutar de todo aquello,

aferrarse al momento, pero su cuerpo estaba demasiado cerca de la liberación, hizo lo que Laurent le pidió con voz entrecortada y se dejó llevar dentro de él.

Capítulo veinte

DE VEZ EN CUANDO, Laurent se movía contra él sin despertarse.

Damen estaba tumbado a su lado. Sentía su calor, su cabello dorado y sedoso en el cuello, el ligero peso de Laurent en las zonas donde sus cuerpos se tocaban.

Fuera, se llevaba a cabo el cambio de turno en las murallas, y los criados estaban despiertos, cuidando de los fuegos y moviendo ollas. Fuera, el día y la actividad estaban empezando: centinelas, hosteleros y hombres se levantaban y se armaban para luchar. Oyó el grito distante de un saludo en algún patio; más cerca, escuchó el sonido de una puerta al cerrarse de golpe.

«Solo un ratito más», pensó, y podría haber sido un deseo mundano de dormitar en la cama si no fuese por el dolor en su pecho. Sentía el paso del tiempo como una presión creciente; era consciente de cada momento porque era uno menos que le quedaba.

Durmiendo al lado de Damen, se reveló un nuevo aspecto físico de Laurent: la cintura firme, el torso musculoso de un espadachín, el ángulo expuesto de su nuez. Parecía lo que era: un joven. Cuando llevaba sus ropas puestas, la gracia peligrosa de Laurent le dotaba de un aspecto casi andrógino, aunque tal vez sería más preciso decir que era raro asociarlo con un cuerpo físico: siempre lidiabas con una mente. Incluso cuando luchaba en una batalla, cuando montaba en su caballo para realizar algún hecho imposible, el cuerpo estaba bajo el control de la mente.

Ahora, Damen conocía su cuerpo. Conocía la sorpresa que una atención amable podía obtener de él, su confianza prejuiciosa y peligrosa… sus dudas delicadas y tiernas. Sabía cómo hacía el amor, una combinación de conocimiento explícito y reticencias casi tímidas.

Al removerse de forma soñolienta, se acercó un poco más e hizo un sonido leve e involuntario de placer que Damen recordaría el resto de su vida.

Entonces comenzó a parpadear, aún adormilado, y Damen observó cómo tomaba consciencia del ambiente y de despertar en sus brazos.

No sabía cómo sería, pero cuando vio quién estaba a su lado, sonrió; una expresión un poco tímida, pero completamente auténtica. Damen, que no se lo esperaba, sintió el doloroso latido de su corazón. Nunca pensó que Laurent pudiese mirar a alguien de ese modo.

—Ya es de día —dijo Laurent—. ¿Nos hemos dormido?

—Sí —respondió.

Se miraron el uno al otro. Damen se mantuvo inmóvil mientras el otro extendía la mano y le tocaba el pecho. A pesar del sol naciente, comenzaron a besarse; besos lentos y extraordinarios, con un maravilloso movimiento de manos y las piernas entrelazadas. Ignoró las emociones que lo embargaban y cerró los ojos.

—Tu disposición se parece mucho a la de anoche.

Damen se vio diciendo:

—Habláis igual en la cama. —Las palabras salieron como se sentía: completamente encantado.

—¿Se te ocurre un modo mejor de decirlo?

—Os deseo —respondió Damen.

—Me tuviste —dijo—. Dos veces. Todavía puedo sentir…

Laurent se movió un poco. Damen enterró el rostro en su cuello y gruñó; también soltó una risa, y el pecho le dolía por la felicidad que lo llenaba.

—Parad con eso. No seréis capaz de andar —dijo.

—Agradecería tener la posibilidad de andar —contestó Laurent—. En lugar de eso, tengo que montar a caballo.

—¿Estáis…? Yo intenté… Yo nunca…

—Me gusta la sensación —respondió—. Me gustó lo que sentí. Eres un amante generoso y atento, y siento… —Calló y soltó una risotada temblorosa al oírse—. Es como si toda la tribu vaskiana estuviera dentro del cuerpo de una persona. Imagino que es siempre así, ¿no?

—No —dijo Damen—. Nunca… —«Nunca es así». La idea de que Laurent encontrase aquello con otra persona lo atormentaba.

—¿Eso traiciona mi experiencia? Conoces mi reputación. Una vez cada diez años.

—No puedo… —contestó—. No puedo tener esto solo una noche.

—Una noche y una mañana —respondió Laurent.

Y, esa vez, Damen fue quien acabó tumbado de espaldas sobre la cama.

Se adormeció cuando amanecía y despertó en una cama vacía.

La conmoción por haberse quedado dormido y la ansiedad que le provocaba saber que su tiempo había acabado hicieron que se levantase. Unos criados irrumpieron en el cuarto, abriendo puertas y llevando a cabo diferentes actividades, retirando las velas quemadas y los recipientes vacíos donde se habían quemado aceites aromáticos.

Miró instintivamente la posición del sol a través de la ventana: era mediodía. Había dormitado una hora más y quedaba muy poco tiempo.

—¿Dónde está Laurent?

Un criado se acercó a la cama.

—Debe marcharse de Ravenel. Lo escoltarán directamente hasta la frontera.

—¿Escoltado?

—Debe levantarse y prepararse. Le quitarán el collar y las esposas. Entonces, dejará el fuerte.

—¿Dónde está? —preguntó otra vez.

—El príncipe está ocupado con otros asuntos. Debe partir antes de su regreso.

Se sintió inseguro. Entendió que lo que había perdido mientras dormía no era su tiempo, sino los últimos momentos con Laurent, el último beso, la despedida final. Laurent no estaba allí porque había decidido no estar. Y, cuando pensó en el adiós, era un silencio creciente lleno de todas las cosas que no podría decir.

Entonces, se levantó. Lo bañaron y lo vistieron. Le pusieron una chaqueta y, cuando terminaron, los criados ya habían arreglado el cuarto: habían recogido pieza por pieza las ropas que se habían quitado la noche anterior, las botas esparcidas, la camisa arrugada y la chaqueta, una confusión de lazos… y habían hecho la cama.

Era necesario un herrero para retirar el collar.

Era un hombre llamado Guerin, con el pelo liso oscuro pegado a la cabeza como un gorro fino. Se encontró con Damen en un barracón, y se lo quitó sin observadores ni ceremonias.

Era una construcción polvorienta con un banco de piedra y un surtido de herramientas de herrero traídas de la forja. Miró la pequeña estancia y se dijo a sí mismo que no faltaba nada. Si hubiese partido en secreto como había planeado, aquello se habría hecho con la misma discreción por un herrero al otro lado de la frontera.

El collar salió primero y, cuando Guerin se lo retiró del cuello, se sintió más ligero; ya podía estirar la espalda y relajar los hombros.

Como una mentira, rompiéndose y escurriéndose de él.

Miró el brillo del oro cuando Guerin lo colocó, cortado por la mitad, en el banco de trabajo. Eran esposas verecianas. En la curva del metal estaba toda la humillación de su tiempo en ese país, toda la frustración por el confinamiento vereciano, todo el deshonor de un akielense sirviendo a un amo vereciano.

Excepto que el collar se lo había colocado Kastor, y era Laurent quien lo estaba liberando.

Estaba hecho de oro akielense; se acercó a él y lo tocó. Aún estaba caliente por el tacto de la piel de su cuello, como si fuese parte de él. No sabía por qué eso debería perturbarlo. Sus dedos rozaron la superficie y encontraron la marca, el surco profundo donde lord Touars había intentado clavar la espada en su cuello y, en lugar de eso, había alcanzado el anillo de oro.

Se apartó y tendió la muñeca derecha a Guerin. El cierre del collar había sido un asunto sencillo para un herrero, pero las esposas tenían que ser arrancadas con un cincel y un mazo.

Había llegado a aquel fuerte como esclavo, y lo dejaría como Damianos de Akielos. Era como mudar de piel y descubrir lo que había debajo. La primera esposa se abrió bajo los rítmicos golpes de Guerin y se enfrentó a su nuevo yo; ya no era el príncipe obstinado que había sido en Akielos. El hombre que era en su país jamás serviría a un amo vereciano ni lucharía al lado de verecianos por su causa.

Jamás habría conocido a Laurent como era realmente; nunca le habría ofrecido su lealtad ni habría tenido su confianza al alcance de la mano por un instante.

El herrero se movió para arrancar el oro de su muñeca izquierda, pero él apartó la mano.

—No —dijo de repente—. Deja esa ahí.

Guerin se encogió de hombros, se volvió y, con movimientos impersonales, tiró el collar y los pedazos de la esposa en un paño y los envolvió antes de entregárselos a Damen, que cogió la bolsa improvisada. El peso era sorprendente.

—El oro es tuyo —dijo Guerin.

—¿Un regalo? —respondió como lo habría hecho con Laurent.

—El príncipe no lo necesita —contestó.

Su escolta llegó.

Eran seis hombres y, uno de ellos, ya montado, era Jord, que lo miró a los ojos y dijo:

—Has mantenido tu palabra.

Le estaban acercando su caballo. No solo era un caballo de montura, sino también uno de carga, con una espada, ropa y suministros. «¿Hay algo que quieras?», le había preguntado Laurent una vez. Se preguntó qué regalo de despedida vereciano ornamentado podría estar escondido en uno de aquellos fardos, y supo instintivamente que no había ninguno. Él había afirmado desde el principio que solo quería su libertad, y eso fue exactamente lo que obtuvo.

—Siempre pensé en marcharme —dijo.

Se subió a la silla. Sus ojos se posaron en el gran patio del fuerte, en los grandes portones y en la plataforma con sus bajos y largos escalones. Se acordó de su llegada, de la recepción fría de lord Touars, de la sensación de estar en el interior de un fuerte vereciano por primera vez. Vio a los hombres del portón en sus puestos y a un soldado haciendo de sus tareas. Sintió que Jord se acercaba y se detenía a su lado.

—Ha salido a cabalgar —explicó Jord—. Era su costumbre en palacio cuando necesitaba aclarar sus ideas. No le gustan las despedidas.

—No —convino Damen.

Hizo ademán de partir, pero Jord le agarró las riendas.

—Espera. —Lo detuvo—. Quería decir… Gracias. Por defender a Aimeric.

—No lo hice por Aimeric —afirmó.

Jord asintió con la cabeza. Luego, añadió:

—Cuando los hombres supieron que te ibas, quisieron… quisimos despedirnos. Aún hay tiempo —le aseguró.

Hizo un gesto y algunos hombres salieron al enorme patio; eran los hombres del príncipe y, bajo el sol cada vez más alto, se formaron delante de la plataforma. Damen miró las filas perfectas y dejó escapar un suspiro que reflejaba sorpresa y cierta emoción. Todas las correas estaban engrasadas, todas las armaduras brillaban. Dejó que sus ojos vagaran por cada uno de los rostros; luego, se volvió hacia el patio más amplio, donde hombres y mujeres del fuerte se estaban reuniendo por curiosidad. Laurent no estaba allí, y eso le afectó sobremanera.

Lazar dio un paso al frente y dijo:

—Capitán, ha sido un honor servir a su lado.

«Ha sido un honor servir a su lado». Las palabras resonaron en su mente.

—No —contestó—. El honor ha sido mío.

Entonces, se produjo una agitación repentina que provenía del portón bajo, y un caballero entró en el patio: era Laurent.

No estaba allí por un cambio de opinión a última hora. Damen solo tuvo que mirarlo para saber que su intención era estar fuera hasta que se hubiese ido, y no estaba complacido por haber sido forzado a volver antes.

Vestía su ropa de cuero de montar. La llevaba tan tirante como las cadenas del portón levadizo; ni una correa fuera de sitio, ni siquiera después de la larga cabalgada. Estaba sentado con la espalda recta. Su caballo, con el cuello curvado bajo la tensa rienda, todavía resoplaba por las narinas debido a la cabalgada. Lanzó una única mirada fría a Damen desde el otro lado del patio antes de proseguir con el caballo.

Entonces, Damen vio por qué estaba allí.

Primero oyó la actividad en las murallas, los gritos que resonaron por las filas; luego, desde lo alto del caballo, vio el ondeante estandarte que daba la señal. Aquellas eran sus alertas, y sabía lo que se acercaba mientras Laurent alzaba la mano y hacía su propia señal, aceptando la solicitud de entrada.

La enorme maquinaria de los portones comenzó a girar. Los engranajes opresivos y la madera oscura rechinaron y cobraron vida debido a los cabrestantes y a la fuerza de los músculos humanos.

Acompañó el movimiento con un grito:

—¡Abrid los portones!

Laurent no desmontó, pero dirigió al caballo hacia la base de la plataforma para ver lo que avanzaba hacia ellos.

Se adentraron en el patio como una oleada roja. Los estandartes eran rojos, así como los uniformes, y las banderas, el metal pulido y las armaduras tenían tonos dorados, blancos y rojos. El sonido de las trompetas parecía el de los clarines, y los emisarios del regente entraron en Ravenel con toda la panoplia.

Los soldados reunidos se apartaron, y un espacio se abrió entre Laurent y los hombres de su tío, de modo que hicieron un pasillo cada vez más largo de adoquines vacío, con observadores a ambos lados.

Se instauró el silencio. El caballo de Damen se agitó, y luego se quedó quieto. En los rostros de los hombres de Laurent se reflejaba la hostilidad que la Regencia siempre había suscitado, ahora aumentada. Las reacciones de los habitantes del fuerte eran más variadas: sorpresa, neutralidad cuidadosa, curiosidad devoradora.

Había veinticinco hombres del regente: un mensajero y dos docenas de soldados. Laurent, situado ante ellos sobre el caballo, estaba solo.

Debía de haber visto al grupo que se acercaba cuando estaba fuera, y probablemente se había apresurado para llegar antes que ellos al fuerte. Y había decidido recibirlos así, como un joven a caballo, en lugar de en lo alto de aquellos escalones como un aristócrata al mando de su fuerte. No se parecía en nada a lord Touars, que los había saludado con todo su cortejo dispuesto en formación reprobadora sobre la plataforma. Al contrario que la pompa del emisario del regente, Laurent era un caballero solitario vestido de manera informal. Aunque, en realidad, nunca había necesitado nada aparte del pelo para identificarlo.

—El rey de Vere os envía un mensaje —informó el mensajero.

Su voz, entrenada para transmitir, podía ser oída en todo el patio por cada uno de los hombres y mujeres allí reunidos.

—El falso príncipe ha tramado una conspiración traicionera con Akielos, en la que entregó aldeas verecianas a la masacre y mató a señores de la frontera vereciana. Él está, por lo tanto, expulsado de la línea de sucesión y ha sido acusado de traición contra su propio pueblo. Cualquier autoridad que haya reivindicado sobre las tierras de Vere o el protectorado de Acquitart es inválida. La recompensa por su entrega a la justicia es generosa y será entregada tan rápidamente como el castigo contra cualquier hombre que le dé abrigo. Órdenes del rey.

Se hizo el silencio en el patio. Nadie habló.

—Pero no hay rey en Vere —expuso Laurent; su voz también transmitía—. El rey, mi padre, está muerto. —Luego, añadió—: Di el nombre del hombre que profana su título.

—El rey —dijo el mensajero—. Vuestro tío.

—Mi tío insulta a la familia. Usa un título que pertenece a mi padre, que debería haber pasado a mi hermano y que ahora corre por mis venas. ¿Crees que voy a aceptar este insulto?

El mensajero volvió a hablar de forma rutinaria:

—El rey es un hombre honrado. Os ofrece una oportunidad para librar una batalla honesta. Si la sangre de vuestro hermano corre realmente por vuestras venas, lo encontraréis en el campo de Charcy dentro de tres días. Allí, Su Alteza podrá intentar vencer con sus tropas patrenses a los buenos hombres verecianos.

—Lucharé contra él, pero no en el lugar ni la hora de su elección.

—¿Esa es vuestra respuesta final?

—Sí.

—En ese caso, hay un mensaje personal de tío a sobrino.

El mensajero hizo una señal con la cabeza al soldado que había a su izquierda, que soltó de su silla una bolsa de tela sucia y manchada de sangre.

Damen sintió que se le revolvía el estómago cuando el soldado alzó la bolsa y el mensajero dijo:

—Este imploró por vos. Intentó defender el bando equivocado. Sufrió el destino de cualquier hombre que se alíe con el falso príncipe contra el rey.

El soldado sacó la cabeza decapitada de la bolsa.

Habían sido quince días de marcha bajo un clima caluroso. La piel había perdido todo el frescor que la juventud le había prestado. Los ojos azules, su mejor atractivo, habían desaparecido. Pero el pelo castaño enmarañado estaba adornado con perlas que parecían estrellas y, a juzgar por la forma del rostro, era evidente que había sido bello.

Damen recordó cuando el chico le clavó un tenedor en el muslo y cuando insultó a Laurent, recordó sus ojos azules brillando de injuria. Se acordó de él, solo y desconfiado en el pasillo, envuelto en sábanas; un chico al borde de la adolescencia, recelándola, temiéndola.

«No le digas que he venido», había dicho.

Siempre, desde el principio, tuvieron una afinidad extraña. «Este imploró por vos». Tal vez con eso hubiese agotado su moneda de cambio con el regente, sin percibir lo poco que le quedaba.

Nadie sabría si su belleza sobreviviría a la adolescencia, pues Nicaise nunca llegaría a los quince años.

Bajo la deslumbrante luz del patio, Damen vio que Laurent reaccionaba y, al mismo tiempo, se obligaba a no hacerlo. Laurent espoleó a su caballo, que se movió de forma brusca y nerviosa antes de que lo controlara con mano firme.

El mensajero aún sostenía su repulsivo trofeo. No sabía que debía huir al ver la expresión en los ojos de Laurent.

—Mi tío ha matado a su Catamito —dijo Laurent—. Para darnos un mensaje. ¿Y cuál es ese mensaje? —Su voz resonó—. ¿Que no se puede confiar en su palabra? ¿Que hasta los niños en su cama ven lo falso que es su reclamo del trono? ¿O que su poder es tan frágil que teme las palabras de un crío ramero comprado? Que vaya a Charcy con sus razones. Allí me encontrará y, con todo el poder de mi reino, lo expulsaré a la fuerza del campo de batalla. Y si quieres un mensaje personal —añadió—, puedes decirle a mi tío asesino de niños que puede cortarles la cabeza a todos los

críos de aquí a la capital. Eso no lo convertirá en rey, solo significará que no le quedará nadie con quien follar.

Laurent hizo girar a su montura y se topó con Damen mientras los dispensados emisarios del regente partían y los hombres y mujeres del patio se dispersaban, alterados por la impresión de lo que habían visto y oído.

Se encararon por un momento, y la mirada de Laurent era tan gélida habría dado un paso atrás si hubiera estado de pie. Tenía las manos tensas alrededor de las riendas, con los nudillos posiblemente blancos bajo los guantes. Sintió un nudo en el pecho.

—Ya no eres bienvenido aquí —espetó Laurent.

—No hagáis esto. Si partís para enfrentar a vuestro tío sin estar preparado, perderéis todo aquello por lo que habéis luchado.

—Pero estaré preparado. El joven y bello Aimeric dirá todo lo que sabe y, después de arrancarle hasta la última palabra, tal vez le mande lo que quede a mi tío.

Damen abrió la boca para hablar, pero Laurent lo interrumpió con una orden brusca a su escolta:

—Os he dicho que lo sacaseis de aquí.

Y espoleó el caballo, pasó por su lado y subió los escalones de la plataforma, donde desmontó con un movimiento fluido y siguió en dirección a los aposentos de Aimeric.

Damen se encontró de frente con Jord. No necesitó mirar arriba para ver la posición del sol.

—Voy a detenerlo —dijo Damen—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Es mediodía —respondió Jord. Tenía la voz áspera, como si le hubiesen magullado la garganta.

—Me necesita —replicó—. No me importa que se lo cuentes al mundo.

Dejó atrás a Jord con su caballo y subió a la plataforma.

Desmontando como Laurent había hecho, tiró las riendas a un soldado cercano y lo siguió al interior del fuerte, subiendo la escalera hasta el segundo piso de dos en dos. Los guardias de Aimeric le cedieron el paso sin cuestionarlo, y la puerta ya estaba abierta.

Se detuvo bruscamente tras entrar en una zancada.

Los aposentos, como era de esperar, eran bonitos. Aimeric no era un soldado, sino un aristócrata. Era el cuarto hijo de uno de los señores de la frontera vereciana más poderosos, y sus aposentos reflejaban su posición. Había una cama, un diván, azulejos decorados, una ventana alta con arco y un segundo asiento bajo esta, cubierto de cojines. Había una mesa al otro lado

del cuarto y Aimeric había recibido comida, vino, papel y tinta. Le habían dado incluso una muda de ropa. Era una disposición cuidadosa. Sentado en la mesa, no vestía más que la camisa sucia que había usado por debajo de la armadura. Estaba trajeado como un cortesano; había tomado un baño y su pelo parecía limpio.

Laurent estaba inmóvil a dos pasos de él y tenía el cuerpo rígido.

Damen avanzó hasta llegar a su lado. Fue el único movimiento en la habitación silenciosa. Sin prestar mucha atención, percibió algunos detalles: el panel de cristal roto en la esquina inferior izquierda de la ventana, el refrigerio de la noche anterior sin tocar en el plato y la cama hecha.

En la torre, Laurent había pegado a Aimeric en el lado derecho del rostro, pero tenía la cabeza despeinada apoyada en el brazo y se cubría la cara, de modo que todo lo que Damen veía estaba intacto. No se veía el ojo hinchado, solo la línea ilesa del perfil de Aimeric y un trozo del cristal de la ventana rota caído al lado de su mano extendida.

La sangre le había empapado la manga y había encharcado la mesa y el suelo de losetas, pero no era de ahora. Estaba así desde hacía horas, el tiempo suficiente para que la sangre se oscureciera, para que sus movimientos cesasen y la quietud se extendiera por el cuarto hasta que quedara tan inmóvil como Laurent, que lo miraba con ojos cegados.

Había estado escribiendo; el papel no estaba lejos de la punta de sus dedos y Damen veía las palabras que había escrito. No debería sorprenderle que tuviese una letra bonita; siempre se había esforzado para desempeñar bien sus obligaciones. En la marcha, se agotaba hasta caer para acompañar a los hombres más fuertes.

«Un cuarto hijo», pensó Damen, «esperando a que alguien lo notase». Cuando no intentaba agradar, cuestionaba la autoridad, como si la atención negativa pudiese sustituir la aprobación que buscaba… y que había recibido una vez por parte del tío de Laurent.

«Lo siento mucho, Jord».

Esas fueron las últimas palabras que cualquiera tendría de él. Se había suicidado.

Capítulo veintiuno

EL CUARTO DONDE YACÍA Aimeric estaba silencioso. Lo habían llevado de su *suite* a una pequeña celda, donde descansaba sobre un banco de piedra con el cuerpo cubierto por delicado lino. «Diecinueve años», pensó Damen en silencio.

Fuera, Ravenel se estaba preparando para la guerra.

Era una espartería que tomaba todo el fuerte, de la armería a los almacenes. Todo había comenzado cuando Laurent se había dado la vuelta en la maltrecha mesa y había dicho:

—Preparad los caballos. Nos vamos a Charcy. —Se había quitado la mano de Damen del hombro cuando trató de detenerlo.

Damen había intentado acompañarlo, pero se lo habían impedido. Laurent se había pasado una hora dando órdenes, y no había conseguido acercarse. Después de eso, Larent se había retirado a sus aposentos, cerrando las puertas con firmeza a su espalda.

Cuando un criado llegó a la entrada, Damen lo detuvo con su cuerpo.

—No —dijo—. Nadie entra.

Había apostado una guardia de dos hombres en la puerta con esas mismas órdenes y había despejado la zona, como había hecho una vez en la torre. Cuando estaba seguro de que Laurent tenía suficiente privacidad, salió para aprender todo lo que pudiese de Charcy. Lo que descubrió le hizo un nudo en la garganta.

Situada entre Fortaine y las rutas comerciales del norte, Charcy estaba perfectamente posicionada para que dos fuerzas emboscasen a una tercera. Había una razón para que el regente intentara hacer que Laurent saliese de su fuerte: Charcy era una trampa mortal.

Damen había apartado los mapas, frustrado. Eso había sido dos horas atrás.

Ahora estaba en la quietud de aquel cuartito, semejante a la celda de piedra gruesa que abrigaba a Aimeric. Dirigió la mirada hacia Jord, que lo había llamado.

—Eres su amante —dijo Jord.

—Lo era. —Le debía la verdad—. Nosotros… fue la primera vez. Anoche.

—Entonces se lo has contado.

No respondió, y el silencio habló por él. Jord soltó un suspiro y, luego, Damen habló:

—Yo no soy Aimeric.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo te sentirías al descubrir que has servido al asesino de tu hermano? —Jord echó un vistazo al pequeño aposento. Miró al lugar donde yacía Aimeric—. Creo que la sensación sería esta.

De repente, el recuerdo de unas palabras le vino a la cabeza. «No me importa. Esta noche todavía eres mi esclavo». Damen cerró los ojos con fuerza.

—Yo no era Damianos anoche. Solo era…

—¿Solo eras un hombre? —interrumpió Jord—. ¿Crees que Aimeric pensaba eso? ¿Que había dos de ellos? Porque no los había. Siempre ha habido uno, y mira lo que le pasó.

Damen permaneció en silencio. Entonces, dijo:

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —respondió Jord.

—¿Vas a dejar de servirle?

Esa vez fue él quien se quedó callado.

—Alguien tiene que decirle a Laurent que no se enfrente a las tropas de su tío en Charcy.

—¿Crees que me va a escuchar? —replicó con amargura.

—No —negó Damen. Pensó en aquellas puertas cerradas y habló con total honestidad—. Creo que no va a escuchar a nadie.

Se detuvo delante de las puertas dobles y de los dos soldados que la flanqueaban, y miró los pesados paneles de madera, definitivamente cerrados.

Había puesto a aquellos soldados allí para prohibir el paso a los hombres que buscasen a Laurent por alguna razón, ya fuera trivial o no, porque cuando quería estar solo nadie debería sufrir las consecuencias de interrumpirlo.

El soldado más alto se dirigió a él:

—Comandante, nadie ha entrado en su ausencia. —Los ojos de Damen se posaron de nuevo en las puertas.

—Bien —dijo. Luego, las abrió.

Dentro, los aposentos estaban como los recordaba, limpios y reorganizados; incluso la mesa estaba reabastecida, con platos de fruta y jarras de agua y vino. Cuando las puertas se cerraron tras él, los sonidos distantes de los preparativos en el patio aún se podían oír. Se detuvo en medio del cuarto.

Laurent se había quitado la ropa de cuero de montería y había vuelto a la formalidad severa de sus trajes de príncipe, con las ropas bien atadas del cuello a la punta de los pies. Estaba de pie junto a la ventana, con una de las manos sobre la piedra de la pared y los dedos curvados como si sostuviera algo en el puño. Su mirada estaba fija en la actividad del patio, donde el fuerte se estaba preparando para la guerra por órdenes suyas. Habló sin volverse.

—¿Has venido a despedirte? —preguntó Laurent.

Se hizo el silencio y Laurent se dio la vuelta. Damen lo miró.

—Lo siento mucho. Sé lo que Nicaise significaba para vos.

—Era el prostituto de mi tío —respondió Laurent.

—Era más que eso. Lo considerabais…

—¿Un hermano? —lo interrumpió—. Tengo una suerte pésima con ellos. Espero que no estés aquí para una ridícula demostración de sentimentalismo. Te echaré de aquí.

Se produjo un largo silencio. No dejaron de mirarse.

—¿Sentimentalismo? No. Yo no esperaría eso —contestó. Les llegaban órdenes y sonidos de metal de fuera—. Como os habéis quedado sin capitán para aconsejaros, estoy aquí para deciros que no podéis ir a Charcy.

—Tengo capitán. He nombrado a Enguerran. ¿Eso es todo? Mañana llegarán refuerzos y llevaré a mis hombres. —Se dirigió hacia la mesa; la dispensa estaba clara en su voz.

—Entonces los matareis como matasteis a Nicaise —respondió Damen—. Lo haréis al arrastrarlos a esa tentativa infantil de llamar la atención de vuestro tío que vos llamáis lucha.

—Sal —ordenó. Se había puesto pálido.

—¿Os resulta difícil oír la verdad?

—He dicho que te vayas.

—¿O es que marcháis a Charcy por alguna otra razón?

—Estoy luchando por mi trono.

—¿Es eso lo que creéis? Engañasteis a los hombres y les hicisteis creer eso. Pero a mí no. Porque lo que os traéis entre manos vuestro tío y vos no es una pelea, ¿verdad?

—Puedo asegurarte que lo es —contestó Laurent con la mano izquierda inconscientemente cerrada en un puño.

—En una lucha, intentas derrotar a tu adversario, no corres a hacer lo que él quiere. Esto es sobre algo más que Charcy. Nunca hicisteis un solo movimiento contra vuestro tío y dejasteis que escogiese el terreno, que determinase las reglas. Le seguís los juegos como si quisieseis demostrar que podéis hacerlo, como si intentaseis impresionarlo. ¿Es eso?

Damen se acercó más.

—¿Necesitáis derrotarlo en su propio juego? ¿Queréis que os vea hacerlo? ¿A costa de vuestra posición y de la vida de vuestros hombres? ¿Tan desesperado estáis por su atención?

Damen examinó a Laurent de arriba abajo.

—Bueno, ya la tenéis. Felicidades. Seguro que os habrá encantado que vuestro tío estuviera lo bastante obcecado por vos como para matar a su niño solo para llegar hasta vos. Habéis ganado.

Laurent dio un paso atrás, tambaleándose como si fuera un hombre al borde de la náusea. Encaró a Damen con el rostro inexpresivo.

—Tú no sabes de nada —dijo entonces con una voz fría y severa—. No sabes nada de mí ni de mi tío. Estás muy ciego. No consigues ver lo que está bien delante de tus narices. —La risa repentina de Laurent fue baja y desdeñosa—. ¿Me quieres? ¿Eres mi esclavo?

Sintió que se ruborizaba.

—Eso no va a funcionar.

—No eres nada —respondió—. Solo una decepción que permitió que el bastardo de un rey le encadenase porque no conseguía mantener a su amante feliz en la cama.

—Eso no va a funcionar —repitió.

—¿Quieres oír la verdad sobre mi tío? Te la diré —comentó Laurent con un nuevo brillo en los ojos—. Te voy a contar lo que no conseguiste evitar, lo que fuiste demasiado ciego para ver. Estabas encadenado mientras Kastor destruía a tu familia real. Kastor y mi tío.

Lo escuchó, y sabía que no debía responder. Lo sabía, aunque una parte de él sufría por lo que Laurent estaba haciendo, incluso al oírse decir:

—¿Qué tiene que ver vuestro tío con…?

—¿Dónde crees que Kastor consiguió el apoyo militar para detener la facción militar de su hermano? ¿Por qué crees que el embajador vereciano llegó con el tratado en las manos justo después de que Kastor asumiese el trono?

Intentó tomar una bocanada de aire. Luego, dijo:

—No.

—¿Crees que Theomedes murió de una enfermedad natural? ¿Después de todas aquellas visitas de médicos que solo lo ponían más enfermo?

—No —contestó Damen.

Le retumbaba la cabeza y, al momento, su cuerpo empezó a palpitar; era imposible que la carne contuviese tales sacudidas. Y Laurent seguía hablando.

—¿No sabías que fue Kastor? Pobre ignorante. Kastor mató al rey y, después, tomó la ciudad con las tropas de mi tío. Y todo lo que mi tío tuvo que hacer fue quedarse quieto y observar lo que pasaba.

Pensó en su padre, tumbado en su lecho y cercado de médicos, con los ojos y las mejillas hundidos y el cuarto impregnado del olor denso de sebo de velas y muerte. Se acordó de la sensación de impotencia, observando cómo su padre se desvanecía, y Kastor, tan solícito, arrodillado a su lado.

—¿Vos lo sabíais?

—¿Que si lo sabía? —respondió Laurent—. Todo el mundo lo sabe. Me alegré, aunque me habría gustado verlo. Ojalá hubiera visto a Damianos cuando las espadas de alquiler de Kastor lo atacaron. Me habría reído en su cara. Su padre recibió exactamente lo que se merecía, morir como el animal que era, y no había nada que ninguno de ellos pudiese hacer para impedir que eso pasase. Aunque —prosiguió—, si Theomedes hubiese mantenido la polla dentro de su mujer en lugar de metérsela a su amante…

Eso fue lo último que dijo porque Damen lo golpeó. Dirigió el puño contra la mandíbula de Laurent con toda la fuerza de su peso. Los nudillos golpearon carne y hueso, y su cabeza giró a un lado y chocó con fuerza contra la mesa que tenía detrás, esparciendo por el suelo lo que había sobre ella. Platos metálicos cayeron sobre los azulejos y se produjo una revoltijo de vino derramado y comida esparcida. Laurent se agarró a la mesa con el brazo que había extendido instintivamente para detener la caída.

Damen respiraba con dificultad y tenía las manos cerradas en puños. «¿Cómo osas hablar así de mi padre?». Tenía esas palabras en la punta de la lengua. La mente le palpitaba y latía.

Laurent se irguió y le lanzó una mirada de triunfo, incluso cuando se pasó el dorso de la mano derecha por la boca, donde sus labios estaban manchados de sangre.

Entonces, Damen vio lo otro que había entre los platos vueltos esparcidos por el suelo. Brillaba sobre las baldosas, como una constelación de estrellas.

Era lo que Laurent agarraba en la mano derecha cuando entró: los zafiros azules del pendiente de Nicaise.

Las puertas se abrieron a su espalda, y Damen supo sin volverse que el ruido había alertado a los soldados y habían entrado al cuarto. No quitó los ojos de Laurent.

—Prendedme —dijo—. He levantado las manos contra el príncipe.

Los soldados dudaron. Era la respuesta justa a sus acciones, pero él era, o había sido, su capitán. Tuvo que repetirlo.

—Prendedme.

El soldado de pelo más oscuro se acercó, y Damen sintió que lo agarraba. Laurent apretó los dientes.

—No —contestó—. Le he provocado.

Otro titubeo. Estaba claro que los dos soldados no sabían qué hacer con lo que tenían delante. El ambiente estaba cargado de violencia, y el príncipe se hallaba de pie ante una mesa destrozada y con el labio cubierto de sangre.

—He dicho que lo soltéis.

Era una orden directa de su príncipe, y esa vez obedecieron. Damen dejó de sentir el agarre. La mirada de Laurent siguió a los soldados mientras hacían una reverencia y cerraban las puertas al salir. Entonces, desvió la vista hacia él.

—Ahora vete —dijo Laurent.

Damen cerró con fuerza los ojos un instante. Se sentía herido al pensar en su padre; las palabras del otro le presionaban el interior de sus párpados.

—No —respondió—. No podéis ir a Charcy. Tengo que convenceros.

La risa de Laurent fue un sonido extraño y jadeante.

—¿No has oído nada de lo que te he dicho?

—Lo he oído —afirmó—. Habéis intentado herirme, y lo habéis conseguido. Ojalá os dierais cuenta de que lo que acabáis de hacerme es lo mismo que está haciendo vuestro tío con vos.

Vio que Laurent lo encajaba como un hombre al límite de su resistencia que había recibido otro golpe.

—¿Por qué…? —dijo Laurent—. ¿Por qué tú… tú siempre…? —Se detuvo. Su pecho subía y bajaba de manera superficial.

—Vine con vos para impedir una guerra —explicó—. Vine porque vos erais lo único que se interponía entre Akielos y vuestro tío; sois vos quien ha perdido eso de vista. Tenéis que luchar contra vuestro tío con vuestras propias condiciones, no con las suyas.

—No puedo. —Fue una confesión difícil—. No puedo pensar. —Parecía que le hubieran arrancado las palabras a la fuerza. Con los ojos muy abiertos, Laurent volvió a decirlas en un tono diferente; sus ojos azul oscuro revelaban la verdad—. No puedo pensar.

—Lo sé —dijo Damen.

Habló con dulzura. Había más que una confesión en sus palabras. También lo sabía.

Se arrodilló y cogió el brillante pendiente de Nicaise del suelo.

Era un adorno delicado y de fina elaboración, un puñado de zafiros. Se levantó y lo dejó sobre la mesa.

Después de un tiempo, se apartó del sitio en el que se apoyaba Laurent, con los dedos curvados alrededor del borde de la mesa. Respiró hondo, listo para dar otro paso hacia atrás.

—No te vayas —dijo Laurent en voz baja.

—Solo me estoy aclarando las ideas. Ya le he dicho a mi escolta que no la necesitaría hasta mañana por la mañana respondió Damen.

Se produjo otro largo silencio, y se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo.

—No. No quería decir para siempre… Solo… —Laurent hizo una pausa —. Tres días —dijo, como si fuese una respuesta que saliese de sus entrañas a una pregunta pensada a conciencia—. Puedo hacer esto solo. Sé que sí. Es solo que en este momento no consigo… pensar, y no puedo… confiar en nadie más para cuestionarme cuando estoy… así. Si me dieses tres días, yo… —Hizo un esfuerzo para dejar de hablar.

—Me quedaré —contestó—. Sabéis que me quedaré el tiempo que vos…

—No —exclamó—. No me mientas. Tú no.

—Me quedaré —repitió Damen—. Tres días. Luego, me iré al sur.

Laurent asintió con la cabeza. Poco después, Damen se volvió para apoyarse en la mesa, al lado de Laurent. Lo observó recomponerse.

Finalmente, Laurent empezó a hablar; sus palabras eran precisas y firmes.

—Tienes razón. Maté a Nicaise cuando dejé las cosas a medias; debería haberme alejado de él o haber hecho que perdiese la fe en mi tío. No lo planeé, lo dejé al azar. No sabía lo que hacía, no pensaba en él de ese modo. A mí solo… a mí solo me caía bien. —Bajo esas palabras frías y analíticas, también había desconcierto.

Era horrible.

—Nunca debería haber dicho eso. Nicaise hizo su elección; habló a vuestro favor porque erais su amigo, y no es algo que tengáis que lamentar.

—Me defendió porque no creía que mi tío le haría daño. Ninguno de ellos lo cree. Piensan que los ama; por fuera parece amor, al principio, pero no lo es. Es… fetiche. Dura hasta que pasan la adolescencia. Los chicos son de usar y tirar. —El tono de Laurent no cambió—. En el fondo, él lo sabía; siempre fue más inteligente que los otros, y sabía que, cuando fuese demasiado mayor, lo sustituiría.

—Como Aimeric —dijo Damen.

En el largo silencio que se extendió entre ellos, Laurent dijo:

—Como Aimeric.

Damen recordó los despiadados insultos de Nicaise. Miró el perfil nítido de Laurent e intentó entender la extraña afinidad entre hombre y chico.

—Os caía bien.

—Mi tío fomentaba lo peor que había en él. Aun así, a veces tenía buenas intenciones. Cuando se moldea a los críos desde tan pequeños, se tarda en repararlo. Creí…

—Creísteis que podríais ayudarlo —dijo con delicadeza.

Observó su rostro y advirtió el titilar de una verdad interior tras la cuidadosa falta de expresión.

—Estaba de mi lado —replicó—. Pero, al final, la única persona que estaba a su lado era él mismo.

Damen sabía que no debía extender la mano ni intentar tocarlo. El suelo de baldosas alrededor de la mesa estaba cubierto de residuos esparcidos: una vasija de peltre bocabajo, una manzana que había rodado hasta la baldosa más lejana y el contenido derramado de una jarra de vino que había encharcado el suelo de rojo. El silencio se prolongó.

Le sorprendió notar el roce de los dedos de Laurent en la muñeca. Lo consideró un gesto de consuelo, una caricia, pero entonces advirtió que estaba apartado la tela de la manga para dejar a la vista el oro que había debajo, hasta que la esposa que había pedido al herrero que no le quitase quedó expuesta entre ellos.

—¿Sentimentalismo? —preguntó.

—Algo así.

Sus ojos se encontraron, y podía sentir cada latido de su corazón. Pasaron unos segundos en silencio, un intervalo que se prolongó, hasta que Laurent habló:

—Tendrías que darme la otra.

Damen se ruborizó lentamente; el calor irradiaba de su pecho a través de su piel y su corazón latía desbocado. Intentó responder con un tono normal.

—No os imagino con esto.

—Para guardarla. No me la pondría —respondió Laurent—. Aunque creo que a tu imaginación no le disgusta la idea.

Damen dejó escapar una risotada suave y temblorosa, porque estaba en lo cierto. Se quedaron sentados juntos en un silencio cómodo durante un rato. Laurent se había recompuesto casi por completo; su postura era más relajada y, apoyando el peso sobre los brazos, lo observaba como hacía él a veces. Era una versión nueva de él, relajado, jovial, algo más tranquilo, y Damen advirtió que lo estaba viendo con las defensas bajas —una o dos por lo menos. Había una sensación frágil y novedosa en la experiencia.

—No tendría que haberte hablado de Kastor de ese modo —musitó.

El vino tinto se filtraba por las baldosas. Se oyó preguntar:

—¿Estabais hablando en serio? ¿Os alegrasteis?

—Sí —dijo Laurent—. Mataron a mi familia.

Sus dedos se clavaron en la madera de la mesa. La verdad estaba tan próxima en aquella habitación que, por un instante, dio la impresión de que la diría, de que le revelaría su nombre a Laurent. La proximidad de aquello parecía presionarlo, ya que los dos habían perdido a su familia.

Creía que eso era lo que había unido a Laurent con el regente en Marlas: ambos habían perdido a un hermano mayor.

Pero era el regente el que había forjado alianzas por toda la frontera. Era el regente el que había dado a Kastor el apoyo que necesitaba para desestabilizar el trono de Akielos. Y, por eso, Theomedes estaba muerto, y Damianos había sido enviado…

Cuando la idea le vino a la cabeza, tuvo la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies y de que todo cambiaba de forma.

Nunca había tenido sentido que Kastor lo mantuviese con vida. Kastor había sido muy cuidadoso en eliminar cualquier prueba de su traición. Había ordenado la muerte de todos los testigos, desde esclavos a hombres de alto rango como Adrastus. Dejar a Damen vivo era un disparate, un riesgo. Siempre cabía la posibilidad de que Damen escapase y volviese para desafiar a Kastor por el trono.

Pero Kastor había forjado una alianza con el regente. Y le había entregado esclavos a cambio de tropas.

Un esclavo en concreto. Damen sintió calor y, después, frío. ¿Acaso había sido él el precio del regente? ¿Que, a cambio de tropas, el regente hubiera dicho: «Quiero que enviéis a Damianos como esclavo de alcoba para mi sobrino»?

Porque al juntar a Laurent y Damianos, uno de los dos mataría al otro, o, si Damen mantenía su identidad oculta y de algún modo conseguía formar una alianza… Si ayudase a Laurent en lugar de herirlo, y Laurent, por algún sentido de la justicia enterrado en lo más hondo de su ser, lo ayudase a su vez… Si su confianza se fortaleciese de tal modo que pudiesen ser amigos, o más que amigos… Si en algún momento Laurent decidiese usar a su esclavo de alcoba…

Pensó en las sutiles sugerencias que le había hecho el regente. «Laurent podría beneficiarse de una influencia estable; de alguien cercano a él que velase por sus intereses. Un hombre con buen juicio que pudiese guiarlo sin ser manipulado». Y la insinuación continua y penetrante: «¿Te has acostado con mi sobrino?».

«Mi tío sabe que, cuando pierdo el control, cometo errores. Le habrá provocado un placer perverso enviar a Aimeric para obrar en mi contra», había dicho Laurent.

¿Cuán mayor sería el placer retorcido que le proporcionaría eso?

—He oído todo lo que me has dicho —estaba diciendo Laurent—. No voy a correr a Charcy con un ejército, pero todavía quiero luchar. No porque mi tío haya lanzado un desafío, sino porque este es mi país. Sé que juntos podemos encontrar una forma de usar Charcy a mi favor. Juntos podemos hacer lo que no podemos hacer separados.

En realidad, aquello nunca había tenido la marca de Kastor. Este era capaz de enfurecerse y ser cruel, pero sus acciones eran directas. Ese tipo de crueldad creativa pertenecía a otra persona.

—Mi tío lo planea todo —dijo Laurent, como si le leyese el pensamiento —. Planea la victoria y la derrota. Tú eras el que no acababa de encajar… Siempre estuviste fuera de sus esquemas. A pesar de todo lo que mi tío y Kastor planearon —continuó Laurent mientras Damen se quedaba helado—, no tenían ni idea de lo que estaban haciendo cuando te enviaron como regalo para mí.

Cuando salió, oyó voces de hombres, el tintineo de arreos y espuelas y el traqueteo de ruedas sobre piedra. Respiraba de manera irregular y tuvo que apoyarse en el muro.

En un fuerte lleno de actividad, sabía que él era solo una pieza del juego y apenas comenzaba a vislumbrar la amplitud del tablero.

El regente era el artífice de aquello y, aun así, él también se sentía responsable. Jord tenía razón. Le debía la verdad a Laurent y no se la había

contado. Y ahora sabía cuáles podrían ser las consecuencias de esa elección. A pesar de eso, no conseguía arrepentirse de lo que habían hecho: la noche anterior había sido tan especial que nada podría arruinarla.

Había sido lo correcto. Su corazón latía con la sensación de que la otra verdad debía cambiar en algo para enmendarla, y él sabía que eso no iba a pasar.

Se imaginó que volvía a tener diecinueve años, pero sabiendo lo que sabía ahora. Se preguntó si habría dejado que los verecianos perdiesen aquella antigua batalla, y si habría dejado vivir a Auguste. Si habría ignorado por completo la llamada de su padre a las armas y, en su lugar, habría ido a las tiendas verecianas en busca de Auguste para llegar a un acuerdo. Laurent habría tenido trece años pero, en su mente, lo habría visto un poco más mayor, con dieciséis o diecisiete, edad suficiente para que el Damen de diecinueve años hubiese empezado a cortejarlo con el entusiasmo desmedido de la juventud.

No podía hacer nada de eso. Pero, si Laurent quisiese algo, Damen se lo daría. Le daría un golpe al regente del que jamás se recuperaría.

Si el regente quería a Damianos de Akielos al lado de su sobrino, lo tendría. Y si no lograba contarle la verdad a Laurent, haría todo lo que estuviese en su mano para darle una victoria definitiva en el sur.

Haría que esos tres días contasen.

El autocontrol se reflejaba en los ojos azules de Laurent cuando apareció en el estrado del patio, pertrechado y con armadura, listo para partir.

En el patio, los hombres de Laurent estaban montados y a la espera. Damen miró a los ciento veinte caballeros; eran los mismos hombres con los que había marchado del palacio a la frontera, con los que había trabajado codo con codo y con los que había compartido el pan y el vino por la noche junto a las hogueras del campamento. Había algunas ausencias notables. Orlant. Aimeric. Jord.

El plan había tomado forma en un mapa. Se lo había descrito a Laurent de manera sencilla.

—Mirad la localización de Charcy. Fortaine será el punto desde donde se lanzarán las tropas. Charcy va a ser la lucha de Guion.

—La de Guion y sus otros hijos —añadió Laurent.

—El movimiento más fuerte que podéis hacer ahora es tomar Fortaine. Eso os dará el control completo del sur. Con Ravenel, Fortaine y Acquitart controlareis todas las rutas comerciales del sur de Vere hasta Akielos y Patras.

Ya poseéis las rutas del sur hasta Vask, y Fortaine os da acceso a un puerto. Tendréis todo lo que necesitáis para lanzar una campaña en el norte.

Se hizo el silencio, hasta que Laurent dijo:

—Tenías razón. No había pensado en ello de esta forma.

—¿De qué forma? —preguntó Damen.

—Como una guerra —respondió Laurent.

Ahora se miraban el uno al otro en el estrado, y las palabras casi brotaron de los labios de Damen.

Pero lo que dijo fue:

—¿Estáis seguro de que queréis dejar a vuestro enemigo al mando del fuerte?

—Sí —dijo Laurent.

Se miraron el uno al otro. Era una despedida pública, a plena vista de los hombres. Laurent tendió la mano. No como lo haría un príncipe para que Damen se arrodillase y la besase, sino como un amigo. Había reconocimiento en el gesto y, cuando Damen tomó su mano delante de los hombres, Laurent lo miró fijamente a los ojos.

—Cuide de mi fuerte, comandante —ordenó Laurent.

En público no podía decirle nada. Sintió que su apretón se intensificaba. Pensó en acercarse y tomar la cara de Laurent entre sus manos. Y, entonces, recordó lo que era y todo lo que sabía ahora. Se obligó a soltarle la mano.

Laurent estaba asintiendo con la cabeza a su asistente mientras montaba.

—Hay muchas cosas que dependen de escoger el momento adecuado. Nos encontraremos en dos días. Y… no lleguéis tarde —dijo Damen.

—Confía en mí —aseguró Laurent con un brillo en la mirada.

Tiró de las riendas para dirigir a su caballo antes de dar la orden y partió con sus hombres.

El fuerte sin Laurent parecía vacío. No obstante, incluso gobernado por una fuerza mínima, aún tenía hombres para repeler cualquier amenaza externa. Las murallas de Ravenel habían resistido doscientos años. Además, su plan se basaba en la división de sus fuerzas: Laurent saldría primero, mientras que Damen se quedaría esperando a sus refuerzos y se marcharía de Ravenel al día siguiente.

Como no era posible confiar completamente en Laurent —dijese lo que se dijese—, estuvo realmente tenso a lo largo de la mañana. Los hombres se preparaban en el auténtico clima del sur. El cielo azul era constante, excepto donde lo recortaba una almena.

Damen subió a las almenas. La vista se extendía sobre las colinas hasta el horizonte. El paisaje, vasto a la luz del sol, estaba despejado, y se volvió a maravillar de que hubiesen tomado aquel fuerte sin derramar sangre o revolver tierra en un asedio.

Era reconfortante mirar lo que habían conseguido y saber que era solo el principio. El regente había gobernado durante demasiado tiempo. Fortaine iba a caer, y Laurent se adueñaría del sur.

Entonces vio movimiento en el horizonte.

Era de un rojo oscuro. En aquel momento, cabalgando por el paisaje, seis jinetes de rojo avanzaban al galope. Eran sus batidores, que corrían de vuelta al fuerte.

Eran figuras diminutas debajo de él. El ejército aún estaba lo bastante lejos como para que su aproximación fuese silenciosa. Los batidores eran meros puntos en los extremos de seis filas que se dirigían hacia allí.

El rojo siempre había sido el color de la regencia, pero no fue eso lo que alteró el ritmo del corazón de Damen, incluso antes de oír el sonido distante de un cuerno de marfil que atravesaba el aire.

Marchaban en una fila de capas rojas en perfecta formación, y el corazón de Damen latía con fuerza. Los conocía. Recordó la última vez que los había visto, con el cuerpo oculto por afloramientos de granito. Había cabalgado durante horas junto a un río para evitarlos, con Laurent sangrando en la silla detrás de él. «La tropa akielense más cercana está más cerca de lo que esperaba», había dicho Laurent.

No eran las tropas del regente.

Era el ejército de Nikandros, el kyros de Delpha, y su comandante, Makedon.

Hubo un estallido de actividad en el patio, y se oyeron golpes de cascos y gritos de alarma.

Damen era consciente de aquello desde la distancia. Se volvió casi a ciegas cuando un batidor subió a toda prisa la escalera, de dos en dos, se apoyó sobre una rodilla delante de él y le transmitió su mensaje.

Esperaba que el hombre dijese: «Unos akielenses están marchando hacia nosotros». Y lo hizo. Luego, prosiguió:

—Tengo que entregar esto al comandante del fuerte. —Y depositó con urgencia algo en la mano de Damen.

Damen lo miró de hito en hito. Detrás de él, el ejército akielense se acercaba. En su mano había un aro rígido de metal con una piedra entallada; el grabado tenía forma de estrella.

Era el sello de Laurent.

Sintió que se le erizaban todos los pelos del cuerpo. La última vez que había visto el anillo, estaba en una fonda en Nesson, y Laurent se lo había entregado a un mensajero. «Dale esto y dile que lo esperaré en Ravenel», había dicho.

Era vagamente consciente de la presencia de Guymar en las almenas con un contingente de hombres que le decían:

—Comandante, unos akielenses están marchando hacia el fuerte.

Se volvió para mirar a Guymar con la mano cerrada en torno al sello. Guymar se detuvo y reparó en a quién se estaba dirigiendo. Damen lo vio escrito en su rostro: una fuerza akielense se concentraba afuera y un akielense estaba al mando del fuerte.

Guymar dejó atrás su titubeo y prosiguió:

—Nuestras murallas pueden resistir cualquier cosa, pero bloquearán la llegada de nuestros refuerzos.

Recordó la noche en que Laurent se dirigió a él en akielense por primera vez; con cada noche que pasaban hablando en ese idioma, su léxico se enriquecía y su fluidez mejoraba. Los temas que solía escoger eran geografía de la frontera, tratados y movimientos de tropas.

Habló cuando algo se reveló en su interior:

—Ellos son nuestros refuerzos.

La verdad se aproximaba. Su pasado estaba llegando a Ravenel, en un avance constante e imposible de detener. Damen y Damianos. Y Jord estaba en lo cierto. Siempre había habido solo uno de ellos.

—Abrid los portones —ordenó.

Los akielenses accedieron al interior del fuerte como un único torrente rojo, aunque, a diferencia del agua, este era recto y firme.

Los brazos y las piernas de los hombres estaban atrevidamente desnudos, como si la guerra fuese un acto de carne contra carne. Sus armas eran sencillas, y parecía que solo hubiesen llevado lo imprescindible y necesario para matar. Había hileras e hileras de ellos, dispuestos con una precisión matemática. La disciplina de pies marchando al unísono era una demostración de poder, violencia y fuerza.

Damen estaba de pie en el estrado, observando su llegada. ¿Acaso habían sido siempre así? ¿Tan despojados de todo, menos de lo más práctico? ¿Tan hambrientos de guerra?

Los hombres y mujeres de Ravenel se agolpaban en las lindes del patio, y los hombres de Damen se desplegaron para mantenerlos a distancia. La multitud empujaba y se abalanzaba sobre ellos. La noticia de la llegada de los akielenses se había difundido. La gente murmuraba, y los soldados estaban disconformes con su cometido. El regente tenía razón: la gente decía que Laurent había estado aliado con Akielos todo este tiempo. Era un disparate curioso darse cuenta de que, en realidad, era cierto.

Damen vio el rostro de los hombres y mujeres verecianos, y flechas que los apuntaban desde lo alto de las murallas. En un rincón del vasto patio, una mujer protegía a su hijo, aferrado a su pierna, envolviéndole la cabeza con la mano.

Él sabía que lo que había en sus ojos, ahora visible bajo la hostilidad, era terror.

También sentía la tensión de las fuerzas akielenses. Sabía que estaban esperando una traición. La primera espada desenvainada o la primera flecha disparada desataría una fuerza mortífera.

Se oyó un toque estridente de cuerno en el patio, que resonó en cada superficie de piedra. Era la señal para interrumpir la marcha. La parada fue súbita. El silencio se abrió paso en el lugar donde antes reinaban los sonidos de metal y de pasos. El toque de cuerno estaba llegando a su fin y casi podía oírse cómo se tensaba la cuerda de un arco.

—Esto está mal —dijo Guymar, con la mano rígida sobre la empuñadura de la espada—. Tendríamos que…

Damen levantó la mano con ademán represivo.

Un akielense estaba desmontando de su caballo bajo el estandarte real. El corazón de Damen latía con fuerza. Avanzó, bajó los escalones bajos del estrado y dejó a Guymar y los otros atrás.

Sintió cómo cada par de ojos que había en el patio lo observaba mientras descendía, escalón a escalón. No era así como se hacían las cosas. Los verecianos permanecían en lo alto de su estrado y hacían que los invitados fuesen hasta ellos. Nada de eso le importaba. Mantenía los ojos en el hombre que, a su vez, lo observaba acercarse.

Damen llevaba un atuendo vereciano. Era muy consciente de ello: del cuello alto, de la tela con nudos apretados que marcaban las líneas de su cuerpo, de las mangas largas, del brillo de las botas altas. Hasta le habían cortado el pelo al estilo vereciano.

Se fijó en que el hombre miraba todo aquello primero y, luego, se percató de que lo había reconocido.

—La última vez que hablamos era temporada de albaricoques —dijo Damen en akielense—. Caminamos por el jardín por la noche, me cogiste del brazo, me aconsejaste y no te escuché.

Nikandros de Delpha le devolvió la mirada y, consternado, dijo en voz baja:

—No es posible.

—Viejo amigo, has venido a un lugar donde nada es como nosotros pensábamos.

Nikandros no volvió a hablar. Solo lo miraba fijamente y en silencio, pálido como si acabase de recibir un golpe. Entonces, como si le cediese una pierna y, después, la otra, se arrodilló despacio; un comandante akielense arrodillado en las piedras duras y pisoteadas de un fuerte vereciano.

—Damianos —dijo.

Antes de que Damen pudiese pedirle que se levantase, volvió a oír su nombre pronunciado por otra voz, y luego por otra. Por la de todos los hombres reunidos en el patio, en diferentes tonos de conmoción y asombro. El administrador que estaba al lado de Nikandros se arrodilló. Luego, lo siguieron cuatro de los hombres de las filas delanteras. Después más, docenas de hombres, fila tras fila de soldados.

Y mientras Damen los observaba, el ejército entero se fue arrodillando, hasta que el patio se transformó en un mar de cabezas curvadas y el silencio sustituyó al murmullo de voces que repetían las mismas palabras una y otra vez.

—Está vivo. El hijo del rey está vivo. Damianos.

Agradecimientos

Este libro nació de una serie de conversaciones que mantenía los lunes por la noche con mi amiga Kate Ramsay, que en determinado momento dijo:

—Creo que esta historia va a ser más grande de lo que te imaginas.

Gracias, Kate por ser una amiga excelente cuando más lo necesitaba. Siempre recordaré el tono del viejo y escacharrado teléfono que sonaba en mi pisito de Tokio.

Le debo muchísimo a Kirstie Innes-Will, mi increíble amiga y antigua editora, que leyó cuantiosos borradores y estuvo incansables horas tratando de mejorar esta historia. No puedo expresar con palabras lo que significó tu ayuda para mí.

Anna Cowan no es solo una de mis escritoras favoritas, sino que me ayudó mucho con esta historia con sus maravillosas sesiones de lluvia de ideas y sus esclarecedores comentarios. Muchas gracias, Anna. Esta historia no sería lo mismo sin ti.

Toda mi gratitud a mi grupo de escritores formado por Isilya, Kaneko y Tevere por vuestras ideas, vuestras valoraciones, vuestras sugerencias y vuestro apoyo. Me siento muy afortunada de tener amigos escritores tan estupendos como vosotros en mi vida.

A mi editora Sarah Fairhall y al equipo de Penguin Australia. Muchas gracias por vuestra excelencia inspiradora y por vuestro arduo trabajo para mejorar cada detalle del libro.

Por último, a todos los que formaron parte de la experiencia *online* de *El príncipe cautivo*. Muchas gracias a todos por vuestra generosidad y entusiasmo, y por darme la oportunidad de escribir un libro así.

Disfruta de un capítulo adicional y exclusivo a continuación

Capítulo diecinueve y medio

DAMEN ESTABA PLETÓRICO. Irradiaba felicidad por todo su cuerpo, pesado y satisfecho. Era consciente de Laurent, que se deslizaba fuera de la cama. Aunque estaba somnoliento, sentía su cercanía.

Cuando oyó a Laurent moverse por la habitación, se giró, desnudo, para disfrutar un momento mientras lo observaba. Sin embargo, Laurent había desaparecido por el arco y había entrado en una de las habitaciones a las que conducía el cuarto.

Estaba conforme con la espera. Sus miembros desnudos sobre las pesadas sábanas, las esposas y el collar dorados de esclavo eran sus únicos adornos. Sintió la cálida, maravillosa y descabellada realidad de su situación. Esclavo de alcoba. Cerró los ojos, volvió a sentir esa primera y larga embestida dentro de Laurent y oyó el primer gemido débil que este había emitido.

Como eran una molestia, tiró de los cordones de su camisa, que se había quedado debajo de él; luego, hizo un ovillo con ella y la usó, sin pensarlo mucho, para limpiarse. La lanzó fuera de la cama. Cuando levantó la mirada, Laurent había reaparecido por el arco de la habitación.

Se había puesto su camisa blanca de nuevo, pero no llevaba nada más. La debía de cogido del suelo. Damen tenía un medio recuerdo muy placentero de arrancarla de sus muñecas, donde se había enredado. La camisa le llegaba hasta la parte superior de los muslos y la fina tela blanca se amoldaba a su cuerpo. Había algo espléndido en verlo así, medio encorsetado, vestido solo en parte. Damen apoyó la cabeza en una mano y lo observó acercarse.

—Te he traído una toalla, pero veo que has improvisado —dijo Laurent mientras se servía una copa de agua, que colocó en el banco junto a la cama.

—Volved a la cama —le pidió Damen.

—Yo… —dijo Laurent, y se detuvo. Damen le había cogido la mano y había entrelazado los largos dedos con los suyos. Laurent le miró los brazos.

A Damen le sorprendía sentirse así, como si cada latido fuese el primero y Laurent se hubiera transformado ante él.

Laurent había recuperado tanto su camisa como una versión titubeante de su habitual frialdad. Sin embargo, no se había vuelto a poner la ropa, no había reaparecido con su chaqueta de cuello alto y sus botas brillantes como podría haber hecho. Estaba allí, dudando, al borde de la incertidumbre. Damen tiró de su mano.

Laurent se medio resistió al tirón, y terminó con una rodilla en la seda y una mano apoyada torpemente en el hombro de Damen, quien observó el dorado de su cabello y la caída de su camisa lejos de su cuerpo. Las extremidades de Laurent estaban un poco rígidas, más aún cuando se movió para recuperar el equilibrio, incómodo, como si no supiera qué hacer. Tenía la actitud de un joven formal al que habían persuadido para pelear como un muchacho por primera vez y se encontraba tirado sobre su oponente en el serrín. Apretaba la toalla con el puño contra la cama.

—Te tomas demasiadas libertades.

—Volved a la cama, alteza.

Al decir eso, se ganó una mirada larga y fría. Damen se sintió eufórico por su osadía. Miró de reojo la toalla.

—¿En serio la habéis traído para mí?

Tardó un poco en responder.

—Pensé… en limpiarte.

La dulzura de sus palabras fue sorprendente. El corazón le dio un pequeño vuelco al darse cuenta de que Laurent lo decía de verdad. Estaba acostumbrado a las atenciones de esclavos, pero era un lujo más allá de cualquier sueño sibarita tener a Laurent haciendo esto. Su boca se curvó por la imposibilidad.

—¿Qué?

—Así que así es como sois en la cama —comentó Damen.

—¿Cómo? —dijo Laurent, rígido.

—Atento —aclaró Damen, encantado con la idea—. Esquivo. —Miró a Laurent—. Debería ser yo quien os atendiera a vos —dijo.

—Ya… me he ocupado de eso —explicó Laurent tras una pausa. Había un ligero rubor en sus mejillas mientras hablaba, pero su tono, como siempre, era firme. A Damen le llevó un momento entender que Laurent hablaba de asuntos prácticos.

Los dedos de Laurent agarraban con fuerza la toalla. Ahora era consciente de sí mismo, como si se hubiera percatado de lo raro que era lo que estaba haciendo: un príncipe que servía a un esclavo. Damen volvió a mirar la copa de agua que el otro había traído para él.

El rubor de Laurent se intensificó. Damen se movió para mirarlo mejor. Observó la curva de su mandíbula y la tensión en sus hombros.

—¿Me vais a desterrar a dormir al pie de vuestra cama? Ojalá no lo hicierais, está bastante lejos.

Al cabo de un rato, Laurent contestó:

—¿Así es como se hace en Akielos? ¿Te puedo dar con el talón si vuelvo a requerirte antes del amanecer?

—¿Requerirme? —preguntó Damen.

—¿Se dice así?

—No estamos en Akielos. ¿Por qué no me enseñáis cómo se hace en Vere?

—No tenemos esclavos en Vere.

—Discrepo —dijo Damen, tumbado de lado bajo la mirada de Laurent, relajado. Su miembro yacía excitado contra su muslo.

Le llamó la atención de nuevo que los dos estuvieran allí y lo que acababa de pasar entre ellos. Al menos Laurent se había quitado una capa de su armadura y estaba expuesto; era un joven vestido con solo una camisa blanca que arrastraba los cordones, suaves y abiertos en contraposición con la tensión de su cuerpo.

Damen se limitó a observarlo. Efectivamente, Laurent se había ocupado de sus asuntos y había eliminado cualquier rastro de sus actividades del cuerpo. No parecía que se lo acabasen de follar, y sus instintos lo hacían ser notablemente abnegado. Damen esperó.

—Me faltan —dijo Laurent— los gestos sencillos que generalmente se comparten con… —forzó las palabras—… un amante.

—Os faltan los gestos sencillos que generalmente se comparten con cualquiera —repuso Damen.

Estaban a un palmo de distancia. La rodilla de Damen casi tocaba a Laurent donde su pierna se curvaba bajo las sábanas. Vio que este cerraba los ojos un momento, como si intentara calmarse.

—Tú tampoco eres… como pensaba.

Fue una confesión silenciosa. No había ningún sonido en la habitación, solo el resplandor vacilante de la llama de las velas.

—¿Habéis pensado en ello?

—Me besaste —contestó Laurent—. En las almenas. Pues claro que he pensado en ello.

Damen no pudo evitar que el placer lo inundara.

—Eso apenas fue un beso.

—Duró bastante.

—Y habéis estado pensando en ello.

—¿Vas a insistir mucho con el tema?

—Sí —dijo, y la cálida sonrisa también fue inevitable.

Laurent guardó silencio mientras libraba una batalla interna. Damen respetó su quietud hasta que el vereciano se obligó a hablar.

—Eras diferente —apuntó Laurent.

Fue todo lo que dijo. Las palabras parecían provenir de las profundidades de Laurent, salidas de algún núcleo de sinceridad.

—¿Apago las velas, alteza?

—Déjalas encendidas.

Notó el aspecto cuidadoso de Laurent, que seguía sin moverse; incluso su respiración era metódica.

—Puedes llamarme por mi nombre —dijo Laurent—. Si quieres.

—Laurent —accedió Damen.

Quería decirlo mientras deslizaba los dedos por el cabello de Laurent y le giraba la cabeza para el primer roce de labios. La vulnerabilidad de sus besos había provocado que la tensión atenazara el cuerpo de Laurent en un dulce y excitante enredo. Como ahora.

Damen se sentó junto a él.

Tuvo su efecto: se le entrecortó la respiración, aunque no hizo amago de tocarlo. Era más grande y ocupaba más espacio en la cama.

—No me da miedo el sexo —dijo Laurent.

—Entonces podéis hacer lo que queráis.

Y ese era el quid de la cuestión. La expresión en los ojos de Laurent lo decía todo. Damen se quedó inmóvil. Laurent lo miraba como lo había hecho desde que había regresado a la cama, con los ojos oscuros y al límite.

—No me toques —ordenó Laurent.

Estaba esperando, aunque no estaba seguro de a qué. El primer roce vacilante de los dedos de Laurent en su piel lo impactó. Había una extraña sensación de inexperiencia en él, como si interpretar ese papel fuera tan nuevo para él como para Damen. Como si todo esto fuera nuevo para él, lo cual no tenía sentido.

Le tocó el bíceps de manera tentativa, explorando lentamente, como si la forma curvada y la longitud del músculo fueran algo nuevo que definir.

La mirada de Laurent recorría su cuerpo y lo observaba de la misma forma que lo tocaba, como si Damen fuera un territorio desconocido, inexplorado, que no podía creer que estuviera bajo su mando.

Cuando sintió que Laurent le acariciaba el pelo, ladeó la cabeza y se entregó a ello, como un caballo de batalla se inclinaba ante el yugo. Notó que Laurent acomodaba la palma de la mano en la curva de su cuello, que deslizaba los dedos por el espesor de su cabello como si experimentara la sensación por primera vez.

Puede que lo fuera. Nunca le había cogido la cabeza así, extendiendo los dedos sobre ella, cuando Damen había usado la boca. Agarraba las sábanas con los puños, y se sonrojó ante la idea de Laurent sujetándole la cabeza mientras le proporcionaba placer. Sin embargo, Laurent no era tan desinhibido. No se había rendido al momento, lo retenía una maraña interna.

Ahora estaba hecho un lío. Con los ojos oscuros, como si tocarlo fuera un acto extremo para él.

La respiración de Damen era cuidadosa. Una única exhalación podría molestar a Laurent, o esa era la sensación que le daba. Laurent abrió ligeramente la boca y sus dedos se deslizaron por los pectorales de Damen. Era diferente de la presión que ejerció cuando lo tumbó de espaldas y lo sometió.

La sangre de Damen palpitaba al tenerlo tan cerca. Sentir el calor de su cuerpo lo pilló por sorpresa, así como el ligero cosquilleo de su camisa blanca; detalles que carecen de imaginación.

Laurent movió los dedos hacia su cicatriz.

Primero la observó. Luego, la tocó, movido por una extraña fascinación, casi con veneración. Damen sintió el tacto de sus dedos mientras Laurent recorría la larga y fina línea blanca donde una espada le había atravesado el hombro.

Los ojos de Laurent estaban muy oscuros a la luz de las velas. Se tensó al notar los dedos de Laurent en su piel mientras el corazón le latía con fuerza en su pecho.

—No pensé que alguien fuese lo bastante bueno como para burlar tu guardia —comentó Laurent.

—Solo una persona —respondió Damen.

Laurent se humedeció los labios. Las yemas de sus dedos trazaban con cuidado el fantasma de una pelea de hace mucho tiempo. La situación le recordó al momento que vivió con su hermano: Laurent estaba tan cerca como Auguste lo había estado, y Damen se sentía aún más indefenso con los dedos de Laurent en el lugar donde lo habían atravesado.

De repente, sintió al fantasma de su pasado demasiado cerca, con la diferencia de que el golpe de la espada fue rápido y limpio, y Laurent tenía la

mirada oscurecida y le acariciaba la cicatriz con cuidado.

Entonces, Laurent alzó la mirada; no hacia la suya, sino hacia su cuello. Acercó los dedos para tocar el metal dorado y presionó la muesca con el pulgar.

—No he olvidado mi promesa. Que te quitaría el collar.

—Me dijisteis por la mañana.

—Por la mañana. Puedes pensar en ello como si un cuchillo te acariciara el cuello.

Sus ojos se encontraron. Los latidos de Damen eran irregulares.

—Aún lo llevo puesto.

—Lo sé.

Damen se vio atrapado en su mirada. Laurent se había abierto a él. Aunque fuera una idea descabellada, ahora se sentía como si hubiese sobrepasado un límite decisivo. Observaba la cálida piel entre su mandíbula y su cuello, donde había posado los labios; contemplaba su boca, que había besado.

La rodilla de Laurent se deslizó junto a la suya. Notó que se acercaba a él, y su corazón se aceleró cuando, momentos después, lo besó.

Casi esperaba que lo dominara, pero Laurent lo besó con un ligero roce de labios, suave e inseguro, como si estuviera explorando las sensaciones más mundanas. Damen luchó por permanecer inmóvil, agarrando las sábanas con las manos, y se limitó a dejar que Laurent tomara su boca.

Este se movió sobre él, deslizó el muslo y apoyó la rodilla sobre la cama. La tela de su camisa blanca rozó su erección. Su respiración era superficial, como si estuviese al borde de una cornisa alta.

Laurent le rozó el abdomen, como si quisiera saber lo que se sentía, y el aire abandonó el cuerpo de Damen cuando su curiosidad lo llevó en una dirección determinada. En cuanto llegó al final, descubrió lo inevitable.

—¿Exceso de confianza? —inquirió Laurent.

—No es… a propósito.

—Lo recuerdo de otra forma.

Laurent se arrodilló en su regazo, dispuesto a tumbarlo sobre su espalda.

—Todo ese autocontrol —dijo Laurent.

Cuando se inclinó, Damen levantó sin pensarlo una mano hacia su cadera para ayudarlo a equilibrarse. Y, luego, se dio cuenta de lo que había hecho.

Sintió que Laurent también se había percatado. Le temblaba la mano de la tensión. En el límite de lo que estaba permitido, Damen podía sentir que la respiración de Laurent se volvía superficial. Pero este no se apartó, sino que

inclinó la cabeza. Damen se acercó despacio y, cuando Laurent no retrocedió, depositó un beso en su cuello. Y luego otro.

Tenía la piel cálida, así como el espacio entre el cuello y el hombro y el pequeño hueco escondido bajo su mandíbula, que acarició suavemente con la nariz. Laurent dejó escapar un suspiro tembloroso. Damen sintió cómo se removía y se percató de la sensibilidad de la delicada piel de Laurent. Cuanto más lento lo tocaba, más respondía, como ardiente seda bajo un frágil roce de labios. Lo hizo más despacio. Laurent se estremeció.

Deseaba acariciar cada parte de su cuerpo. Anhelaba saber qué ocurriría si prestaba la misma atención a cada una por separado. Quería ver si Laurent se desarmaría y se dejaría llevar por el placer como no había hecho hasta el momento, excepto, tal vez, cuando llegó al clímax con las mejillas sonrojadas por las embestidas de Damen.

No se atrevía a mover la mano. Todo su mundo parecía haberse reducido al delicado temblor de su respiración, a los saltos de su pulso, al sonrojo del rostro y el cuello de Laurent.

—Qué gusto —dijo Laurent.

Sus pechos se rozaron. Podía oír la respiración de Laurent en su oído. Su excitación, presionada entre sus cuerpos, solo notó los cambios más sutiles cuando Laurent se apretó inconscientemente contra él. Damen posó la mano que tenía libre sobre su otra cadera para sentir el movimiento, pero sin guiarlo. Laurent se dejó llevar lo justo para empezar a moverse contra él. Ni siquiera estaba ensayado, era solo una búsqueda de placer con los ojos cerrados.

Fue una sorpresa darse cuenta por los ligeros temblores y su respiración jadeante de que Laurent estaba tan cerca de llegar al clímax que podría haberse corrido con tan solo un beso y ese lento vaivén. Damen sintió que se deslizaba despacio, provocándole chispas de placer como las que saltaban al golpear un pedernal.

Laurent tenía los ojos entornados. Damen nunca podría haber llegado al orgasmo así, pero cuanto más lento lo besaba mientras se movían al unísono, más parecía que Laurent se dejaba llevar.

Tal vez siempre había sido así de sensible a la ternura. Un primer gemido débil se le escapó. Tenía las mejillas encendidas y los labios separados, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y una expresión agitada, por norma fría y tranquila.

«Así», quería animarlo Damen, pero no sabía si sonaría condescendiente. Su cuerpo se estaba acercando al clímax más rápido de lo que hubiera creído

posible, debido a la sensación de Laurent rozándose contra él. Y, luego, fue aún más confuso; deslizó lentamente la mano por el costado de Laurent bajo su camisa, y este clavó le clavó los dedos en su hombro.

Lo vio en su cara cuando empezó a temblar y se rindió al momento. «Sí», pensó. Estaba sucediendo, Laurent se estaba entregando. Sintió que algo tiraba de él. Laurent abrió los ojos, sorprendido, cuando dejaron de oponer resistencia y se liberaron. Estaban entrelazados: Damen boca arriba sobre la cama, donde Laurent, en un último arrebato, lo había empujado.

Damen sonreía sin poder evitarlo.

—Ha sido aceptable.

—Estabas esperando para decirlo. —Las palabras sonaron un poco temblorosas.

—Dejadme.

Le dio la vuelta y lo limpió con la toalla suavemente. Solo por el placer de hacerlo, se inclinó y le dio un beso en el hombro. Vio que la incertidumbre empezaba a titilar débilmente en el rostro de Laurent, pero no lo bastante fuerte como para aflorar. Se calmó y no se apartó. Una vez terminó de limpiarle, Damen se tumbó feliz junto a él.

—Puedes hacerlo —dijo Laurent al cabo de un rato, refiriéndose a algo completamente distinto.

—Estáis medio dormido.

—No del todo.

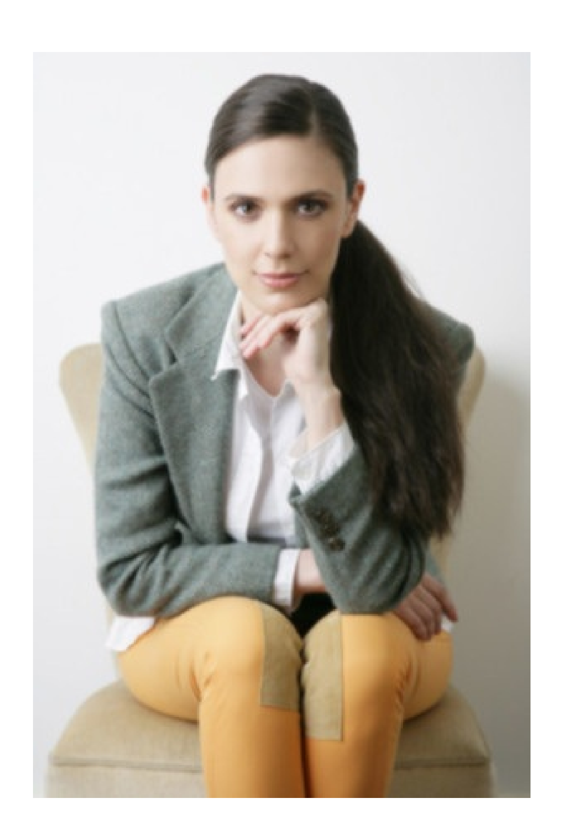
—Tenemos toda la noche —le aseguró Damen, aunque ya no era tan larga—. Tenemos hasta mañana por la mañana.

Sintió la delgada figura de Laurent a su lado. La luz parpadeante de las velas era tenue. «Ordenadme que me quede», quiso decir, pero no pudo.

Laurent tenía veinte años y era el príncipe de un país rival, y, aunque sus naciones hubiesen sido aliadas, habría sido imposible.

—Hasta mañana por la mañana —repitió Laurent.

Al cabo de un momento, sintió que los dedos de Laurent descansaban sobre su brazo, donde los curvó ligeramente.



C. S. Pacat es la autora de la trilogía *best seller El príncipe cautivo* y de la saga de cómics *Fence*. Pacat nació en Australia y estudió en la Universidad de Melbourne, y ha vivido en muchas ciudades, entre ellas Tokio y Perugia, en Italia. Actualmente, reside y escribe en Melbourne.

El príncipe cautivo, la primera entrega de esta serie, nació como una obra autopublicada y escrita por entregas, que más tarde atrajo la atención de Penguin USA, quien decidió llevar la obra a las librerías. La trilogía de *El príncipe cautivo* se ha convertido en un fenómeno de ventas del USA Today y ha recibido excelentes críticas.

